
LA
PROTEGIDA
DEL CEO
Lobo
LOS DESCENDIENTES DEL ALFA
MISTER Z

CONTENIDO

La protegida del CEO Lobo
BIOGRAFÍA
NOTA
SINOPSIS
AGRADECIMIENTO ESPECIAL
LISTA DE REPRODUCCIÓN
PRÓLOGO
PARTE I
CAPÍTULO 1: PRIMERAS IMPRESIONES
CAPÍTULO 2: CONSEJO
CAPÍTULO 3: TÍA
CAPÍTULO 4: FRAGMENTOS DEL PASADO
CAPÍTULO 5: AROMA MISTERIOSO
CAPÍTULO 6: TARJETA METALIZADA
CAPÍTULO 7: LA MANZANA VERDE
CAPÍTULO 8: VIDENTE
CAPÍTULO 9: GUISADO DE SETAS
CAPÍTULO 10: RIESGO DE HIPOTERMIA
CAPÍTULO 11: EXPLICACIONES
CAPÍTULO 12: RECOGIENDO MADERA
CAPÍTULO 13: COMIENDO COMO UN LOBO
CAPÍTULO 14: DE VUELTA AL TRABAJO

CAPÍTULO 15: EL CORTE
INTERLUDIO: SEGUEDU SEQUETU
PARTE II
CAPÍTULO 16: LA RESERVA MÁS ALLÁ DE LAS MONTAÑAS
CAPÍTULO 17: LLAMAN A LA PUERTA
CAPÍTULO 18: MI NOMBRE
CAPÍTULO 19: HISTORIAS DE MEDIANOCHE
CAPÍTULO 20: FALTA DE AIRE
CAPÍTULO 21: AMANECER
CAPÍTULO 22: SIN REACCIÓN
CAPÍTULO 23: UBICACIÓN
CAPÍTULO 24: EN OTRO MUNDO
CAPÍTULO 25: EL LOBO EN EL BOSQUE
CAPÍTULO 26: LOS LICANTROPOS
INTERLUDIO
CAPÍTULO 27: ¿QUÉ HA PASADO?
CAPÍTULO 28: ELECCIONES
CAPÍTULO 29: HACIA LA FOGATA
CAPÍTULO 30: SOBREVIVIENDO AL LOBO
PARTE III
CAPÍTULO 31: SOLO NOSOTROS
CAPÍTULO 32: EL CONSEJO DEL ALFA
CAPÍTULO 33: CALOR
CAPÍTULO 34: ENTRE LOS ÁRBOLES
CAPÍTULO 35: UN COLLAR DEL PASADO
CAPÍTULO 36: COORDENADAS
CAPÍTULO 37: DESACUERDO
CAPÍTULO 38: TUTORIAL DE CÓMO APAREAR CON UN LOBO
CAPÍTULO 39: EL TATUAJE DE UN LOBO

CAPÍTULO 40: EN EL PARQUE DE ATRACCIONES
CAPÍTULO 41: DETALLES SOBRE PAOLA
INTERLUDIO: QUÁ-QUÁ DETECTIVE
CAPÍTULO 42: ESPECIAL
CAPÍTULO 43: REGENERACIÓN
CAPÍTULO 44: PREPARATIVOS PARA LA GRAN NOCHE
AVISO
CAPÍTULO 45: EL APAREAMIENTO
CAPÍTULO 46: AGOTADOS
CAPÍTULO 47: TÉ
CAPÍTULO 48: EL SECRETO
CAPÍTULO 49: DESPERTAR
CAPÍTULO 50: CONOCIENDO LA TABERNA
CAPÍTULO 51: CONFIANZA EN LA TORMENTA
CAPÍTULO 52: DE VUELTA
CAPÍTULO 53: CUIDADOS
CAPÍTULO 54: TRES LOBOS
CAPÍTULO 55: EL RITUAL DE LA LUNA LLENA
CAPÍTULO 56: PASE LO QUE PASE
PARTE FINAL
CAPÍTULO 57: ¿EL CUMPLEAÑOS DE QUIÉN?
CAPÍTULO 58: EN LAS AGUAS TERMALES
CAPÍTULO 59: UN REGALO DE NAVIDAD
CAPÍTULO 60: LACTANCIA
EPÍLOGO
FIN
CONOZCA HIVERDOUX
PRÓXIMAMENTE
Libros de este autor

Escrito

Mister Z | @autor.misterz

Revisión

Raianne Viana | @autora.raianneviana

Lectura crítica

Eliane Lima

Portada

Bella | @saromeditorial

Coordinación

Oswaldo, 87 años

Versión

1.0

LA PROTEGIDA DEL CEO LOBO

Copyright © 2025 — Mister Z

Texto conforme a las nuevas normas ortográficas de la lengua portuguesa. Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta obra puede ser reproducida o utilizada de ninguna manera, ni por ningún medio, electrónico o físico, incluyendo fotocopias, grabaciones o sistemas de almacenamiento en bases de datos, sin permiso por escrito, con excepción de citas breves utilizadas en reseñas críticas, artículos o divulgación en redes sociales.



BIOGRAFÍA

Mister Z es el seudónimo de un hombre de 29 años, casado, periodista de día y escritor de noche. Por sugerencia de su esposa, decidió escribir novelas más picantes y, desde entonces, acumula varios millones de páginas leídas en KDP.

Instagram: **@autor.misterz**

Ahora tenemos un grupo en Whatsapp.



NOTA

¡Hola, querida lectora!

Si acabas de llegar aquí porque has recibido este libro en formato .pdf, .epub o .mobi por correo electrónico, Telegram, sitios web o cualquier otra red social: esta nota es para ti.

Ten en cuenta que esta obra está protegida por **la Ley n.º 9.610/98**, que trata sobre los derechos de autor, y que la divulgación de esta obra constituye un delito de piratería, según lo establecido en **el artículo 184 del Código Penal**, con una pena de **hasta cuatro años de prisión**, **además del pago de una multa**.

Aunque esto no te impida piratear, ten en cuenta que este libro está disponible en Kindle Unlimited.

Soy un escritor nacional e independiente, sin editorial que me respalde, y además contrato servicios de lectura crítica, maquetación, revisión y diagramación para ofrecerte el mejor trabajo posible. Por desgracia, el amor por la literatura no paga mis facturas de luz, agua y comida... precisamente por eso estoy comercializando esta obra.

Si aun así decides leer el libro electrónico pirateado, por favor, no dejes de **apoyar mis redes sociales** dando «me gusta» a las publicaciones, comentando sobre el libro y recomendándolo a otras lectoras.

¡Que disfrutes de la lectura!



SINOPSIS

*Un romance entre **jefe y empleada** en **Slow Burn**. Cuando dos personas que se odian están predestinadas, ¿hay alguna posibilidad de que el destino dé un empujoncito y convierta esa relación en algo real?*

De enemigos a amantes + Diferencia de edad + Embarazo inesperado + Gruñón x alegre + Almas gemelas + Él se enamora primero

Gregor Ylmaz es el director general de una empresa en un remoto pueblo de Suiza. Un hombre irritable, rígido e inflexible que esconde un oscuro secreto. No le importa nada ni nadie hasta que conoce a una mujer desesperada por encontrar trabajo: la señora Perreut.

Diana Perreut es una mujer fuerte, independiente y trabajadora que, para hacer las paces con el pasado, viaja sola al tranquilo pueblo de Hiverdoux. Por desgracia para ella, su nuevo jefe, el Sr. Ylmaz, es un hombre bastante nervioso.

Mientras **Gregor** y **Diana** trabajan en pie de guerra, sus destinos parecen estar entrelazados por un vínculo del pasado: la pequeña **Sofie**, hija de un leñador local, que está dispuesta a unir a otra pareja antes de Navidad.

En esta trama bien construida, Mister Z nos presenta, en un solo volumen, una cálida historia de amor entre una pareja que se odia.

LIBRO ÚNICO

No recomendado para menores de 18 años.



AGRADECIMIENTO ESPECIAL

Si este libro está en tus manos, es porque he tenido buenas aliadas desde el comienzo de este viaje hasta el día de hoy.

Cuando decidí convertirme en escritor de novelas románticas, creí que saldría muy mal. En primer lugar, porque no suelo leer este tipo de obras con frecuencia y, en segundo lugar, porque pensé que me juzgarían por ser un hombre escribiendo estas historias.

Pero, afortunadamente, me equivoqué. Es extraño imaginar cuánto han cambiado las cosas (y siguen cambiando) desde que empecé a recorrer este camino. Y cuando se empieza algo, es normal estar solo, pero en mi caso no fue así durante mucho tiempo. Incluso con el paso de los meses, veo que todavía puedo contar con personas a las que estaré eternamente agradecido.

En el sencillo grupo de lectoras de Whatsapp que creé y pensé que no tendría ni un alma viva, conocí a personas fantásticas, a las que sin duda llevaré conmigo toda mi vida, ¡cada una con su singularidad y su fuerza! Y ese es el motivo de mi agradecimiento.

Gracias de corazón a cada una de las lectoras del grupo y a las que no están. ¡Es un honor escribir para cada una de ustedes!

En especial, me gustaría dar las gracias a **algunas mujeres** que siguen conmigo hasta hoy en este arduo camino de escritora independiente en Brasil.

En orden alfabético, son ellas:

Gracias, **Ana Castello**, por simplemente existir. Por anteponer siempre mi salud mental a cualquier obra publicada y por recordarme que siempre puedo contar contigo. La Sra. Z y yo te estamos agradecidos cada día por tenerte en nuestras vidas.

Gracias, **Babi**, por enviarnos imágenes de Hiverdoux y regalarnos todo tipo de figuritas en el grupo. Además, ¡recientemente descubrí que eres casi mi hermana gemela!

Gracias, **Cássia**, por los audios divertidos que siempre me envías en privado y también por prestarme tu nombre para mi anterior pseudónimo. ¡Algún día te enviaré una foto mía, jaja!

Gracias, **Cristinaaa**, por ser una gran amiga. Aunque estemos lejos, sé que siempre puedo contar contigo.

Gracias, **Fefe**, por ser tan divertida y alborotadora. Aprendo mucho de ti. Sigue siendo tan alegre y brillante como solo tú sabes ser. ¡Vrum Vrum!

Gracias, **Graci**, por tu apoyo de siempre y las excelentes conversaciones que tenemos en privado. Sigue con tu excelente trabajo. Los neurodivergentes te lo agradecemos.

Gracias, **Jéss**, por ser una gran investigadora y descubrir mi identidad, y además, guardar ese secreto de las recién llegadas.

Gracias, **Kadja**, por protegerme y ser como mi hermana mayor, por exigirme lo mejor y darme una bofetada cuando creo que soy un pésimo escritor.

Gracias, **Kelli**, por ser no solo una lectora, sino también mi salvadora y por devolverme la audición. Y sí, ¡estoy siendo bueno por poco tiempo!

Gracias, **Ligia**, por ser la guerrera que eres y por inspirar a todos en nuestras vidas. ¡A pesar de todo lo que has pasado, sigues teniendo esa sonrisa increíble! Sigue irradiando luz.

Gracias, **Lucía**, por contribuir en este viaje. Espero que seas feliz con tu (y solo tu) Dominic.

Gracias, **tía Lucía**, por convertirte en la tía que nunca tuve. ¡Eres increíble! ¡Te pido tu bendición desde ya!

Gracias, **Luzinete**, por adorar ser mi madrastra del corazón y por amenazarme con tu escopeta. Siempre es bueno tener una compañera del mismo signo.

Gracias, **Regina**, por ser lo más cercano al cielo que tenemos en ese grupo. Tu forma de ser tan contenida nunca pasa desapercibida y muchas gracias por tus amables palabras.

Gracias, **Robertinha**, por la energía contagiosa que desprendes. Por ver siempre el lado bueno de las personas y reforzar siempre que me apoyas en este viaje. Sí, la Sra. Z y yo estamos deseando conocerte en persona.

¡Gracias, **Roh**, por tu apoyo de siempre! Aunque acabas de llegar, ya sigues cada uno de mis trabajos.

Gracias, **Thais**, por ser siempre una persona increíble, inolvidable y divertida. También por defender y amar a Jason. ¡No te olvides de que eres nuestra surfista favorita! ¡El surf es poder!

Chicas y lectoras de mi vida, ¡muchísimas gracias desde lo más profundo de mi corazón! ¡Contad siempre conmigo!

A pesar del caos de la vida de escritor, sin duda es más llevadera junto a vosotras.

LISTA DE REPRODUCCIÓN

¡Escucha la lista de reproducción en Spotify!

He organizado una lista de canciones que escuché mientras escribía esta obra y también aquellas que expresan bien los sentimientos que envuelven a nuestros protagonistas.

Para acceder a la lista de reproducción mientras lees, solo tienes que escanear el código QR con la cámara de tu móvil:

Si lo prefieres, también puedes hacer clic aquí.

¡Que disfrutes de la lectura!

Dedico este libro a ti, que estás dispuesta a perdonarte por tu yo del pasado. Nunca es tarde para empezar de nuevo y escribir una nueva etapa de tu vida.



PRÓLOGO

Diana Perreut

Hace 20 años — Grindelwald (Suiza)

¿Cuál es tu Imperio Romano? El mío es que... los hombres lobo son reales.

Y lo descubrí cuando solo tenía 9 años.

Llevaba un abrigo rojo aquella mañana. Nevaba lo suficiente como para cubrir todas las calles de nuestro pintoresco pueblo.

Me puse la capucha y caminé a paso ligero junto a mi hermana, un año mayor que yo, mientras llevaba una cesta de dulces a la casa de nuestra abuelita.

Por el camino, íbamos muy contentas. Riendo y contando chistes que habíamos aprendido de nuestro padre. Comimos un dulce y otro que había preparado nuestra madre. Y a pesar de la nieve, solo queríamos seguir caminando y riéndonos de las tonterías que se les ocurrían a dos hermanas.

Había un atajo para llegar a la casa de la abuela. Un camino dentro del bosque. No era el camino más seguro, pero era muy

rápido. Además, en invierno había cazadores autorizados en la zona. Lo que nos hacía creer que estaríamos protegidas de cualquier peligro.

Así que seguimos el camino hacia el bosque.

Solo nos detuvimos cuando sentí que mi hermana me tiraba.

— ¡Diana, mira! —Señaló hacia el horizonte—. ¡Es un cazador!

Nos escondimos detrás de un arbusto y vimos desde lejos al hombre vestido con ropa de cuero y con un arma en la mano. En aquel momento no sabía mucho, pero hoy sé que era una escopeta. Apuntaba con mucha atención a lo que parecía ser un ciervo.

En el momento en que lo vi con el dedo en el gatillo, grité para salvar al ciervo:

— ¡HUYE!

El animal me oyó incluso desde lejos. Se produjo el disparo, pero el ciervo consiguió escapar.

Los ojos del cazador, por otro lado, se posaron en mí. Había rabia mezclada con frustración. Su severo ceño parecía arder en llamas.

— ¡Chica estúpida! —maldijo, dirigiéndose hacia mí.

Paola me agarró del muñeco.

— ¡Di, tenemos que huir!

El cazador siguió hundiendo sus botas en la nieve, avanzando hacia nosotras.

Agarré la mano de mi hermana y huimos juntas, corriendo por el bosque mientras sentíamos el frío recorrer todos nuestros huesos.

Recuerdo haber mirado atrás varias veces. El cazador tenía las piernas más largas y la misma expresión de ira.

— ¡VUELVAN AQUÍ, HIJOS DE PUTA!

Paola me tiró con más fuerza y traté de concentrarme en mirar solo hacia adelante.

Pero nos detuvimos bruscamente frente a una pequeña pendiente. Paola me sujetó antes de que cayéramos.

Pero en el momento en que se giró hacia un lado, resbaló en la nieve.

Paola rodó cuesta abajo. Intenté sujetarla, pero fue demasiado rápido. Su pequeño cuerpo se hundió en la nieve y la tierra hasta perderse entre unos árboles más abajo.

— ¡PAOLA! —grité con las manos en la boca.

Justo cuando estaba a punto de bajar, una mano rígida me agarró del brazo derecho y me lanzó hacia un pino.

Mi espalda golpeó el tronco del árbol y vi la cesta de dulces tirada en el suelo. Las galletas de nata rodaron delante de mí. Mi capucha roja se cayó de mi cabeza y, al abrir los ojos, vi al cazador frente a mí.

Tenía el cinturón en la mano. Y, como si fuera un látigo, me golpeó, acertándome en el brazo.

Grité de dolor, cayendo de lado y sintiendo mi piel tocar la tierra helada. El ardor del cuero en mi brazo... Parecía que había tocado una plancha caliente de las que se usan para planchar ropa. Las hechas de hierro.

Nunca me habían pegado mis padres.

— ¡Esto es para que aprendas, jovencita, a no meterte nunca más con los adultos!

El cazador volvió a ajustarse el cinturón y el látigo volvió a caer con fuerza, esta vez sobre mi hombro.

— ¡AH! —grité, hundiendo la cara en la tierra nevada.

En poco tiempo, la sensación de ardor volvió. Y esta vez sentí un dolor punzante.

De alguna manera, ya me imaginaba un hematoma o incluso un corte en la piel. Nunca había sentido algo así en toda mi vida.

— ¡Ese ciervo era mi presa del día! ¿Sabías que iba a ganar un premio? ¿EH?

De nuevo hizo un movimiento. Hundí aún más la cara en la nieve para no ver el golpe. Pero podía oír el cuero en su mano.

Fue entonces cuando un aullido se apoderó de todo el bosque.

Un solo aullido.

Levanté la cabeza en el momento en que el cazador me dio la espalda y levantó la escopeta.

— Si no es un ciervo, ¡que sea un maldito lobo! — El cazador revisó el arma y la apuntó en dirección al aullido.

De nuevo, el aullido estalló en medio del bosque, haciendo temblar incluso a los árboles. Fuera lo que fuera, no era un simple lobo. Se me erizó el vello y estaba seguro de que el cazador también *le* temía.

Ya había oído aullidos, pero ese era diferente.

Aterrador...

Por mucho que sonara como un lobo, la proporción de ese aullido no parecía la de un simple canino. Ni mucho menos...

A pesar de tener solo 9 años, me di cuenta de que aquello era de otro nivel.

La tierra comenzó a temblar y el cazador miró en dirección al sonido de los pasos.

— Viene... — susurró el cazador, agachándose.

De detrás de unos árboles surgió entonces algo enorme, peludo y con ojos de un amarillo intenso. *Casi dorados.*

El pelo de su cuerpo era marrón. Marrón oscuro, tal vez. Parecía un oso por estar de pie, pero tenía cabeza de lobo. Me fijé en que llevaba unos pantalones medio rotos en los muslos y las rodillas.

¡Un hombre lobo!

Mis ojos se abrieron como platos al ver a la criatura. Una figura imponente de más de dos metros de altura, más alta y musculosa que cualquier humano que haya visto jamás. Pelo grueso cubría todo su cuerpo, garras afiladas en manos y pies, y dientes largos y puntiagudos de los que goteaba saliva caliente que, al caer, derretía la nieve.

Tenía un hocico alargado, ojos brillantes, orejas puntiagudas y un gruñido capaz de hacer temblar todo el bosque.

El cazador apuntó bien al amplio pecho del lobo:

— ¡¡ME HARÉ DE UNA FORTUNA!!

— ¡NO! —grité, pero mi voz fue silenciada por el sonido del rifle.

El estruendo fue tan fuerte que los pájaros emprendieron la huida.

Salió una nube de humo que cubrió el cuerpo del hombre lobo.

El cazador y yo esperamos a que el humo se disipara y, cuando desapareció, la criatura estaba intacta. Como si aquello no le hubiera hecho ni cosquillas.

— Joder... —Oí maldecir al cazador.

Entonces volvió a apuntar y disparó, pero esta vez, tras el disparo, el hombre lobo no se quedó quieto.

Con un solo brazo levantó el cuello del cazador. Fue un movimiento tan rápido que me asustó.

Como si el enemigo fuera un palo, el hombre lobo lo levantó hasta que sus pies dejaron de tocar el suelo. Lo sacudió como si fuera un sonajero. El rifle se le resbaló y desapareció en la nieve.

El cazador gritó, pidiendo ayuda.

Pero la voz que oí era grave y potente, y provenía del propio hombre lobo:

— **¡Tápate los ojos y los oídos!**

Sonó como un grito espeluznante, pero obedecí la orden. Bajé la cabeza y me tapé los oídos.

Aun así, pude oír los gritos de desesperación del cazador.

El problema fue que el cazador gritó algo que me hizo abrir los ojos:

— ¡FUE ESA CHICA! ¡FUE ELLA!

El cazador sacó un cuchillo de la funda mientras el hombre lobo apretaba sus garras sobre la garganta. Y con un movimiento

rápido, el arma blanca fue lanzada en mi dirección.

La esquivé, quitándome las manos de los oídos, pero un fino corte apareció en mi cuello, llegando hasta mi camisa. Más tarde se convertiría en una cicatriz.

A continuación, oí el sonido de huesos rompiéndose. Grité de dolor, pero bajé la cabeza, aún sintiendo la voz del hombre lobo en mi mente.

Después solo hubo un silencio aterrador. Presioné la herida en el lado de mi cuello y esperé en silencio, con la cabeza gacha. Temblando como un bambú.

Solo levanté la cabeza cuando Paola me tocó el hombro.

— Diana, ¿estás bien? ¿Eso es... sangre?

Ni siquiera me importaba que mi propia sangre manchara la camisa blanca que llevaba debajo del abrigo rojo.

Mis ojos se fijaron en mi hermana, cubierta de tierra por toda la ropa. Olía a caca de ciervo.

Me sonrió mientras yo decía lentamente:

— Creo que he visto un...

— ¿Un hombre lobo, verdad?

Asentí con la cabeza y Paola señaló la nieve cercana. Había un rastro de sangre y huellas de un gran lobo, pero ningún cuerpo.

Me levanté con la ayuda de mi hermana y me toqué el pecho, ajustándome la capucha roja.

— El hombre lobo... Me ha salvado...



PARTE I

LUNA NUEVA



CAPÍTULO 1: PRIMERAS IMPRESIONES

Gregor Ylmaz

Actualmente

La cara del pomposo idiota estaba ahora hinchada con solo un puñetazo mío. Mientras gemía de dolor, lo agarré por la chaqueta y lo saqué de mi oficina.

Salí de la oficina con él todavía colgado de mí. Recorrimos toda mi tienda mientras los empleados y los clientes nos miraban sorprendidos.

— ¡PONME EN EL SUELO! ¡TE DEMANDARÉ!

— ¡Demándame! —dije entre dientes.

Lo agarré con ambas manos mientras se abrían las puertas de cristal de la entrada. Tiré con fuerza de la chaqueta mientras él se debatía para intentar soltarse, pero fue en vano.

Como si fuera un saco de basura, lo tiré con fuerza después de darle una buena patada en su trasero flaco.

Hasta que el imbécil cayó en la nieve fuera de la tienda. Algunos clientes y empleados se acercaron para ver qué había pasado.

Me volví con una mirada severa y todos bajaron la cabeza.

— ¿Alguien más quiere robarme y recibir este trato VIP?

Nadie dijo nada. Me limpié las manos mientras el imbécil pataleaba, todavía hundido en la nieve.

Volví a mi oficina siguiendo el recorrido de la tienda, sin decir una sola palabra. Algunos empleados se apartaron de mi camino.

Cerré la puerta y volví a mi silla.

En menos de cinco minutos, alguien llamó a la puerta. Mi silencio se rompió y levanté la vista para maldecir al hijo de puta, pero apareció una figura amistosa.

— ¡Vengo en son de paz, jefe! — La voz amistosa de Milena sonó más dócil de lo habitual—. ¡Y traigo chocolate caliente!

Suspiré al ver su carita asomarse por la puerta. Me mostró una taza de porcelana negra de la que salía humo.

— Solo por el chocolate caliente te permitiré entrar.

Milena sonrió y cerró la puerta antes de caminar hacia mi mesa. Se ajustó los anteojos y me entregó la taza mientras me levantaba de la mesa.

— ¡Te he puesto un malvavisco como a ti te gusta!

— Gracias, Milena... — Le di las gracias y saboreé el chocolate caliente que calentaba aún más mi cuerpo.

Milena seguía observándome con sus grandes ojos azules. Siempre me di cuenta de que, en el momento en que consumía algo hecho por ella, Milena esbozaba una amplia sonrisa, mostrando sus pequeños dientes, y se metía las manos en los bolsillos.

— Lo siento mucho por Ton... Te juro que no sabía que estaba robando en la tienda... Vaya... Si lo hubiera sabido...

— ¡No lo sientas! Ese imbécil se lo merecía. La próxima vez que lo vea aquí, ¡lo tiraré al lago helado!

Milena abrió la boca con los ojos muy abiertos. Noté que se quedó mirándome directamente durante unos segundos. Luego desvió la mirada mientras se pasaba la mano por el pelo.

— Ah, bueno... Entonces necesitarás un nuevo empleado en la administración, ¿no?

— Con cierta urgencia. ¿Conoces a alguien? De confianza, claro.

Volvió a sonreír, inflando sus mejillas rosadas.

Pero antes de que pudiera decir nada, se abrió la puerta de la oficina.

— ¡No puedo creer que tenga que limpiar tu desastre, Greg!

Dejé la taza sobre la mesa y me acerqué a Lyrolf.

Lyrolf esbozó su sonrisa astuta y cruzó los brazos, esperándome. Nuestras miradas se cruzaron y él suspiró profundamente, escuchándome quejarme:

— ¡Para eso te pagan!

— ¡Ni hablar! —Se pasó la mano por el pelo negro con mechas grises—. ¡Soy tu abogado, no alguien con poderes milagrosos! ¡Joder, Greg! Has pegado a tu empleado.

— ¡Ex empleado! Supongo que los chismes ya estarán circulando. Ese hijo de puta robó mucho dinero, haciendo contratos clandestinos delante de mis narices. ¡Debería haberle roto las piernas!

Lyrolf me sujetó por los hombros. *Algo que odiaba*. Si no fuera mi hermano, le habría roto la nariz sin dudarlo.

— Entonces, vamos con una lección básica: cuando el dueño de una empresa sospecha que un empleado le está robando, lo correcto es llamar al abogado y a Recursos Humanos para que tomen las medidas oportunas.

Antes de que pudiera decir nada, Lyrolf se volvió hacia Milena.

— Milena, tú eres de RR. HH., ¿verdad? ¿Por casualidad tu jefe Gregor te ha informado de sus sospechas?

Empujé a Lyrolf, que puso los ojos en blanco.

— ¡Vete a la mierda! Si tienes que quejarte, hazlo conmigo. Deja a Milena en paz. ¡Yo fui quien golpeó a ese imbécil! ¡Y si es necesario, lo volveré a hacer!

— ¡Ya basta! ¡Eres un testarudo y parece que siempre lo serás!

Estaba a punto de explotar con Lyrolf, pero Milena fue más rápida y nos tomó por sorpresa.

— Quizá conozco a alguien que te pueda recomendar... Alguien de confianza que puede ser lo que necesitamos en la administración. No es un amigo... ¡Es más bien un conocido! No tengo nada con él, solo lo conocí en...

Y fue entonces cuando no pude oír una mierda más.

Un aroma peculiar invadió mis fosas nasales, robándome casi todos los demás sentidos.

Caminé hacia la puerta, aún escuchando los murmullos de Milena.

Eran solo murmullos.

Lyrolf me tocó el brazo, pero lo aparté con firmeza, ignorándolo por completo y dirigiéndome al pasillo de la tienda.

Fruncí el ceño al ver que se acercaban dos personas.

Gael, el estafador del pueblo, hablaba con una persona a su lado. Lo conocía desde hacía tiempo, lo suficiente como para saber a qué olía. Era algo parecido al limoncillo y la menta. Tenía el pelo revuelto, con puntas verdes, y un grillo revoloteaba a su alrededor.

Se ajustó las gafas y volvió su atención hacia una mujer.

El olor de la mujer fue lo que me llamó la atención. *Venía de ella.* Era fuerte y dulce. Una fragancia capaz de causarme una sensación extraña. Una mezcla de nostalgia y deseo.

Además, la mujer tenía un aspecto ligeramente familiar. Llevaba un abrigo rojo largo. Tenía el pelo castaño y voluminoso y un pequeño mentón prominente. Labios finos y mirada cansada.

Debajo del abrigo llevaba una blusa marrón con cuello alto. Y a pesar del cuello alto, noté que tenía una cicatriz en el lateral del cuello. Parecía bastante larga.

A medida que se acercaba, el aroma se hacía más intenso.

El aroma dulce de la vainilla fresca con un toque cítrico.

— ¡Hola, amigo! — Gael abrió los brazos—. ¿Cómo estás?

Me abrazó, pero yo seguía mirando a la mujer bajita que estaba detrás de él.

— ¿Quién eres tú? — Lo ignoré por completo y me dirigí a ella.

Gael intervino:

— Las noticias vuelan. He oído que quizá necesites una empleada administrativa, ¿verdad? Ella es una recién llegada que necesita una oportunidad en este campo. Te presento a Diana Perreut.

La tal Diana dio un paso adelante y sonrió, tendiéndome la mano.

— Es un placer conocerlo, señor. Estoy segura de que tengo mucho que aportar aquí y...

Apreté los dientes sin tocar su mano. A medida que se acercaba, el olor extraño se hizo aún más fuerte, haciendo que mis fosas nasales casi sangraran.

— Creo que es mejor que se vaya a dar una ducha y luego podemos hablar sobre el puesto en la empresa.



CAPÍTULO 2: CONSEJO

Diana Perreut

Parpadeé dos o tres veces, tratando de averiguar si estaba bromeando o no. Aunque en su rostro no había ni una pizca de diversión. Nada. Ni siquiera una pizca.

Gregor es un hombre muy alto. Seguramente medía poco más de dos metros. Tenía unos ojos marrones claros e intensos, casi del color del miel. Cejas gruesas. Barba recortada y oscura. Cabello corto con los lados medio rapados y una voz ronca e intensa.

La amplia chaqueta que cubría su musculoso cuerpo tenía una ligera abertura en el pecho, y noté que parecía ser un hombre peludo. *Mucho, tal vez.*

— No... No lo entiendo. ¿Es alguna broma local? —pregunté, volviéndome hacia Gael, que tenía una ceja levantada, igual que yo.

Gregor se tapó la nariz y siguió mirándome con el ceño fruncido:

— Ve a darte una ducha y luego hablamos. ¿De acuerdo?

Juro que necesitaba ese trabajo, pero tampoco soy una persona asquerosa.

— ¿Me está llamando apestosa?

Gael intentó responderme antes, pero Gregor fue más rápido:

— No es eso. — Agitó la mano sobre la nariz y yo di un paso atrás—. El caso es que tu perfume me está matando y...

No pude contenerme.

— ¡Es usted un grosero! ¡Apuesto a que huelo mucho mejor que su culo apestoso!

— ¿Cómo dice?

Gael se interpuso entre nosotros y levantó los brazos.

— Creo que hemos empezado con mal pie. Quizá sea mejor...

— ¡No voy a contratar a esta maleducada!

— ¡Yo no quiero trabajar con un imbécil como tú!

Di media vuelta y caminé hacia la salida de la tienda. Gael me siguió.

Salimos hasta que pude sentir la gélida brisa de Hiverdoux de nuevo.

Miré hacia atrás y observé la entrada de la gran tienda de alquiler y venta de equipamiento deportivo de invierno. La conocida *Wolf Sports*.

— ¡Qué idiota! —gruñí, sin poder imaginar lo enfadada que estaba.

— ¡Lo siento, Diana! No sé qué le ha pasado. Quizá esté muy nervioso por lo del antiguo empleado y...

— Nada lo justifica, Gael. ¡Eso fue absurdo! ¡No recuerdo haber sido insultada así en toda mi vida! Quizás volver a Hiverdoux fue un tremendo error.

Gael se rascó la cabeza y lo que parecía ser un grillo salió volando.

— Por favor, Diana, ¡no digas eso! Estoy seguro de que algo así no puede borrar la bendición de conocer a tu sobrina.

Agarré el broche de mi abrigo rojo y lo jugueteé.

— No sé si estoy preparada para eso... Quizá nunca me perdone por no haberla visitado en los siete años que he estado fuera.

Gael me tocó el hombro.

— ¡Estoy seguro de que te sorprenderá gratamente! Es una niña inteligente y muy comprensiva.

— Ay, Gael... Tu esperanza inquebrantable me parece poco efectiva ahora que ese imbécil me ha llamado apestosa.

Él se rió mientras se ajustaba las gafas.

— No te ha llamado «apestosa». Quizá sea sensible a tu perfume. Es de vainilla, ¿no? ¡A mí me parece muy agradable!

— Gracias... ¿Crees que puedes conseguirme otro trabajo aquí en Hiverdoux? Mis ahorros se acaban el mes que viene.

Gael esbozó una sonrisa esperanzada y asintió con la cabeza, sacudiendo sus cabellos con las puntas verdes.

— ¡Confía, Diana! Todo llegará a su debido lugar en el momento adecuado.

La doble puerta de la entrada de la tienda se abrió y apareció un hombre tan alto como el dueño. Parecía un poco más joven, pero tenía el pelo oscuro y algunas canas. Me fijé en que tenía los ojos de un azul oscuro. *Profundos*.

—¡Lyrolf! —Gael lo saludó con la mano.

El hombre se acercó y me dedicó una amplia sonrisa, abrazando a Gael. Luego se volvió hacia mí y me tendió la mano.

Le estreché la mano, pero Lyrolf me tiró hacia él, obligándome a abrazarlo. Tenía un cuerpo cálido que rompió por completo la sensación térmica del pueblo nevado.

— Siento mucho la actitud de Greg. ¡Te juro que él no es así! Por favor, reconsidera el trabajo. Se acerca la temporada navideña y si...

Me alejé de él y fruncí el ceño.

— ¡Olvídalo! No voy a trabajar con ese imbécil. Con todo respeto, señor Lyrolf, ¡pero la respuesta sigue siendo «no»!

Gael tocó el hombro del chico:

— Amigo, ¡hablamos más tarde! Ahora tengo que volver a mi oficina. ¿De acuerdo?

Dejamos atrás a Lyrolf mientras bajábamos hacia la camioneta de Gael.

Me senté en el asiento del copiloto y me abroché el cinturón. Él me sonrió y arrancó el coche.

— ¿Adónde piensas ir ahora?

— No lo sé muy bien. Creo que iré a la cabaña y prepararé algunos currículos para repartir por ahí. Quizás consiga un trabajo a media jornada para Nochebuena.

— ¿Por qué no vas a ver a tu sobrina?

Lo miré, mordiéndome el labio inferior.

— Ay, Gael... No es tan sencillo. Mi hermana y yo tuvimos muchos problemas antes de que falleciera. No es justo que vuelva ahora como si nada hubiera pasado.

— Pero ¿no has vuelto a Hiverdoux precisamente para ver a tu sobrina? Ella no debería verse afectada por tu antigua relación con tu hermana.

Me volví hacia un lado, viendo la nieve sobre la ventanilla lateral.

Gael tenía razón y yo lo sabía.

Pero aun así era difícil.

El orgullo a veces es capaz de paralizarnos.

— Quizá fue un error dejar mi trabajo en Londres y venir a Hiverdoux...

— Quizá... — Gael sonrió, con las manos aún en el volante —. Pero quizá la vida te está dando una oportunidad de reencontrar a personas queridas. Siempre hay más de una forma de ver las cosas, Diana.

Me encogí de hombros y volví a concentrarme en la nieve fuera de la camioneta. Bailaba en el aire como si el tiempo pasara muy lentamente. Como si el alcance de mi visión estuviera solo allí dentro.

— ¿Cómo es mi sobrina?

Gael esbozó una amplia sonrisa.

— ¡Inteligente es una definición exacta! Tiene ocho años y mucha energía.

— ¿Le gusta la Navidad?

— ¿Y a qué niño no le gusta? — Me sonrió—. ¿Qué tal si le llevas un regalo muy bonito? Seguro que encuentras algo ideal.

— ¿Y qué le gusta? No sé nada sobre ella, Gael.

— Bueno, en eso puedo ayudarte fácilmente. Déjame llevarte a la tienda de peluches y luego a una heladería.

— ¿Una heladería? ¿Con este frío?

Gael volvió a girar la cabeza y se ajustó las gafas con el dedo.

— ¡Exacto! Si le llevas un helado, acabarás conquistando aún más a tu sobrina. ¡Confía en mí!



CAPÍTULO 3: TÍA

Diana Perreut

Las ráfagas de aire no lograban distraerme de los latidos acelerados de mi corazón mientras caminaba hacia la cabaña de los Demir.

Bajo mi amplio paraguas, me protegía junto a los dos regalos que llevaba en las manos. Quizás era una mezcla de cumpleaños olvidados y disculpas. Un combo por haber desaparecido durante tantos años.

Mis piernas se detuvieron al ver la entrada de la cabaña. La chimenea echaba humo. Había luces navideñas cubriendo el pie de la cabaña. La puerta de entrada tenía una guirnalda navideña en la que estaba escrito:

«Los helados en invierno saben aún mejor — Sofie Demir».

Esbocé una sencilla sonrisa y volví a seguir el camino de piedra hasta que solo quedamos yo y la gran puerta de madera. A punto de llamar, oí un movimiento en la ventana cercana. Apareció un rostro que me resultaba familiar.

Ese fue el primer contacto que tuve con mi sobrina.

— ¡Hola! —Me saludó con la mano, tocando el cristal—. ¿Eres ayudante de Papá Noel?

Sofie.

Tiene un rostro que se parece al de mi hermana. El pelo rubio oscuro, los ojos marrones muy claros y una nariz pequeña y redonda.

Su sonrisa fue como si estuviera viendo a Paola de nuevo.

¡Fue mágico!

—Ah... —Le devolví la sonrisa—. ¡Soy una conocida! ¡Me llamo Diana!

— ¿Conocida? ¿Como la gente del pueblo, o parecida a los gnomos?

— ¡Creo que parecida a la gente del pueblo! — Sonreí.

— Me llamo Sofie. ¡Sin «ph»!

— ¡Qué nombre tan bonito!

— Ya voy a abrir la puerta, solo tengo que avisarle a mi padre.

Asentí con la cabeza y esperé a que se alejara de la ventana.

Quizás no pasó ni un minuto hasta que se abrió la puerta.

Klaus abrió mucho los ojos al darse cuenta de que era yo. En todos estos años no había cambiado nada. Seguía con el pelo largo y la barba. Una belleza natural al estilo vikingo.

— ¡Diana! —Su voz sonó sorprendida, al igual que su expresión.

Sofie tocó la pierna de su padre y levantó la cabeza para intentar verme mejor.

— ¿Qué, papá? ¿La conoces?

Tragué saliva, sin saber qué decir. Mi corazón parecía acelerarse aún más. Abrí la boca, pero no salió ningún sonido.

— ¡Entra, Diana! — Klaus me ayudó con los regalos que llevaba en los brazos y con el paraguas.

— Ah... — Fue lo único que pude decir.

La puerta detrás de mí se cerró y empecé a sentir el calor de la cabaña. No esperaba menos de la chimenea de un leñador. Parecía que mi cuerpo podía descansar.

Aunque ver a Sofie me ponía un poco nerviosa. Como si no me sintiera digna de estar a su lado.

¿Qué diría Paola?

Y antes de que pudiera decir nada, solo cogí los dos regalos envueltos y se los entregué a la niña.

— ¡Son... son para ti!

Los ojos de Sofie brillaron, como los de cualquier niño que recibe regalos. Más aún si son inesperados.

Ella sonrió ampliamente y levantó los bracitos para coger los regalos. Una caja grande envuelta en papel rosa y una caja pequeña en una bolsa de plástico.

— ¡Ah, gracias! ¿Seguro que no eres ayudante de Papá Noel?

Klaus me sonrió. Fue una sonrisa sincera, creo. No esperaba que me perdonara, sobre todo porque le había rogado a mi hermana que se mantuviera alejada de él.

— Me alegro mucho de verte, Diana. ¡No has cambiado nada!

Arqueé las cejas, un poco aturdida. Era como si necesitara oír eso para que mi corazón pudiera estar casi en paz.

— ¡Hola, buenos días!

Una voz femenina surgió de la escalera y me encontré con una mujer rubia de ojos azules. Me saludó con la mano mientras se acercaba a Klaus. Solo entonces me di cuenta de que ambos llevaban alianzas de oro.

Klaus tomó las manos de su esposa y me sonrió:

— Olivia, quiero presentarte a Diana. Es la tía de Sofie. La hermana de Paola.

Olivia sonrió amablemente y me tendió la mano. Seguí mirando su piel blanca y sus modales elegantes. Se la estreché, sintiendo su tacto tierno.

— ¿Tía? —Sofie levantó la cabeza, ya sosteniendo el osito de peluche que estaba en uno de los paquetes.

— Sí... — Intenté sonar más segura, pero era como si no supiera con certeza si realmente era la tía de la niña o no.

Klaus me tocó el brazo.

— ¡Quédate a comer! ¡Seguro que Sofie se pondrá muy contenta!

— ¡Ha traído helado de copos!

Sofie levantó el litro de helado con una gran sonrisa. Parecía que el osito ni siquiera llegaba a los pies del dulce. Gael parecía saber realmente de lo que estaba hablando.

— No quiero molestar... — Suspiré, un poco incómodamente.

Sofie me tomó de la mano y fue como si mi corazón lo entendiera.

— Por favor, tía Diana... ¡Quédate!



Acabé cediendo al capricho de la niña de ocho años y me quedé a comer, que estaba prácticamente lista cuando llegué. Pregunté si Klaus y Olivia necesitaban ayuda, pero me dijeron que no, ya que era «invitada».

Aunque yo no me sentía así. Simplemente aparecí en su casa de la nada después de años. Nunca había visto a mi sobrina. Ni siquiera había llamado por teléfono.

No me parecía justo volver fingiendo que no había pasado nada.

— Tía Diana, ¿cuántos años tienes?

Me volví hacia Sofie, que balanceaba los piececitos desde el sofá, junto a mi asiento.

— El mes pasado cumplí 29.

— ¡Qué bien, felicidades! — Sofie pareció mirar hacia atrás, viendo a su padre lejos, en la cocina, antes de hacerme otra pregunta: — ¿Conoces a los gnomos?

— ¿Gnomos? Creo que no...

— ¡Hay tres razas viviendo en Hiverdoux! ¡Tienes que conocer a cada uno, o podrías meterte en problemas! ¿Has visto alguna criatura así?

Arqueé una ceja.

Aunque no creía en ello, sabía que podía estar diciendo la verdad. Después de todo... *Yo creo en los hombres lobo.*

— Creo que nunca he visto ningún gnomo. ¡Pero una vez tu madre y yo vimos un hombre lobo!

Los ojitos de Sofie brillaron.

— ¿En serio? ¿Lo viste junto a mi madre?

— ¡Sí! Y yo tenía tu edad en ese momento. Paola tenía 10 años.

— ¿Y qué hicisteis cuando visteis al hombre lobo? ¿Corristeis?

Negué con la cabeza.

— No. De hecho, fue él quien nos protegió de un cazador. Medía más de dos metros. Era fuerte y tenía el pelo castaño oscuro. Grandes ojos de un amarillo vivo. ¡Casi como si fueran dorados!

Sofie abrió sus pequeños ojos tanto como pudo. Levantó sus manitas cerradas y esbozó una amplia sonrisa.

— ¡Qué increíble! ¡Entonces es bueno! ¡Como los Paidadrini y Zeitgeist!

— El que conocimos parecía bueno, sí.

— ¿Y qué le pareció a mi madre el hombre lobo?

Klaus apareció en ese momento, trayendo una bandeja con dos jarras calientes. Una parecía café y la otra un té de color verde muy claro.

— ¿Hombres lobo? — Klaus me miró con curiosidad.

Sofie asintió con la cabeza.

— Papá, la tía Diana me contó que cuando tenía mi edad, ella y mamá vieron a un hombre lobo bueno.

Bajé la cabeza, temiendo que una vez más me desacreditaran. Todos a quienes les contaba esta historia me tachaban de loca.

Pero Klaus solo se volvió hacia mí y me tendió la bandeja.

— Paola me lo contó. Siempre he creído que esas criaturas existen. Bueno... ¡Yo he visto gnomos! Creo que hay muchas cosas más allá de lo que se considera real.



CAPÍTULO 4: FRAGMENTOS DEL PASADO

Diana Perreut

Klaus me acompañó a tomar un té en la cocina mientras Sofie se iba al colegio con Olivia.

— Creo que ya te he dado demasiado trabajo. Será mejor que me vaya...

— ¡No, Diana! Por favor, quédate un poco más. Ahora por fin tendremos tiempo para hablar.

Bebí un poco más de té de manzanilla con limón y asentí con la cabeza.

— Sofie se parece mucho a Paola cuando tenía su edad.

Klaus sonrió y asintió con la cabeza.

— ¡Estoy totalmente de acuerdo! Hay un retrato nuestro en la habitación de Sofie. ¿Quieres verlo?

Bajé la cara, mirando fijamente la taza.

— No sé si debería. No fui una buena hermana, Klaus...

El leñador me tocó el hombro y levanté la cabeza, viendo su amplia sonrisa.

— Paola te quería. Y nosotros, desde luego, te queremos. El pasado es pasado, Diana. Debes saber que Paola siempre entendió tu postura y la respetaba.

Me aparté, sujetando la taza con ambas manos.

— No es tan sencillo como crees. Si Paola me hubiera hecho caso, todavía estaría viva, pero nunca habría tenido a Sofie... Y, por cierto, ¿la niña no tiene ninguna enfermedad?

Klaus dejó la taza de café sobre la mesa.

— Sofie tenía lupus.

Abrí mucho los ojos y me tapé la boca con una mano.

— ¿Tiene lupus? Vaya... Lo siento mucho.

— No, lo tenía. ¡Está curada!

— ¿Cómo? Es una enfermedad autoinmune, ¿no? ¿Ya han descubierto la cura?

— No fue ningún medicamento. Fue un milagro... — Klaus sonrió, tocando la mesa—. ¡Un gran milagro!

No parecía haber ni una pizca de broma en su rostro. Incluso se le llenaron los ojos de lágrimas.

— ¿Qué quieres decir, Klaus?

— Es exactamente eso... Se ha curado por un milagro. Soy testigo de lo que ha pasado. El año pasado estaba a punto de... — Se pasó la mano por la frente—. Ni siquiera quiero recordarlo... Fue entonces cuando, misteriosamente, se curó y nunca más ha tenido ningún problema. Las pruebas demuestran que su salud es perfecta. Le hacemos revisiones periódicas.

— Eso... Eso es muy curioso.

— ¡Hiverdoux es un lugar increíble, Diana! Estoy seguro de que estarás bien aquí.

Bebí un poco más de té y miré por la ventana. Había dejado de nevar. Aproveché para ajustarme el cierre de mi abrigo rojo.

— Klaus, yo...

Pero antes de que pudiera terminar, Klaus se adelantó:

— Diana, ¿me disculpas?

Mis ojos se encontraron con los suyos, un poco llorosos.

— ¿De qué estás hablando?

— Si no fuera por mí, nunca hubierais discutido.

— No te disculpes, Klaus. Si hubiera dependido de mí, Paola se habría separado de ti y no habría tenido a Sofie.

— ¿Cómo? ¿Qué quieres decir?

Terminé el té y dejé la taza sobre la mesa. Sacudí la cabeza, recordando nuestra última conversación.

La que hizo que Paola me echara de su casa.

— Cuando supe que tendría un embarazo de riesgo, le rogué que abortara. Supe que el niño nacería con una enfermedad peligrosa e hice todo lo que estaba en mi mano para que no siguiera con esa locura. Incluso le hice un cheque en aquel momento. Ese fue el motivo de nuestra pelea.

Apreté los puños sobre la mesa mientras se me hacía un nudo en la garganta. Casi me salían las lágrimas.

Klaus negó con la cabeza suavemente.

— Sí... Y al final... No pasó nada y Sofía está bien. Y curada. Creo que podemos dejarlo atrás. Estoy seguro de que es lo que Paola hubiera querido.

Levanté la cabeza, un poco absorta. Me sequé una lágrima que me resbalaba por la mejilla izquierda.

— Tú estuviste a su lado en los peores momentos, Klaus... Yo, en cambio, fui horrible con mi hermana. — Me mordí el labio inferior antes de continuar: — ¿Y a qué precio? Paola, mi única hermana y pariente... ¡Está muerta! ¿Cómo quieres que conviva con Sofía después de todo lo que hice?

— Tu sobrina está feliz de conocerte, Diana. No importa lo que haya pasado en el pasado. Hicimos elecciones, pero esas no nos definen. Estoy segura de que somos otro tipo de seres humanos. Yo también me siento culpable. Si Paola no hubiera estado conmigo, nunca habría pasado por un embarazo así. Pero, ¿de qué sirve darle vueltas al asunto?

Cogí mi bolso, que estaba en la silla, y me dirigí hacia la puerta. Klaus me siguió de cerca.

— ¡Diana!

Me llamó, pero lo ignoré, cogí mi abrigo y me lo puse encima del jersey rojo. Me ajusté la capucha para que quedara por fuera.

— Sabes, Klaus, sé que tienes razón, pero eso no va a cambiar lo que siento al respecto. ¡Fui un monstruo! Un monstruo con mi propia hermana...

— Diana, por favor...

El leñador intentó detenerme y yo retrocedí. Abrí la puerta y salí.

— Todavía no he conseguido trabajo en Hiverdoux, así que no puedo garantizar que me quede aquí, pero aún quiero ver a Sofie unas cuantas veces más. Si no te importa...

Y entonces Klaus me abrazó, permitiéndome llorar un poco sobre su hombro.

— ¡La puerta siempre está abierta para ti!



Llegué a mi cabaña alrededor de las tres de la tarde. Ya estaba oscureciendo en Hiverdoux. Y, como de costumbre, nevaba mucho. Incluso se sentían las ráfagas de aire.

Abrí la puerta y cogí unos leños del porche antes de entrar. Cerré la puerta lo más rápido que pude para detener ese viento helado y cortante. Pero, aun así, la cabaña estaba muy fría.

Cogí toda la leña y la coloqué en la chimenea. Abrí la compuerta, organicé la leña junto a los palos y puse una piña seca

para que se encendiera rápido.

El truco que mis padres nos enseñaron a Paola y a mí desde pequeños: las piñas secas son excelentes para quemar.

Luego utilicé un fósforo para encender algunas astillas y, en pocos minutos, la chimenea ya estaba bien encendida y la leña crepitaba.

Levanté las manos y me senté en la alfombra, sintiendo el calor sobre mis guantes hasta que estuve satisfecha para subir a mi habitación.

En el momento en que me levanté, oí unos golpes en la puerta de entrada. Me di la vuelta y caminé hacia allí. Podría ser Gael.

— ¡Ya voy!

Y en el momento en que abrí la puerta, el viento cortante volvió junto con una sorpresa.

Gregor, el dueño de Wolf Sports.

¡El imbécil que me llamó apestosa!

— ¿Cómo te hiciste esa cicatriz? —Preguntó señalándola.

Fruncí el ceño y crucé los brazos.

— Creo que se ha equivocado de casa. ¡Que tenga un buen día!

Empujé la puerta con fuerza y la cerré bruscamente.

Sin embargo, él sujetó la gruesa puerta de madera maciza como si, sumada a mi fuerza, fuera de papel.

¿Qué fuerza es esa?

— No soy bueno con las palabras, señorita Perreut.

— Señor Ylmaz, ¿podría soltar mi puerta? A diferencia de usted, creo que yo estoy usando muy bien las palabras.

Gregor frunció el ceño y me miró con dureza. Con la mano aún en la puerta, la empujó y puso un pie dentro de mi cabaña.

Intenté cerrarla de nuevo, pero Gregor me ignoró.

Lo que hizo a continuación me dejó fuera de mí: con un solo brazo me tiró sobre su hombro, como si fuera un trapo de cocina.

— ¡PONME EN EL SUELO!

Pataleé sobre su hombro, pero fue en vano. Gregor era muy fuerte y me sujetaba fácilmente con su único brazo sobre mis muslos.

Dio una patada a la puerta y la cerró. Irrumpió en mi casa y me mantuvo prisionera en su ancho brazo.

— Señorita, primero me va a escuchar.



CAPÍTULO 5: AROMA MISTERIOSO

Gregor Ylmaz

Solo la solté cuando llegué al sofá. Allí mismo la tiré como si fuera un cojín pesado.

¡Un maldito cojín ruidoso y molesto!

Diana tosió al levantar un poco de polvo al chocar contra la tela. A continuación se levantó con una mirada furiosa:

— ¿QUÉ SE CREE QUE ESTÁ HACIENDO? ¡SALGA DE MI CASA INMEDIATAMENTE!

Ignoré a la bajita que daba patadas y caminé tranquilamente hacia la cocina.

Había una pequeña cesta de fruta con un lazo. Posiblemente un pequeño regalo de Gael para la nueva inquilina.

Cogí una hermosa manzana verde y le di un generoso mordisco. Estaba jugosa. La acidez bañó rápidamente mi garganta.

— ¡Oye! ¡Eso es mío, maleducado! — se quejó la pesada.

Miré de nuevo la cesta y le di otro mordisco a la manzana.

— ¿Es tuya? Qué raro... ¡No he visto tu nombre!

— ¡Ya basta! Voy a llamar a la policía.

— Llama. Soy amigo de todos. De hecho, el comisario es mi hermano.

Diana ya tenía la mano en el pomo cuando se giró con los ojos entrecerrados.

— Deberías avergonzarte de insinuar algo así. ¿Entonces las leyes aquí están influenciadas por gente de tu nivel?

— Por supuesto, señorita. Su única opción aquí es sentar ese culo y escucharme.

Diana abrió mucho los ojos y corrió hacia la chimenea.

Cogió el atizador y lo levantó con la mano derecha.

— Será mejor que salga de aquí ahora mismo, o... — Y volvió a agitar el atizador.

Di otro mordisco a la manzana y la observé, ahora apoyada en la mesa de roble.

— ¿O qué? ¿Me vas a pegar con eso?

— ¡Tú no me conoces!

— ¿No es más fácil escucharme primero? Estoy dispuesto a contratarte, con algunas condiciones.

Ella frunció aún más el ceño.

— ¿Y quién dice que quiero trabajar con usted? ¡Es usted despreciable! Si me ha tratado así, ¡imagino cómo tratará a sus empleados!

— Una de las condiciones es esta: si quieres ser mi empleada, ¡tendrás que abandonar eso que llamas perfume!

— ¿Cómo se atreve?

Diana comenzó a acercarse a mí con el atizador en la mano. Le di otro mordisco a la manzana y me alejé de la mesa. Con un golpe firme, golpeó la cesta, haciendo que algunas frutas saltaran al suelo.

Retrocedí hacia un lado, pasando el pulgar por la boca y limpiándome un poco del dulce que me había caído por la barba. Diana giró el cuerpo e intentó golpearme con el atizador.

Realmente era peligroso lidiar con las bajitas.

Agarré el metal con fuerza y tiré de él. Diana se acercó hasta que nuestros cuerpos se pegaron. Cogí el atizador y lo tiré al suelo, mientras la abrazaba con el brazo izquierdo.

Algo me dejó un poco extraño. Podía sentir su aroma dulce, pero no parecía ser el perfume en cuestión. Diana intentó retroceder, golpeándome el pecho, y yo la ignoré, todavía tratando de identificar el olor peculiar.

Quizás Diana estaba ovulando. Sentía cómo se me llenaba la boca de saliva, se me erizaba el vello y se me dilataban las pupilas mientras la mantenía cerca de mí.

— ¡ME ESTÁS ACOSANDO! ¡SUÉLTAME! ¡AYUDA!

Y entonces la solté, dándome cuenta de que había pasado demasiado tiempo con ella pegada a mi cuerpo. Sentía que estaba perdiendo el control.

Diana casi se cae, pero la agarré a tiempo. Soltó mi mano y dio un paso atrás.

— Yo... No sé qué me ha pasado...

— ¡VETE DE AQUÍ YA!

Todavía me sentía un poco confuso. Di otro paso atrás, tratando de alejarme de ese olor misterioso que impregnaba mis fosas nasales. O incluso todos los poros de mi cuerpo.

— Mira, estoy dispuesto a contratarte. Si cambias de opinión, solo tienes que pasar por mi tienda y...

— ¡Ni hablar! ¡Que te vaya bien! — Ella señaló la puerta. Agitando el atizador como una niña de cinco años que empuña un palo.

— Qué insolente... ¡Y con lo pequeña que eres!

Diana abrió mucho los ojos y los frunció aún más que antes:

— ¡FUERA DE AQUÍ, GROSERO!

Me dirigí hacia la puerta y la abrí, sacando los pies hacia fuera. Cuando volví la cara para irritarla más, el resto de la manzana verde que se había comido me voló a la cara.

Intenté protestar, pero la puerta se cerró con fuerza, tirando nieve detrás de mí.

Al menos el olor misterioso había desaparecido. Era extraño, porque podía describir su perfume.

Solo que este segundo olor parecía estar lejos de ser un perfume o feromonas. Era algo realmente enigmático.

Fue entonces cuando sentí un ruido extraño proveniente del interior de la casa, y acto seguido un grito de Diana:

— ¿QUIÉN ERES?

Ella gritó de nuevo y se oyó un ruido de metal cayendo al suelo. Quizás era el atizador.

Golpeé la puerta con fuerza.

— ¿Qué está pasando ahí?

Diana abrió la puerta con los ojos muy abiertos y se encontró con mi pecho protegido por el abrigo.

La agarré por la cintura y le sonreí con malicia:

— Vaya, vaya, ¿alguien me echaba de menos? Si sigues con la cara en mi coraza, ¡no sé si seguiremos siendo jefe y empleada!

Ella me empujó, señalando con fuerza hacia el interior de la cabaña.

— ¡MIRA ESO! ¡NO ES HUMANO!

Arqueé una ceja, sintiendo realmente una presencia dentro de la cabaña.

Fue entonces cuando identifiqué a un gnomo vestido con ropas amarillentas. Sonrió rascándose la barba.

— Maldición... ¡Un Bugindin!

— ¿Qué? — Diana se protegía detrás de mí.

Avancé, volviendo al interior de la cabaña, y me enfrenté al travieso gnomo.

— ¡Fuera de aquí! ¡La chica tiene dueño!

Sentí un golpe seco en la espalda.

— ¡No soy tu chica y no tengo dueño!

El gnomo sacó la lengua y entonces me abalancé sobre él con las manos en alto. Escapó, saltando sobre la mesa y tirando algunas frutas. Cogió unos arándanos con su manita y los lanzó sobre Diana y sobre mí.

Me giré levantando la chaqueta para protegernos a los dos.

— ¿Por qué hay un gnomo en mi casa? — Ella apretó los dientes, mirándome.

— ¡No tengo ni idea!

El gnomo pasó entonces por la ventana cerrada convirtiéndose en humo. Desde fuera lo vimos correr por la nieve. Era tan ligero que no dejaba huellas. Desapareció entre los pinos de la fría noche.

Diana se quedó mirando con una mano en la barbilla el camino sin huellas, viendo cómo la criaturita desaparecía como por arte de magia.

— Qué raro...

— ¿Estás bien? —le pregunté, quitándome unos arándanos que se me habían pegado a la espalda del abrigo.

Ella asintió con la cabeza y dio un paso hacia dentro.

— ¡Todo bien, ahora puedes irte!

— ¿Cómo? Después de ayudarte, deberías darme las gracias, señora desagradecida!

— ¡Apuesto a que este pequeñín ha venido aquí siguiéndote, señor maleducado!

Antes de que Diana me cerrara la puerta en las narices por segunda vez, la detuve con la mano.

— Como agradecimiento, te dejaré hacer una entrevista de trabajo conmigo mañana. ¿Qué te parece?

— ¡Rechazo la oferta! Creo que no lo ha entendido, así que se lo diré despacio: no... quiero... formar... parte... de... su... equipo. ¡Que tenga un buen día, señor Ylmaz!

Sostuve la puerta un poco más.

No fue nada difícil. Frágil humana...

— Señora Perreut, necesitamos un administrador. Venga con su currículum y una propuesta salarial. Estoy seguro de que llegaremos a un acuerdo.

— ¡Espere! — Ella esbozó una sonrisa forzada y empujó la puerta para cerrarla.

La puerta volvió a golpearme en la cara.



CAPÍTULO 6: TARJETA METALIZADA

Diana Perreut

Había lobos.

Muchos lobos.

Quizás cuatro lobos a mi alrededor. Solo llevaba un vestido blanco de tela translúcida. Descalza. En medio de la nieve.

Sabía que era un sueño. *O incluso una pesadilla.*

Los lobos no parecían normales. Caminaban en círculos a mi alrededor. Sus huellas quedaban en la nieve, formando un círculo continuo. Cada uno de ellos era diferente. Y, todos juntos, diferentes de cualquier lobo que hubiera visto antes.

Los lobos medían un metro de altura cuando estaban a cuatro patas. Fácilmente superaban los dos metros si se ponían de pie.

El primero que vi era de pelaje blanco y ojos rojos. Parecía el más grande de los cuatro. El segundo tenía un pelaje oscuro y brillante. El tercero era de un marrón muy claro y tenía los ojos de un verde oscuro. Parecía un espejismo en medio de la nieve.

Al cuarto lobo ya lo reconocí. Era el hombre lobo que me salvó en el bosque hace veinte años. Tenía el pelaje marrón oscuro y los ojos de un color amarillo casi dorado.

Y entonces se detuvieron, mirándome. Los lobos gigantes se alejaron, excepto uno: el lobo de pelaje marrón y ojos dorados.

Se levantó sobre dos patas y se acercó. Podía sentir su calor acercándose, ignorando por completo la nieve que nos rodeaba. Tuve que levantar bien la cabeza para verle la cara. La faceta de un lobo rabioso. Mostrando sus enormes dientes afilados con la boca aún cerrada.

Aun así, me tomé la libertad de acercarme a él y tocarle el pecho. Podía sentir su calor cada vez más intenso. Como si mi sueño fuera cada vez más real.

Sus garras tocaron mi brazo y su calor me llenó aún más.

Dejé escapar una sonrisa y dije con calma:

— No soy tu enemiga. ¡Te recuerdo!

El hombre lobo no respondió. Solo dirigió la mirada hasta tocar la cicatriz de mi cuello. Sus enormes y peludas manos rodearon mi cuello como si fuera un palo.

— El cuchillo del cazador... ¡Estoy bien!

Su rostro se acercó, mientras curvaba el cuerpo para estar más frente a mí. Su calor parecía palpable ahora. Estábamos solo mi héroe y yo.

Sus manos bajaron entonces sobre mis pechos y gemí al tocar sus brazos anchos y fuertes. Bajé la mirada y vi algo enorme surgir entre sus piernas y el vello. Algo morado, ancho y lleno de venas.

Mi cara se sonrojó al volver a mirar su rostro. Sus ojos dorados parecían seguir mirándome.

Bajé la mano e intenté tocarlo, pero el hombre lobo me soltó y dio un paso atrás. El impacto en la nieve la hizo levantarse, haciéndome perder su calor.

— Yo... — Intenté pensar en algo—. Pensé que...

Fue entonces cuando gruñó. Un gruñido estridente que me hizo taparme los oídos mientras mis rodillas caían sobre la nieve. Fue suficiente para paralizarme.



Me desperté dando un salto de la cama y mirando el reloj de la mesilla, que marcaba las nueve y once de la mañana. Me toqué la frente y estaba sudada.

Metí los dedos debajo de la manta y los pasé por mi vagina. Examiné mis dedos pegajosos. Muy pegajosos.

— Qué sueño... —suspiré, todavía sintiéndome sonrojada y caliente.

Mi celular comenzó a sonar y lo cogí rápidamente al ver que era el número de una compañera que había conocido recientemente.

— ¿Hola? ¿Hellen?

— ¡Hola, Diana! ¿Qué tal? ¿Puedes hablar?

Salí de debajo de la manta, sintiendo un frío intenso a pesar de que la habitación estaba cerrada. Al menos sirvió para apagar un poco el fuego que sentía.

— ¡Sí! Estoy en la cabaña. Ya llegué a Hiverdoux y...

— ¡Lo sé! ¡De hecho, te llamo porque estoy aquí, en tu puerta!

Miré hacia la ventana de mi habitación y bajé las persianas. Desde el segundo piso pude ver parte del porche.

Hellen asomó la cabeza y me saludó con la mano desde lejos. Su amplia sonrisa era inconfundible.

Colgué el móvil y corrí a ponerme un abrigo y bajar lo más rápido posible. Aunque no nevaba, fuera de Hiverdoux hacía un frío intenso y cortante.

Abrí la puerta lo más rápido que pude y Hellen entró con los brazos abiertos. Nos abrazamos y ella me sonrió, mirándome a la cara.

— ¡No puedo creer que estés en Hiverdoux! Si mal no recuerdo, lo has estado posponiendo durante mucho tiempo, ¿no?

Me rasqué la mejilla y me dirigí a la cocina. Hellen me siguió.

— Te dije que vendría... Solo necesitaba valor. No es fácil revivir el pasado.

— ¡Lo sé, amiga mía! ¡Pero apuesto a que conocer a tu sobrina lo compensará!

Cogí dos tazas y puse agua a hervir.

— La conocí ayer. ¡Sofie es una niña muy enérgica! Se parece mucho a mi hermana...

Hellen sonrió, aplaudiendo.

— ¡Qué maravilla! ¿Y cuántos años tiene?

— Nueve. — Puse el café molido en el filtro y lo apoyé en la mesa.

Hellen miró al suelo, donde había algunas frutas esparcidas y la cesta partida por la mitad.

— ¿Y este desastre?

Puse los ojos en blanco, recordando «a él».

— ¡Es un imbécil que conocí! En fin, es dueño de una tienda de artículos deportivos para la nieve y vino a intentar contratarme después de insultarme.

Hellen abrió mucho los ojos y tiró de una silla.

— Qué específico... ¿Y cómo es?

— ¡No importa, Hellen! Lo que importa es que no voy a trabajar con un idiota que me insultó. ¡Eso es todo!

— Di, no seas orgullosa... Las dos sabemos que lo dejaste todo para venir aquí en busca de dos cosas. Estás utilizando todos tus ahorros.

— Encontraré trabajo en otro sitio. ¡En Wolf Sports no!

Hellen suspiró y cogió una taza. Le serví el café y cogí unos paquetes de la cesta, que contenían tostadas. Me senté a su lado.

— Cambiando de tema... ¿Has buscado algo sobre los lobos?

Negué con la cabeza.

— No... Bueno, llegué ayer. Todavía tengo intención de investigar por ahí. Si tu corazonada es cierta, parece que viven en Hiverdoux. Y tengo motivos para creer que ese pueblo tiene cierto... misticismo.

Hellen me miró con media tostada en la boca.

— ¿Por qué dices eso?

— Ayer vi un gnomo. ¡Aquí, en la cabaña!

No parecía sorprendida. Solo bajó la mirada y se rascó la cabeza.

— Siempre he oído hablar de esas criaturas en Hiverdoux. Hay un cuadro en la biblioteca que explica quiénes son cada uno.

— ¿Cuánto tiempo llevas viviendo aquí?

— ¡Nací aquí!

— ¿En serio? ¿Por qué no me lo has dicho?

Hellen tomó otro sorbo de café y dejó la taza.

— Creía que te lo había dicho. Bueno, la razón por la que he vuelto aquí es para entregarte esto. — Rebuscó en el bolsillo de su abrigo y sacó una tarjeta metálica. Solo había un número escrito en negro. — En mis investigaciones, descubrí que hay un grupo de personas que buscan a los «lobos». Se llaman la Hermandad de Plata. Te recomiendo que los llames y hables con ellos.

Cogí la tarjeta y analicé su textura. Parecía hecha de metal, aunque era muy flexible, como el plástico. Incluso reflejaba la poca luz que llegaba a la cocina.

— Hermandad de Plata... Creo que puedo ponerme en contacto con ellos. ¡Gracias! Sé que debe ser difícil creer en los hombres lobo...

Hellen se levantó y le dedicó su sonrisa más tierna.

— Yo te creo, Di. Pero, si quieres un consejo, te sugiero que consigas el trabajo, o no tendrás recursos para continuar con tu investigación.



CAPÍTULO 7: LA MANZANA VERDE

Gregor Ylmaz

Lyrolf entró en mi oficina justo cuando estaba buscando información en Internet. Buscaba datos sobre los gnomos.

— ¡Greg! ¿Ya te has disculpado con la mujer de ayer?

— ¡No voy a pedir perdón! —gruñí sin dejar de mover el ratón—. Le he dado otra oportunidad. Debería aparecer en cualquier momento.

Suspiró y se dirigió hacia mi mesa. Cogió mi taza de café y aspiró el aroma como un adicto.

— Podrías ser menos duro con ella, ¿no? ¿Qué tal si intentas hablar con ella amigablemente o dejas que Recursos Humanos se encargue de su contrato? Incluso podemos cambiar de mesa.

Me levanté bruscamente y Lyrolf dio un paso atrás.

— ¡Tú no me das órdenes!

Se rascó la cabeza y esbozó una sonrisa pícara.

— Al menos podrías ser más comprensivo. ¡Ella no sabe que tienes la nariz sensible!

Gruñí, apretando los puños.

— No tengo la nariz sensible, tú...

Antes de que pudiera insultarlo, llamaron a la puerta y ella la abrió.

Milena se ajustó las gafas y nos hizo un gesto con la mano.

— La señorita Diana Perreut está aquí.

Lyrolf se volvió hacia mí con una amplia sonrisa.

— ¿Hago la entrevista?

— ¡Ni hablar! ¡La hago yo! —ordené—. Milena, hazla pasar. ¡Asegúrate de que no lleva ese perfume tan asqueroso!

Milena salió apresuradamente y yo me levanté. Le quité la taza a Lyrolf y le ordené:

— ¿Por qué no te das un paseo?

Él puso los brazos detrás de la cabeza.

— ¡Tu sentido del humor es admirable! Bueno, nos vemos en unas horas. ¡Adiós, Greg!

Lyrolf salió de la sala justo cuando Diana pasaba por delante de él. Se volvió hacia mí, me guiñó un ojo y se marchó antes de que pudiera insultarlo.

Diana tenía una mirada escéptica. Como si esperara algún insulto. Esta vez me controlé. Su aroma era más natural, sin el perfume de antes. Eso agradó a mi olfato.

Llevaba su habitual abrigo rojo y una camisa de cuello alto. Llevaba el pelo suelto. Sus ondulados mechones eran de color castaño oscuro.

Milena se interpuso entre nosotros y, antes de que pudiera abrir la boca, me adelanté:

— Puedes irte, Milena. Yo me encargo de la contracción de la señorita.

Diana dio un paso adelante mientras Milena salía de la habitación.

— ¿Café, señorita Perreut?

— No, gracias. Estoy bien así.

— ¡Nadie está bien sin café! ¿Quiere azúcar o edulcorante? Dudo que lo tome solo.

Ella puso los ojos en blanco.

— No, gracias... Ya le he dicho que no quiero su café. De hecho, solo estoy aquí porque tengo una propuesta.

— ¿Cómo puede alguien de su tamaño ser tan petulante? ¿Cuántos años tiene, señorita?

Diana dio una patada en el suelo como una niña malcriada. Soltó entre dientes:

— ¡Usted es un ogro! —Respiró hondo, moviendo las manos —. Mire, así no llegaremos a ninguna parte. Usted necesita un empleado en la administración y yo necesito un trabajo. ¿Qué vamos a hacer?

Le hice un gesto para que se sentara en la silla frente a mi escritorio.

— ¡Tienes razón, señorita impaciente!

Diana se sentó, todavía con los ojos entrecerrados. Sacó un sobre de una carpeta que llevaba y me entregó su currículum.

— Aquí está. Si lo necesita, incluso tengo una carta de recomendación de Bulistrenix.

Arqueé una ceja después de leer la primera línea con su nombre.

— ¿Qué nombre es ese? ¿Te lo has inventado?

— ¡No seas estúpido! ¡Bulistrenix es el rector de una de las universidades más importantes de Inglaterra, donde trabajé durante seis años!

Me encogí de hombros y volví a leer el currículum.

— Vale... —Suspiré, ignorando la mayor parte—. ¿Has traído tus pretensiones salariales?

Diana asintió con la cabeza y sacó un pequeño papel de la carpeta.

Lo cogí rápidamente y abrí mucho los ojos, inclinándome hacia delante.

— ¡No sabía que la señorita era tan bromista! ¡Ese salario es más alto que el de nuestro antiguo empleado!

— ¡Ese es el salario! Es eso o nada.

— Ni hablar. Tendré que rebajarlo un cincuenta por ciento.

— ¡Cinco por ciento!

— ¡Cuarenta!

— ¡Siete, o me levanto ahora mismo y me voy por esa puerta! — Apuntó hacia la puerta.

Me levanté de la mesa y ella hizo lo mismo desde su silla. Nos miramos fijamente durante un buen rato hasta que di un golpe en la mesa y acepté:

— Está bien... Está bien... Creo que después de lo que he hecho es justo. O casi...

— ¡Aún no hemos terminado!

— ¿Cómo? Si estás hablando de beneficios y leyes laborales, ¡por supuesto que eso está incluido!

— No digo eso. Antes de contratarme, me va a comprar una manzana verde. ¡Exactamente como la que comió en mi casa!

Crucé los brazos y miré a la bajita con severidad.

— Debes estar bromeando... ¿Por casualidad tienes cinco años?

— Esa es mi condición, señor Ylmaz. ¡O lo toma o lo deja!

— Ni de coña te voy a comprar una manzana. ¿Me ves con cara de hada madrina?

Diana se encogió de hombros y sacó su currículum de la mesa.

— No me importa... ¡Sé tú el hada madrina o el lobo feroz!

Gruñí, sin paciencia:

— Con esas pretensiones salariales, no vas a encontrar trabajo en Hiverdoux. ¡Deja de hacerte el difícil y acepta la reducción del siete por ciento antes de que renuncie a contratarte!

— ¡El único que se hace el importante aquí es usted! Y en cuanto al salario, ¡lo sé muy bien! ¡Esa pretensión salarial fue hecha

específicamente para Wolf Sports! ¡Una generosa bonificación por aguantar a alguien como usted!

Abrí mucho los ojos e me incliné hacia delante. Diana hizo lo mismo y solo una mesa nos separaba.

Por primera vez en mucho tiempo, quise volver a comer carne humana.

— Señorita, usted es extremadamente difícil... ¡Creo que no encajará aquí en mi tienda!

— Usted es un arrogante de primera categoría. Yo misma me estoy dando cuenta de que quizá este no sea mi lugar.

En ese momento se abrió la puerta y apareció Lyrolf con su sonrisa burlona.

— Vaya, lo siento, ¡pensaba que ya habías terminado!

— ¡Y una mierda! —le espeté—. ¡Estabas escuchando detrás de la puerta!

Me ignoró y se dirigió hacia Diana. Le tendió una taza de café. La bajita la aceptó.

— ¡Gracias, Lyrolf! — Diana bebió y se volvió hacia mí.

— ¡De nada! — Lyrolf me sonrió y luego a ella. — ¿La señorita quiere una manzana verde? ¿Es eso? Se la puedo traer ahora mismo. ¡Por casualidad, iba a ir al mercadillo del pueblo!

Diana negó con la cabeza y me frunció el ceño, como si se convirtiera en otra persona al enfrentarse a mí.

— Gracias, Lyrolf, pero no. Quiero que lo haga el señor Ylmaz, al fin y al cabo, ¡fue él quien irrumpió en mi casa y se comió mi manzana!

— DEBERÍA HABÉRMELA COMIDO...

Pero Lyrolf me tapó la boca antes de que pudiera continuar.

— ¡Él comprará la manzana, señorita Diana! ¡Y yo mismo iré con él para ver todo el proceso! Dicho esto, ¡bienvenida a Wolf Sports!



CAPÍTULO 8: VIDENTE

Gregor Ylmaz

Miré detenidamente algunas manzanas verdes en el mercado y Lyrolf me tocó el brazo.

— ¡Cuanto antes compre la manzana ideal, antes volveremos al trabajo!

Le di un golpecito en el brazo.

— ¡Si no fuera por ti, no estaríamos en esta situación!

— Si no fuera por mí, la habrías perdido otra vez. No todos los días aparece alguien cualificado para un puesto específico en la empresa. Además, tiene muchos años de experiencia. Una señal de que no robó nada en su último trabajo.

— Eso es especular... ¡Quizás baste con llamar a ese rector de nombre dudoso y descubriremos que todo es mentira! ¡Incluso su nombre!

Empezó a nevar fuera del mercado, situado en la plaza central. El espacio recibía luz del exterior y estaba repleto de frutas y verduras traídas en camionetas al servicio de Gael.

Y hablando del estaroste, apareció, ajustándose las gafas. Esta vez, en su cabeza había una especie de ciempiés.

— ¡Eh! —Cogí el insecto y lo lancé lejos.

Gael soltó una risita.

— ¡Vaya! ¡Debe haber sido Gan! ¡Gracias por tu ayuda, Greg! ¿Cómo están? ¿Alguna novedad sobre la contratación de la señorita Diana?

Lyrolf respondió antes que yo:

— ¡Todo bajo control! ¡Acaba de ser contratada!

— ¡Qué maravilla! — Gael juntó las manos y me dedicó una amplia sonrisa—. Contratarla es un gran favor que me hacéis. ¡Muchas gracias!

Crucé los brazos.

— ¿De verdad? ¿Por qué? ¿Por casualidad es una reclusa? ¿Ha matado a alguien o...?

Gael se rió a carcajadas y negó con la mano:

— ¡Qué va! Solo es una mujer que busca trabajo cerca de su sobrina. Está aquí para revisitar el pasado y así aprender más sobre su propio futuro.

Suspiré y me encogí de hombros.

— Espero que no nos cause problemas. — Me volví hacia la vendedora que atendía los manzanos. — Oiga, prepáreme una bolsa con una docena... ¡No! ¡Póngame unas treinta manzanas verdes! Ya que a la pesada le gustan tanto las manzanas... ¡Intente coger las que tengan más gusanos!

Lyrolf me empujó y me explicó:

— ¡Con seis ya es suficiente, gracias!

Gael soltó una risita irritante.

— Bueno, si me disculpan, tengo que irme. ¡Buen trabajo a todos!

Nos despedimos y cogí la bolsa con las manzanas. Me dirigí hacia la salida junto con Lyrolf y salimos.

A pesar de la nieve, el frío no nos afecta. Caminamos viendo a la gente dirigirse a lugares seguros mientras se acercaba una

tormenta de nieve.

Lyrolf señaló la torre del reloj y se volvió hacia mí.

— Creo que aún tenemos tiempo. ¿Qué tal si consultamos a la vidente?

— ¿Por qué? — Apreté los dientes.

— ¡Podemos saber más sobre Diana!

— ¿Y por qué crees que quiero saber algo sobre esa pesada?

Lyrolf se pasó las manos por el cabello oscuro con tonos grisáceos y suspiró.

— Ya no eres un Omega, Greg... Ya no tienes que vivir en soledad. Quizás, si te lo permites, sé que...

Apreté el puño que sostenía la bolsa con las manzanas y lo interrumpí:

— ¿Por qué no te ocupas de tu vida y me dejas ocuparme de la mía?

Fruncí el ceño, viéndolo aún con aire cansado.

La nevada arreciaba y nos dimos cuenta de que solo estábamos nosotros en medio de la plaza de Hiverdoux. Lyrolf siguió caminando hacia la torre del reloj.

— ¡Eh! ¿Adónde crees que vas?

— Voy a consultar a la adivina. ¡Te dejo seguir con tu vida!

Su voz se hizo más lejana a medida que la nevada aumentaba. Sentía la nieve tocar mi piel y evaporarse casi al instante.

Resoplé y seguí a Lyrolf en contra de mi voluntad.

La verdad es que todavía estoy tratando de entender cómo funciona la vida entre los humanos. Controlar los sentidos de las bestias era una tarea ardua y constante. Un paso en falso y sería cazado.

Aunque Lyrolf me irritaba, lo cierto es que era mi veterano. Tenía que respetarlo en esta nueva etapa de mi vida.



La cabaña de piedra cerca de la torre del reloj era pequeña y de dos pisos. Había un letrero con cristal para protegerla de la nieve.

Decía:

«Oniromante»

Lyrolf tocó el timbre mientras la ventisca seguía sin cesar. Solo había un pequeño toldo en la entrada. La nieve cubría nuestros abrigos y barbas.

— Vaya, pensé que no querías venir. — Esbozó una amplia sonrisa.

Extremadamente irritante.

— Solo estoy siendo cordial... —dije entre dientes.

La puerta se abrió y una señora de metro y medio se presentó. Quizás tenía unos setenta años. A pesar de las arrugas en su rostro, sus ojos tenían un color radiante. Azules cristalinos como las aguas de las Maldivas.

— ¡Lobos! —Sonrió ampliamente, mostrando sus dientes blancos—. ¡Pasen!

Dio un paso atrás y señaló el perchero. Dejé mi abrigo y la bolsa de manzanas verdes.

Lyrolf cogió una de las manzanas y se la entregó a la anciana.

— ¡Para usted!

— ¡Qué amable! —Sonrió de nuevo y llamó desde lejos a un señor que estaba dentro de la cabaña—. Oswaldo, ¡prepara un té para nosotros! Uno de hierbas frías, ¿entendido?

El tal Oswaldo asintió desde lejos y se dirigió hacia lo que parecía la cocina.

Aprovechamos para limpiarnos la nieve acumulada y luego seguimos a la vidente hasta los escalones.

— ¿Cómo está Wolfgran? —preguntó la anciana, subiendo delante.

— ¡Está bien! Trabajando mucho y preparándose para la Navidad.

Seguimos los escalones hasta llegar a una puerta de un metro setenta. Lyrolf y yo tuvimos que agacharnos para seguir a la vidente.

La sala ya tenía la chimenea encendida. En el centro había una mesa redonda cubierta con un mantel morado. En el centro había una bola de cristal. Las ventanas estaban cerradas con persianas moradas con detalles dorados.

Cerró la puerta y nos indicó las dos sillas. Nos sentamos mientras ella se dirigía a lo que parecía un trono, al otro lado de la mesa.

En una mesita junto a la chimenea, la vidente encendió una vela intensa y rápidamente identifiqué que era de enebro. Moví la nariz, tratando de no concentrarme en el olor, y ella me sonrió.

— ¡Vas a estar bien! El enebro equilibra tus chakras.

Llamaron a la puerta y Oswaldo apareció con una bandeja en las manos. La colocó sobre la mesa con tres tazas y un azucarero con terrones de azúcar.

El aroma que se desprendió era de valeriana, junto con menta.

En el momento en que Oswaldo salió y cogimos nuestras tazas, la vidente me sonrió.

— Estás teniendo sueños extraños, ¿verdad?

Miré mi taza y asentí con la cabeza.

— Hace ya unos días... No es nada grave.

La vidente negó con la cabeza.

— No ignores tus visiones. Siempre significan algo.

Lyrolf preguntó, agarrándome por el hombro:

— Hay alguien en su camino que parece molestarlo más de lo normal.

Me encogí de hombros hasta que su mano se apartó y gruñí:

— ¡Es difícil convivir con ella, como con cualquier persona!

La anciana tocó la bola de cristal y sonrió:

— Ah, sí, veo a una mujer recién llegada a Hiverdoux. Y parece que tiene una conexión contigo... Algo relacionado con el pasado, con otras épocas.

Me levanté, golpeando la mesa, y fruncí el ceño.

— ¡No voy a caer en esa charla, vieja! ¡Esa mujer no es nada! ¡Nada!

Lyrolf intentó tocarme, pero lo esquivé.

Salí de la cabaña a zancadas.



CAPÍTULO 9: GUISADO DE SETAS

Diana Perreut

Llegaron las manzanas verdes y pude empezar mi trabajo.

Milena fue quien me orientó el primer día. Me mostró los programas que se utilizaban, los horarios e incluso me habló de la fiesta que habría más tarde. Era el cumpleaños de un empleado del departamento comercial.

— Diana —Milena se detuvo antes de salir de mi oficina—, ¿puedo preguntarte algo?

— ¡Claro! —Me intrigó un poco el tono que utilizó.

— Tú y el jefe... Quiero decir, Gregor... ¿Hay algo entre vosotros?

Arqueé una ceja.

— ¿Además de odiaros mutuamente? Ni hablar... Debes de haberlo confundido con otra cosa si crees que...

— Vivo en una cabaña cerca de la tuya. Vi cuando él fue allí, te echó del hombro y cerró la puerta. Entonces...

Negué con la cabeza enérgicamente.

— ¡Eh! ¡No saques conclusiones precipitadas! Él entró en mi casa, se comió mi manzana verde —cogí la bolsa con las manzanas verdes y la agité—, e intentó contratarme. ¡Eso es todo! ¡De verdad!

Milena asintió con la cabeza mientras se ajustaba las gafas.

— Lo siento si te ha parecido descortés por mi parte, solo quería entender...

— ¡Ah, no te preocupes! No pasa nada. Créeme: él y yo no tenemos nada en común.

— Gregor puede ser un poco duro a veces, ¡pero tiene buen corazón! Siempre está dispuesto a ayudar, hace voluntariado y le encantan los niños.

Intenté sonreír, pero sonó falso. No podía imaginarme a ese gruñón haciendo nada de eso.

— ¡Qué bonito, Milena! Parece que lo admiras.

Ella bajó la cara y se sonrojó casi al instante.

— Bueno... Soy una gran admiradora del jefe. ¡Es increíble! ¿Sabías que es soltero?

¡No es ninguna sorpresa! ¿Quién en su sano juicio se quedaría con un tipo tan estirado?

— ¡Qué increíble!

— ¡Sí! — Milena sonrió, pasando un mechón de pelo detrás de la oreja.

— Espera... ¿Te gusta? — Levanté una ceja y creo que hice una mueca.

Milena se sonrojó aún más. Bajó la mirada y esbozó una sencilla sonrisa.

— ¿Podemos mantener esto en secreto? ¡Creo que solo es algo platónico!

— Vaya... ¡Estoy sorprendida! ¡Claro! Lo mantendré en secreto.

— ¡Gracias, Diana! Llevo varios años trabajando con él, pero nunca ha dado señales de que le guste nadie. Además, siempre se niega a salir conmigo a solas. Solo una vez fuimos a la taberna a tomar algo juntos. No hizo ningún avance...

Me llevé la mano a la barbilla, pensativa.

Gregor era alto, musculoso, de hombros anchos, barba bien recortada, rostro bonito y ojos admirables. Incluso tenía una voz ronca y seductora.

Podía entender por qué alguien de lejos se enamoraría de él.

Sin embargo, es maleducado y gruñón.

¿Cómo podía Milena sentir eso por él?

— ¿Sabes, Diana? Tú aquí me haces más feliz. Ahora somos dos mujeres en la oficina de Wolf Sports. ¡Es bueno tener una amiga! Sobre todo porque yo no me llevaba bien con Toni.

— ¿Toni?

— Es el chico que fue despedido por causa justificada. Robó mucho dinero de la tienda. Fue él quien fue expulsado. Parece que incluso nos va a demandar.

Nos interrumpió uno de los empleados del departamento comercial, que nos llamó para la fiesta.

Cogí mi abrigo rojo de la silla y salí junto a Milena.



El salón de fiestas de la empresa estaba en la parte de atrás. Había algunas mesas, un bufé, karaoke, una mesa de billar y todo climatizado y con techo de madera. Había una gran lámpara de araña que iluminaba todo el espacio.

En una mesa cerca del karaoke había un gran pastel blanco con algunas velas y globos de cumpleaños con los colores de Wolf Sports.

Milena señaló a una persona en la distancia.

— Ese es el cumpleañero.

Pero mis ojos se fijaron en Gregor, que abrazaba al cumpleañero. El jefe le entregaba un regalo envuelto en papel amarillo con un lazo blanco.

Luego se volvió hacia mí y nuestras miradas se cruzaron, y rápidamente desviamos la vista.

Milena saludó con la mano desde lejos, dirigiéndose hacia el jefe. No me di cuenta de que me había cogido de la mano y me había tirado hacia ella.

—¡Hola, jefe! Le pasé toda la información a Diana. Ha sido un día muy prometedor.

Gregor me miró de arriba abajo, aprovechando su generosa altura.

— ¡Gracias, Milena! Espero que la señorita Perreut no te haya dado mucho trabajo. ¿Estás contenta con las manzanas?

Puse los ojos en blanco, adoptando una postura defensiva.

— ¡Las manzanas están estupendas! Creo que ahora estamos en paz.

— Eso espero. Solo espero que no vuelvas a hacer ninguna tontería.

— ¿Travesura? ¿Te refieres a que entraste en mi casa y te comiste mi manzana?

Milena agitó las manos.

— ¡Es noche de fiesta, chicos! Nada de discusiones esta noche.

Cruzamos los brazos y miramos en direcciones opuestas.

Gregor se alejó de nosotros y se fue a saludar a otros empleados. Me fijé en que un chico se le acercó y le entregó un cuenco del que salía humo. Se percibió un delicioso aroma a pimentón ahumado.

— ¿Qué es eso? —Señalé el cuenco que Gregor sostenía.

Milena me explicó:

— Es estofado de setas. El jefe está a dieta estricta y se trae la comida de casa.

— ¿Dieta estricta? ¿Alguna enfermedad?

Mielan negó con la cabeza.

— No... Por lo que sé, es más bien algo personal.

Gregor tomó dos cucharadas del guiso humeante y, acto seguido, un empleado lo llamó para dar un discurso. Dejó el plato en una mesa y subió al escenario, cerca del pastel de cumpleaños.

Los ojos de todos se fijaron en el jefe, mientras los míos se fijaban en el cuenco.

Los pensamientos intrusivos me dieron entonces la siguiente idea:

¿Qué tal si le doy una o dos cucharadas al guiso?

Podría ser una buena forma de vengarse por la manzana verde que se comió Gregor, ¿no?

El olor a pimentón es tan delicioso... Quizá una cucharada no haga ningún daño.

Además... ¡nadie está mirando!

¡Después se lo puedes echar en cara a tu jefe!

Me reí para mis adentros y Milena se volvió hacia mí con una ceja levantada.

— ¡Nada! —Me encogí de hombros—. Son cosas que se me pasan por la cabeza.

Milena volvió a mirar al frente y el jefe comenzó su discurso. Agradeció a todos los presentes y elogió al empleado que cumplía años.

Di un paso hacia un lado hasta que pude tocar el mango de la cuchara, junto al plato. Miré a mi alrededor y no había nadie prestándome atención.

Cogí la cuchara y, con un movimiento rápido, tomé un poco del guiso y lo comí. Me quemé la lengua.

¿Cómo es que Gregor no se quemó la boca?

El sabor era delicioso, con setas shiitake, paris y portobello, además de otros ingredientes como cebolla, ajo, pimentón ahumado y tomillo.

Aproveché que nadie se dio cuenta y tomé una segunda cucharada generosa, esta vez soplando con cuidado. Y el sabor

invadió mi garganta de forma más suave.

¡Estaba realmente delicioso! Sin duda lo intentaría en casa.

Pero esta vez sentí un sabor un poco amargo al final. Como si fuera un hongo diferente que no pude identificar.

— ¡Oye! —Oí la voz de Gregor estallar en medio de mi discurso.

Me giré rápidamente y vi que me observaba, pero apartó la cara rápidamente para que nadie se diera cuenta. Sin embargo, Milena me vio. Todo sucedió muy rápido, dejé caer la cuchara al suelo cuando ella me preguntó, susurrando:

— Diana, ¿qué estás haciendo?

— ¡Dándole su merecido! —dije con orgullo.

Todos aplaudieron al final del discurso del jefe y luego le tocó al empleado que cumplía años en el karaoke. Cantó «Give It Up», de la banda KC & The Sunshine Band.

Gregor se acercó a mí con pasos largos. Intentó tocarme, pero lo esquivé.

— ¡Humana tonta! —gruñó.

Me quedé un poco confundida e incluso me hizo gracia la forma en que lo dijo.

Milena intentó intervenir, pero yo le respondí más rápido.

— ¡Creo que ahora estamos en paz, señor Ylmaz!

— ¡Vamos! Te llevo a casa.

Milena negó con la cabeza, un poco absorta.

— ¿Cómo?

De repente, mi cabeza se sintió extraña. Tuve que apoyarme en la mesa para no caerme. La música sonaba más alta y la letra era confusa. Los colores del salón comenzaron a saturarse.

Entonces apareció un unicornio parlante, cagando un hermoso arcoíris con la cola lila levantada.

Intenté apoyarme un poco más, pero mi brazo resbaló. Gregor me sujetó a tiempo, antes de que cayera al suelo.

— Milena, avisa a todos que he tenido que llevar a la señorita Perreut a casa. Encárgate de todo aquí. Por cierto, podéis

cortar el pastel sin mí. Hoy no volveré.

Intenté decir algo, pero lo único que salió fue:

— ¡CALOPS DE LAI CROISS!

Milena se ajustó las gafas con mirada confusa. Poco a poco, su rostro se fue poniendo verde, como si acabara de beber una bebida azul con sabor a jamón.

Gregor me cogió en brazos y me susurró:

— Humana tonta...



CAPÍTULO 10: RIESGO DE HIPOTERMIA

Gregor Ylmaz

Llegué a la casa de Diana en medio de la nieve. Si no fuera por el cinturón de seguridad que le había puesto, su cabeza estaría rebotando como una pelota de baloncesto contra el cristal.

En cuanto salí del coche, la cogí en brazos y entré en la cabaña lo más rápido posible. Noté que estaba delirando aún más que antes. Decía palabras confusas y extrañas. Empezó a reírse a carcajadas sin motivo y jugaba con los dedos, tocándome la barba.

Encendí la chimenea y enseguida me di cuenta de que la leña se acabaría. Quizás ni siquiera duraría toda la noche.

Humana tonta...

Estaba completamente seguro de que si la dejaba allí sola en ese estado, no estaría viva para pedirme perdón. Tampoco podía salir a recoger leña. Solo había una forma de mantenerla caliente y a salvo.

Dejé a Diana en la cama mientras cogía dos mantas que encontré en el armario de la habitación contigua.

— ¡RASMOLIGUS ASADO! —gritó, con el dedo índice levantado. Luego se rió, como si fuera lo más gracioso del mundo.

— Eso es lo que pasa cuando una humana como tú bebe de mi estofado.

— ¡MUSCA, DUSCA... DUNDÁ! — Y volvió a reír, sonrojada, sentada en la cama.

Puse los ojos en blanco y me senté en una silla junto a su cama. Acerqué mi mano a su frente y comprobé que no tenía fiebre.

Corrí al piso de abajo y le traje agua. Le hice beber hasta que se sintió mejor.

— RASMOLIGUS...

Fue entonces cuando sentí un escalofrío recorrerme y miré hacia la ventana. La nieve se había convertido en una intensa ventisca, hasta el punto de abrir el cristal.

— ¡Maldita sea! — Me levanté lo más rápido que pude y cerré la ventana.

El viento que entró fue suficiente para ensuciar un poco el suelo de nieve y hacer temblar a Diana. Le temblaban los dientes y sus palabras sin sentido se volvieron aún más extrañas.

Me acerqué a la cama e intenté tumbarla. Le toqué la cara y tragué saliva, sintiendo que mi cuerpo se ponía raro.

— Eres la peor empleada que he tenido. Y eso que solo es tu primer día... ¡Debería despedirte!

Pero Diana no respondió. Giró la cara hacia la almohada y empezó a respirar por la boca. Entrecerré los ojos y me acerqué hasta oír un ruido extraño. Intenté agudizar el oído hasta reconocer el carraspeo.

— Mierda... Tienes bronquitis. ¿En qué coño estabas pensando al venir a Hiverdoux?

Poco a poco, Diana empezó a temblar, a pesar de tener dos mantas. Toqué la pared de la cabaña y noté que la temperatura interior estaba bajando, mientras la ventisca aumentaba en el exterior.

— Humana tonta... Por lo visto, Darwin tenía razón...

Diana me miró, con los pulmones aún haciendo esos ruidos casi parecidos a maullidos.

— Husteeeeerr...

Arqueé una ceja y me arrodillé frente a la cama.

— No entiendo ni una sola palabra de lo que dices.

— Husteeeeerr... — Esta vez su voz sonó más temblorosa que nunca.

Entonces miré la cicatriz de su cuello. La pequeña parte que no estaba oculta.

Estaba en mi sueño. Aunque ella nunca debía saberlo.

— Voy a decirte algo, ya que no lo recordarás cuando pase el efecto del guiso... Sé que eres la chica de hace veinte años. La niña que fue atacada por el cazador. Sé que tus feromonas pueden destruirme, señorita Perreut.

Diana no dijo ni una palabra. Seguía abriendo la boca e intentando respirar, mientras sus pulmones protestaban.

La temperatura ambiente comenzó a bajar rápidamente. La ventisca no daba señales de amainar y parecía que la leña de la chimenea del salón estaba perdiendo fuerza. Diana empezó a temblar cada vez más.

Le toqué la frente y noté que estaba helada. Apreté los dientes, tratando de ajustar rápidamente las mantas.

— Solo hay una forma de evitar que muera... —dije entre dientes, tocándole de nuevo la frente—. El problema es que querrá matarme cuando despierte del efecto de la droga.

Me quité el abrigo y lo tiré sobre la silla. También me quité las botas y algunas cosas del bolso. La miré fijamente, que aún temblaba bajo las mantas.

Tragué saliva, tratando de recordar el entrenamiento de Wolfgran.

— Soy medio humano... soy medio humano...

Respiré hondo y me lancé bajo las mantas con ella. Me quedé frente a Diana, que aún temblaba, con los dientes castañeando. La envolví en un fuerte abrazo y cerré los ojos,

tratando de despertar una de mis habilidades iniciales: la doble capa de pelo.

Mi cuerpo fue aumentando de temperatura, a medida que parte de mi pelaje se volvía más grueso más allá del subpelo.

El subpelo actúa como aislante, reteniendo el calor cerca del cuerpo, mientras que la capa externa protege contra el viento, la nieve y la humedad.

Poco a poco, Diana volvió a entrar en calor hasta que sus pulmones dejaron de emitir sonidos audibles para los humanos. Me alegré al verla balbucear una palabra extraña, señal de que estaba volviendo a la temperatura normal.

Acerqué mi nariz a su cuello, cerca de la cicatriz, y eso despertó sentidos que antes parecían dormidos. Me alejé, echando la cabeza hacia atrás, pero manteniendo los brazos alrededor de su pequeño cuerpo.

— Husteeeeerr...

— Sí... — balbuceé, apretándola con más fuerza. — Huster para ti también, pesada...



Abrí los ojos y me sorprendió haberme quedado dormido. Todavía estaba abrazado a Diana. Ella dormía, roncando ligeramente y con cansancio. Sus labios temblaban con un suave suspiro.

Respiré hondo, concentrándome en recuperar mi pelo humano. Ahora seguía nevando por la ventana, pero mucho menos que una ventisca.

Me quedé un rato más abrazado a ella, porque sabía que la leña de la chimenea se había acabado y la cabaña estaba helada.

O tal vez la abrazaba porque sentía que era lo que tenía que hacer. Una especie de adicción a sus feromonas.

Pasé años entrenando con Wolfgran y no podía ignorarlo todo solo porque me sentía extraño cerca de una simple hembra.

Quizás para Diana yo era el héroe de aquel día en que fue atacada por un cazador en el bosque, solo que yo lo hice sin pensar en ella. Lo hice para alimentarme. Para proteger mi territorio de un cazador infame como aquel.

— Yo... — La voz de Diana sonó un poco distante, con los ojos aún cerrados y apretados, como si estuviera soñando.

Entonces abrió lentamente los ojos y pude ver cómo su rostro sereno se tensaba, con una arruga en la frente. Rápidamente aparté los brazos, liberándola de mi abrazo, pero ella me dio una fuerte patada, empujándome con prisa.

Caí de la cama con la espalda en el suelo mientras la oía gritar claramente:

— ¿QUÉ CREES QUE ESTÁS HACIENDO?



CAPÍTULO 11: EXPLICACIONES

Gregor Ylmaz

Tenía los ojos muy abiertos. Me señalaba con el dedo índice mientras yo seguía en el suelo y ella estaba de pie en la cama.

— ¿QUÉ CREES QUE ESTÁS HACIENDO? — repitió la pregunta.

Puse los ojos en blanco y me levanté del suelo.

— Has estado a punto de morir de hipotermia. Si no hubiera sido por mí, ¡habrías muerto!

Saltó de la cama y volvió a ponerse más baja que yo.

— ¡Te voy a demandar! ¿Qué me has hecho? ¡PERVERTIDO!

Levantó las manos y la contuve fácilmente, tirando de sus brazos y sujetándola en un abrazo. Se sonrojó, tratando de soltarse, hasta que me dio una rodillazo en los testículos.

Mis rodillas cedieron y solté un grito ahogado mientras todo mi cuerpo temblaba de dolor. Bajé la cabeza, viendo estrellas detrás de mis ojos.

— Maldita...

Diana salió corriendo de la habitación y cerró la puerta. Oí el ruido de algún mueble siendo arrastrado fuera.

Cuando conseguí levantarme, caminé lentamente hacia la puerta y me di cuenta de que estaba atrapado por dentro. Golpeé varias veces más después de girar el pomo, pero no pasó nada.

— ¡Voy a llamar a la policía! —gritó ella desde el otro lado de la puerta.

— ¡Si me hubieras escuchado primero, sabrías lo que pasó realmente, señorita pesada! —gruñí, dando otra palmada en la puerta de madera—. ¡Abre la puerta y deja de ser tan irritante!

— ¡Usted es el irritante!

Respiré hondo y me puse la mano en la frente.

— Señorita Perreut, se ha bebido mi estofado y se ha drogado. He tenido que traerla a casa y se le estaba acabando la leña. Si no le hubiera cedido mi calor, ¡ni siquiera se habría despertado esta mañana!

— Qué cuento para dormir a los niños...

Puse los ojos en blanco y respiré hondo para no derribar la puerta. Incluso en forma humana, sería tan fácil como para un humano común intentar derribar una puerta de papel.

— Cree lo que quieras, pero te sugiero que vayas a ver tu chimenea. Testaruda...

— ¡RUDE! —gritó ella.

Oí unos pasos. Incluso el crujir de los escalones al bajar hacia el primer piso. Esperé pacientemente, sentado en la cama con los brazos cruzados.

De nuevo el crujido de la madera en los escalones y los pasos apresurados hacia la habitación. Me levanté mientras ella arrastraba el mueble que bloqueaba mi paso.

Diana abrió la puerta con los ojos entrecerrados.

— Vale... Se me ha acabado la leña, ¡pero tú no me conoces! No es un clima como el de Hiverdoux lo que va a dejarme con hipotermia.

Solté un suspiro lejano que la hizo fruncir el ceño.

— ¡Señora Perreut, tiene bronquitis! La muerte era inminente.

Ella abrió mucho los ojos, puso la mano sobre la cremallera de la chaqueta y la sacudió.

— ¿C... ¿Cómo lo sabe?

Aparté la cara y suspiré de nuevo.

— Sus pulmones hicieron ruido cuando se acostó en la cama. Ayer nevó mucho. Solo tiene que encender cualquier televisor y lo verá en las noticias. Las dos mantas que tiene no han sido suficientes para ayudarla. Yo soy calentito, por eso me acosté abrazado a usted.

Me mordí la lengua para impedirme continuar.

Diana apartó la mirada y dio un paso atrás. Abrió y cerró la boca, como si intentara formular otras preguntas. Quizás una serie de ellas. Hasta que surgió una:

— ¿Y qué había en tu estofado para dejarme así? Si mal no recuerdo, ¡solo tomé dos cucharadas! — Apretó los dientes y me señaló—. ¡Creo que me drogaste a propósito!

Puse los ojos en blanco y di un paso hacia ella.

— ¡El guiso era mío! No debías haberlo bebido.

— ¡No recuerdo que lo probaste!

No podía explicarle que uno de los ingredientes del plato forma parte de un ritual iniciático para que los licántropos, como yo, podamos mantener nuestra forma humana y tener los sentidos disminuidos para poder convivir entre los humanos.

— El hongo utilizado en el plato es Psilocybe cubensis. Tiene compuestos psicoactivos y por eso puede alejarte. Digamos que tengo un trastorno neurológico y por eso...

— ¡Se lo acaba de inventar!

— ¿Qué ganaría yo con eso?

— No lo sé... Tiene un comportamiento extraño. ¡Demasiado para mi gusto!

— ¿Extrañas? No fui yo quien le echó unas cucharadas al guiso de mi jefe.

— ¡Fue culpa suya! Usted se comió mi manzana verde. ¿Se acuerda?

Crucé los brazos mientras ella me señalaba.

— ¿En serio? ¿Entonces fue una venganza? Vaya... ¡Madura, gnomo de jardín! ¿Cuántos años tienes? ¿Cinco?

— ¿Cómo te atreves... ¡Troglodita pervertido! ¡Entraste en mi casa por segunda vez y te aprovechaste de mí, que estaba enferma, para acostarte conmigo! ¿Haces eso con todas tus empleadas?

Apreté los dientes, mirando a esa bajita que no dejaba de dar patadas. Todavía con una mano sobre la cremallera.

— Por lo visto, es imposible hablar con la señorita... ¡Debería haberla dejado congelarse!

— ¿En serio? Pues yo creo que tú deberías...

La interrumpió el timbre. Diana volvió la cara hacia la puerta y luego se giró, lanzándome una mirada asesina.

Puse los ojos en blanco y la seguí fuera de la habitación. Bajamos las escaleras en silencio y, antes de que abriera la puerta, Diana me agarró del muñeco.

— ¿Qué pasa? ¿Vas a abrir la puerta de mi casa? No recuerdo haberte adoptado.

La ignoré y forcé la manija, a pesar de que Diana me daba unos golpecitos en el brazo. La puerta crujió y el viento invadió la cabaña.

Milena abrió mucho los ojos al verme abrir la puerta.

— ¿Jefe? Vi su coche cerca, pero no imaginaba que había venido a visitar a Diana. ¿O ha dormido aquí?

Sus gafas se empañaron antes de que pudiera responder.

Diana sonrió ampliamente y tomó a Milena del brazo.

— ¡El señor Ylmaz solo ha venido a visitarme, como un buen jefe! —Me guiñó un ojo mientras yo la miraba con el ceño fruncido.

Diana cerró la puerta y dio una palmada.

— Iba a prepararle un café. ¿Quieres uno, Milena?

Milena asintió con una sonrisa más cordial. Diana se apresuró hacia la cocina.

Se ajustó las gafas y miró mis pies.

— ¡Estás descalzo, Greg! ¿Quieres ponerte enfermo?

Miré mis pies descalzos y miré el pelo que los cubría.

— Me los dejé en la habitación.

Milena levantó la cabeza, un poco absorta, mirándome con los ojos muy abiertos. Diana parecía haberlo oído y corrió de vuelta al salón.

— ¡No es lo que estás pensando! — Diana agitó las manos —. Solo me había prestado los zapatos porque los míos...

Gruñí como si eso fuera un insulto.

— ¡Ni de coña! Yo calzo un 44 y tú quizá un 36 o un 37, como mucho. ¡Vas a necesitar un montón de trapos para taparte los pies y poder andar con mis botas!

Milena se sonrojó de nuevo. Sus lentes se empañaron rápidamente. Señaló a los dos y soltó:

— ¿OS QUEDÁIS?



CAPÍTULO 12: RECOGIENDO MADERA

Diana Perreut

Milena seguía mirándonos con la cara roja. Sus ojos iban de Gregor a mí en cuestión de segundos, aún esperando una respuesta a la pregunta:

«¿ESTÁIS SALIENDO?».

Y la respuesta salió en un impulso de incredulidad de mi boca y de la de Gregor:

— ¡NO! ¡POR SUPUESTO QUE NO!

Había una mirada escéptica en el rostro de Milena.

Metió las manos en el abrigo y abrió la boca como si todavía estuviera formulando las palabras antes de decir:

— Lo... lo siento. Quizás mi cabeza se ha ido muy lejos.

Me pasé la mano por la cabeza y le expliqué:

— El señor Ylmaz, en realidad, durmió aquí. Parece que pasé muy mal la noche pasada y él me ayudó. Me avergüenza que esto

haya sucedido justo en mi primer día de trabajo. ¡Quiero pedirle disculpas!

Gregor entrecerró los ojos.

— ¿Qué quiere pedir? —Se acercó, con una mano en la oreja —. ¿Podría repetirlo?

Gruñí, apretando los puños.

— ¡Vaya! ¿Cuántos años tiene usted? ¿Cinco?

Él levantó las cejas, saboreando su propia medicina. Antes de que pudiera abrir la boca, Milena agitó las manos, llamando la atención.

— ¡Veo que están animados! Son casi las ocho, así que creo que me voy a Wolf Sports. ¿Necesitas ayuda, Diana? Si quieres, te traigo un café.

Negué con la cabeza.

— Gracias, Milena, ¡pero no tengo hambre! ¡Gracias!

Ella sonrió amablemente y se volvió hacia Gregor.

— ¿Vamos, jefe?

Gregor negó con la cabeza.

— No, vete. Voy a pasar por la cafetería con la señorita Perreut.

— ¡Eh! —Le fruncí el ceño—. ¡No tengo hambre! Y ya te he dicho que podéis iros. Todavía me queda una hora hasta que termine la jornada.

Gregor gruñó, cruzando los brazos.

— ¡No seas tan mezquina! ¡Quiero vigilarte para que no montes más líos!

— ¿Más líos? —Diese un golpecito en el suelo con el pie, casi sin querer.

Milena se despidió de nosotros y salió corriendo de la cabaña.

Me quedé mirando la puerta, pensando que quizá no estaba siendo una buena compañera de trabajo. Milena realmente quiere mucho a Gregor. Pero él se había dormido abrazado a mí.

Y lo peor... Me gustó.

Gregor suspiró y bajé la mirada, sin poder mirarlo.

— ¿Qué pasa? —preguntó él.

— N... No es nada... — Levanté la cara, enfrentándolo.

Sus grandes ojos color miel. Su cabello y barba castaños. Su cuerpo alto y fuerte, que ajustaba su camisa de lana sobre sus músculos. Si no fuera por su gen difícil, Gregor Ylmaz podría ser fácilmente enamorable.

Quizás todavía estaba colocada por las setas para pensar eso de ese troglodita.

— Vamos... — Se giró hacia las escaleras—. Subamos, tomemos una ducha y luego vayamos a una cafetería que hay cerca. ¡Venden un sándwich de tres pisos que está fenomenal!

Abrí mucho los ojos, aún viéndolo subir los escalones. Lo miré fijamente, y él se giró, deteniéndose en el último escalón.

— ¿Qué pasa ahora? —Gregor puso los ojos en blanco.

— ¿Por qué subes?

— Voy a coger mis botas para poder salir y buscar una muda de ropa de repuesto en mi camioneta. Después me daré una ducha e iremos a la cafetería. ¿Por qué?

— ¡Debes estar loco! Esta es MI cabaña. No te vas a duchar aquí. Te espero en la cafetería dentro de una hora.

Gregor gruñó desde arriba.

— Ni hablar, señorita, usted es MI empleada y quiero asegurarme de que come bien antes de volver al trabajo. ¡Ahora muévase, porque primero se va a duchar! Mientras tanto, yo voy a cortar leña. ¡Porque además de pesada, es una irresponsable!



Realmente necesitaba un baño bien caliente después de todo lo que había pasado. Todavía intentaba procesar cómo esas dos cucharadas de estofado habían sido capaces de drogarme.

Lo poco que recuerdo de la noche anterior es la fiesta del cumpleañero del mes en la tienda. Hablé con Milena, conocí a los miembros del equipo Wolf Sports y saboreé el delicioso guiso de setas.

Después de eso, fue como si mi cabeza pesara demasiado. Los colores del entorno, la forma en que hablaba la gente e incluso cómo actuaban se convirtieron en una gran confusión. Mi cabeza empezó a dar vueltas y ni siquiera recuerdo cómo llegué a la cabaña.

Solo recuerdo haberme despertado en el cálido abrazo de Gregor. Sus fuertes brazos me envolvían con ternura. El aroma amaderado de algún perfume rústico se mezclaba con un tono de crema corporal de cacao. Sus dedos cubrían mi espalda como si intentara protegerme.

Me di una palmada en la cara con las palmas de las manos y vi mi reflejo en el espejo.

— ¡¿Estás loca, Diana?!

Terminé de vestirme y salí del baño, dejando atrás todo el calor para enfrentarme al frío de la cabaña.

Bajé las escaleras buscando a Gregor, pero no estaba por ninguna parte. Miré en todas las habitaciones hasta que lo vi por la ventana. Estaba fuera, en la parte trasera de la cabaña.

Haciendo exactamente lo que dijo que haría.

Corrí, cogí un abrigo y un gorro del perchero, me puse unas botas adecuadas para la nieve y salí de la cabaña.

Lo miré de espaldas, desnudo, a pocos metros. Le hice señas con los brazos, aunque él no me había visto.

— ¡Eh! ¡No sé si se puede recoger leña aquí!

Gregor se volvió hacia mí y me sonrojé al verlo solo con pantalones y botas y un enorme hacha en las manos. Tenía el pelo y

la barba sucios de nieve, al igual que el vello del cuerpo.

Realmente era musculoso. Hombros anchos, pecho grande y peludo, con pezones rosados. Abdomen ancho y ligeramente prominente, cubierto de vello y lleno de gemelos. Brazos llenos de músculos con venas y más vello en los antebrazos.

Gregor sudaba tanto que le goteaba desde la frente hasta el vello de todo el cuerpo. Dejó el hacha en el hombro y vi que detrás de él había una gran piedra donde preparaba leña para la hoguera.

Tragué saliva al verlo en ese estado. Pero no me di cuenta de cuándo solté un:

— Dios mío...

Mi jefe levantó una ceja y me miró con el ceño fruncido.

— ¿Por qué dices eso? ¿Acaso crees que no está permitido recoger leña? Pues que sepas que tengo un registro de leñador hecho por el propio Gael y...

— ¡No es eso! — Puse los ojos en blanco—. ¿Podrías ponerte una camisa?

— Créeme, la nieve no es capaz de derribar a una criatura como yo. — Se golpeó el pecho con la mano cerrada.

Aparté la mirada, sintiéndome aún más avergonzada.

— ¿Puedes entrar ya a darte un baño y ponernos a trabajar?

El metal del hacha golpeó con fuerza un tronco y el ruido me hizo parpadear. Gregor se acercó a mí con el ceño fruncido. Ese hombre enorme se acercó, hundiendo las botas en la nieve hasta quedar a pocos centímetros de mí.

Sentía que me ardía la cara. Quizás estaba tan roja que se burlaría de mí. Ahora podía ver aún más las gotas de sudor que resbalaban por su hermoso cuerpo escultural y cubierto de pelo liso. Los pelos oscuros contrastaban con su piel blanca.

Y pensar que me había quedado dormida sobre ese pecho enorme y peludo.

Gregor abrió la mano y me quedé admirando sus dedos largos y anchos, incluso la mano tenía vello.

— ¿Por casualidad cree que huelo mal?

Abrí los ojos, asustada por su acercamiento. Hasta el punto de quedarme a pocos centímetros de ese enorme pecho.

Cerré los ojos y lo empujé con fuerza, hasta que Gregor cayó de culo en la nieve.

— ¿Qué crees que estás haciendo? ¿Por qué te has acercado tanto?

Sentía mi cara tan roja, tan roja, que fácilmente habría derretido la nieve con solo tocar un copo.

Gregor levantó una ceja, todavía viéndome allí sentada en el suelo.

— ¡Al menos no estoy usando tu perfume apestoso!



CAPÍTULO 13: COMIENDO COMO UN LOBO

Diana Perreut

La cafetería estaba cerca de las cabañas, detrás de un pequeño bosque de pinos. Tenía un gran cartel de madera cubierto de nieve con una flecha grande que indicaba un sendero entre los árboles hasta llegar al lugar.

Por fuera parecía una cabaña de madera con piedra, grandes ventanas, chimeneas que echaban humo y la estatua de un reno cubierto de nieve.

En cuanto Gregor abrió la puerta, sonó la campanilla y el calor del ambiente nos acogió como si hubiera una chimenea para cada persona allí. El aroma del café también era muy intenso.

Mis ojos recorrieron las paredes de madera roja con grandes ventanales. Había algunos cuadros con frases locales, menús e incluso rostros de personas destacadas de Hiverdoux, como los fundadores del pueblo: Gael Smith y Pierre Durand Evans.

Gregor señaló una mesa al fondo y lo seguí.

En la cafetería solo había dos o tres clientes. Parecía un día muy tranquilo en todo el local.

En cuanto nos sentamos, una camarera se acercó con una amplia sonrisa y un bloc de notas en la mano. Me entregó un menú.

— ¡Buenos días! ¿Lo de siempre, Greg?

Gregor asintió con la cabeza.

— ¡Buenos días, Bárbara! ¡Eso es! Lo de siempre y una dosis extra de esa miel que tenéis.

— ¡Sirope de arce extra! ¡Anotada! —Bárbara sonrió y se volvió hacia mí—. ¿Y usted?

Pedí un café y un bocadillo, aunque todavía no tenía hambre. Ella anotó y se marchó con aire atareado.

Gregor extendió los brazos sobre los sillones a su lado y miró al techo de la cafetería.

— Aquí es donde desayuno todos los días.

Estaba sentada frente a él. Observé sus brazos sobre los sillones laterales y entonces vi su rostro enfocado en un punto específico del techo.

— ¿Qué estás viendo?

Había un filtro de sueños colgado. Tenía forma de luna creciente dentro de una luna llena, con hilos entrelazados entre cada capa. En el espacio exterior, donde había madera, había tres filas de plumas marrones que parecían de búho. Justo en el centro había una piedra, tal vez un cuarzo transparente.

— ¿Qué le parece el filtro de sueños, señorita Perreut?

Me volví hacia él, que tenía el cuerpo inclinado hacia delante. Sus ojos se fijaron en mi rostro. Incluso sus brazos estaban ahora sobre la mesa.

— No entiendo mucho de eso. Solo sé que, según la creencia popular, un filtro de sueños sirve para protegerte de las pesadillas. ¿Es eso?

Gregor sonrió, mirando hacia abajo.

— Depende de los materiales. Este filtro de sueños en cuestión protege a las personas de las pesadillas y solo deja pasar

los sueños buenos. Los malos se quedan atrapados en la red y se disipan con la luz del sol de la mañana, mientras que los buenos se deslizan suavemente por las plumas hasta llegar a las personas que duermen.

—Interesante... —Intenté fingir interés.

Bárbara regresó con nuestros pedidos y mis ojos se abrieron como platos al ver la comida completa de Gregor. Tortitas con mucho sirope de arce, fresas, peras, uvas, galletas, tostadas, tartaletas de pollo, salchichas, salami, embutidos, panes, mantequilla, mermeladas, quesos de varios tipos, yogur, huevos y una gran taza de chocolate caliente.

— ¡Gracias, Bárbara! ¡Estaba muerto de hambre! — Se rió, humedeciéndose los labios.

La camarera sonrió y aparentemente vio mi cara de sorpresa.

— ¡No me preguntes adónde va a parar todo esto! — Ella se rió y se alejó de la mesa.

Yo seguía en shock viendo a Gregor empezar su festín.

— No es posible que te vayas a comer todo eso... — Su bandeja doble cubría la mitad de la mesa, y eso que estaba todo un poco amontonado.

Masticó con fuerza y levantó una ceja hacia mí.

— No voy a compartir contigo, aunque me lo supliques.

Cogí mi bocadillo y le gruñí:

— Ni siquiera sé si podré terminarme mi propio bocadillo, ¡qué decir de todo lo que tienes ahí!

— ¡Por eso eres bajita, débil y tienes bronquitis!

Se me escapó una risa, aunque estaba enfadada.

— ¿Por qué te ríes? ¡Lo digo en serio!

Noté que tenía un exceso de jarabe en el bigote. Se lo señalé, aún riéndome, porque cuanto más hablaba, más se le caía por los pelos.

— Tienes que limpiarte ahí. Tienes jarabe... — Me reí un poco, sin poder terminar.

— ¿Dónde? — Intentó limpiarse con la servilleta. Pero aún quedaba una gota.

— ¡Aquí! — Me incliné con la mano y presioné mi pulgar sobre su labio superior, raspando el sirope que había entre la barba.

Su mano se posó con firmeza en mi muñeca y me asusté. Me tiró del dedo gordo y me chupó la punta. Nos quedamos mirándonos en silencio, tratando de entender lo que había pasado.

Gregor soltó mi muñeca y yo retiré la mano, limpiándola con una servilleta. Bajamos la cabeza, todavía un poco avergonzados. Bueno, al menos yo me sentía así.

— ¿No vas a comer? —pregunté, tratando de romper el hielo.

Gregor asintió y siguió comiendo el festín.

Sonó la campana de la cafetería y me volví para ver quién entraba.

Mis ojos se abrieron como platos al ver a Klaus, Olivia y Sofie.

La niña me señaló cuando me vio y corrió hacia nuestra mesa.

— ¡Tía Diana!

— ¡Hola, Sofie! — Me levanté de la silla y la abracé.

Klaus y Olivia vinieron justo detrás.

Gregor se levantó de su asiento y abrió los brazos, saludando a Klaus con un abrazo.

— ¿Ya se conocen? —pregunté, curiosa.

— ¡Claro! — Gregor se volvió hacia mí—. ¿Quién no conoce al leñador de Hiverdoux?

— ¿Puedo sentarme con la tía Diana? — Sofie sonrió a su padre y a su madrastra.

Klaus se tocó la barbuda barbilla.

— Primero tienes que preguntarle a tu tía.

Toqué los hombros de mi sobrina y le dediqué mi mejor sonrisa.

— Por mí, ¡por supuesto que puedes!

Klaus y Olivia se sentaron en una mesa cercana y Sofie se sentó a mi lado. Pidió un bocadillo similar al mío y un chocolate caliente.

Me sentí un poco incómodo por tener a Sofie con nosotros en la mesa. No por estar con ella, sino porque no sabía cómo tratar a los niños. Siempre me ha resultado difícil. Sus cabezas funcionan de manera muy diferente a las de los adultos.

Y parece que, a medida que fui creciendo, perdí mi lado lúdico...

— ¿Están casados? — Sofie nos señaló a Gregor y a mí.

— ¡No! —respondí rápidamente mientras él aún masticaba—. Él es el señor Ylmaz, mi jefe.

Gregor se limpió la boca con la servilleta y le sonrió a la niña.

— ¿Quieres jugar a «Come como un lobo»?

Los ojitos de Sofie brillaron.

— ¿Cómo se juega a eso?

— Es muy sencillo: tú coges una uva de estas y me la tiras a la boca, y si se me cae, ¡entonces como como un tonto! Si la cojo, ¡es que como como un lobo! Y vamos turnándonos. La señorita Perreut también puede participar, si quiere. ¿Qué tal?

Sofía asintió con la cabeza.

— ¡Acepto jugar!

Gregor cogió seis uvas y lanzó la primera. Sofie la cogió rápidamente al otro lado de la mesa y le dio un mordisco certero.

— ¡Muy bien! ¡No en vano eres la hija del «Lobo»!

Sofie sonrió, terminando de masticar la uva.

— ¡Ahora me toca a mí! —Cogió una uva y la lanzó.

Gregor la cogió fácilmente, a pesar de que Sofie había intentado claramente lanzarla lejos.

— ¡GUAU! —exclamó la niña—. ¡Es usted muy bueno, señor Gregor!

— Puedes llamarme solo Gregor. —Masticó la uva rápidamente—. ¡Ahora me toca a mí!

De un lado a otro, vi cómo la uva iba y venía mientras Gregor y Sofie se divertían. Y, por primera vez, empecé a pensar que mi jefe no era tan idiota como creía.

Cuando se acabaron las uvas, Sofía sonrió y dio una palmada en la mesa.

— ¡Creo que he ganado el juego!

Gregor extendió la palma de la mano abierta.

— ¡Yo también! ¡Choca ahí!

Sofie le dio un golpecito en la mano y ambos sonrieron.

Luego se volvió hacia mí y señaló una sola uva en sus manos.

— ¡Esta la guardé para la tía Diana!

— Créanme, soy muy mala en estos juegos y...

— ¡Eso es excusa de pedorro! — gruñó Gregor, con los brazos cruzados.

Sofie se echó a reír.

— ¡Qué grosero! — Le miré con los ojos entrecerrados.

Me alejé de la mesa para que Sofie pudiera lanzar la uva. Y, para facilitarle las cosas, mi sobrina la lanzó con mucha facilidad. La fruta describió una parábola perfecta hasta llegar a mi boca.

Como si fuera lo más increíble del mundo, Gregor y Sofie agitaron las manos enérgicamente. Lo celebraron haciendo tanto ruido que llamaron la atención de todos los que estaban en la cafetería.

Incluso Klaus y Olivia aplaudieron en la mesa de al lado. Les di las gracias mientras masticaba la uva.

Sofía se levantó de la mesa y me tocó la mano.

— Tía Diana, este año el festival de invierno tendrá un parque de atracciones en la plaza. Mi padre y la tía Olivia no podrán ir. ¿Quieres ir conmigo?

Me arrodillé delante de ella y le dediqué una amplia sonrisa:

— ¡Claro que quiero! Primero vamos a preguntarle a tu padre a ver si te deja, pero sí que quiero. ¡Va a ser muy divertido!

¡Imagina las dos montándonos en todas las atracciones y coleccionando peluches!

Sofie miró hacia la mesa y señaló a Gregor:

— ¿Podrías llevar al tío Gregor?

Giré la cara y Gregor levantó el pulgar mientras bebía de la taza de chocolate.

— Bueno... Claro... — Suspiré entre dientes.



CAPÍTULO 14: DE VUELTA AL TRABAJO

Gregor Ylmaz

Wolf Sports comenzaba a prepararse para la Navidad.

Cuando Diana y yo llegamos a la tienda, encontramos a algunos empleados colgando luces, adornos e incluso colocando el árbol de Navidad.

Milena abrió mucho los ojos al vernos.

— ¡Veo que se ha cambiado de ropa, jefe!

— Sí. Me he duchado en casa de la señorita Perreut.

Diana me dio una palmada en el hombro y yo la miré con el ceño fruncido, mientras Milena empezaba a tartamudear.

— ¿C... C... C... ¿Cómo? — Las gafas de Milena se empañaron.

Se lo expliqué mientras me dirigía a mi despacho:

— La cabaña no tenía leña, por irresponsabilidad de la señorita Perreut. Así que me sentí obligado a recoger un poco en la parte trasera de la cabaña. Sudé mucho. Incluso tuve que quitarme la ropa.

Milena abrió la boca, pero no salió ningún sonido.

Diana me miró con el ceño fruncido:

— Se ha quitado la camisa. ¡La camisa! —enfatizó, como si eso fuera importante.

— ¿Y qué? —gruñí, preguntándole a la pesada—. ¿Cuál es el problema esta vez?

Diana respiró hondo y se dirigió hacia mi despacho.

Milena me miró y señaló a los demás empleados que estaban ordenando cosas:

— Creo que voy a ayudar a decorar la tienda. ¡Hasta luego, jefe!

Nos despedimos y me dirigí a mi oficina.

Diana sacó una manzana verde de la bolsa que estaba sobre su escritorio y me lanzó una.

Cogí la manzana y asentí con la cabeza.

— ¿Me estás dando una manzana?

— Así quedamos en paz. ¿Qué te parece? Sin más implicaciones por ambas partes. Jefe y empleada llevándose bien.

— ¿No vas a echar más cucharadas en el plato ajeno?

Diana negó con la cabeza, sacudiendo su cabello ondulado.

— ¡No más cucharadas en el guiso ajeno! Y bien, ¿qué me dices de este tratado de paz?

Entrecerré los ojos e incluso me llevé la mano a la barbilla.

Ella extendió la mano y se acercó a mí. La bajita incluso intentó esbozar una sonrisa.

— Hmmm... Esto me huele a lío. ¿Esta manzana está envenenada?

— Por favor... —agitó la mano extendida—. Creo que somos lo suficientemente adultos como para poder hacerlo. Solo quiero que este apretón de manos sea una forma de empezar de nuevo y que podamos guardar cierta información solo para nosotros.

Arqueé una ceja.

— ¿A qué información te refieres?

Diana susurró, inclinando el cuerpo hacia delante:

— Información como la de que usted se quedó dormido abrazado a mí.

— Fue para salvarte. ¡Con hipotermia y bronquitis, habrías despertado sin vida!

— Lo sé, y te lo agradezco mucho, pero... La gente puede malinterpretarlo, ¿entiendes?

— ¿MAL? — Me alteré un poco, hablando más alto de lo que debía—. ¡Que se jodan los demás! No les doy ninguna intimidad para que hablen de mi vida.

Diana me tocó el brazo y se acercó aún más. Recordé su aroma natural y fue como si, por un breve instante, volviera al momento en que la abracé.

— Señor Ylmaz, no me refiero a eso. Solo quiero que Milena no se enfade. Ha sido muy amable conmigo y...

— ¿Milena? —Mi voz sonó asustada—. ¿Por qué demonios la metiste en esto?

Diana apretó los dientes y balbuceó:

— ¡Baja la voz! No quiero que ella te oiga, ¿vale?

— Está bien... — Me rasqué un poco la garganta, obligándome a hablar más bajo. — Pero, ¿qué tiene que ver ella en todo esto?

Diana bajó la cara y empezó a jugar con la cremallera.

— Milena le gusta.

— Yo también la quiero. ¡Es una excelente empleada y muy atenta!

— No de esa manera... — Diana volvió a mirarme.

Tardé un poco en entender a dónde quería llegar. Abrí mucho los ojos y me llevé la mano a la barbilla.

— Entonces está perdiendo el tiempo. Creo que será mejor que tenga una charla franca con ella.

Diana hizo una mueca y me agarró del brazo con fuerza.

— ¡Por el amor de Dios, no lo hagas! Te lo conté precisamente para que no le dijeras que se desnudó en mi casa o...

— En ese momento oí unos pasos detrás de la puerta, pero Diana no oía tan bien como yo. — ... Que se acostó conmigo para protegerme del frío. ¿Te das cuenta de cómo suena eso? Parece que estamos...

Entonces se oyó una tercera voz junto a la puerta que se abría. Diana y yo nos volvimos para ver a Lyrolf con los ojos muy abiertos.

— No me digas... ¿Estáis enrollados?



Antes de salir de mi despacho y volver al trabajo, Diana lo negó y le rogó a Lyrolf que no dijera nada.

Pero si había algo en lo que Lyrolf no era bueno, era en mantener la boca cerrada. Aprovechó que solo estábamos él y yo en la sala y se sentó en la silla frente a mi escritorio con esa sonrisa pícara.

— ¡Quiero saberlo todo, pero sin detalles!

— Sé que eres mi superior, pero ¿podrías comportarte como tal de vez en cuando?

Lyrolf se rió y puso las piernas sobre mi mesa.

— Puedes hablar... Te gusta, ¿verdad?

— No...

— Lo dudo... Apuesto a que dormir abrazado a ella te ha agudizado los sentidos, ¿verdad?

— Los omega no tienen ningún tipo de pareja.

— Ya no eres omega, Greg, desde que dejaste atrás tu pasado. Ahora eres de nuestra manada. Eres un beta de segunda división.

Me levanté de la silla y me acerqué a la ventana, dándole la espalda a Lyrolf.

— No puedo perder el control, Lyrolf... La última vez, terminé...

Lyrolf se levantó y, cuando miré hacia atrás, me agarró por los hombros.

— Confía, hermano mío, por eso renunciaste a tu antigua vida durante todos estos años. Tu estado salvaje no puede privarte de encontrar a tu hembra predestinada. ¡Sea quien sea!

— Para ti es fácil hablar, ya que puedes controlarte. Ni siquiera la luna tiene tanto poder sobre ti.

— Todo eso es algo que se ha desarrollado. Confía en Wolfgran y deja que siga guiándote. Gael también es un gran aliado en este viaje. Estoy seguro de que es solo cuestión de tiempo que aprendas a controlarte por completo.

Me alejé de él, pasando mi mano por mi frente.

— No sé si es tan sencillo... Diana tiene un aroma muy fuerte. — Sentía cómo se me hacía la boca agua solo de recordarlo. — Peculiar... ¡Muy peculiar! Por eso quería tenerla cerca, para ver si era eso lo que sentía. No es pasión ni amor... ¡Quiero devorarla! — Apreté los dientes con fuerza, casi hasta romperlos.

Lyrolf asintió lentamente.

— Hay otros de nuestra especie que han aprendido a controlarse incluso cuando encuentran a su predestinada.

Negué con la cabeza, sintiendo cómo las venas se me marcaban bajo la manga de la camisa.

— No sé si podré... Quizá mantenerme alejado sea...

— ¡No lo hagas, Greg! No te das cuenta, pero el simple hecho de haber dormido en la cama con ella y haberla protegido demuestra que vas por buen camino. ¡Confío en ti!



CAPÍTULO 15: EL CORTE

Diana Perreut

Después del trabajo, Milena llamó a todos para que vieran la tienda decorada para Navidad. También pidió a cada uno que cogiera un adorno de la caja para ponerlo en el árbol.

Miré detenidamente la caja verde musgo y busqué entre los cientos de adornos. Había muñecos de la pandilla de Charlie Brown, los típicos navideños, algunos gnomos y uno que me llamó la atención más que todos: el filtro de sueños.

Recordé a Gregor explicándolo. Parecía tomárselo muy en serio. El que cogí era una versión quizás cinco veces más pequeña que el de la cafetería.

Milena me vio con él en las manos y comentó:

— Este es el adorno que el jefe siempre pone en el árbol.

— ¿En serio? — Intenté fingir sorpresa—. Bueno, ¡entonces se lo dejaré a él!

— No, qué va. ¡Ponlo tú! — Gregor apareció detrás de nosotros, mirando fijamente el adorno que tenía en la mano.

— ¿Estás seguro? — Agité el filtro de sueños—. No quiero romper una tradición de la tienda.

Gregor cerró mi mano con el filtro de sueños. Su cálido tacto hizo que mi corazón se acelerara. Mis pupilas se dilataron mientras sus dedos se deslizaban sobre los míos.

Gentiles y atentos.

— Créeme, señorita, parece muy adecuada para esta tarea.

Aparté la mano lo más rápido que pude, temiendo lo que Milena o los demás empleados pudieran pensar.

— Vale, entonces... — Me rascé la cara, un poco avergonzada. — Pondré el filtro de los sueños en el árbol.

Lyrolf se rascó la cabeza con su cabello oscuro y grisáceo y se acercó a mí.

— ¡Déjame ayudarte! Yo también tengo algo para poner en el árbol. — Agitó un adorno de un lobo negro.

— ¿De dónde es ese lobo? —pregunté, tirando de una rama del árbol para colocar mi adorno.

Lyrolf encontró una rama cercana y ajustó el hilo del adorno de lobo entre las hojas sintéticas.

— Este lobo está hecho de madera. Es un regalo de un amigo escultor. ¡Es muy bueno! Tenemos dos maestros escultores aquí en Hiverdoux.

— Solo conozco a un escultor. — Enderecé el filtro de sueños y me gustó cómo quedaba junto a un adorno de un gnomo azul. — Klaus Demir. Recuerdo que una vez le regaló una estatua de un búho a mi hermana.

Lyrolf sonrió y terminó de colocar su adorno. El lobo negro quedaba muy bien en el árbol, entre algunos regalos dorados.

— Sí, Klaus es uno de los que conozco. ¿Qué te parece?

Arqueé una ceja.

— Bueno... Era mi cuñado. Se casó con mi hermana. Quizás al principio no me caía bien, ya que se llevó a mi hermana lejos de mí. Pero, más allá de mi egoísmo, tengo que reconocer que con Paola siempre fue un buen hombre.

Lyrolf sonrió, tirando un poco del cuello de su suéter beige.

— No sabía que Paola era tu hermana. Lo siento...

Negué con la cabeza.

— No tienes por qué disculparte. Eso es pasado... Es algo que tengo que aceptar.

— ¡Diana! —Me llamó Milena y se acercó—. Creo que ya hemos terminado. ¿Me ayudas a recoger unos utensilios en la cocina?

Asentí con la cabeza y seguí a Milena al interior de la tienda. Gregor todavía parecía estar buscando qué adorno poner en el árbol de Navidad.



Cuando llegamos a la cocina, Milena se ajustó las gafas y se volvió hacia mí.

— ¿Qué pasó entre tú y el jefe en tu casa?

— Ya te lo contamos, Milena... Solo me cuidó. Parece que el guiso me sentó mal. Estuve toda la noche mal.

Milena suspiró, pasando la mano por la encimera de la cocina.

— Gregor está diferente desde que llegaste. Sé que es tu segundo día aquí, pero parece un poco... extraño.

— ¿Extraño cómo? Sigue siendo un pesado conmigo. — Me reí, tratando de parecer más relajada. Pero era fingido.

— No sabría decirte... — Milena sonó seria—. Pero está raro, sí. Bueno, quizá sea cosa mía.

Milena cogió un cúter, unas tijeras y unos alambres.

— ¿Me ayudas a recortar el árbol? Tendremos que podarlo un poco para poner las luces.

— ¡Claro! — Cogí el cúter y caminé junto a ella de vuelta a la entrada de la tienda.

Gregor y Lyrolf estaban fuera, arreglando las luces del letrero de Wolf Sports.

Algunos empleados se encargaban de organizar los objetos navideños entre los artículos deportivos.

Milena cogió las tijeras y me enseñó cómo había que podar el árbol de Navidad. La idea era dejar un espacio entre las ramas para que pasaran los cables de las luces sin estropear los adornos que ya habíamos colocado.

— Yo haré este lado y tú el otro, ¿te parece?

Asentí con la cabeza y saqué la cuchilla del cúter con el acabado negro.

Empecé por la parte inferior del árbol, tratando de seguir el mismo estilo que Milena. Entre la segunda y la tercera rama, noté que los hilos sintéticos parecían más gruesos. Eran más difíciles de cortar. Ya en la cuarta y la sexta empecé a cogerle el truco.

Pero en la séptima, casi en la punta, tuve un pequeño accidente. Me corté el dedo. Solo sentí un ardor.

En el proceso, di un salto hacia atrás y dejé caer el cúter al suelo. Grité «¡Ay!» y rápidamente miré el corte limpio en el dedo índice. Tardó un poco en salir la sangre. Cuando salió, apareció una ampolla densa que se extendió por todo el dedo hasta caer al suelo.

Milena dijo algo, pero no la oí. Solo oí un ruido en la puerta de entrada y, cuando me volví para ver qué pasaba, con el dedo ya en la boca, vi a Gregor a lo lejos, mirándome. Lyrolf lo sujetaba, empujándolo contra el suelo de la entrada.

Algunos empleados se detuvieron para ver qué pasaba, y solo entonces oímos a uno de ellos:

— ¡SUÉLTAME! — Gregor estalló, furioso, con el ceño fruncido. Sus ojos incluso parecían... *diferentes*.

Como si su color se hubiera vuelto más amarillento.

Tenía los dientes apretados, el rostro fruncido y saliva chorreando por la comisura de los labios.

Lyrolf lo detuvo con un puñetazo, haciéndolo caer al suelo. En ese instante, todos corrieron hacia fuera. Yo también.

— ¡Quédate dentro, Diana! —ordenó Lyrolf sin mirarme.

Gregor se levantó, limpiándose la boca ensangrentada. Me miró, se levantó y negó con la cabeza mientras se alejaba.

— Ha sido un error... — balbuceó, saliendo de la entrada de la tienda y dirigiéndose hacia el aparcamiento.

— ¿Qué está pasando? —pregunté, al ver a algunos empleados cerca.

Milena tocó el hombro de Lyrolf.

— ¿Por qué le has pegado?

Lyrolf se rascó la cabeza, pareciendo aún procesar la respuesta que daría.

— Gregor no se encuentra bien. Estará fuera unos días. Mientras tanto, yo me encargaré de la tienda.

Todos se miraron entre sí, un poco confundidos.

Miré mi dedo y vi el pequeño corte, que ya apenas sangraba.

— Pero... ¿Cómo? ¿Así, sin más? ¿Por qué?

Lyrolf ignoró cualquier pregunta. Por primera vez lo vi con cara seria. Simplemente entró en la tienda y se dirigió a la oficina de la dirección.

Milena me tomó la mano y examinó mi dedo herido.

— Vamos a vendarlo.

Aparté la mano mientras los demás empleados entraban en la tienda.

— Esperen, ¿qué está pasando? ¿Todos ustedes aceptaron esto?

— Diana, no lo entiendes, Gregor tiene estos momentos muy raros y tenemos que ser comprensivos...

Oí el rugido del motor de la camioneta de Gregor e ignoré por completo a Milena, corriendo hacia el estacionamiento en la parte trasera de la tienda.

Por un momento resbalé en el hielo y caí de culo en el suelo, pero me levanté rápidamente, gritando a la camioneta de Gregor.

—¡Señor Ylmaz! —Me enderecé con las manos en las rodillas —. ¡Eh!

Los ojos de Gregor me miraron desde dentro de la camioneta. Sus gruesas cejas se fruncieron. Gruñó:

— ¡Vaya a trabajar, señorita Perreut! Tengo que ausentarme por un tiempo.

Me acerqué un poco a la camioneta, pero él hizo un gesto con la mano para que me detuviera. Bajé la cara, como si mi presencia le causara dolor.

Le pregunté, tocando la cremallera de su abrigo con mi dedo índice magullado:

— ¿He hecho algo?

Gregor intentó esbozar una sonrisa.

— Has vuelto a mi vida. Ahora tengo que encontrar la manera de mantenerla conmigo. ¿Me esperarás?

No entendí muy bien a qué se refería, pero una parte de mí parecía comprenderlo.

Las lágrimas comenzaron a brotar de mis ojos y no sabía explicar por qué. Era como si esas palabras me hubieran cogido en brazos.

— Si no vuelves... — Me mordí el labio inferior—. ¡Iré tras de ti! ¡Dondequiera que estés! ¿Entendido, señor Ylmaz?

Él sonrió bajando la cara hacia el volante.

— Entendido, señorita Perreut.

Antes de irse, cogió una manzana verde y le dio un mordisco. Me la lanzó antes de acelerar la camioneta.

Miré bien la manzana verde y le di un mordisco al lado del suyo.

Mastiqué mientras veía cómo el coche desaparecía de mi vista en medio de la nieve.



INTERLUDIO: SEGUEDU SEQUETU

Mister Z

¡Hola, querida lectora! Este interludio está pensado para que dejes de leer este libro ahora mismo y vayas a beber agua.

¡Hidrátate! Después puedes volver a leer.

¡Tu salud es importante para mí!



PARTE II

LUNA MENOR



CAPÍTULO 16: LA RESERVA MÁS ALLÁ DE LAS MONTAÑAS

Diana Perreut

Dos semanas después

Nevaba mucho ese sábado por la mañana. Lo suficiente como para ponerme ropa de abrigo debajo del abrigo. Y aun así, tenía frío.

Habían sido dos semanas de trabajo duro, pero sin el señor Ylmaz. Aunque era un pesado, hasta se le echaba de menos. *Esa energía caótica.*

El camino por la montaña era más duro de lo que había previsto. Los vientos eran cortantes, de esos que te dejan sin aliento. Más aún para alguien como yo, que tiene bronquitis.

Seguía preguntándome: ¿por qué demonios vine a Hiverdoux?

Además, exigía técnicas con equipos de seguridad. Esa parte fue fácil de conseguir. Lo tomé prestado en Wolf Sports. Como botas especiales, crampones y bastones de trekking. Pero saber usar estas

cosas marca la diferencia. Y lo máximo que sabía era por algunas instrucciones de Milena.

Escalar en la nieve exigía más esfuerzo físico de lo que imaginaba. Tuve que parar varias veces para descansar. El terreno irregular y la resistencia de la nieve hacían que avanzara más lentamente.

Solo me tranquilicé al ver una señal. No se podía leer nada debido a la nieve, pero era una buena señal de que iba por buen camino.

Subiendo un poco más, llegué al cartel y lo limpié para poder leerlo:

«Reserva Luna de Sangre»

También había algunas runas nórdicas talladas en la madera. No entendía mucho al respecto, pero era el lugar exacto que estaba buscando.

Subí unos cuantos escalones más por el camino de piedra y me detuve en algunos para descansar. En unos minutos más pude ver una pequeña cabaña. Sonreí ampliamente y me permití avanzar mucho más.

Cuando llegué frente a ella, puse las manos en los rodillas y respiré profundamente con la boca abierta. Mis pulmones gritaban por la falta de aire. Los músculos de mis brazos y piernas ya parecían fatigados.

Mi cuerpo estaba agotado, como si fuera a dejar de funcionar en cualquier momento. Quizás unas cuantas caminatas más y mi cerebro se quedaría sin oxígeno.

— ¡Hola! —Una voz grave salió de la punta de la cabaña—. ¿Puedo ayudarte?

Levanté la cabeza lentamente, todavía preocupado por respirar lo máximo posible a esa altura. Incluso me apoyé en la pared de madera de la cabaña para cansarme menos.

— Hola... — No pude continuar, aún necesitaba más oxígeno antes de seguir con la conversación.

Pero mis ojos se fueron enfocando poco a poco en el hombre alto. Hasta que lo vi por completo y me sorprendió por completo.

El hombre que tenía delante era la persona más alta que había visto en toda mi vida. Quizás medía dos metros y medio. O un poco menos. No lo sé con certeza. Lo que más me llamó la atención de él fueron sus ojos: eran dos órbitas carmesí, oscuras y sombrías. El pelo y la barba corta eran blancos como la nieve. Y a pesar de las canas, parecía tener unos treinta años, como mucho cuarenta. La mandíbula angulosa, una pequeña marca roja en la frente y una cicatriz en el cuello.

La cicatriz era diferente a la mía. Ancha y tosca. Quizás hecha por un animal salvaje.

El abrigo gris que llevaba le ocultaba el cuerpo, pero se notaba que era un hombre fuerte. Tenía el torso ancho y las piernas muy gruesas.

— Imagino que no está acostumbrada a esta altitud, ¿verdad? — Le dedicó una sonrisa encantadora. Tenía unos dientes grandes y perfectos—. Soy Wolfgran, el delegado de Hiverdoux y propietario de la reserva. Entremos en mi cabaña, tomemos algo caliente y descansemos un poco.

¡Es amigo de Gregor! Entonces puedo confiar en él.

Wolfgran pasó junto a mí y abrió la puerta de la cabaña.

— ¡Bienvenida a mi humilde morada!



En cuanto puse los pies dentro de la cabaña, sentí un poco del calor que concentraba el espacio.

Mis ojos recorrieron todo el espacio y el aroma a pino me acogió. Era un espacio precioso con algunos tótems de madera que representaban animales, cuadros de paisajes, muebles rústicos a juego, una amplia estantería con libros y algunas hierbas colgadas del techo.

La cabaña tenía unos tres metros de altura. Wolfgran podía recoger las hierbas fácilmente.

Me senté en el sofá y me permití respirar lo suficiente para recuperarme. Me froté las manos para generar calor.

Wolfgran encendió la chimenea y preparó un té para los dos. Ni siquiera le pregunté qué sabor tenía, solo cogí la taza roja y bebí. El sabor era ligeramente amargo, pero con un toque de dulzura natural. Como si lo hubieran endulzado con esos edulcorantes naturales. Estaba a la temperatura perfecta. Me calentó el cuerpo casi al instante.

— Vaya... ¡Muchas gracias! ¿De qué es este té?

— Coca con un poco de jengibre. Es excelente para mejorar la oxigenación de la sangre y combatir los síntomas del mal de altura, como dolores de cabeza, fatiga y mareos. ¡Y además da energía!

— ¡Qué maravilla! ¡Gracias de nuevo! Vaya, ni siquiera me he presentado... ¡Me llamo Diana Perreut! ¡Encantada de conocerle! ¡He oído hablar mucho de usted!

— ¡Es un placer, Diana! Yo también he oído hablar mucho de una tal «señorita Perreut».

Dijo tratando de modular su voz para parecerse a Gregor. Me eché a reír sinceramente.

— ¡Ajá! ¡Entonces el señor Ylmaz ha hablado de mí! Ese nervioso...

Wolfgran sonrió.

— «Nervioso» es un adjetivo muy adecuado para él. Supongo que no se ha perdido por estos lares, ¿verdad?

Negué con la cabeza después de beber un poco más de té.

— Estoy buscando su cabaña. Hace dos semanas que no aparece por la tienda. Estoy un poco... — Apreté la taza con más fuerza—. Quizás... preocupada...

Wolfgran se sentó en un sillón junto al sofá y me observó, entrecerrando sus ojos carmesí durante un rato antes de decir:

— Gregor está bien. Incluso creo que tu presencia aquí puede hacerle darse cuenta de que ya puede volver a la rutina.

— ¿En serio? Pero ¿qué le pasó? Lyrolf me comentó que era algo así como estrés. Confieso que pensé que era culpa mía. Digamos que a veces tenemos desacuerdos.

El anciano se rió y se tapó la boca con la mano.

— ¡Lo siento! Solo me pareció gracioso que a veces discutieran. ¡No se sienta culpable! Es parte de cómo es él en este momento. Solo eso...

— No sé si lo entiendo, pero me encantaría que me dijeras dónde está su cabaña.

Wolfgran se levantó y se quitó los guantes. Pude ver que tenía pelos en las manos, pero también eran canosos. Los dedos tenían cicatrices. Quizás había unas diez o más solo en las manos y debajo de los pelos.

— Puedo orientarte, sí. Como bien has dicho, tú puedes ser la persona adecuada para sacarlo de su caparazón. Pero primero necesito confiar en ti. ¿De acuerdo?

Bebí otro buen trago, sintiendo mi cuerpo lleno de energía de nuevo.

— ¿Confiar en mí?

— Así es. ¿Me prestas tus manos?

Se puso delante de mí, levantó las manos hacia mí con las palmas hacia arriba.

Levanté una ceja y dejé la taza sobre la mesita. Preparé las manos, colocando las mías sobre las suyas, pero sin tocarlas.

— ¿Es usted algún tipo de vidente?

Wolfgran sonrió. Era una sonrisa preciosa, con unos caninos largos y bonitos.

— ¿«Vidente»? Digamos que ese es un término muy arcaico. Pero, en cierto modo, tienes razón.

Cuando sus manos quedaron debajo de las mías, sentí un calor que se generaba entre los cartílagos de mis dedos. Era como si una electricidad corriera de un lado a otro, hasta llegar a las uñas.

Fue entonces cuando sentí una descarga más fuerte y retiré las manos, mirándolo con los ojos muy abiertos.

Wolfgran volvió a sonreír y sus ojos ahora parecían brillar, como si fueran dos piedras de rubí.

— ¡Ya está! Ahora te diré dónde está la cabaña de Greg. ¡Y buena suerte en tu camino!

No entendí muy bien lo que había pasado. Lo de las manos fue un poco surrealista. Pero, de alguna manera, aquel hombre que tenía delante me parecía un anciano sabio.

Si los gnomos y los hombres lobo existen... Wolfgran ciertamente no parece un humano.



CAPÍTULO 17: LLAMAN A LA PUERTA

Gregor Ylmaz

Alguien llamó siete u ocho veces a mi puerta. Acababa de salir de la ducha y todavía estaba en toalla cuando grité:

— ¡WOLF, ABRE!

De nuevo más golpes. Y unos cuantos más después.

Gruñí, cada vez más irritado.

A Wolfgran le gustaba eso de los significados y bla, bla, bla...

¿Tan difícil es abrir la maldita puerta de una vez?

Caminé con pasos pesados, todavía en toalla, para abrir la puerta.

En el momento en que giré el pomo y tiré de la puerta, mis ojos se abrieron como platos al ver a una mujer encogida con solo los ojos al descubierto entre el gorro, la bufanda y otra montaña de ropa de abrigo.

— ¿Señorita Perreut? ¿Qué diablos hace aquí?

La tiré hacia mí lo más rápido que pude, recordando que tiene bronquitis. Cerré la puerta con la misma fuerza y me volví hacia ella, que todavía estaba temblando.

La ayudé a quitarse un poco de ropa, viendo a la bajita allí delante de mis ojos. De todas las personas, ella fue la única que no se me pasó por la cabeza. Ni siquiera mi olfato anunció su llegada.

Cuando se quitó parte de la bufanda y el gorro, pude ver su carita sonrojada. Diana respiraba por la boca, con las manos enguantadas sobre el pecho. Nos miramos un poco hasta que vi formarse su sencilla sonrisa.

No me lo esperaba, pero la pequeña me abrazó con fuerza.

De forma natural, mis brazos también la rodearon.

¡Maldita sea! Echaba de menos a esa frágil humana...

Tragué saliva, sintiendo que algo ahí abajo se animaba. Me puse duro rápidamente solo con sentir los feromonas de Diana.

Diana retrocedió y sus ojos se deslizaron hacia abajo hasta ver mi toalla azul marino en mi cintura. Realmente había algo duro como una roca allí.

— Voy a prepararte un té de cola. — Salí rápidamente, casi sonrojado.

Calenté la tetera de acero y preparé la receta tal y como me había enseñado Wolfram. Ese té era más para los humanos que para nosotros, los licantropos.

Diana se acercó enseguida y dijo, como si ya respirara mejor:

— Me alegro de verte. De verdad... — Cerró la boca, permitiéndose respirar solo por la nariz. A continuación, prosiguió: — Todos en Wolf Sports te echan de menos.

— ¿Y por qué estás aquí? Eso fue muy irresponsable, ¿sabes? Tienes bronquitis. ¡Podrías haber muerto en la nieve! Nadie habría encontrado tu cuerpo.

Diana respiró hondo antes de responder:

— ¡Estoy aquí precisamente para llevarte de vuelta! ¡Ya basta de esconderte en las montañas, señor Ylmaz!

Chiei junto con la tetera.

— ¡Como si fuera a recibir órdenes de un enano de jardín!

Ella frunció el ceño al verme verter el agua hirviendo con la bolsita de cola.

— ¡Tus insultos no me harán retroceder! ¡O vuelves conmigo o me quedo aquí!

— ¡Qué mal! —gruñí, enderezándome la toalla en la cintura —. ¡Aunque tenga que darte una patada y mandarte de vuelta a la nieve!

— ¡Pues ya lo veremos! — Ella dio una patada en el suelo y entrecerró los ojos mientras bebía el té.

— ¿Me estás desafiando? ¡Soy tu jefe! ¡Que sepas que puedo despedirte cuando quiera!

— ¡Pues despídeme! —resopló, dejando la taza sobre el armario de la cocina—. ¡Pero tendrás que salir de aquí para ir a Wolf Sports a firmar los papeles!

Tenía razón. Como una niña malcriada, volvió a beber el té, orgullosa de haberme enfrentado.

Me encogí de hombros y caminé hacia la sala, que estaba abierta a la cocina.

— ¿Adónde vas? —me preguntó Diana, sosteniendo la taza.

Caminé un poco más hasta quitarme la toalla y quedarme desnudo, de espaldas a Diana.

— Bueno, ya que no te vas, ¡tengo que fingir que no estás aquí!

— ¡QUÉ VULGAR! —gritó Diana, y apuesto a que tenía los ojos cerrados.

Me di la vuelta y vi a Diana mirando hacia el lado opuesto. Contra la pared de la cocina, donde había algunos armarios.

— ¡Mi cabaña, mis reglas! Ya has visto que estoy bien, ¡ahora puedes irte! Créeme, señorita Perreut, ¡me ha alegrado verte!

Ella se rió, todavía con la mirada fija en la pared.

— ¡No me voy, señor Ylmaz! Si quiere quedarse desnudo... ¡Pues quédese!

— ¡Terca! —gruñí, dirigiéndome al baño para ponerme algo de ropa.

Volví con unos pantalones de chándal y una camiseta fina para el frío.

Diana se volvió hacia mí con las manos sobre los ojos.

— ¿Ya te vestiste?

— Sí, pesada...

Se quitó las manos de los ojos y me sonrió. Era una sonrisa bonita, pero era fácil notar que estaba agotada. Parecía incluso apoyarse en la encimera de la cocina para no caerse.

Diana dio un paso adelante y sus piernas se tambalearon. Rápidamente salté hacia ella y la sostuve por la cintura.

— ¡Vaya...! ¡Gracias! Casi me caigo.

— Todavía no sé cómo has sobrevivido a esa subida, y encima con bronquitis. Tienes que descansar. ¡Es una orden!

La cogí en brazos y Diana estaba tan débil que ni siquiera protestó. La llevé a mi habitación, en el piso de arriba. Tuve cuidado de que no se golpeara la cabeza en el estrecho pasillo de la escalera. Le enderecé la cara sobre la almohada y le ajusté la altura.

— Gracias... — Esbozó una sonrisa débil, como si aún le costara respirar con normalidad.

— ¡Quédate ahí! Ahora vuelvo.

Salí al pasillo, donde había un armario al final de la escalera. Allí cogí una manta gruesa de lana roja y otra almohada. Volví a la habitación y lo coloqué sobre la cama.

— No puedo quedarme... — Exhaló antes de continuar: — Esta es tu cama...

— Descansa un poco. Ya veremos...



Diana acabó durmiendo en mi cama y no se despertó hasta bien entrada la noche.

Estaba viendo la película «La jungla» cuando oí crujir la cama del segundo piso. Luego, unos pasos salieron de la habitación y bajaron las escaleras.

Bostezó, se detuvo en el último escalón y me vio en la esquina del sofá.

— Creo que me quedé dormida. — Diana dio unos pasos y se sentó en el sillón junto al sofá.

El fuego de la chimenea crepitaba con fuerza, colisionando con el sonido de la televisión. Pero ningún ruido podía ser más fuerte que la ventisca del exterior.

— Estaba cansada. Es normal con quien se enfrenta a esta subida. ¿No trajiste más equipo?

— Sí, pero me detuve en la cabaña de Wolfgran. Me explicó que no lo necesitaría para llegar hasta aquí.

— Entonces conociste a Wolfgran. Me sorprende que te haya dejado venir hasta aquí.

— Fue muy amable. ¡Es más educado que tú!

Diana esbozó su sonrisa pícara. Subió las piernas al sillón y las abrazó. Fue entonces cuando oí un rugido procedente de su estómago.

Me levanté rápidamente y pausé la película.

— Parece que tienes hambre. Pensaba que ibas a dormir hasta mañana.

Diana se levantó, rascándose la mejilla como si estuviera avergonzada.

— Bueno... ¿Cuántas horas han pasado? No sabía que tenía tanta hambre.

— Cuatro horas desde que llegaste. — Me dirigí hacia la cocina—. ¡Sígueme! Voy a preparar algo para las dos.

— ¡No hace falta! He traído un sándwich de mantequilla de cacahuete y...

Gruñí, volviéndome hacia ella.

— ¡Te prepararé una comida de verdad, señorita Perreut! ¡No quiero que te desmayes y luego vayas por ahí diciendo que viniste a mi cabaña a morir de hambre!

— ¡Nunca diría algo así! ¡Igual que no te voy a robar una fruta para comérmela!

Me rasqué la cabeza y suspiré.

— Caramba... Realmente guardas rencor, ¿eh? ¡Ya te he dado varias manzanas verdes, pesada! ¿Por qué sigues molestándome con eso?

— Nada de esto habría pasado si usted...

Y entonces volvió a oírse el rugido de su estómago. Fue lo suficientemente alto como para competir con el crepitar de la chimenea y la ventisca que había fuera.

Diana bajó la mirada, un poco avergonzada.



CAPÍTULO 18: MI NOMBRE

Gregor Ylmaz

La cena que preparé fue venado asado con costra de hierbas.

Mi receta consiste en sellar el lomo de ciervo y luego asarlo con una costra de romero, tomillo y salvia, ajo y una pizca de mostaza de Dijon para darle sabor.

El objetivo es obtener una carne jugosa y aromática.

Además, preparé una salsa reducida de vino tinto y frutos rojos con moras, muy típica en esta época. Para darle un toque especial de acidez y dulzor que combina perfectamente con la carne de ciervo.

Mientras se asaba la carne, le pedí ayuda a Diana para pelar el apio y la batata. Los ingredientes serían necesarios para mi famoso puré aterciopelado, con mantequilla y nuez moscada.

También aproveché para preparar los champiñones portobello que Wolfgran trajo esta semana. Había una cesta generosa. Los salteé con mantequilla y los terminé con ajo y perejil.

Había una pequeña bodega detrás de la cocina, con unos pocos vinos que se podían guardar en la cabaña. Me agaché para

buscar el Cabernet Sauvignon. Un vino tinto con mucho cuerpo que combinaba muy bien con la carne.

Volví a la cocina y vi que Diana estaba preparando mi pequeña mesa. Solo había dos sillas. La cubrió con un mantel, puso los platos e incluso las copas.

— Espero haberlo organizado bien.

— ¡Está genial! — Me acerqué a ella y puse la botella de vino sobre la mesa. Luego tiré de la silla—. ¡Siéntate un momento! Ya casi está listo.

Diana asintió con la cabeza y se sentó en la silla que le había acercado. Pasó el dedo por el mantel a cuadros, mitad blanco y mitad azul marino.

— De repente, mi sándwich de mantequilla de cacahuete parece que queda bien en mi mochila.

Dejé escapar una sonrisa mientras probaba la reducción de vino.

— Quizás mi ciervo esté menos jugoso que tu sándwich de mantequilla de cacahuete.

— ¡Si quieres el sándwich, te lo traigo! Así yo me como el venado y tú puedes degustar la deliciosa mantequilla de cacahuete del mercado que hay al lado de mi cabaña.

Me reí y volví a la mesa.

— ¡Una propuesta generosa, pero debo rechazarla! — Extendí mi mano—. ¿Lista para cenar?

El aroma que impregnaba toda la cabaña era ahora el del venado bien condimentado con reducción de vino.

Diana se levantó rápidamente, me tomó de la mano y sus ojitos brillaron. Quizás una hora más de hambre y se habría desmayado en el suelo.

— ¡Estoy más que lista!

— Admítelo, Diana, has venido aquí solo para cenar, ¿verdad?

Retiró rápidamente su mano fría y noté que apartaba la mirada. Se sonrojó con la misma rapidez con la que dejó mis dedos.

¡Maldita sea! Dije algo incorrecto... Yo y mi boca grande.

— Ah... — Intenté decir algo. — Lo siento, no quería insinuar que tú...

— ¡No estoy molesta por eso! —agitó las manos con nerviosismo—. De hecho, ni siquiera estoy molesta. ¡Ni nada por el estilo!

Diana sonrió y fue como si volviera a salir el sol.

— Espera... No lo entiendo. Entonces, ¿por qué...?

— Era la primera vez que me llamabas por mi nombre.

Arqueé una ceja.

No me había dado cuenta de que la había llamado «Diana». Sonó natural. Sin pensarlo.

Tragué saliva, un poco incómodo, y me encogí de hombros.

— Seguro que ya te he llamado Diana otras veces.

— ¡No, Gregor! —Sonrió.

Mi nombre humano sonó hermoso en su boca. Fue ágil, sereno y delicioso para mis oídos.

Estar tan cerca de Diana ahora sonaba como una mezcla de deseo y temor.

Una vez, un sabio me dijo que si alguien sabe tu verdadero nombre, esa persona tiene algún poder sobre ti.

— Entonces... — Di un paso atrás para ir a ver la bandeja del horno—. ¿Comemos?

Mis manos tocaron la bandeja de acero y la tiré, sintiendo el intenso calor. Diana se apresuró a sacar unos paños y a quitarme la bandeja de las manos.

— ¿Estás loco? ¡Lávate las manos rápido!

Arqueé una ceja, todavía tratando de entender lo que estaba diciendo. Entonces me di cuenta de que había olvidado una de las enseñanzas más básicas de Wolfgran:

«Cuando estamos cerca de los humanos, debemos parecernos a ellos. Tenemos las mismas ventajas y desventajas que ellos. Si no nos comportamos así, notarán algo extraño...».

Corrí a meter las manos en el agua mientras Diana se acercaba a la mesa. Cuando volvió, me agarró los muñecos y me tocó las palmas de las manos con ternura. Sus ojos se fijaron en los míos. Había preocupación en ellos.

— ¿Hay alguna pomada por aquí?

— Ha sido muy rápido. No me duele ni nada.

— ¿Estás seguro? Si quieres, puedo ponerte pomada de alcanfor. Tengo en la mochila. También son buenas para respirar.

— ¿Estás preocupada por mí?

— ¡Claro que sí! ¡Podrías haberte quemado las manos!

Sus pulgares apretaron mi palma. Sus dedos eran tan pequeños y suaves. Parecían los de alguien que siempre usa crema hidratante.

— Me alegro de que estés aquí, Diana... —dije sin pensar. Su nombre sonó un poco extraño en mi boca.

Diana sonrió y pude ver que tenía los ojos llorosos.

— ¿De verdad? Entonces, ¿por qué te has ido dos semanas?

Aparté la mirada y retiré mis manos de las suyas.

— No puedo hablar de eso.

Diana me tocó el brazo y me acarició.

— Mira, si es por mí... Por no querer trabajar conmigo o algo así... ¡Por favor, dímelo! Sé que tenemos nuestras diferencias, pero no quiero que eso interfiera en nuestra... ¿Amistad?

«Amistad»

La palabra también sonó extraña. Incluso para ella, que había hecho la pregunta. Era como si intentara entender nuestra conexión. Algo que iba mucho más allá del romance, la amistad o la camaradería.

La palabra que los licántropos usamos para definir eso es «destino».

Le toqué la cara y negué con la cabeza mientras le explicaba:

— No eres ni has sido nunca una molestia. Tuve que desaparecer solo por motivos personales, ¿vale? Te prometo que volveré pronto. Y, si no recuerdo mal, tú prometiste que me esperarías.

Ella asintió con una amplia sonrisa.

— ¡Esa promesa sigue en pie!



Al dar el tercer bocado, Diana se atragantó y tuvo que beber más vino para ayudarlo a bajar. Estaba realmente hambrienta. Solo se detuvo para masticar después del sexto bocado.

— ¡Esto está... INCREÍBLE! — Los ojos de Diana brillaban como dos circones marrones. Un brillo excepcional con un tono terroso e intenso.

— ¡Tu jefe sabe cocinar y hacer mucho más! Puedes decirlo, soy un hombre con talento. — Sonrió, girando la copa antes de beber.

— ¡Y humilde! — Diana se rió, limpiándose la comisura de los labios. Levantó la copa—. ¡Un brindis por esta cena increíble!

— ¡Por su compañía ligeramente agradable!

Brindamos y ella gruñó, apuntando con el tenedor a una seta salteada.

— ¡Di «compañía ligeramente agradable» otra vez y tendré que tirarte el vino a la cara!

Me reí y no quise arriesgarme. Cogí otro trozo de ciervo y le eché un poco más de la salsa por encima. El puré combinaba muy bien.

— Veo que no tienes ningún miedo a que te despida, ¿verdad?

— Ni un poco. ¡Creo que soy una empleada estupenda! — Se detuvo y cogió más puré, y luego continuó: — Por cierto: ¿Lyrolf y tú sois hermanos de verdad? ¡Me parecéis tan diferentes!

Me reí, golpeándome el pecho para ayudar a bajar el trozo de ciervo. Comer con dientes humanos era una de las cosas más molestas que un licántropo podía hacer. Sobre todo porque en mi forma real podía comerme un ciervo vivo fácilmente.

— Sí, somos hermanos por consideración. Tenemos una amistad que trasciende los lazos comunes, por así decirlo...

Diana se quedó mirándome mientras masticaba.

— Entiendo. Entonces, ¿no tienes hermanos de sangre?

Bajé la cabeza, pensativo.

— Tuve dos, pero los mataron cuando yo era un bebé. Me lo contó el anciano que me cuidó.

— ¡Vaya! —Diana se llevó la mano a la boca—. ¡Lo siento mucho!

— No tienes por qué disculparte. Es parte de mi pasado. Por suerte, un anciano me adoptó y me enseñó muchas cosas, como hablar, cazar e incluso usar estos utensilios de metal. — Sonreí, mirando el tenedor clavado en el último trozo de ciervo de mi plato.

Ella se colocó un mechón de pelo detrás de la oreja y cogió la copa.

— ¿Entonces fue como un padre para ti? ¿Cómo se llamaba?

— Ah... Algún día te diré su nombre. — Intenté pensar rápidamente en algo para cambiar de tema—. ¿Y tú? ¿Tienes hermanos?

Los ojos de Diana se posaron en su plato. Dio un bocado al puré y asintió con la cabeza.



CAPÍTULO 19: HISTORIAS DE MEDIANOCHE

Diana Perreut

Hablar de Paola todavía me resultaba difícil.

Pero con Gregor me sentía ligera. Una sensación familiar con Gael. Parecía que en Hiverdoux nadie quería juzgar, solo acoger. Incluso la nieve fuera transmitía esa sensación de calma.

— Yo tenía una hermana. Murió poco después de dar a luz a un bebé.

Gregor recogió mi plato vacío y lo puso en el fregadero. Cogió un tarro con compota y volvió a la mesa. Nos quedamos bebiendo vino.

— Lo siento mucho, Diana. Imagino que estabais muy unidas.

Hice girar el vino en la copa y suspiré, recordando a mi hermana.

— Bueno, lo éramos, pero el embarazo nos distanció.

— ¿Cómo así? — Gregor abrió el frasco y vi que era compota de arándanos. Cogió un cuchillo y también puso un poco en las tostadas.

— Era un embarazo de riesgo. Lo supimos en el cuarto mes de gestación. El médico dijo que las posibilidades de que mi hermana sobreviviera eran mínimas. Recuerdo que me pidió mi opinión y yo fui muy dura con ella.

— Vaya... Debías de estar muy preocupada. Y con razón, ya que tu hermana corría ese riesgo. A veces somos duros sin querer, ¿no crees?

— Es peor de lo que te imaginas... Temía que el bebé naciera con una enfermedad autoinmune. En mi cabeza, mi hermana corría el riesgo de morir durante el embarazo por un bebé que nacería enfermo. Quería que abortara. Así seguiría viva... A mi lado...

Se me hizo un nudo en la garganta y me detuve, terminando mi copa de vino.

El caso es que me sentía avergonzada por haber discutido con mi hermana por la decisión que había tomado. Podría haberle echado en cara lo equivocada que estaba al aceptar el embarazo, pero la verdad es que Paola, quizá incluso después de muerta, defendería lo que hizo. No le daba miedo la muerte si su hija podía seguir viva.

La mano de Gregor se posó suavemente sobre la mía. Noté sus dedos gruesos y largos, con vello en ellos y en la parte superior de la mano.

— Son elecciones, Diana... Hiciste lo que creías mejor para tu hermana y...

— ¡No! —Mi voz se elevó un poco—. ¡Tomé la decisión equivocada, Gregor! Si no hubiera sido tan egoísta, podría haber estado al lado de mi hermana durante la etapa más difícil de su vida. ¿Cómo puedo esperar ahora que Sofie me acepte después de haberle rogado a su madre que abortara?

Los ojos de Gregor se abrieron como platos.

— Espera... ¿Sofie, la hija de Klaus? ¿La del café?

Asentí con la cabeza y Gregor pareció abrir los ojos como platos sobre su copa de vino. Quedaba la mitad y se la bebió rápidamente.

— Sí... ¿Por qué?

— Sofía nació con lupus, ¿verdad?

— Así es. ¿Sabías que se ha curado?

Gregor se pasó la mano por la frente.

— Bueno... Me enteré del milagro que la curó. Creo que fue el deseo del Festival de Invierno. Supongo que lo sabes.

— He oído hablar de ello... De hecho, además de conocer mejor a Sofie, el otro motivo que me trajo a Hiverdoux fue un misterio.

Sus ojos se entrecerraron, sin dejar de fijarse en los míos.

— ¿Los gnomos?

— Los hombres lobo.

La palabra hizo que Gregor levantara la cabeza, incluso pensé que se había sobresaltado en la silla. Luego desvió la mirada. Cogió la copa y la levantó.

— ¡Creo que esto pide una segunda botella de vino!

— No lo crees, ¿verdad?

Gregor se detuvo un momento, observándome desde arriba. Su mano se acercó a la mía de nuevo y dejé que su piel cálida tocara la mía fría.

— Sí, lo creo. Hay registros en la biblioteca local sobre la aparición de algunos de ellos aquí mismo, en la reserva Luna de Sangre.

Abrí mucho los ojos, medio absorta.

— ¿En serio? ¿Y eso fue hace cuánto tiempo?

— No lo sé. Te sugiero que visites la biblioteca para leer sobre ello. Solo lo sé de oídas.

Gregor se alejó, cogió la botella vacía y se dirigió a la bodega recluida al fondo de la cocina.

Realmente tenía planes de ir a la biblioteca lo antes posible. Hasta el momento, mi investigación sobre los hombres lobo parecía

infructuosa. Todavía esperaba que se pusiera en contacto conmigo la Hermandad de Plata, pero habían pasado varios días y aún no había noticias.

Mi jefe regresó con una nueva botella de Cabernet Sauvignon. Sirvió el vino en mi copa y luego en la suya. Volvió a sentarse y bebió un poco.

— Este vino está muy bueno, ¿no crees que...?

— ¿Qué sabes sobre los hombres lobo?

La pregunta pareció pillarle desprevenido. Gregor se rascó la cabeza y esbozó una sonrisa traicionera.

— Nada más que lo que he leído en libros de fantasía o visto en películas de terror. Criaturas peligrosas, imagino... Siendo sincero, creo que deberías olvidarte de esta historia antes de que sus colmillos acaben en tu yugular.

Negué con la cabeza y golpeé la mesa.

— ¡No podrías estar más equivocado! Cuando era niña, me salvó un hombre lobo de pelaje marrón. ¡Me salvó de un cazador! Si no hubiera sido por él, podría haber muerto ese día.

Bajó la cabeza y miró el vino en su copa.

— ¿Y por qué quieres encontrar a ese hombre lobo?

— ¡Para darle las gracias! No lo entiendes, pero creo que, de alguna manera, estoy conectada con él.

— ¿Conectada? ¿Crees que esto es un cuento de hadas? Esas criaturas son mortales. ¡No son humanas! Puede que te protegiera por el simple hecho de estar en el lugar adecuado en el momento adecuado. ¡No hay ningún tipo de conexión!

— No lo entiendes... —Negué con la cabeza enérgicamente —. ¡Lo siento! Lo veo en sueños... Recuerdo su forma con claridad.

Gregor dio otro buen trago al vino.

— A veces él no quiere volver a verte. ¿Lo has pensado?

— ¿De qué estás hablando? Sé que tal vez ni siquiera sabe que existo, ¡pero eso no cambia el hecho de que quiero volver a verlo y darle las gracias por haberme salvado! Así de simple...

Bebí otro trago de vino y me levanté. Esa conversación me estaba sacando de quicio.

— ¡Estás siendo imprudente! —gruñó Gregor, levantándose también.

Entrecerró los ojos para mirarlo, tratando de entender.

— Quizás... ¿Por qué te molesta tanto?

Gregor negó con la cabeza.

— ¿Yo? Como si fuera yo... — Dio otro buen trago, dejando solo un poco de vino en la copa—. Tú eres el que parece no ver por dónde pisas.

Dejé mi copa sobre la mesa y me acerqué a él. Nuestra diferencia de altura era un poco molesta. Tuve que levantar mucho la cabeza para mirarlo a los ojos.

— No sé... Pareces más irritado de lo normal. ¿Por casualidad estás celoso?

— ¿Celoso? —Se rió a carcajadas, dejando también la copa sobre la mesa—. Te crees muy importante, ¿no?

Fue imprudente por mi parte, pero necesitaba aclarar las cosas de una vez. Di un paso más hacia él y me puse de puntillas para robarle un *beso*.



CAPÍTULO 20: FALTA DE AIRE

Gregor Ylmaz

Sus labios suaves ahora estaban sobre los míos.

El sabor del vino tinto explotó en mi boca.

Intenso y único.

Diana se puso de puntillas y me sujetó la cara para besarme. Fue como un abrazo capaz de incendiarme por dentro.

Ya había estado en contacto con otras hembras, pero nunca había sentido esa sensación. Wolfgran tenía razón.

La hembra predestinada...

Podía sentir mi corazón acelerado, con la misma sensación de entrar en mi modo bestia y correr por la nieve. Una mezcla de libertad y lucidez.

Había algo más entre nosotros. Ella lo notó. Y yo también.

Sentía que podía tomarla en mis brazos porque había encontrado exactamente lo que necesitaba.

Esa cosa de ir del punto A al punto B. *Eso es...*

— Eso es... —dijo Diana, como si hubiera leído mis pensamientos. Sus labios aún estaban cerca de los míos.

— ¿Qué ha sido eso, señorita Perreut? — Intenté sonar como su jefe.

Diana me agarró la barbilla y me la acercó.

— Eso, señor Ylmaz, era la prueba que necesitaba. Le gusto... Todo ese aire provocador es solo una fachada, ¿verdad?

— ¿Cómo te atreves a decir algo así? Yo...

Y de nuevo me besó. Sentí esa suavidad inundar mi cuerpo, poniéndome la piel de gallina. Y eso que tengo mucha. Algo más amplia que la vez que la protegí del frío, abrazándola en la cama.

No pude resistirme. Mis brazos la tomaron con deseo. La agarré por la nuca mientras le devolvía el beso, permitiéndome avanzar con Diana.

Nuestras lenguas se entrelazaron, dándonos placer. Su cuerpo se fue calentando. Su aroma se volvía más suave mientras exhalaba sus feromonas.

Diana solo apartó la boca cuando se quedó sin aire. Sonrió y tosió un poco. Agucé el oído, notando que sus pulmones carecían del oxígeno necesario.

— ¡Eh, tranquila! — Le toqué la cara.

Diana apoyó la cara en mi pecho y se quedó allí.

— Creo que la bronquitis no está ayudando. — Me sonrió y escondió la cara para toser de nuevo.

Le pasé la mano por el cabello ondulado y admiré sus ojos brillantes a la luz amarillenta de la cocina.

— ¿Por qué me besaste, Diana?

— ¡Porque sabía que me devolverías el beso, Gregor!

— Soy tu jefe.

— Y aun así me abrazaste... Espero que no hagas eso con todas tus empleadas.

Gruñí, sosteniéndola en mis brazos.

— ¡Eres muy atrevida! — Acerqué mi rostro para besarla.

Ese beso, aunque ella aún no lo sabía, estaba lleno de nostalgia. Esa nostalgia de alguien que ya debería haberse encontrado contigo en otro momento.

Había una mezcla de dulzura y desesperación. Era como si, en ese instante, todo lo que habíamos perdido se recuperara, en un simple roce de labios que decía más de lo que cualquier palabra podría expresar.

Diana volvió a retroceder, tratando de recuperar el aliento. Noté que le temblaban las piernas. Estaba realmente débil. Aproveché ese momento para lanzarla sobre el armario de la cocina.

Se asustó cuando sus nalgas chocaron con la madera, pero permaneció sentada sobre él. Entre sus piernas abiertas, avancé con mi cuerpo, manteniéndome de pie frente al armario.

Volvimos a besarnos. Algo repentino, con esa sensación de urgencia, un choque entre el deseo y la sorpresa. Diana resistió un segundo, con el pecho aún pidiendo aire, pero pronto se entregó al calor del momento. A nuestra combustión. Nuestros cuerpos pegados, queriendo saborearse el uno al otro, sin posibilidad de que aquello terminara.

Dentro de mi pecho había algo muy profundo que me hizo dudar en ese beso. No quería que mi lado salvaje surgiera y asustara a Diana. A pesar de estar buscándolo, la verdad es que los humanos no están preparados para lidiar con eso.

Los licántropos son criaturas de la noche. Lobos gigantes y bípedos. Comen carne fresca, ya sea de animales salvajes o incluso de humanos. No nos afectan las enfermedades, nos regeneramos en pocos segundos de las peores heridas que se puedan imaginar y vivimos mucho más que un humano.

Y aun así, los licántropos tenemos nuestras hembras predestinadas. Las únicas capaces de reproducirse con nosotros. Las únicas con feromonas arcaicas y singulares.

Recordaba el rostro de Diana cuando solo tenía ocho años. En aquella época aún no tenía feromonas. Era solo una niña.

Pero todo cambió cuando la volví a encontrar en el campus de la universidad, cuando ya tenía 19 años. Estábamos a unos

metros de distancia, pero recuerdo como si fuera ayer el aroma dulce en el aire.

Diana me tomó la cara y tosió un poco, bajando la mirada.

— ¿Podemos hacer una pausa? —Se llevó la mano a la boca y volvió a toser.

Realmente podía sentir que le faltaba oxígeno.

Tragué saliva y asentí, besándole la mejilla caliente.

— Claro que podemos...

Le cogí las piernas y la puse en mis brazos hasta que salimos de la cocina. Diana sonrió, aún tosiendo un poco. Sus ojitos brillaban al ver mi rostro. Ahora sus manos se aferraban a mis hombros.

— Creo que te he decepcionado, ¿verdad? —preguntó Diana con ojos culpables.

Negué con la cabeza y la tumbé en el sofá, arrodillándome delante de ella.

— De ninguna manera. Llevaba mucho tiempo esperando esto, Diana.

Ella sonrió. Ese tipo de sonrisa que espera la respuesta correcta. Diana inclinó el cuerpo, aún tocando su pecho, y me besó en la punta de la nariz.

Su voz sonó baja. Casi ronca:

— De repente, dormir a tu lado ahora no me parece tan extraño...

— Quizá ni siquiera la última vez fue extraño.

— ¿Por qué dices eso? — Se llevó la mano a la boca, pero no tosió.

— Porque parecía lo correcto. Era eso o te habrías congelado.

Diana me tiró de los brazos e intentó empujarme para que me tumbara junto a ella en el sofá.

Pero me quedé en el borde del sofá. Era demasiado grande para caber allí. Tuve cuidado de no aplastarla.

Allí nos quedamos tumbados en silencio. Solo se oía el crepitar de la chimenea y el «maullido» de los pulmones de Diana.

La nieve había dejado de caer.

— Mañana es domingo... — Diana constató, pasando el dedo por mi pecho cubierto por la tela de la camisa. — ¿Vuelves al trabajo el lunes?

Levantó los ojitos y me resultó casi imposible negarme.

— Está bien, puedo volver el lunes —gruñí, sujetándole la barbilla—. ¿Entonces vienes aquí y me seduces solo para que vuelva al trabajo?

Diana miró hacia arriba, haciéndose la tonta.

— ¿Qué? ¡No jugaría tan bajo!

Aún con la mano en su barbilla, le acerqué el rostro y le di otro beso en la boca.

Y nos quedamos en ese sofá hasta que Diana se quedó dormida en mis brazos.

Esta vez, totalmente a gusto.



CAPÍTULO 21: AMANECER

Gregor Ylmaz

Los licántropos no necesitamos dormir como los humanos. Tenemos un sueño muy ligero, como el de los lobos.

Aunque necesitamos descansar, permanecemos alerta a los sonidos y movimientos que nos rodean, bien preparados para reaccionar ante cualquier amenaza u oportunidad de caza. Es un tipo de sueño intercalado entre siestas ligeras y sueño profundo.

Algunas leyendas cuentan que la maldición de la licantropía nos priva del sueño reparador. Al igual que las historias sobre vampiros y otros seres mitológicos.

Aun así, dormir con Diana me hizo dormir mucho más profundamente que cuando dormía solo. Como si sus feromonas me calmaran de alguna manera.

Por la mañana, la luz invadió las ventanas con fuerza, pero Diana tardó en despertarse. Me concentré en su suave respiración y en la cicatriz de su cuello.

Después de una hora y pico, con la luz del sol entrando por la ventana, abrió los ojos.

Pude ver sus ojos marrones zirconio brillar con la luz de la mañana. Sus labios se curvaron, esbozando una sencilla sonrisa al verme todavía en la esquina del sofá, nuestros cuerpos aún juntos.

Solo entonces levantó la cabeza, con las cejas arqueadas, y me empujó del sofá, y mi espalda golpeó el suelo.

— ¡Vaya! —Diana saltó sobre mí y corrió hacia arriba—. ¡No me he lavado los dientes!

Gruñí, sentándome en el suelo y notando que mi espalda estaba más dolorida que nunca.

Me levanté y me estiré, caminando hacia el baño. Diana se cepillaba los dientes, mirando lo que parecía ser un grano en la frente.

— ¡Buenos días a ti también! —gruñí, viendo nuestra diferencia de altura en el gran espejo empotrado en la pared.

Diana se inclinó sobre el lavabo y escupió. Me dedicó una amplia sonrisa, aún manchada de pasta de dientes:

— ¡Buenos días! No puedo creer que no me hayas despertado para lavarnos los dientes. Lo peor es que todavía tengo la cabeza un poco mareada. Creo que bebí demasiado. ¿Por casualidad tenías frío otra vez y por eso te acostaste conmigo?

Volvió a ponerse el cepillo en la boca y siguió cepillándose.

No sabía qué responder.

— Espera... ¿No te acuerdas de anoche?

Diana se inclinó de nuevo sobre el lavabo, escupió y se enjuagó la boca, limpiándose los dientes mientras yo cogía mi cepillo.

— ¡Sí! El ciervo, el puré y el vino combinan a la perfección. ¡Hacía años que no comía tan bien!

— ¿Y después? —pregunté, poniendo pasta de dientes en mi cepillo y esperando su respuesta.

Diana se miró al espejo con aire pensativo. Se llevó la mano a la barbilla y la apretó como si intentara recordar.

Su rostro se iluminó y pude notar su reflejo más animado.

— Creo que me quedé dormida en el sofá, ¿no? No aguanto bien el alcohol. ¡Lo siento!

Mis ojos se abrieron como platos y bajé la mirada rápidamente.

¿No recordaba nada más? ¿Cómo era eso?

— ¿Vomité? —Me tocó el brazo—. Mierda... No puedo creer que vomité en tu casa.

Escupí en el lavabo y me limpié la boca antes de responder:

— No... Pasó otra cosa... — gruñí.

Diana dio un paso atrás, con una ceja levantada.

— ¡Mierda! He dicho algo desagradable, ¿verdad? Siempre lo hago cuando bebo demasiado... ¡Lo siento mucho! —Me agarró del muñeco y me sacó del baño—. ¿Te importa si uso el baño? ¡Tengo muchas ganas de hacer pis!

Suspiré y di un paso fuera del baño. La puerta se cerró casi al mismo tiempo.

Esperé a Diana fuera, sentado en el segundo escalón de la escalera que daba al pasillo de mi habitación. Fue entonces cuando oí su grito.

Me levanté rápidamente y golpeé la puerta.

— ¿Algún problema?

La puerta se abrió antes de que pudiera llamar por segunda vez. Los ojos de Diana se abrieron como si hubiera visto un fantasma.

— No... No puede ser... Nosotros...

— ¿Qué pasa?

— ¡Mierda! —Se llevó la mano a la cabeza—. ¡Dime que usamos condón!

Arqueé una ceja, tratando de seguir su línea de razonamiento.

— ¿Cómo es eso?

— ¿Lo usamos o no? Por el amor de Dios... ¡Di que sí!

— No usamos condones y...

Diana dio un grito que casi me desorientó. Salió corriendo al baño y cerró la puerta.

— ¡Eh! —Golpeé la puerta dos veces—. ¿Me oyes?

— ¡NO! ¡TE APROVECHASTE DE MÍ MIENTRAS ESTABA BORRACHA...

Diana ahora tenía voz entre lágrimas.

Puse los ojos en blanco, golpeé la puerta de madera y solté rápidamente:

— ¡NO HEMOS TENIDO SEXO, ZORRA!

Hubo un silencio y, al cabo de un minuto, Diana abrió la puerta, secándose las lágrimas de la cara.

— ¿No? —Su voz parecía distante.

— No, en serio... —dije entre dientes.

Diana se llevó las manos a la cara y bajó la cabeza.

— Dios mío... ¡Lo siento! ¡Lo he entendido todo mal! ¡Por favor, no me despidas! Ha sido solo un malentendido.

— No significa que no haya pasado nada —gruñí.

Sus dedos se fueron abriendo, aún con ellos en la cara. Sus ojos se abrieron de par en par.

— ¿Qué ha pasado? —Su voz sonó ahogada—. Mis bragas...

Dejé escapar una sonrisa mientras bajaba la cara. Di un paso atrás, humedeci los labios.

Realmente Diana no parecía recordar nada. Sería divertido si pudiera «aderezar» esta historia.

— Ah, Diana... No recuerdas nada después de la cena, ¿verdad? Quizás en la segunda botella de vino dijiste que querías acostarte conmigo. Dijiste algunas obscenidades. Una de ellas fue que estabas loca por verme sin la toalla. Y hasta lo duro que podría ponerme contigo.

Diana se quitó las manos de la cara y vi cómo su piel pasaba de blanca como la cera a roja como un tomate. De esos bien maduros.

— ¿MENTIRA?

— Es verdad... Yo retrocedí, pero tú seguías insistiendo mucho.

— Dios... —Se llevó la mano a la cabeza, entre el pelo—. Lo siento, por favor... Yo...

Me eché a reír sin poder controlarme.

Diana se quedó mirándome como tratando de entender, hasta que cayó en la cuenta. Me dio una palmada en el hombro.

— ¡Imbécil! —Me dio otra palmada.

Retrocedí, limpiándome las lágrimas de los ojos de tanto reír.

— ¡Vaya, tenías que haber visto tu cara!

— No sé qué ganas tienes con eso...

Me dio otra palmada y yo la agarré y tiré de ella.

Nuestros cuerpos se pegaron de nuevo y la besé.

Diana pareció sorprendida al principio. Se debatió, golpeándome el pecho, pero pronto cedió. Como si los recuerdos estuvieran volviendo lentamente.

— No puedo creerlo... — balbuceó, todavía pegada a mi cuerpo—. Ayer... ¿Nos besamos de verdad?

— Sí, Diana. — Le acaricié la cara caliente con la mano—. Y puedo decir que me gustó.

Diana enderezó la cara contra mi pecho y me abrazó.

— Es extraño, pero parece que tiene sentido. — Se separó un poco, con las manos aún en mi espalda—. Pero nadie en Wolf Sports puede saberlo. ¿Me oyes?

— Depende. Solo lo acepto si seguimos así.

— ¿Así?

Le sostuve la cara y la besé de nuevo, hasta que se derritió en mis brazos. Hasta que pude sentir todo el placer que sentía al estar a su lado.

Cuando nuestros labios se separaron, la cogí por las piernas y la eché sobre mi hombro. Diana no se quejó. Me dejó subir las escaleras con ella hasta que la tiré sobre la cama.

Tenía la cara tan sonrojada que incluso le tapaban las pecas de las mejillas.

Puse la mano sobre sus piernas, sobre la tela de los vaqueros grises, y empecé a tirar. Diana me miró con los ojos muy abiertos hasta que solo quedó en camiseta y braguitas de color rosa claro.



CAPÍTULO 22: SIN REACCIÓN

Diana Perreut

La lengua de Gregor estaba muy húmeda. Se deslizó suavemente sobre mi coño, hasta el punto de ver su boca con un hilo de mi lubricación conectado a sus labios y algunos pelos de la barba.

De nuevo bajó la cabeza, haciéndome suspirar y mirar al techo de madera. Me agarré a sus hombros solo como apoyo mientras me chupaba como si quisiera hacerlo desde el momento en que nos conocimos.

La forma en que su barba rozaba mi coño era única. Especial. Haciéndole mancharse los labios vaginales como si estuviera bañada en miel.

Mis pezones duros ahora se balanceaban rozando la camisa cuando me penetró con su lengua, formando una V. Un gemido brotó de mi garganta, casi como una petición para que no parara.

Gregor chupó mi clítoris y pude ver estrellas a plena luz del día. Me retorcí, corriéndome en su boca. Incluso me puse la mano en la boca, tratando de no parecer tan histérica, pero entre mis dedos, mis gemidos estallaron en la habitación.

¡No puedo creerlo! Creo que voy a correrme otra vez...

Aunque fuera nevaba, yo era una caldera. Estaba ardiendo como nunca. Estaba sudando solo con el sexo oral de Gregor.

Apreté más sus hombros mientras él avanzaba sobre mi coño, explorando lugares que ni siquiera creía que existieran en mí.

Abrí la boca y no salió ningún sonido, mientras su lengua se deslizaba suavemente por cada parte de mi entrada. Con calma. Con sabiduría. Con delicadeza.

Gregor parecía un hombre bruto. De esos que van, follan, se corren y terminan el trabajo.

Pero solo lo parecía.

Y de nuevo me encontré corriéndome, sintiendo cómo mis músculos temblaban con fuerza. Un espasmo severo casi me hizo saltar de la cama. Algo recorrió cada parte de mi cuerpo, hasta que sentí una fuerte necesidad de orinar.

Gregor levantó la cabeza y me besó los muslos. Con un movimiento rápido, me mordió uno de ellos dejando una marca.

— ¡Ay! —protesté, sintiendo el ardor—. ¡Ve más despacio! ¿Quieres arrancarme un pedazo?

Él sonrió con la barba manchada de mi semen. Y por la forma en que sonrió, la respuesta a mi pregunta fue un sonoro «SÍ».

Entonces se acercó a mí. Todavía llevaba los pantalones de chándal azul marino cuando se acercó a mí, que estaba casi completamente desnuda.

Mis ojos se fijaron en el bulto que se marcaba en los pantalones. Parecía algo más grande de lo que yo podría meter dentro de mí. Empecé a pensar que no estaba preparada para aquello.

¿Tendrá condón?

—Gregor... —Mi voz sonó temblorosa, casi asustada.

Gregor se acercó a mí con el ceño fruncido. Cuando sus dedos calientes tocaron mi piel, pensé que iba a correrme otra vez.

Y entonces introdujo dos dedos en mi coño mientras sus labios se apoderaban de mi cuello. Se deslizaron con tanta facilidad

que pude sentir cómo se alojaban dentro de mí cada vez más profundamente.

Le agarré la cara y le besé, permitiéndole avanzar aún más con los dedos. La fricción aumentaba a un ritmo más intenso.

Gregor me destrozó con orgasmos tan intensos que pensé que iba a saltar de la cama con la sacudida. Tuve que taparme la boca para no parecer una maníaca sexual.

Empecé a sentir que me temblaban las piernas. Quizás esos años sin sexo me habían hecho olvidar cómo era esa sensación.

Cuando Gregor introdujo el tercer dedo, ya no sabía qué hacer. La idea del hermoso volumen escondido en los pantalones de chándal azul marino ahora me parecía algo aún más hermoso.

Empecé a imaginar su tamaño, su cuerpo desnudo y musculoso sobre el mío e incluso cómo se corría dentro de mí.

En un momento repentino de placer, después de empapar la sábana con mi propio semen, avancé y toqué su polla, que aún estaba dentro de los pantalones.

Pude sentir lo caliente que estaba. ¡Y duro! Como una roca. Quería a Gregor dentro de mí.

Fue entonces cuando sentí que sus dedos salían de mi interior. Fue un movimiento rápido que me hizo abrir los ojos de par en par. Gregor se levantó y se apartó de mí. Pasó los dedos por la sábana y apartó la cara.

— No puedo follar contigo ahora, Diana. Dejémoslo para otro día.

Abrí la boca, sin entender muy bien. Gregor se levantó de la cama y aún pude ver su polla dura luchando por salir de la sudadera azul marino, pero aun así se dirigió a la puerta y se marchó.

Su rostro parecía una mezcla de placer y frustración.



Empecé a preguntarme si la razón por la que no habíamos tenido sexo era algo que había hecho o dejado de hacer.

¿Acaso no olía bien?

¿No estaba bien depilada?

¿O tal vez tiene eyaculación precoz?

O puede ser que esté acostumbrado a mujeres diferentes.

Quizás esté enamorado de Milena.

Puede ser porque yo disfruté mucho. ¿Lo asusté?

Cogí mis braguitas rosas de la cama y me las volví a poner. Estaban tan mojadas que me daba vergüenza ponérmelas. Cogí mis pantalones y mis medias y, después de arreglarme, salí de la habitación.

La puerta del baño estaba cerrada. Me quedé pensativa, sin saber si debía decirle algo a Gregor o no.

Me senté en el sofá, completamente inmóvil. Me quedé mirando la televisión apagada. Faltaba poco para que se consumiera la leña de la chimenea.

Intenté distraerme con otras cosas, pero las preguntas volvían a mi cabeza. Martilleando lo que posiblemente había pasado para que no siguiéramos en la cama.

Para mí fue muy placentero. Gregor sabía ser bueno con la lengua y con los dedos. Pero aún necesitaba entender por qué habíamos parado ahí.

¿Habría sido algo que dije anoche?

Quizás no tenía condones y...

Finalmente, Gregor salió del baño. Me levanté rápidamente y caminé hasta verlo con la cara mojada.

— Ah... ¿Por casualidad no tienes condones? Porque si quieres, yo puedo...

— No. Tengo. Es solo que no quiero seguir con esto, ¿vale?

Tragué saliva y asentí con la cabeza.

Tenía que respetar su voluntad. Por supuesto que no iba a exigirle nada que no se sintiera cómodo haciendo. ¿No?

Gregor parecía tan nervioso como yo. Desvió la mirada y se rascó la parte posterior de la cabeza.

— Hoy es domingo... Creo que es mejor que tomemos un café y luego pasará un guardabosques por aquí. Puedes pedirle que te lleve de vuelta al centro de Hiverdoux. ¿Qué te parece?

Me rasqué el brazo, sin levantar la vista.

— Vale... Es una idea estupenda...

— No te preocupes. Mañana estaré en Wolf Sports. ¿De acuerdo?

— De acuerdo... — Sonreí tímidamente.

Nos sentamos a comer, pero parecía que no teníamos hambre. Hubo un silencio amplio e incómodo.

Conté los minutos que faltaban para que llegara mi transporte.

Realmente pasaban mil cosas por mi mente.

Después de todo, ¿qué había hecho mal?



CAPÍTULO 23: UBICACIÓN

Diana Perreut

El coche llegó unos minutos después.

El guardabosques me ayudó con la mochila y fue todo un caballero al abrirme la puerta del coche. Era uno de esos coches altos con neumáticos gruesos. La carrocería era azul y tenía señales luminosas a los lados.

Miré hacia atrás antes de entrar en el coche y me di cuenta de que Gregor parecía incómodo, con una mirada un poco evasiva y el rostro rígido. Tenía los brazos cruzados y la pierna inquieta.

Me acerqué a él y le di un abrazo. Nos despedimos con un abrazo amistoso y eso fue todo.

Ralf, el guardabosques, entró en el coche y yo lo hice justo después, sin dejar de mirar a Gregor, que estaba fuera.

— Ha sido muy valiente al venir aquí sola. Debe de estar acostumbrada a caminar sobre la nieve, ¿verdad?

Negué con la cabeza:

— La verdad es que no. Es la primera vez que hago una locura así.

Subió la calefacción y se puso muy cómodo. Arrancó el coche y seguimos por la carretera cubierta de nieve.

Me quedé mirando hacia atrás, hasta que la imagen de Gregor desapareció de mi campo de visión.

Ralf señaló el colgante que llevaba en el espejo retrovisor. Era un pequeño filtro de sueños.

— Estos filtros se fabrican aquí, en la reserva. ¿Lo sabías?

No estaba muy animado para charlar. En mi cabeza, repasaba toda la situación que había ocurrido. Intentaba encontrar alguna explicación lógica para que Gregor Ylmaz no hubiera tenido sexo conmigo.

Pero eso empezó a darme dolor de cabeza.

Intenté concentrarme en la conversación con Ralf para distraerme:

— No lo sabía. ¿Qué hay en esa reserva?

— ¿Gregor no te lo ha contado? La reserva Luna de Sangre es natural. Hay especies de lobos allí. ¡Los lobos grises están casi extintos!

Abrí mucho los ojos, sumergiéndome en la historia.

— Vaya... No tenía ni idea.

— El regreso de estos animales a las montañas suizas se ha observado en las últimas décadas, después de que se extinguieran prácticamente a principios del siglo XX debido a la caza y la pérdida de su hábitat. Gael propuso entonces la creación de la reserva cuando encontramos los primeros lobos por estos alrededores.

— ¡Vaya! ¡No tenía ni idea! Y tú eres uno de los guardabosques, ¿verdad?

— Sí, pero en realidad soy policía. Hicimos un curso para trabajar como guardabosques. En Hiverdoux no hay suficiente gente para todo tipo de trabajo, así que tenemos que hacer algo extra.

— ¿Es el mismo caso de Wolfgran?

Ralf asintió con la cabeza y sonrió.

— ¡Exacto! El doctor Wolfgran es el comisario, pero vive aquí precisamente para vigilar de cerca la reserva. A veces aparecen

cazadores dispuestos a alterar la paz.

— ¡Siempre los malditos cazadores! —resoplé, cruzando los brazos sobre el cinturón de seguridad.

Ralf se rió y negó con la cabeza.

— La caza ilegal de lobos en Suiza se considera un delito medioambiental. Dependiendo de la gravedad de la infracción, las sanciones pueden incluir multas elevadas y penas de prisión, pero en algunos casos especiales, se permite el control de la población de lobos en caso de ataques repetidos al ganado.

— ¿Y quién fabrica ese filtro de sueños? He visto que hay varios en Hiverdoux. También en la cabaña de Wolfgran y Gregor.

— Una señora. Algunos la llaman vidente. Es porque dicen que en estas montañas hay pesadillas con hombres lobo.

Giré el cuello, asustando a Ralf.

— Espera... ¿Cómo? ¡Tengo que hablar con ella!

— ¿Estás teniendo pesadillas con hombres lobo?

Bajé la cara, recordando el sueño picante que había tenido la última vez.

— Bueno... Un poco, creo. ¿Dónde puedo encontrar a esa vidente?

— En la plaza central de Hiverdoux. Si quieres, puedo llevarte ahora mismo.

— ¿Atiende los domingos?

— Se puede decir que siempre está allí. Estoy seguro de que si le cuentas la pesadilla, ella podrá orientarte. Solo cobra por filtrar los sueños.

Me ajusté la bufanda y reflexioné con los dedos sobre mis pantalones.

— Pero necesito tener más sueños. Digamos que necesito saber más, ¿entiendes?

Ralf me miró rápidamente, con una ceja levantada.

— ¿No tienes miedo de esos monstruos?

Negué con la cabeza enérgicamente.

— ¡No hay nada que temer! Cuando era niño, uno de ellos me salvó la vida.

— ¿Qué? ¿Viste a un hombre lobo de carne y hueso?

Asentí con la cabeza, mirando al parabrisas mientras luchaba contra la nieve.

— Y lo recuerdo como si fuera ayer... Por eso quiero entender los sueños antes de intentar borrarlos. Parece que... — Me llevé la mano al pecho—. Tengo una conexión con esa especie. ¿Puedes llevarme a la vidente?

Ralf suspiró.

— Está bien. ¡Es de camino!



Ralf se detuvo en la plaza central, tal y como había dicho. Señaló una cabaña a pocos metros. El pequeño edificio de dos plantas era de piedra y estaba cerca de la torre del reloj. Lo que realmente me llamó la atención fue un letrero con un cristal para protegerlo de la nieve.

«Oniromante»

Ya había oído hablar de esa palabra. En mis investigaciones sobre los hombres lobo había algo sobre los oniromantes. La palabra proviene del griego «óneiros», que significa «sueño».

Le di las gracias a Ralf y me despedí con la mano.

La plaza estaba vacía en pleno domingo. Caminé, disfrutando de la escasa nieve que caía sobre el cielo pálido. La

placa se hacía cada vez más visible.

Antes incluso de que llamara a la puerta, se abrió. La señora que estaba detrás me sonrió y me hizo un gesto con la mano para que entrara:

— ¡Entra, querida! Te estaba esperando.

Abrí mucho los ojos y me ajusté las correas de la mochila antes de entrar en la cabaña.

¡Esta es buena!

Seguí a la vidente, mirando los alrededores de la cabaña. Hasta que vi una escalera que llevaba al segundo piso. Nos detuvimos ante una puerta de un metro setenta. Pasamos fácilmente e incluso me golpeé la cabeza al pasar.

La sala estaba calentita, con la chimenea encendida. En el centro había una mesa redonda cubierta con un mantel morado. En el centro había una bola de cristal. Las ventanas estaban cerradas con persianas moradas con detalles dorados.

La vidente cerró la puerta y señaló un diván.

— Túmbate ahí. Te ayudaré a encontrar el sueño que tanto buscas.

Había otra mesita junto a la chimenea, la vidente pasó junto a ella y encendió una vela intensa. El aroma a enebro se extendió por la habitación.

Antes de tumbarme en el diván, le agarré la muñeca:

— ¿Me ayudará a localizar a quien busco?

No quería dar demasiada información porque creía que esa «oniromante» era una profesional seria. Si realmente era buena, encontraría al hombre lobo de pelaje marrón.

— Créeme, hija mía, encontrarás exactamente lo que buscas. Ahora túmbate y cierra los ojos.

La vidente acercó una silla al diván y yo acepté mi destino. Me tumbé, cerré los ojos y dejé que mi mente se calmara.

Solo quedaba el aroma del enebro. Empezó a cantar una canción en una lengua desconocida para mí. Y cuando me di cuenta, ya no estaba en este mundo.



CAPÍTULO 24: EN OTRO MUNDO

Gregor Ylmaz

Wolfgran ya me esperaba en la terraza de su cabaña.

El espacio era pequeño, con una chimenea y ventanas por todos lados. La luz que entraba llenaba cada rincón. Se veía una mesa, una silla y una nevera.

— ¡Greg! —Se levantó de una de sus mecedoras. Llevaba un jersey rojo que combinaba con sus ojos.

— Wolf, necesito mucha ayuda...

Él sonrió, como si ya imaginara el motivo.

— Pareces muy ansioso. ¿Qué tal un té antes de hablar?

— No sé si tendré paciencia para un té.

— Greg, tal y como estás ahora, no vas a poder prestar atención a mis palabras. Necesito que aceptes el té para que se te calme la mente. ¿De acuerdo?

Crucé los brazos y negué con la cabeza.

— ¿Acaso tengo otra opción?

Wolfgran se rió y se alejó para preparar el té.

— Tienes que entender que ahora, como tú y Diana están muy unidos, ese vínculo es cada vez más fuerte. Ella es tu alma gemela. Un paso en falso y puedes perderla para siempre.

La tetera resonó, sobresaltándome ligeramente mientras Wolfgran terminaba de explicar. Di un paso adelante y cogí la taza en cuanto el aroma de la manzanilla se extendió por el aire.

— ¿Y cómo puedo tener una relación normal con ella? Somos de mundos diferentes y...

— Ah, Greg... Otros como nosotros ya se relacionan con sus hembras predestinadas. Nuestro antiguo Alfa, por ejemplo. Sé que el instinto de aparearse es algo natural, pero hay todo un proceso para que eso suceda con la predestinada. Ahora estás familiarizándote con la gente, así que tenemos que ir con calma.

— Es difícil tener calma cuando siento sus feromonas. Además, la semana que viene entrará en celo.

Wolfgran negó con la cabeza y me reprendió:

— No es celo. Estará cerca de ovular. A eso lo llamamos ciclo de ovulación, Greg.

— Claro... — El sabor dulce del té de manzanilla era más suave que el primer sorbo. — Pero, ¿cómo puedes ayudarme con eso?

— Tus pupilas están volviendo a la normalidad, así que creo que podemos hablar en los sillones. ¡Sígueme, por favor!

Wolfgran se adelantó y yo puse los ojos en blanco, siguiéndolo con la taza aún en la mano.

Una de las cosas que más me irritaban de Wolfgran era su capacidad para mantener el control. A veces parecía casi un robot. Quizás el hecho de ser el Alfa realmente tenía sentido en alguien con tanta sabiduría.

Me preguntaba cuánto tiempo llevaba Wolfgran en contacto con la humanidad. Su historia era un misterio y parecía empeñado en mantener todo en secreto, incluso el ritual del antiguo Alfa que lo había colocado en esa posición.

Wolfgran se sentó en el sillón cerca de la ventana y bebió más té. Me tendió la mano para que contemplara la hermosa vista con la nieve fuera. En el silencio de la terraza, ahora solo se oía el crepitar de la leña.

Me senté en el sillón frente a él y tomé otro sorbo de té.

— Estoy esperando tus consejos... — Suspiré, tratando de no parecer impaciente, pero lo estaba. Y mucho.

Wolfgran seguía mirando la nieve fuera. El viento soplaba, empujando los copos hacia el bosque de pinos. Su cabello y su pelaje eran tan blancos como la candura.

— Actualmente, si te quedas con Diana en forma humana, te transformarías durante la penetración, y si ella no está preparada, acabaría traumatizada. Más por las mutaciones entre humana y licántropa que por el acto sexual en sí. Y hasta ambos.

Aparté la cara antes de que me mirara a los ojos.

— Joder... ¡Claro que lo sé!

— No estoy diciendo que sea imposible. Varios de nuestros hermanos tienen a sus hembras predestinadas y no sintieron la transformación durante el sexo. Todo de forma natural. Solo que eso les exigió una preparación.

— ¡Eso es lo que necesito!

Wolfgran sonrió sin mostrar los dientes.

— Lo primero es preparar tu mente humana y tu mente animal. Los licántropos no podemos hacer eso con cualquiera. Es necesario que sientas esa conexión legendaria con ella. ¿Puedes decirme qué sientes por Diana?

Puse la taza cerca de la ventana y me pasé las manos por la frente mientras bajaba la cabeza.

— Creo que no sé explicarlo muy bien...

— Necesito que te esfuerces. No puedo transmitirte un conocimiento tan intenso sin saber por lo que estás dispuesto a pasar.

Suspiré, tratando de calmarme, pero mi pierna comenzó a balancearse, sin obedecerme.

— Vale... Creo que Diana tiene un olor natural inusual. Recuerdo que cuando la conocí, no lo tenía. Era solo una niña de 9 años...

— Sí, ese aroma de las mujeres predestinadas solo aparece después de la primera menstruación.

— Sí... Tiene sentido... — Levanté la cara y volví a coger la taza. — Pero volví a ver a Diana en el campus de la universidad, cuando tenía 19 años. Lo recuerdo como si fuera ayer... Estaba a unos metros de distancia.

— ¿Y qué hacías allí? Aún no habías llegado a Hiverdoux...

— Sí, fue unos años antes. Iba a hablar con Veillun. Nos conocimos en el bosque de Aletsch, mientras cazaba un ciervo rojo.

Wolfgran sonrió antes de beber más té:

— ¡Nuestro antiguo Alfa! Eso nunca me lo había contado. Imagino que fue una conversación interesante, ¿verdad? Y aun así, no te convenció para que vinieras aquí...

— No lo convenció... No en ese momento. — Esbocé una sonrisa al recordar la conversación. — Pero fue una conversación estupenda. Pude conocer mejor la reserva Luna de Sangre.

Wolfgran se levantó, dejando su taza en la ventana mientras yo terminaba de beber el té.

— Bueno, Greg, acepto enseñarte cómo lidiar con la hembra predestinada. Eres consciente de todo lo que eso implica, ¿verdad? Como el embarazo, la menor longevidad de los humanos e incluso las reacciones que puede causar en su cuerpo.

Asentí con la cabeza y me levanté del sillón.

— Lo estoy... Pero no veo cómo no continuar, ya que ella se quedará en Hiverdoux. Además, parece enamorada de mi lado salvaje.

— Entonces, sígueme. Tenemos que acceder a otro mundo antes de que aprendas qué hacer.

— ¿Otro mundo? —pregunté, confundido, pero Wolfgran me ignoró.



Ahora estábamos en la habitación del fondo de la cabaña. Olía a varias hierbas, pero el enebro era el más fuerte. Destacaba como si el noventa por ciento de la habitación estuviera lleno de esa hierba.

Noté que la alfombra del suelo era piel de oso. Había una cama doble en el centro, la ventana estaba cerrada y no entraba nada de luz. El polvo flotaba sobre la pequeña rendija de luz amarillenta que se propagaba por la habitación.

En el techo había al menos siete filtros de sueños. Cada uno estaba hecho de una forma diferente. Algunos con plumas de búho, otros de cuervo e incluso algunos con plumas de halcón.

Wolfgran señaló la cama:

— ¿Recuerdas el ritual de tu iniciación? Digamos que será algo parecido. Necesito que te quites toda la ropa y te tumbes en la cama.

— ¡Eh! ¿Completamente desnudo?

— No tenemos tiempo para eso, Greg. Solo hazlo, ¿de acuerdo?

No es que Wolfgran nunca me hubiera visto desnudo. Pero siempre me resultaba un poco incómodo quitarme toda la ropa en forma humana. El pelaje de lobo podía ocultar mis genitales, pero la piel humana no.

Pero confío en Wolfgran. Nunca me ha dado ningún indicio de deslealtad.

Sin perder más tiempo, hice lo que me ordenó. Me quité la chaqueta, la camisa que llevaba debajo, los pantalones, los calcetines y los calzoncillos. Lo dejé todo allí mismo, en el suelo.

Me pasé la mano por la barbilla y lo miré, que volvió a señalar la cama.

Puse un rodilla en la cama y me tumbé rápidamente con el abdomen hacia arriba.

— Greg, sé que es un poco incómodo, pero necesito que te relajes con los ojos cerrados. Me sentaré en este sillón que hay al lado y te guiaré hasta que consigas separarte de este cuerpo y dirigirte a un entorno familiar, ¿de acuerdo?

— ¿Quieres que haga una proyección astral? ¿Cómo puede eso...?

Wolfgran esbozó una sonrisa amable y se sentó en el sillón junto a la cama.

— ¿Confías en mí?

— ¡Por supuesto, Wolf!

— ¡Genial! Entonces cierra los ojos y escucha mi voz. Solo ella y la nieve ahí fuera.

Respiré hondo y cerré los ojos, sintiéndome más tranquilo. Dejé que mis pulmones aspiraran todo el aroma a enebro que pude.

Poco a poco, Wolfgran me fue guiando con una voz serena. Se me erizó el pelo mientras sentía que mi cuerpo se calmaba.

Cuando abrí los ojos, ya estaba en un bosque de pinos. Había una luna menguante en el cielo.

Al dar mi primer paso, me di cuenta de que estaba en mi forma animal.

El hombre lobo, como diría Diana.



CAPÍTULO 25: EL LOBO EN EL BOSQUE

Diana Perreut

Ahora estaba en un lugar diferente. Parecía un bosque cubierto de pinos, pero diferente al de Hiverdoux. El lugar todavía tenía hierba verde. No había nieve por allí.

Levanté la cabeza y vi un cielo oscuro cubierto de estrellas. Entre ellas destacaba una luna menguante. Aunque no parecía tan especial, irradiaba una luz cada vez más intensa.

Notaba algo extraño en ese espacio. Entonces recordé que todavía estaba en el diván de la oniromante. Incluso podía oír su voz de fondo, como si viniera de las propias estrellas:

«Camina por el bosque y encuentra lo que tanto buscas».

Y al mirar hacia abajo, vi que solo llevaba dos prendas: una camisa que parecía de seda y mi viejo y querido abrigo rojo abierto

sobre el cuerpo. Mis pies tocaban la hierba y sonreí, sintiendo el cosquilleo en los dedos.

Caminé, tal y como me pidió la oniromante. Pronto pude oír el canto de las lechuzas e incluso el graznido de los cuervos, lejano en medio del vasto bosque de pinos.

Mis pies solo se detuvieron cuando encontraron un gran cedro. Mis dedos fueron más rápidos que mis pensamientos y toqué el tronco del árbol hasta que vi algo brillar.

Había una marca de garras. Cuatro cortes horizontales en medio del tronco. Lo suficientemente gruesos como para ver profundas grietas en el árbol. El brillo de la marca parecía hacerse aún más intenso cuando la tocaba.

Fue entonces cuando oí un gruñido tan atronador que hizo que las copas de los árboles se balancearan. Las aves batieron sus alas y desaparecieron en el cielo estrellado. Los animales salvajes huyeron en direcciones opuestas a donde yo estaba.

Y cuando miré al cielo, la luna menguante parecía ahora aún más grande, como si anunciara la llegada de algo.

La voz de la adivina se hizo presente de nuevo:

«Querida, creo que debes despertar. ¡Tu cuerpo no lo soportará!».

Con toda mi fuerza de voluntad, me di la vuelta, agarrándome con fuerza a mi abrigo rojo. Mi voz salió de mi boca, luchando contra la sugerencia de la vidente:

— ¡No! ¡No voy a salir de aquí! ¡Tengo que verlo!

Me volví, tratando de identificar alguna sombra. Cualquier oportunidad de ver al hombre lobo de pelaje marrón que me salvó.

La oniromante me pidió de nuevo que retrocediera, y luché con todas mis fuerzas para esperar.

De nuevo, se oyó el gruñido. Intenso. Único. Suficiente para hacer que mis piernas temblaran. Mi corazón se aceleró y mis sentidos se agudizaron, como si esperaran un solo destello.

Una hoja rozó mi cuerpo y fue como si temblara de miedo. Tragué saliva y di un paso atrás hasta que mi espalda chocó contra el tronco del cedro.

— ¿Dónde estás...? — Me oí decir mientras mis ojos recorrían todo el bosque oscurecido.

La luna sobre mí parecía aclararse, lo suficiente como para que pudiera ver al menos un destello de él.

Mis pupilas se dilataron cuando vi una sombra proyectarse en un abrir y cerrar de ojos. Una fuerza bruta derribó un generoso tronco de árbol que giró en el cielo hasta clavarse en la tierra a mi lado.

Me golpeé la espalda contra el árbol, mirando el agujero que había dejado el tronco en el suelo. Sentí la tierra golpeando mi piel helada.

— **¿QUÉ CREES QUE ESTÁS HACIENDO?**

Esa voz surgió de repente ante mis ojos. Potente, ronca y aterradora. La recordaba perfectamente.

Mis rodillas se doblaron y caí de culo en el suelo, mirando hacia arriba y viendo a la criatura peluda y musculosa. Las garras eran más grandes de lo que imaginaba. Quizás si juntaba mis dos manos, aún serían más grandes que ella.

— ¡Te estaba esperando! — Me levanté a pesar de sentir las rodillas temblorosas.

Pero cuando intenté mirarla a los ojos, el lobo me agarró los brazos y me los inmovilizó contra el tronco con una sola pata.

Su cara se acercó y pude fijarme en sus enormes dientes. La saliva caliente le caía por la boca y me goteaba en los pies, calentándolos.

Sus ojos marrones brillaban, con el ceño fruncido. Sus rasgos de lobo parecían aún más marcados que la última vez que lo vi en un sueño.

— **¡TE VOY A COMER, HUMANA TONTA!**

Gruñó en mi cara y cerré los ojos, aferrándome al hombre lobo que conocía. Era él, estaba segura, pero parecía más salvaje.

¿Podría morir en un sueño?

— ¡Haz lo que tengas que hacer! — Sonreí, aferrándome a todo lo que sabía sobre él—. Siento que puedo confiar en ti.

Los ojos del lobo brillaron y la voz de la oniromante desapareció. Sus garras me soltaron por un breve instante, pero me tiró al suelo.

Mi cuerpo se balanceó, siendo aplastado contra la hierba. Una de sus patas estaba sobre mi vientre, hasta el punto de que parecía que tenía una anilla de cuarenta kilos sobre mí.

El lobo me abrió las piernas y su saliva se deslizó sobre mi muslo desprotegido. El calor se extendió, mezclándose con mi lubricación y dejándome aún más húmeda. Mis manos tocaron el pecho peludo y se hundieron entre el pelo hasta sentir los músculos.

— Yo... Sé que esto es un sueño y... — Intenté decir algo, pero mis ojos se fijaron en la protuberancia entre sus piernas.

Era mucho más grande de lo que una humana como yo podía soportar. Algo morado, ancho y lleno de venas que parecía tener vida propia. Parecía un vibrador con algunas curvas. Era del mismo tamaño que mi antebrazo.

— Joder... — Me sorprendí a mí misma maldiciendo—. Nunca he hecho fisting en toda mi vida...

Pero su rostro parecía, literal y metafóricamente, el de un animal salvaje. Su enorme lengua canina estaba fuera, vibrando, dejando que su saliva caliente corriera por mi vientre y mis muslos.

Antes de que pudiera decir nada, su hocico se deslizó hacia abajo y su lametazo áspero se apoderó de mi entrada.

Mis manos se hundieron en los hombros anchos y peludos de la criatura, y sentí una sensación nueva en mi cuerpo. La lengua me saboreaba, haciendo que mis caderas se estremecieran con espasmos.

Cuando me di cuenta, miré a las estrellas y sentí un gemido estallar entre los árboles. Llenando cada grieta de ese bosque.

Y cuando pensé que esa sensación iba a pasar, me penetró con la lengua. Fue tan delicioso que me corrí en su boca sin darme

cuenta. Mis músculos parecían temblar de ansiedad, pidiendo más. Y más. Y más.

Con la misma facilidad con la que entró, el lobo sacó la lengua y rozó mi clítoris, permitiéndome ver más estrellas en el cielo de las que realmente había. La luna menguante brillaba mientras me sentía derretir sobre él.

Soñé con eso muchas veces. Muchas, muchas veces.

El hombre lobo temblaba de placer, chupando mi coño como si estuviera bañado en miel.

Su lengua entraba y salía, y yo gritaba con el cuerpo temblando. Golpeaba la tierra y luego golpeaba el pelaje, sintiendo la musculatura de la criatura debajo de él.

Y entonces gruñó, haciéndome correrme de nuevo, sintiendo su cuerpo sobre mí. Aunque su pelvis no se acercaba a la mía, sentí el pene del monstruo sobre mi vientre. Era pesado, como uno de esos bates de béisbol de metal.

Tragué saliva, pensando en cómo cabría eso dentro de mí. Le toqué la cara, deseando tenerlo dentro de mí. Quería sentir esa cosa morada llena de venas palpitando en mi coño.

Bajé las manos hasta tocarlo. Era más rígido de lo que imaginaba. Estaba tan viscoso y caliente que mi mano parecía arder un poco.

— Te quiero dentro de mí... — supliqué, con las piernas temblorosas.

— **TE HE DICHO QUE TE VOY A FOLLAR, HUMANA, PERO HOY NO... ¡NO ESTÁS LISTA PARA TENERME DENTRO DE TI!**

Parte de su saliva me cayó en la cara al escuchar cada palabra, y entonces él retrocedió. El lobo se puso de pie, aún mirándome, mientras yo yacía sobre la hierba.

Dio un paso atrás, pero me levanté rápidamente, sujetando su pene con ambas manos.

Sus garras intentaron apartarme, pero lo masturbé rápidamente, sujetándolo con fuerza. El lobo estaba sensible, sin

poder obligarme a retroceder.

— ¡No voy a dejar que me des placer y te vayas corriendo sin que yo también te lo dé!

— **¡NO!** —gruñó, cerrando los ojos y gruñendo hacia arriba.

Masturbar ese enorme pene era una sensación extraña. Parecía una berenjena congelada, pero caliente, casi como si llevara dos horas al sol. La lubricación natural recordaba a la vaselina, de lo viscosa que era.

Pero lo que me sorprendió fue el chorro que salió. No esperaba ni la mitad de eso.

El esperma del hombre lobo era un poco más oscuro que el lechoso de los humanos. El chorro fue tan fuerte que me golpeó, empujándome contra el árbol. Pegajoso y con un olor fuerte.

El hombre lobo miró hacia otro lado y salieron otros cuatro chorros mientras yo intentaba limpiarme con lo que me había salpicado, que ahora cubría toda la manga derecha de mi abrigo favorito.

Y entonces se arrodilló ante mí, como si estuviera perdiendo las fuerzas. Bajó la cabeza, dejando solo las orejas puntiagudas erguidas. Me vi pasando la mano por su cabeza, como si realmente estuviera acariciando a un perro.

Pero él me miró, gruñendo. Se puso de pie, recordándome lo mucho más grande que era que yo.

Y antes de que hiciera ningún movimiento extraño, la oniromante dijo:

«¡Vuelve ahora!».



CAPÍTULO 26: LOS LICANTROPOS

Diana Perreut

Me desperté, saltando del diván con el corazón acelerado. Poco a poco, mis sentidos fueron volviendo. El aroma del enebro alejaba el olor del bosque.

Los ojos de la vidente brillaban.

— Parece que has encontrado lo que buscabas, ¿verdad?

Me toqué la cara. Estaba ardiendo. Mi corazón latía más rápido que nunca. Sentía contracciones rítmicas en los músculos de la región pélvica, incluidos los músculos del útero, la vagina y el ano. Podía sentir un flujo sanguíneo más intenso en mi región genital. Como si mi vagina hubiera crecido.

Mi respiración parecía luchar por volver a la normalidad, pero sin sentir la bronquitis. Tardé un rato en poder responder a la vidente.

Tenía la piel roja y sudorosa. Tanto que el sudor me goteaba por la frente y hasta el cuello.

— ¡Eso fue... muy real!

— Es porque fue real.

— ¿Cómo? Entonces, ¿dónde está?

— Os encontraron en el mismo sueño. Y para ambos fue lúcido. Eso demuestra que están más conectados de lo que imaginaban. Almas unidas de otras vidas.

— ¿Otras vidas? ¡No lo creo!

La vidente sonrió y sus ojos azules cristalinos brillaron:

— No es necesario creer en algo para que exista.

Me levanté del diván y parecía que me había meado. Incluso miré hacia abajo para ver si realmente había sucedido y si la vidente se había dado cuenta.

Pero solo fue una falsa alarma.

— ¿Y cómo puedo encontrarlo aquí?

— Ah, querida, ya lo has encontrado. Solo tienes que esperar a que él quiera encontrarte.

— No lo entiendo... Después de lo que hemos pasado, creo que realmente necesito verlo aquí, en la realidad.

La vidente se rió de nuevo.

— Respira hondo y espera, él vendrá a ti. Solo tienes que tener paciencia.

— He venido a Hiverdoux para volver a verlo. Por favor, dígame dónde está ese bosque. Está cerca. ¡Lo siento!

— Los jóvenes se pierden en la prisa por alcanzar grandes logros. No seas uno de ellos, querida.

La vidente me dio la espalda y cogió un filtro de sueños que estaba junto a otros cuatro colgados en la pared.

— Llévate este. Te ayudará a acceder a tu lobo en el mundo de los sueños. En el momento adecuado, aparecerá ante ti de la forma adecuada.

— Gracias. — Cogí el filtro y lo examiné. Tenía telas marrones y unas tres plumas que parecían de búho. — Disculpe, ¿cómo se llama?

— He tenido muchos nombres. Pagué por cada uno de ellos, ahora solo soy la vidente o la oniromante. Lo que prefieras.



Cuando volví a mi cabaña, vi a alguien fuera. Una mujer estaba apoyada contra la pared junto a la puerta. Pelirroja con el pelo recogido, bajita como yo, con ojos verde claro y labios carnosos.

Al verme, me saludó con la mano desde lejos y me dedicó una hermosa sonrisa:

— ¡Hola! ¿Eres Diana?

— Sí, soy yo. ¿Y tú quién eres? — Intenté identificarla para ver si la conocía de algún sitio, pero no me vino ningún rostro a la mente.

La pelirroja llevaba una bufanda blanca y un abrigo burdeos. Se acercó a mí con aire enérgico. Casi saltarina.

Me tendió la mano y pude notar que era pálida, se le veían incluso las venas y las pecas, además de las uñas pintadas de rojo.

— ¡Soy Sina! Tú te pusiste en contacto conmigo. Solo que no sabes mi nombre. Ya sabes... ¡La tarjeta metálica!

Mis ojos se abrieron como platos.

— ¡Sí! —Le cogí la mano—. ¡Encantado de conocerte, Sina! He oído que estudias sobre los hombres lobo, ¿verdad?

Sina sonrió, rascándose la mejilla. Era realmente una mujer de belleza única.

— «Hombre lobo» es un término muy folclórico. Nosotros lo llamamos de forma científica: licántropos.

— ¡Ah, ya veo! Por favor, entremos. ¡Tenemos mucho de qué hablar!

Sina caminó a mi lado hasta que abrí la puerta de la cabaña.

En cuanto dejamos los abrigos en el perchero, fui a echar leña al fuego. La estancia empezó a calentarse poco a poco mientras nos dirigíamos a la cocina.

Empecé a preparar algunas cosas que había comprado en el mercado, como lasañas congeladas. Sina me ayudó con los cubiertos e incluso sacó un recipiente hermético de su bolso.

— ¿Qué es eso? — Cogí el bote y miré los lados, que parecían de madera.

— He traído unos palitos de queso con hierbas para picar, creo que irán bien con nuestro almuerzo improvisado.

— ¡Ah, gracias! — Los palitos olían muy bien.

Luego nos sentamos a la mesa, ahora con la comida humeante frente a nosotros.

Sina giró el tenedor entre los dedos y me lo señaló.

— A ver si lo entiendo: quieres que te ayude a encontrar a un licántropo que viste hace veinte años, ¿no?

Estaba hambrienta. Muchísimo.

Mastiqué un trozo de lasaña junto con el palillo de queso y solo entonces pude responderle:

— Exactamente eso. ¡Es bueno, lo siento! Me salvó cuando era niña y ahora lo siento cerca. Quiero... estar con él...

— ¿Quedarte en qué sentido?

— Quedarme... — Bajé la mirada, fijándola en la lasaña boloñesa—. En el sentido amoroso.

Sina levantó las cejas y luego esbozó una sonrisa amable.

— Eso puede ser una tarea muy compleja. ¿Lo has visto en forma humana?

Negué con la cabeza.

— ¡No! Pero así podemos estar juntos, ¿no crees?

— Diana, no todos los licántropos pueden mantener la forma humana durante mucho tiempo. Digamos que requiere un equilibrio muy complejo. Exigirles eso es como quitarle la libertad a una persona.

Aquello fue como una bofetada en la cara. Incluso me atraganté un poco con la comida. Sina empujó el vaso de té para que pudiera tragar, pero se me atascó en la garganta.

— Vaya... — Tosí un poco más y volví a decir: — ¡Nunca querría algo así! No me importa vivir con él recluido en medio del bosque, si es necesario.

— No digo que eso no sea posible, pero tendrás que entenderlos mejor antes de tomar cualquier decisión. Sobre todo porque los licántropos son diferentes a los humanos. Tienen cerebros diferentes e incluso jerarquías que se establecen desde su creación.

Abrí la boca, un poco sorprendida.

— ¿Y cómo sabes todo eso?

— La Hermandad de Plata lleva siglos estudiándolos. Nuestros conocimientos se transmiten de generación en generación. Es una forma de mantener la estructura del conocimiento.

— ¿Y tú puedes contármelo? Quiero decir, ¿puedo formar parte de ello y conocer más a fondo a los licántropos?

Sina sonrió y apartó la mirada.

— Formar parte es algo que no me corresponde decidir, pero será un placer contarte mucho de lo que sé para mantenerte al tanto de los licántropos.

Di otro bocado a la lasaña y vi que Sina sacaba algo del bolsillo.

Puso un proyectil sobre la mesa. Sabía poco sobre armas de fuego, pero sabía reconocer una bala.

El proyectil era plateado y reflejaba incluso nuestra imagen. Estaba recubierto de un material extremadamente pulido. Era ligeramente cónico, diseñado para cortar el aire y penetrar prácticamente cualquier cosa.

Alrededor de la cápsula había una marca. O tal vez unas runas. Recuerdo haber visto algo así en alguna parte. Solo que no sabía exactamente dónde.

— Qué bala tan extraña... ¿Tienes un arma? —Terminé de masticar antes de preguntar.

— ¡Sí! —explicó Sina, girando el proyectil sobre la mesa—. Y cuando te explique lo de los licántropos, entenderás por qué necesitamos llevar una de estas.

Me levanté bruscamente con las manos sobre la mesa.

— ¡No dejaré que le hagas daño a mi lobo!

Sina también se levantó y se explicó:

— Nada de eso, Diana, mi objetivo es evitar que junto a él vengan otros capaces de hacerte daño. Para mí está claro que ese licántropo por el que sientes cariño es un ser bueno, pero su feromona puede acabar provocando que otros te persigan. Por eso quiero ayudarte a evitar que corras peligro.

— ¿Otros? ¿Hay más como él por aquí?

Sina asintió, sosteniendo el proyectil de plata.

— Por supuesto, Diana. Y no puedo garantizar que todos sepan convivir con los humanos. Debes entender que nosotros somos la presa y ellos una especie de depredadores naturales. Con el proyectil de plata, podemos protegernos. Ahora siéntate, que te contaré quiénes son «ellos».



INTERLUDIO

La historia de los licántropos

Los licántropos, conocidos popularmente como hombres lobo, son criaturas que llevan una maldición ancestral, condenadas a vivir entre dos mundos: el humano y el animal. O, como suelen llamarlo, el feral.

Durante la mayor parte del tiempo, parecen personas normales, indistinguibles del resto. Sin embargo, bajo la luz plena de la luna llena, su verdadera naturaleza se revela de forma brutal e incontrolable.

Con el paso de los años, han aprendido a controlarse. Con el uso de hierbas y setas adecuadas. De esta forma, consiguen evitar ser controlados por la luna llena, dando fuerza a la transformación en el momento que desean.

Sin embargo, la transformación puede desencadenarse por emociones extremas, dependiendo del linaje o la fuerza de la maldición.

Cuando se transforman, los licántropos tienen características híbridas: mezclan la fuerza, la agilidad y los sentidos agudos de un lobo con la astucia y la inteligencia humanas. Sus cuerpos crecen,

las uñas se alargan hasta convertirse en garras afiladas, la piel se cubre de pelo y los ojos brillan con un intenso brillo depredador.

A diferencia de lo que muchos creen, los licántropos no son meros monstruos irracionales. En su interior existe una lucha constante entre la bestia y el humano. En su forma humana, llevan las cicatrices de esta dualidad: una mayor sensibilidad en los sentidos, una fuerza inusual y una angustia creciente. Algunos aceptan la maldición e intentan vivir con ella, mientras que otros prefieren excluirse de la civilización y vivir en bosques remotos.

Las historias antiguas hablan de licántropos que viven en manadas secretas, donde las jerarquías lupinas se mezclan con la organización social humana. Son criaturas solitarias por necesidad, temerosas de lo que pueden hacer a sus seres queridos durante sus transformaciones. Pero en esencia, los licántropos son depredadores, y su sed de sangre, una vez despertada, es difícil de contener.

Se desconoce el origen exacto de la maldición de la licantropía. Las estirpes llevan la maldición en la sangre, transmitida de generación en generación. Para ellos, la transformación es inevitable, una herencia oscura que los marca desde su nacimiento.

La única defensa verdadera contra los licántropos es la plata, una sustancia que parece debilitarlos e incluso ser capaz de matarlos si se usa correctamente. Pero incluso con estas precauciones, la maldición de los licántropos sigue siendo uno de los mayores misterios y temores de la humanidad.

Y fue a través de la plata que un grupo de mineros surgió dentro de una cueva, convirtiendo las pepitas de plata en las armas necesarias para enfrentarse a ellos. Más tarde se les llamaría la Hermandad de Plata.

Dentro de la jerarquía de los licántropos existen clasificaciones que representan no solo la fuerza física y el poder de cada individuo, sino también su papel social dentro de sus manadas y su conexión con la propia maldición.

El alfa es el líder natural de cualquier grupo de licántropos, el más fuerte, poderoso y dominante. Es el principal responsable de mantener el orden, proteger a la manada y tomar las decisiones más

importantes. Por lo general, son seres que logran mantener un equilibrio entre el modo humano y el salvaje. Los alfas suelen ser más fuertes que los demás licántropos, con habilidades mejoradas, como curación acelerada, sentidos más agudos y mayor control sobre sus transformaciones.

Los **betas** son los licántropos comunes dentro de una manada. Aunque no tienen la autoridad y la fuerza de un alfa, siguen siendo criaturas poderosas y una parte esencial de la estructura del grupo. Tienen una fuerte conexión con el alfa y son profundamente leales a su liderazgo. Los Betas pueden no controlar completamente sus transformaciones como un Alfa y saber mantener el equilibrio en todo momento, pero aún tienen cierta autonomía sobre su forma y pueden transformarse sin los efectos de la luna llena, especialmente con el entrenamiento adecuado. Su fuerza física es superior a la de un humano, pero inferior a la de un Alfa. Tienen la función de proteger a la manada, obedecer las órdenes del Alfa y mantener la armonía en el grupo. Son el principal apoyo del Alfa, formando una red de protección para toda la comunidad.

Los **Omegas** se encuentran en la base de la jerarquía. Pueden ser individuos que han sido expulsados de su manada o que nunca han logrado integrarse en una. Sin el apoyo de un Alfa o la protección de un grupo, los Omegas suelen ser más solitarios y vulnerables.

En ausencia de una manada, los Omegas no tienen el mismo nivel de fuerza y poder que los Betas y los Alfas. Les cuesta más controlar sus transformaciones y a menudo quedan a merced de la luna llena. Además, su salud y sus habilidades son más inestables, ya que la conexión con una manada fortalece a los licántropos, tanto física como emocionalmente.

Sin embargo, algunos Omegas encuentran libertad en esta independencia. Sin las estrictas reglas de una manada que seguir, pueden vagar libremente y, en algunos casos, convertirse en cazadores peligrosos, tanto para los humanos como para otros licántropos.





CAPÍTULO 27: ¿QUÉ HA PASADO?

Gregor Ylmaz

Wolf Sports estaba en ambiente navideño. Había adornos por todas partes, un hermoso árbol de Navidad en el centro de la tienda e incluso los empleados llevaban uniformes especiales para la época.

Todos se detuvieron para verme entrar en la tienda después de dos semanas fuera. Milena no tardó en llegar con una sonrisa de oreja a oreja.

—¡Jefe! —Se ajustó las gafas y corrió a recibirme con un abrazo.

Saludé con la cabeza a algunos más y vi que otros empleados se acercaban hacia mí.

—Espero que Lyrolf no haya causado problemas por aquí.

Todos se rieron mientras yo buscaba a Diana entre los rostros que se acercaban.

Desde lejos vi a Diana, que me saludó con un sencillo gesto.

Era gracias a ella que había vuelto a Wolf Sports.

A pesar de que se había ido de la cabaña sin entender por qué me había alejado, quería creer que estaba bien con eso. Claro, no podía contárselo. No me sentía seguro, pero sabía que ella sentía pasión por mi lado salvaje.

Milena me tocó, sacándome de mi trance.

— Tengo algunas cosas que mostrarte. Si puedes acompañarme, yo...

— Ahora no, Milena, primero tengo que hablar con Diana. Hay algo que tenemos que resolver.

Ella asintió con la cabeza y se ajustó las gafas, volviéndose hacia Diana.

Caminé hacia Diana y pude sentir su aroma destacarse entre los demás. Eso fue suficiente para dejarme un poco aturdido.

Su piel blanca, sus ojos brillantes y marrones, su cabello ondulado y oscuro, e incluso la cicatriz en su cuello me provocaban una sensación visceral. Podría agarrar a Diana allí mismo y besarla. Quizás incluso transformarme y follarla allí mismo.

Solo quería que me masturbara de nuevo como en el sueño.

— ¿Todo bien, señor Ylmaz? — Diana parecía un poco incómoda con mi mirada fija en su rostro sin ningún cambio.

Hasta se me hizo la boca agua pensando en ella. Tragué saliva y continué:

— ¿Señor Ylmaz? Creía que ya habíamos superado eso. ¿Me acompaña a mi despacho?

Daiana asintió con la cabeza y me siguió hacia el interior de la tienda. Abrí mi oficina y entramos.

Cerré la puerta y la miré, todavía con la mano en la manija.

— Creo que tenemos que hablar, Diana.

— Yo también. Y, si no te importa, me gustaría hablar primero.

Me alejé de la puerta y di un paso hacia ella, que retrocedió, dando un paso atrás.

— Vale... Continúa. — Entrecerré los ojos al verla cruzar los brazos. Estaba en una postura defensiva, como si quisiera que

mantuviera la distancia.

— Gregor, tengo que ser sincera contigo. Sabes... Creía que teníamos algo especial, pero ahora...

— ¡Oye! Tenemos algo especial y...

— No, por favor, ¡déjame terminar! — Levantó las manos para que me detuviera.

— Está bien... — Asentí con la cabeza.

Diana continuó:

— Es que la verdad es que estoy enamorada de otra persona... — Bajó la cara y se mordió el labio inferior. — ¡Otra persona! — Hizo comillas con las manos.

Arqueé una ceja.

— ¿Cómo dices, Diana? ¡Eso es una locura! No después de todo lo que hemos pasado y...

— ¡No lo entiendes! —Dio una patada en el suelo—. Tengo una conexión extraña con esa persona, y es más fuerte que lo que siento por ti.

Apreté los dientes, sintiendo el peso de esas palabras.

— ¡Imposible! ¿Estás diciendo que todo lo que hemos pasado no ha valido para nada?

— ¡Claro que sí!

— ¿Lo haces porque no me tiré contigo?

Diana puso los ojos en blanco.

— ¡Vaya, qué infantil! No es eso... Solo he encontrado a la persona que estaba buscando. ¡No tiene nada que ver contigo!

¡Mierda! No puedo creer que esté enamorada de otra persona.

No con esos feromonas... ¡Es mi hembra!

— ¿Ah, sí?

— Sí, Gregor. Lo bueno es que no teníamos nada muy serio. Creo que podemos ser profesionales y dejarlo así.

Gruñí, apretando los puños.

— ¡Tienes que estar bromeando! ¿Olvidaste que te chupé ayer? ¿Y de repente apareces enamorada de otra persona? ¿A quién quieres engañar?

— Y no pasamos de ahí... ¡Fue el destino! ¡No te debo explicaciones de mi vida, señor Ylmaz! ¡Que me guste otra persona no es problema tuyo!

— ¡No te gusta una mierda! Es solo una forma de provocarme.

Diana se rió, cruzando los brazos.

— ¿Provocarte? Creo que tengo cosas mejores que hacer.

Ella siguió caminando hacia la puerta, y entonces la agarré y tiré de su brazo hasta que su cuerpo se pegó al mío.

Acerqué mis labios a los suyos, pero Diana apartó la cara.

— Si no te apartas, voy a gritar. ¡Esto es acoso!

— ¡Grita, entonces! Mientras tanto, te chuparé otra vez hasta que te corras en mi boca como la última vez. Entonces veremos quién es tu amor ficticio.

Diana me golpeó en el pecho, tratando de alejarse mientras yo acercaba más mi cara.

De repente, dio un grito tan estridente que pareció alterar mi audición humana y animal.

La solté, y ella se tambaleó hacia atrás y se ajustó el abrigo sobre el cuerpo.

Milena abrió la puerta casi al instante.

— ¡Ahí! —Diana señaló un rincón más oscuro de la habitación—. ¡Creo que he visto una cucaracha!

Negué con la cabeza, todavía aturdido, mientras Diana huía fácilmente de mí, cruzando ahora la puerta.

— Jefe, ¿quiere que traiga el insecticida?

— No, en este momento creo que lo mejor que puedo hacer es quedarme tranquilo...

Milena dio un paso más hacia delante y me tocó el hombro.

— ¿Ha pasado algo entre tú y Diana?

Arqueé una ceja, recordando el comentario de Diana sobre que a Milena le gustaba.

Nunca vi a Milena como una mujer con la que podría tener una relación. Desde que la conozco, siempre la he visto como una empleada. Solo eso. Ni siquiera sus feromonas me llamaban la atención.

Claro que cuando entraba en celo... Quiero decir... El ciclo menstrual, bueno, me ponía más cachondo, pero no era nada tan intenso.

Temía cuando Diana entraba en ese ciclo. Me obsesionaba mucho follar con ella. Estoy seguro de que no podría aguantar solo chupando esa deliciosa vagina.

— Greg... — Milena me llamó, como si estuviera divagando en mis pensamientos. — ¿Todo bien?

— Sí... ¡Estoy muy bien!

Pero fue entonces cuando se me erizaron todos los pelos y levanté la cabeza, sintiendo ese olor peculiar y lejano. Abrí la puerta, tratando de olfatear, perdiéndome incluso de mi personaje humano.

— ¿Greg? —Oí la voz de Milena, como si estuviera muy lejos.

Salí al pasillo y caminé a zancadas. Milena intentó seguirme. Pero cuando me tocó el hombro, me sobresalté bruscamente. Pareció asustarse.

— Jefa... ¿Qué ha pasado?

A cada paso, el olor extraño se hacía más intenso, casi como si intentara llamarme.

Era un olor demasiado peculiar. Dudo que el olfato humano pudiera rastrearlo. Si tuviera que describirlo, diría que parecía humo de leña mezclado con metal templado.

— ¡No me sigas, Milena! Tengo algo que hacer...

Dije entre dientes al salir de Wolf Sports.



CAPÍTULO 28: ELECCIONES

Diana Perreut

Volví a mi habitación con el corazón aún acelerado. De alguna manera, me sentía enamorada de Gregor y del hombre lobo, pero entre seguir el camino más natural o el paranormal, el lobo me llamaba más la atención.

Necesité un poco de agua para intentar calmarme. Era una decisión difícil de tomar, pero sentía que era la correcta.

Vine a Hiverdoux por dos motivos, y uno de ellos era reencontrarme con el hombre lobo. Por lo tanto, seguir el camino junto a Gregor podría llevarme al lado opuesto.

Es frustrante... Me pregunto si realmente estoy en el camino correcto.

Bebí un poco más de agua y volví a la mesa.

Mi móvil empezó a vibrar en el bolsillo de los pantalones y vi que era Sina.

— ¡Hola, Sina! — Acerqué el móvil a la oreja—. ¡Buenos días!

— ¡Diana! ¡Buenos días! ¡Te llamo para informarte de que ya he colocado la trampa para localizar a tu lobão! Espero que en las próximas horas ya tenga su identidad humana para pasártela.

— Oh, Dios mío... — Empecé a dar saltitos, sin poder contenerme. — ¿En serio? Por favor, no le hagas daño. ¿Necesitas ayuda?

— ¡Tranquila! ¡Todo saldrá bien! Y no necesito ayuda. Ya lo he hecho otras veces. ¡Confía en mí!

Asentí con la cabeza.

— ¡Confío en ti, Sina! Después de todo lo que me has contado... Bueno, ¿cómo no iba a confiar en ti? Solo espero que podamos hablar y que él entienda que lo amo tal y como es.

— ¡Vaya! —La voz de Sina sonó animada—. ¿De verdad lo amas? ¿Incluso en su forma salvaje? Bueno... Entonces sois almas gemelas. Me alegro de poder ayudarte en esto.

— ¡Estaré esperando ansiosamente, Sina! ¡Muchísimas gracias!

— ¡Ni lo digas, Diana! Es un placer colaborar en este descubrimiento. ¡Hasta luego!

Ella colgó y yo di un salto muy alto, sin poder contener la sonrisa en mi rostro.

De repente, la puerta de mi despacho se abrió y vi a Milena con el ceño fruncido, casi oculto tras el borde de sus gafas azules.

— ¡Hola, Milena! —Me sentí un poco avergonzada por estar tan sonriente—. ¿Algún problema?

— ¿Qué le has hecho a Gregor?

— ¿Cómo? — Mi sonrisa se desvaneció—. ¿Te ha dicho algo?

— ¡No! Solo se fue raro de aquí, y todo después de la conversación que tuvieron a solas. ¿Lo rechazaste? ¿Lo estás chantajeando o qué?

— ¡Oye! ¡Tranquila, Milena! Eso no es asunto tuyo.

— ¡Sí que es, Diana! Es mi jefe. ¡Le estoy muy agradecida! Y tú sabes que me gusta.

Me pasé la mano por la frente, tratando de imaginar qué podría decirle. No quería contarle que había ido a la cabaña aislada de Gregor y que habíamos estado muy «juntos», en varios sentidos.

Pero ahora no puedo continuar con lo que tuvimos, y Gregor tiene que entenderlo, o...

— Milena, mira, perdona por este desastre. Voy a buscar al señor Ylmaz y le pediré disculpas por lo que ha pasado. Creo que he sido demasiado brusca con él...

Milena negó con la cabeza, un poco absorta.

— ¡No! ¡No vayas a buscarlo! No voy a permitir que sigas así con él. ¡Creo que nunca debiste haber venido a trabajar aquí, Diana!

Mis ojos se abrieron como platos y toqué el tirador de la cremallera de la chaqueta, bajando la cara.

— Yo... Lo siento mucho... De verdad... No quería que... Bueno, voy a renunciar y dejarlo así.

— ¡No sirve de nada sentirlo, Diana! ¡Solo piensas en ti misma! ¿No sabes que tus acciones afectan a los demás?

Esas palabras me transportaron a un lugar en el que no quería estar.

Fue como un puñetazo en el estómago, mientras los recuerdos de mi última discusión con mi hermana embarazada aparecían como un flash.

Parpadeé y, cuando me di cuenta, estaba ante el peor día de mi vida.



Paola lloraba con el ceño fruncido. Me miraba como si viera algo extraño y ya no a su hermana. A mí.

Las palabras que salían de mi boca eran perversas. Una mezcla de rabia y frustración. Quería que Paola me entendiera. Quería que me eligiera a mí y no a un simple feto que podía quitarse la vida.

Mi hermana se tocaba el cuello, como si intentara empujar sus palabras para que salieran de allí. Quizás estaban un poco atascadas.

— ¡Di, no voy a abortar! No importa cómo nazca mi hija, ¡la amaré de todas formas!

— ¿De verdad? ¡Te va a matar, Pao! ¿Es eso lo que quieres? ¡Tu decisión es egoísta! Además, ese bebé no va a durar mucho y tú lo sabes. ¿Vas a abandonarnos a Klaus y a mí por un capricho?

— ¿Capricho? — Recuerdo que lloraba aún más—. Mi hija no es un capricho, Diana... ¡No serán tus decisiones las que me hagan cambiar las mías! Nunca te pregunté qué pensabas de esto.

— ¡Tienes razón! Nunca me has preguntado qué pienso al respecto. Y no quiero que mi hermana acepte la muerte así... ¡No acepto tu decisión! Es errónea. Lo haces pensando solo en ti. Es miedo a ser castigada o...

— ¡No, Di! Esto no tiene nada que ver con la religión ni con ninguna creencia. Tiene que ver con lo que siento que debo hacer. ¡Es mi decisión!

— ¡No! ¡No lo acepto, Pao!

— Si no puedes aceptarlo, la puerta está justo detrás de ti...

Y por orgullo, me di la vuelta sin mirar atrás, mientras Paola me llamaba por mi nombre. Mientras ella se disculpaba. Y giré el pomo de la puerta, balbuceando algo que nunca olvidaría.

«Ya no eres mi hermana...».

No sé si Paola lo oyó, pero yo nunca lo olvidé. Noche tras noche, recordaba esas palabras. Tantos momentos separados...

Todo lo que quería era alejarme de todo lo que me recordara aquel día. El día en que abandoné a mi hermana.

Las lágrimas ahora corrían por mi rostro como cascadas.

Milena me miraba, un poco sorprendida. Su voz sonaba como si estuviera atrapada bajo el agua.

Pasé junto a ella y salí de mi salón, corriendo fuera de Wolf Sports. No miré atrás en ningún momento. Tampoco escuché a nadie.

Solo me fui deseando no haber venido nunca a Hiverdoux.

Para que nadie me siguiera, salí de allí y me dirigí al bosque de pinos detrás del aparcamiento de la tienda.

Necesitaba estar sola...

Pero luego descubrí que, en realidad, no lo estaba.



CAPÍTULO 29: HACIA LA FOGATA

Gregor Ylmaz

El olor a humo metálico se hacía cada vez más fuerte a medida que me adentraba en el bosque de pinos detrás del estacionamiento de Wolf Sports.

Poco a poco empezó a nevar, pero eso no me impidió sentir el intenso olor que flotaba entre los árboles.

Mis pupilas se fijaron en las llamas a lo lejos. Corrí en esa dirección, la nieve apenas tocaba mi cuerpo.

El camino me llevó hasta una hoguera alta con leña a los lados. Crepitaba con estallidos frenéticos. Trozos de troncos calientes se convertían en proyectiles en medio de la nieve, derritiéndola por donde caían.

El fuego tenía realmente un olor metálico, pero era visiblemente una hoguera común. Con ese color habitual, un rojo que se tornaba amarillo vivo.

En medio del espacio abierto y frente a la gran hoguera había una mujer. Tenía el pelo pelirrojo recogido con una pinza.

Llevaba un abrigo rojo, pantalones blancos y botas de cazadora.

Al girar la cabeza, me fijé en sus hermosos ojos verdes. Tenía un rostro muy bonito, con pecas en las mejillas y una amplia y intimidante sonrisa. Pero había algo en ella que no me gustaba.

— ¡Hola! Debes conocer a la persona que estoy buscando. Me llamo Sina, ¡encantada de conocerte!

Ella se giró y se acercó a mí, extendiendo su mano enguantada. Guantes blancos de cuero, como los pantalones.

— ¿Qué hay en esa hoguera? — Ignoré su mano y volví a olfatear el aire, sintiendo el intenso olor.

— ¿Te preocupa? — Sonrió, retirando la mano—. No te preocupes. Hago fogatas desde que era niña y sé cómo evitar un incendio en el bosque. ¡Incluso tengo un certificado de scout!

— No te he preguntado eso.

Sina volvió a sonreír y eso me irritó.

— Puedo decirte lo que hay en la hoguera, pero primero dime tu nombre y dónde está Wolfgran.

Abrí mucho los ojos al ver a Sina y la amplia claridad de la hoguera detrás de ella.

También me di cuenta de que las chispas que saltaban de la hoguera no eran astillas de madera, sino otro tipo de objeto. Hasta que uno de ellos vino hacia mí y lo cogí con la mano sin guante.

Tuve que soltar el objeto rápidamente. Me empezó a quemar la mano. Era como si hubiera tenido la mano todo el día dentro de la hoguera. Nunca había sentido algo así.

Di un paso atrás y Sina señaló el agujero en la nieve, formado por el objeto caliente que me había golpeado la mano. Solo con mirar mi palma derecha se veía la herida.

— ¿Qué diablos es eso?

— Fragmentos de plata. Y por lo visto tú no eres humano, ¿verdad?

— ¿Quién eres tú? — Apreté los dientes, adoptando una postura agresiva.

— ¡Ya te lo he dicho! ¡Me llamo Sina! Estoy buscando a Wolfgran. ¿Sabes dónde está?

Di un paso más hacia adelante y Sina hizo un movimiento, sacando algo del bolsillo.

— ¡Te sugiero que no te acerques demasiado, querido licántropo!

— ¡Sal de Hiverdoux y te perdonaré la vida! —exclamé entre dientes.

Sina esbozó una sonrisa amplia y maliciosa.

— Créeme, solo estás vivo porque yo te lo permito. Si me dices dónde está Wolfgran, los dos saldremos bien parados. ¿Qué me dices?

— ¡Ni de coña!

Ella se encogió de hombros y luego sacó de su bolsillo lo que parecía un bisturí. Sina giró el objeto en su mano, sosteniéndolo como un cuchillo de combate.

¡Qué destreza!

La mujer que tenía ante mis ojos parecía mucho más peligrosa que la mayoría de los humanos que había conocido. Además, parecía saber sobre la reserva de la Luna de Sangre. Quizás incluso estaba aquí para hacerle daño a Wolf o a uno de nuestros hermanos.

En ese caso, tenía que acabar con eso lo antes posible.

Sin pensarlo dos veces, me dirigí hacia ella con las manos en alto. Aún en mi forma humana, pretendía inmovilizarla y sacarle información.

Sina esperó hasta que me acerqué y se apartó con elegancia hacia la derecha, más cerca de la hoguera. Varios chispazos de plata salieron disparados hacia mí.

Retrocedí, pero algunos fragmentos me alcanzaron en la mano y el cuello. Aunque nos regenerábamos mucho más que un simple humano, la plata resonaba como un ácido corrosivo en nuestro cuerpo.

— ¡Maldita! —maldije, viendo el humo salir de la parte superior de mi mano izquierda—. ¡No permitiré que llegues a él!

Sina levantó el bisturí y me sonrió, abriendo mucho sus ojos verdes.

— ¡Entonces no tengo más remedio que obligarte!

Esta vez se dirigió hacia mí.

Alteré la musculatura de mis brazos solo para protegerme. Parte del pelo creció dentro de la manga de la camisa. Me concentré en ella, que dio un salto hacia delante, con el bisturí en una estocada.

Intenté agarrarla, pero Sina se agachó justo a tiempo. Su destreza no parecía la de un humano. Era como si un lobo se enfrentara a un lince. Mis ojos apenas podían seguirla.

— Mierda... — balbuceé.

El bisturí hizo un corte seco en mi pecho. El dolor fue tan intenso que sentí que se me encogió el culo.

Retrocedí, lanzándome hacia atrás hasta que mi espalda golpeó un árbol.

Toqué el corte en el pecho y vi el agujero horizontal en el tejido grueso. Debajo había una herida muy grande, de la que salía humo. No quería regenerarse, como las últimas heridas.

¡El bisturí es de plata! Maldita...

Sina sonrió, como si acabara de leer mis pensamientos.

— Mi próximo ataque puede ser en el cuello. Así que prepárate o acabarás muerto aquí en medio de la nada.

— Ya veremos...

— Créeme, solo tienes que decirme dónde está Wolfgran y me retiraré. ¿Qué me dices?

Hacía mucho tiempo que no sentía miedo. Y ese hermoso rostro de la mujer bajita y pelirroja era la cara de la muerte. Aun así, estaba dispuesto a morir para proteger a mis hermanos.

Más aún después de todo lo que Wolfgran había hecho por mí.

El problema era que tenía dos opciones: la primera era intentar huir, pero Sina era más rápida de lo que imaginaba. Tenía los reflejos de alguien entrenado para enfrentarse a licántropos, además de conocer nuestro punto débil.

El segundo camino era transformarme. Todos mis sentidos se agudizarían, tendría un tamaño y una fuerza mucho mayores que los de un humano. Podría partirla por la mitad si fuera necesario.

Sin embargo, hice un juramento en mi iniciación. No podía romper mi promesa con la reserva Luna de Sangre.

— ¡Me niego!

Sina negó con la cabeza y abrió el abrigo.

— Entonces no tengo más remedio que...

— ¿QUÉ ESTÁ PASANDO AQUÍ?

Sina y yo nos volvimos rápidamente para ver la tercera figura entre los árboles.

Diana tenía la mano sobre el pecho y aún respiraba con dificultad. Tenía los ojos rojos, como si acabara de llorar.

— ¡Diana! —Sina le hizo señas—. ¡Creo que he encontrado un lobo salvaje por estos lares!

Diana la ignoró, mirando fijamente el corte en medio de mi pecho, ahora con la camisa llena de sangre.

— ¿Has hecho daño a Gregor? ¿Por qué?

Me volví hacia Sina, que sonrió como si le pareciera gracioso.

— Oh... — Fue entonces cuando sacó lo que parecía un revólver de dentro de su abrigo y me apuntó. — Aún no lo sabes, ¿verdad, Diana?

Diana corrió hacia mí y se interpuso entre Gregor y yo, quedando en la línea de fuego.

— ¿Estás loca? ¡Gregor no tiene nada que ver con esto!

— Qué pena, Diana... No lo ves, ¿verdad? Apártate y déjame que te lo enseñe, antes de que te pongas en peligro.

Agarré a Diana, tratando de apartarla, pero ella se agarró a mi brazo, impidiéndomelo.

— ¡Vete, Diana! —gruñí, apretando los dientes.

— ¡No! No me importa lo que esté pasando, ¡no te dejaré!

Sina suspiró y desbloqueó el revólver:

— Bueno, lobo, no tienes opción. ¿Vas a quitarla de en medio o quieres ver una bala en medio de su frente?

No lo pensé dos veces, empujé a Diana hacia la nieve mientras escuchaba el ruido del disparo.

La bala me dio de lleno. El dolor fue casi instantáneo. Mis ojos cambiaron de color y no pude controlarme.

Mi estado salvaje emergió.



CAPÍTULO 30: SOBREVIVIENDO AL LOBO

Diana Perreut

La nieve amortiguó mi caída. El arma se disparó. Grité asustada, sintiendo que mis pulmones gritaban aún más por la bronquitis, seguido de una tos aguda.

En el momento en que pude abrir los ojos, vi que algo extraño estaba sucediendo. La ropa de Gregor comenzó a deshacerse casi por completo mientras él parecía crecer. Me levanté rápidamente y vi la herida en su hombro izquierdo.

Intenté decir algo, pero mis palabras fueron ahogadas por un aullido aterrador, que hizo que las aves desaparecieran en el cielo nublado.

Gregor parecía tener calor y se movía, como si sintiera dolor por todo el cuerpo. El sudor comenzó a correr por su piel, mientras sus músculos crecían.

Los huesos también parecían aumentar de tamaño, incapaces de contener la fuerza de la criatura que habitaba en su interior. Un gruñido brotó, haciéndome estremecer por completo, y

vi cómo sus huesos se alargaban y se rompían para reajustarse en una nueva forma.

La columna vertebral se curvó y el cuerpo se retorció mientras Gregor caía de rodillas en la nieve. Los dientes afilados comenzaron a surgir de su boca, creciendo y alargándose en colmillos. Las manos y los pies se ensancharon y los dedos se alargaron, creando garras puntiagudas y afiladas.

La piel, antes lisa, se cubrió de una gruesa capa de pelo oscuro, que creció rápidamente por todo el cuerpo.

El rostro fue el cambio más notable: los huesos del cráneo se desplazaron, la mandíbula se alargó para formar un hocico bestial, mientras que los ojos brillaban con un tono ámbar.

Se me puso la piel de gallina una vez más al ver cómo se alargaban las orejas y se volvían puntiagudas, mientras Gregor comenzaba a emitir un gruñido profundo y gutural, a medida que la voz se transformaba en un sonido animal.

El hombre lobo ahora estaba de pie. Erguido. Las piernas se arquearon, preparadas para la caza. Cazar a Sina.

—¡Gregor! —grité, pero la criatura ni siquiera se percató de mí.

Saltó en su forma bestial hacia ella, que giró el arma. Por primera vez, vi un rostro serio en Sina.

El salto que dio casi la alcanzó, pero en el último instante ella giró en la nieve. Se oyó otro disparo del revólver.

Sentí un fuerte dolor en el pecho y caí de rodillas, viendo cómo la nieve entre ellos se levantaba con el impacto de las patas sobre ella.

Un potente rugido ahuyentó la candidez, haciendo que el hombre lobo fuera tras ella. Salía humo de su hombro izquierdo, pero nada parecía detenerlo.

Sina levantó la cabeza, tratando de retroceder, y fue rápidamente alcanzada. Con solo una garra levantada, Gregor logró alcanzarla, haciendo que la espalda de la pelirroja golpeara el árbol. Con el golpe, soltó el revólver, que desapareció entre la nieve.

— ¡No, Gregor! — Me levanté, a pesar de que me temblaban las piernas, e intenté acercarme a ellos.

En el momento en que Gregor se abalanzó sobre ella con la boca abierta, Sina se levantó, girando un bisturí. Con un golpe certero, clavó el arma en la pata derecha.

El hombre lobo saltó hacia atrás, aullando de dolor, mirando la pata que ahora echaba humo.

Sina me miró y me hizo una señal con el ceño fruncido:

— ¡Sal de aquí, Diana! ¡Este licántropo es salvaje!

— ¡No! —Tosí a continuación, con los pulmones cada vez más debilitados—. Me protegió cuando era niña. ¡Ya te lo conté! No voy a dejar que le hagas daño.

Corrí hacia el lobo mientras él sacaba el bisturí de la palma de su mano como si fuera una simple astilla.

— ¡Gregor! —grité, llamando su atención.

El lobo se volvió hacia mí, mostrando los dientes, y por primera vez le tuve miedo. Mis piernas se paralizaron allí entre los árboles.

Fue entonces cuando levantó sus garras hacia mí y mi corazón se aceleró aún más, como si fuera a explotar dentro de mi pecho.

— Soy... soy yo...

— ¡CORRE, DIANA! —gritó Sina, aún demasiado lejos para llegar hasta mí.

El hombre lobo siguió con las garras levantadas. Allí nos quedamos solo él y yo. Empecé a sudar al ver el tamaño de las garras. Sabía que si me atacaba, me partiría por la mitad de un solo golpe.

Pero antes de que llegaran, el lobo dijo:

— **DI... A... NA...**

Y fue como si el tiempo se detuviera. Se me llenaron los ojos de lágrimas y una sonrisa se dibujó en mi rostro.

— Soy yo, Gregor... ¡Soy yo!

No pude ver cuándo llegó Sina. Apuntó con el revólver a la espalda de Gregor y mi corazón se desesperó.

El lobo tembló con las garras abiertas y aulló, sintiendo la presencia de Sina, pero cuando se volvió para enfrentarse a ella, perdió el control y me empujó.

Caí hacia atrás, siendo engullida por un montón de nieve. El golpe fue como una codillada en medio del pecho, dejando mis pulmones aún más dañados, además de la bronquitis.

En el momento en que el hombre lobo se volvió, el arma disparó y, por alguna razón desconocida, la nieve a nuestro alrededor se levantó.

Grité, levantándome lo más rápido que pude y sintiendo que las rodillas me temblaban. Tanto que cedieron y caí en la nieve.

Temí que Gregor hubiera recibido otro disparo.

Fue entonces cuando vi a Wolfgran a través de la niebla de nieve. Su brazo izquierdo sujetaba el pulso de Sina, manteniéndolo levantado. Su brazo derecho impedía que el hombre lobo se moviera.

¿De dónde había salido?

Abrí los ojos al verlo allí. Un simple humano, capaz de inmovilizar a una criatura como esa.

— Ya basta...

Wolfgran empujó el brazo del hombre lobo, haciendo que la nieve se levantara a su paso. También le quitó el revólver a Sina y, con solo apretarlo, hizo que el acero se agrietara y se rompiera en pedazos.

Sentí un ligero toque en mi hombro y me di la vuelta. Entonces vi a un hombre con gafas y lo que parecía una mariposa blanca en el pelo.

— Siento haber visto todo esto, Diana... — Gael me sonrió y volvió a mirar a Wolfgran.

Me levanté con la ayuda del estero y presté atención a los movimientos de Wolfgran, que se dirigía hacia el hombre lobo debajo de un árbol.

— ¡NO LE HAGÁIS DAÑO! — Intenté dar un paso adelante, pero Gael me sujetó.

— No pasa nada, Diana. Wolfgran se encargará de él.

Wolfgran me ignoró y siguió caminando hacia el lobo, que parecía noqueado con los ojos cerrados. Se arrodilló ante el licántropo y le tocó la frente.

— Descansa, hermano mío...

Y, como por arte de magia, la transformación comenzó a revertirse mientras los ojos de Wolfgran parecían más rojos que nunca.

Gregor tembló sobre la nieve y su forma humana comenzó a regresar. Rugió, retorciéndose en el suelo, hasta que sus espantosos sonidos se convirtieron en un grito humano común.

A pesar de tener la ropa rasgada, se podía ver su musculoso cuerpo tumbado y sudoroso en la nieve. Todavía tenía los ojos cerrados y se retorcía.

—¡Gregor! —grité, ignorando a Gael y dirigiéndome hacia él.

Wolfgran se quitó el abrigo blanco y lo colocó sobre el cuerpo de Gregor.

— ¡Se pondrá bien, Diana! ¡Cuento con tu ayuda para que se recupere más rápido! —Wolfgran me extendió el pulgar y me dedicó una sonrisa serena.

Mis rodillas volvieron al suelo y tiré del cuerpo de Greg hacia mí, evitando que su espalda permaneciera en la nieve. Ajusté el abrigo blanco para intentar cubrir su cuerpo lo mejor posible.

Gael se acercó a nosotros y se ajustó las gafas, señalando la sangre que manchaba la nieve debajo de Gregor.

— Voy a llamar a los demás para que nos ayuden a llevarlo a un lugar seguro.

— ¡Necesita un hospital! — Giré la cara, irritada.

— No, Diana. No puedo llevar a un licántropo al hospital, pero conozco a alguien que puede cuidar de un ser como él.

Miré entonces a Wolfgran, que se dirigía hacia Sina. Ella, por su parte, miraba los fragmentos de su arma con los ojos muy

abiertos.

— Está bien, Sina. — Wolfgran intentó tocarla, pero ella se apartó—. Tienes toda mi atención. ¿Por qué estás en Hiverdoux?

— Quería ver con mis propios ojos cómo va la reserva sin Veillun, ¡y parece que tú estás loco, ya que has dejado que el maldito Omega viva aquí!

— Llegó hasta Veillun y pidió ayuda. Pasó por todas las etapas para convertirse en uno de nosotros. No importa su jerarquía licántropa... ¡Yo confío en él!

Sina señaló a Gregor, que estaba a pocos metros de distancia, y siguió frunciendo el ceño para quejarse.

— ¡Un salvaje, Wolf! Rompió el límite y se abalanzó sobre mí.

Gruñí, tratando de taparle los oídos a Gregor, que seguía inconsciente.

— ¡Tú lo atacaste primero! ¿Cómo te atreviste? ¡Incluso le disparaste por la espalda!

Sina puso los ojos en blanco y me miró:

— ¡Eso fue una prueba! ¡En ninguna ocasión un licántropo debe transformarse delante de los humanos! ¡En ninguna! —Se volvió hacia Wolfgran—. ¡Son las reglas, Wolf! ¡Las malditas reglas que aceptó tu antiguo Alfa!

Wolfgran asintió lentamente con la cabeza.

— Y eso es responsabilidad mía, Sina... Yo mismo me haré cargo. Incluso ante la Hermandad de Plata.

Sina dio un paso atrás y se ajustó la horquilla sobre el pelo pelirrojo. Me miró con los ojos entrecerrados.

— Te sugiero que te alejes de él, Diana, o acabarás con las vísceras en la boca.

— ¡Vete a la mierda, Sina! —Lo agarré con más fuerza a Gregor, aún respirando por la boca—. Espero no volver a verte nunca más.

Ella se encogió de hombros y saludó con la mano, saliendo del bosque mientras pasaba junto a la hoguera, que ya se estaba

apagando.

Wolfgran caminó hacia mí. Gael hablaba por teléfono, a pocos metros. Bajó la cabeza y miró a Gregor.

— Siento mucho que hayas visto todo esto, Diana. Sé que es demasiado para ti y...

— ¡No, no lo es! Solo quiero que Gregor reciba ayuda médica.

Wolfgran miró a Gael, que acababa de terminar la llamada en su móvil.

— ¡La ayuda está en camino! Pero ahora dime, ¿quién es esa mujer?

El hombre de pelo blanco y ojos rojos suspiró, mirando hacia la espalda de Sina, que ya desaparecía entre los árboles.

— Una persona muy relacionada conmigo...



PARTE III

LUNA LLENA



CAPÍTULO 31: SOLO NOSOTROS

Diana Perreut

Gregor abrió los ojos poco a poco, como si la luz del sol lo hubiera golpeado.

Pero estábamos en una cabaña aislada en medio del bosque donde había sido atacado por Sina. Solo había tres habitaciones, era realmente muy pequeña. Un dormitorio, una cocina y un baño.

La habitación se había adaptado para cuidar de Gregor, con una camilla improvisada, la vieja cama ahora cubierta con sábanas y plásticos estériles. Una mesa con instrumentos quirúrgicos sencillos, como pinzas, bisturís, gasas, agujas y suturas.

Incluso la iluminación de la habitación se cambió por algo más potente, con una luz de techo orientable, esencial para que el médico pudiera trabajar con precisión.

También había un frigorífico con bolsas de sangre. Aunque Wolfgran explicó que no era necesario, incluso con las heridas de plata. Ninguna de ellas quedó en el cuerpo. Solo hicieron falta unas horas para que el humo saliera de las heridas y se regenerara la piel, pero la plata dejó cicatrices.

Habían pasado poco más de veinticuatro horas. La médica era la esposa de Gael, la doctora Dalva. Incluso me indicó cómo ayudar, con frascos de antibióticos, analgésicos y gasas.

Cogí una silla de la cocina para sentarme frente a él. Apoyé las manos en el borde de la camilla improvisada para estar allí con él todo el tiempo. Incluso dormí allí mismo, en la silla.

Ahora, al ver sus ojos parpadear lentamente, parecía que por fin mi miedo se había ido. Su rostro se movió mientras me levantaba de la silla para verlo mejor. Se me llenaron los ojos de lágrimas.

Lloré al oír a Gregor llamarme por fin:

— Di... a... na... — logró articular, esbozando una sonrisa cansada entre la barba.

— ¡Bienvenido de vuelta al mundo de los vivos, grandullón!

Gregor suspiró y empezó a levantarse. Intenté impedirlo, poniendo mi mano en su hombro, pero él me sujetó con delicadeza:

— Estoy bien. Quédate tranquila...

— Te han disparado en el hombro. ¡No me pidas que me quede tranquila!

Sus dedos recorrieron mi piel, haciéndome estremecer. El contacto con Gregor me provocaba una sensación electrizante por todo el cuerpo.

Mis ojos se fijaron en su mano herida, viendo la cicatriz que se formaba entre el vello.

— Las cicatrices no me molestan en absoluto, si quieres saberlo.

— No es justo, Greg. ¡Por mi culpa casi te matan! Si no la hubiera llamado...

— ¡Oye! —Gregor levantó la mano y me la pasó por la cara, limpiándome una lágrima que caía—. ¡No te culpes! Tarde o temprano me habrían encontrado. Y yo me quedé en Hiverdoux sabiéndolo.

Le agarré la mano, permitiéndole seguir acariciándome la cara.

— ¿Cuándo ibas a decirme que eres un licántropo?

Gregor apartó la mirada y retiró la mano. La chaqueta que llevaba se inclinó un poco hacia abajo, lo que me permitió ver mejor su musculoso torso.

— Contarte que soy un monstruo no es algo tan sencillo, Diana... Los humanos normales se asustan ante algo así.

— ¡Tú no eres un monstruo! — Le toqué la cara y le atraje hacia mí.

Avancé, tomando sus labios con los míos y sintiendo su forma bruta de agarrarme por la cintura. Nuestro beso continuaba con esa química.

Saber que Gregor y mi lobo marrón eran la misma persona era como descubrir que lo que había estado buscando siempre había estado ahí, conmigo.

Los labios de Gregor solo se separaron de los míos cuando bajó la cara, con aire inquieto:

— Te he hecho daño, Diana... Nunca me lo perdonaré.

Me toqué el pecho, que aún me dolía. Quizás incluso me había dejado un moratón.

— ¡No fue culpa tuya! Estabas tratando de protegerte de Sina. Yo soy quien debe disculparse por haberme engañado.

— ¿Te engañó? ¿Cómo?

— Bueno... — Me rasqué la mejilla—. Todo lo que ha pasado es culpa mía, Greg... Una amiga me ayudó a conseguir información sobre el hombre lobo que estoy buscando. Una de las dos razones por las que vine a Hiverdoux, como te conté. Recibí una tarjeta plateada y llamé. Sina apareció ayer en mi casa y me habló de los licántropos. Dijo que me ayudaría a rastrear a mi lobo.

— No fue culpa tuya. Ella fue muy perspicaz... Una hoguera con polvo de plata es un gran señuelo para nosotros. El olor es mortal...

— ¿Por qué no me dijiste que era precisamente el lobo que buscaba? Te dije lo agradecida que le estoy... Me refiero... ¡A ti!

Gregor se pasó la mano por la barba y bajó un poco la cabeza.

— Es difícil contarlo. Y, para ser sincero, todavía estoy tratando de equilibrar mi lado humano y mi lado salvaje. No quería contártelo porque yo mismo necesitaba asimilarlo.

Sus ojos marrones parecían sinceros. Hizo un movimiento para levantarse de la cama y yo le sujeté los hombros.

— ¡Aún no te han dado el alta!

Miró la herida en el hombro y solo había una cicatriz.

— Créeme, estoy bien. Si la bala de plata estuviera dentro de mi carne, entonces sí, tendría serios problemas.

Gregor se levantó y me abrazó, haciendo que mi cara acabara en su enorme pecho.

— Los licántropos se regeneran muy rápido.

— Cuando nos transformamos en bestias, gran parte de nuestros huesos se rompen para formar otros nuevos, incluidos los del cráneo. Duele mucho. La transformación solo es posible gracias a la regeneración.

Me tapé la boca con las manos.

— Dios mío... ¡Es horrible!

— Es muy doloroso, pero la sensación de libertad compensa todo el sufrimiento. Es algo que ni siquiera podemos describirles a ustedes, los humanos. El guiso de setas sirve para inhibir la necesidad de transformación.

Quería preguntarle algunas cosas, pero me sonrojé solo de pensarlo.

— ¿Qué pasa? —preguntó él, tocándome la cara.

— No sé si debería preguntarlo...

— ¿Quieres saber por qué no he avanzado en nuestro apareamiento?

Me sonrojé aún más y le di un golpecito en el pecho.

— Sí, pero no hace falta que lo digas así. ¿No puedes hacer el amor conmigo?

Gregor esbozó una sonrisa un poco triste.

— Digamos que las emociones fuertes pueden hacerme transformar. El deseo sexual es una de ellas. No podía correr el riesgo.

— ¡No me importa, Greg! Quizás me sorprendería mucho, pero cuando me diera cuenta de que eres el mismo hombre lobo que me salvó, sin duda seguiría haciendo el amor contigo.

Greg tragó saliva y dio un paso atrás, pero no sin antes sentir cómo se le ponía dura la polla dentro de los pantalones grises de chándal.

— No tienes por qué hablar así...

Me reí, dándome cuenta de que había repetido el mismo comentario que había hecho hacía poco.

— Entonces, ¿podemos volver a intentarlo algún día?

Él me miró, me agarró por la cintura y me empujó bruscamente. Inevitablemente sentí su polla dura apretada por nuestro abrazo.

— Algún día, seguro, pero ahora mismo, por desgracia, tengo que rechazar.

— Lo entiendo. Podemos seguir juntos aunque estés transformado. De hecho, eso es lo que más deseo.

— Transformarme estando contigo es peligroso. Ya viste en el bosque cómo me descontrolé... No puedo perderte, Diana.

— No pasa nada, Greg... Esperaré hasta que te sientas cómodo.

Él asintió con la cabeza y me abrazó más fuerte.

— Algún día conseguiré no tener ninguna posibilidad de atacarte, solo calentarte y darte placer.

— Y también me gustaría saber si... — Me pasé la mano por el pelo, tratando de no sonrojarme, pero fue en vano. — Ya sabes... El sueño en el bosque...

Gregor levantó la cabeza y se rascó la nuca.

— Ah, entonces... Hemos tenido el mismo sueño. Digamos que Wolf me ordenó que contactara contigo allí para que pudiera

sacarme eso de la cabeza durante un tiempo. Fue un poco incómodo, ¿verdad?

— ¡No! Bueno, quizá un poco cuando me desperté y me encontré con la vidente.

Gregor levantó las cejas.

— ¿Con la vidente? Joder... ¡Sabía que ella estaba involucrada en esto!

— ¡Me alegro de que ahora todo tenga sentido! Me sentía tan confusa cuando te pedí que te alejaras, y ahora...

Gregor me tocó la cara, acariciándome las mejillas con los pulgares.

— Ahora nada de eso importa, Diana. ¿Quieres ser mi hembra?

Toqué sus manos, que aún permanecían en mi rostro.

— ¿Mujer? ¡No, Dios mío! Pero acepto ser tu novia. ¿Qué te parece?

Él puso los ojos en blanco y suspiró.

— Eso es... Entonces, ¿aceptas?

— Nada en este mundo me haría más feliz ahora mismo.

Nos besamos de nuevo con una enorme sensación de paz en mi pecho.



CAPÍTULO 32: EL CONSEJO DEL ALFA

Gregor Ylmaz

Wolfgran apareció, abriendo la puerta, y nos vio dándonos un beso de esos. Diana dio un paso atrás, roja como un tomate, y yo intenté ocultar con las manos a mi amigo erecto.

Pero sé muy bien que Wolfgran sintió mis feromonas. Estaban locos por aparearse.

— ¡Veo que estás muy bien, Greg! — Nos dedicó una amplia sonrisa, pasando la mano por su cabello platino.

— Sí... — balbuceé, molesto porque casi me pillaba in fraganti. Quizás si no hubiera aparecido, me habría transformado.

Quizás por eso está ahí.

— La doctora Dalva está aquí para verte. ¡Te sugiero que primero calmes a tu amiguito!

Wolfgran señaló mis manos y yo aparté la cara, enrojeciendo aún más. Diana se rió con una mano en la boca.

Respiré hondo e interrumpí a Wolfgran, que estaba a punto de hablar:

— Tengo que disculparme, Wolf... — Puse un rodilla en el suelo e incliné la cabeza—. Rompí la regla de la reserva y estoy listo para cualquier consecuencia que venga. ¡Incluso el exilio!

Diana exclamó, medio absorta:

— ¿Qué?

Wolfgran me tocó el hombro y levanté la cabeza.

— Hermano mío, claro que habrá consecuencias, pero nunca se me pasó por la cabeza el exilio. Levántate y espera a que el tiempo se encargue de las cosas.

Me levanté y vi a Diana acercándose y golpeándose el pecho para decir:

— ¡Es culpa mía! Yo llamé a la Hermandad de Plata. Si alguien tiene que ser castigado, ¡esa soy yo!

— No te metas, Diana... — gruñí, mirándola con severidad.

Wolfgran le sonrió y asintió.

— ¿Y estás dispuesta a testificar ante ellos si es necesario?

— ¡Claro! — Diana dio una patada en el suelo y me miró fijamente.

— ¡Ni hablar! — La miré fijamente y nos quedamos un buen rato sin pestañear.

Wolfgran intervino:

— ¡Cálmense! Aunque Sina haya visto a Greg en su forma feroz, no puede afirmar que haya perdido totalmente el control. Siendo sincero, si hubiera asesinado a Diana o a Sina, ahora no estaríamos teniendo esta conversación. Además, la Hermandad de Plata estaría aquí en Hiverdoux a estas alturas.

Asentí con la cabeza y Diana cruzó los brazos, pareciendo un poco irritada.

La doctora entró en la habitación justo después y levantó las cejas, mirándome allí de pie.

— Nunca me acostumbraré a ustedes, licántropos. ¡Qué regeneración tan fabulosa! La ciencia ganaría mucho estudiando sus células.

Wolfgran comentó riendo mientras ella se acercaba a mí para hacerme el chequeo:

— Doctora, me encantaría ayudar, pero sabemos que la humanidad no está preparada para conocer a los «hombres lobo». —Hizo comillas con las manos.

La doctora asintió con la cabeza, primero revisándome los ojos. Luego me pidió que me quitara la camisa para ver las cicatrices.

— ¿Siente algún dolor?

— Ninguno. — Levanté los brazos, mirando a Diana, que tenía los ojos fijos en la cicatriz de mi hombro.

— ¡Bien! ¡Ya está! Puede dejar los medicamentos. Le sugiero que vaya al hospital tan pronto como pueda para hacerle una radiografía, solo por precaución.

— ¿Las radiografías detectan fragmentos de plata? — La pregunta vino de Wolfgran.

— Sí. Esto se debe a que los metales, incluida la plata, bloquean la radiación de los rayos X y aparecen como áreas opacas, medio blancas, en la imagen. Los fragmentos metálicos pequeños pueden verse claramente, especialmente si son lo suficientemente densos.

Wolfgran me tocó el hombro.

— ¡Después de aquí se va directo al hospital, doctora Dalva! Si necesita, lo acompaño. ¿Lo buscamos?

— ¡Sí! Solo si estoy allí, ¿de acuerdo? No quiero que por algún descuido los descubran.

— Muchas gracias, doctora. — Levanté la mano y ella me la estrechó.

— ¡De nada! Ahora tengo que irme. ¡Cuídese!

La doctora se marchó y solo quedamos Wolf, Diana y yo.

— Diana. — Wolf se volvió hacia ella—. ¿Nos dejas unos minutos a solas?

Diana asintió con la cabeza y se marchó, lanzándome un beso.

◆ ◆ ◆

Solo quedamos Wolfgran y yo, ahora en la improvisada sala médica. Ni siquiera sabía dónde estaba en el pueblo.

Wolfgran me tocó el hombro y pensé que era un gesto amistoso, pero me equivoqué. Fue directamente a la cicatriz. La apretó con el pulgar y sentí cómo se contraían los músculos de mi brazo.

— Joder... — gruñí, tratando de parecer menos tenso.

— Como imaginaba... Hay fragmentos de plata ahí. — Wolf retiró el pulgar y tuve que apoyar las manos en el rodillo por la debilidad que sentía.

— Entonces, ¿no hace falta hacer la radiografía?

— De hecho, hay que hacerla lo antes posible. Necesito saber dónde están y cuántos son. Yo mismo los extraeré.

— ¿Y por qué no puede hacerlo la doctora?

Wolf negó con la cabeza.

— Ni hablar. Un procedimiento así podría transformarlo. ¿Lo ha olvidado? Si entra en forma bestial conmigo, es una cosa. ¡Con una doctora humana, es otra!

— Tienes razón... Lo siento.

— No te disculpes, hermano. Sé que nunca has tenido que pensar en eso. Y confieso que es la primera vez como Alfa que tengo que analizar con cautela toda la situación.

Noté que Wolf tenía los ojos un poco extraños, como si estuviera confundido.

— ¿Qué temes? ¿Realmente fue grave la situación? Sina te estaba buscando y temí que te hiciera daño.

— Es complicado... Me buscaba para hablar sobre nuestra relación. Sina es mi hembra predestinada.

Mis ojos se agrandaron. Incluso se me secó la garganta.

— ¿C... ¿Cómo es eso? Pero ella es miembro de...

— De la Hermandad de Plata. Más que eso, hermano mío... Es descendiente directa del general.

— ¡Joder! — Me llevé la mano a la frente, preocupado por Wolfgran.

Lo poco que sabía de la Hermandad de Plata es que son humanos preparados para lidiar con los licántropos. Están equipados con armas de fuego con proyectiles de plata, además de usar cuchillos e incluso espadas con hojas del mismo metal. Parece que su existencia es tan arcaica como la nuestra.

— Todo irá bien, Greg... Voy a Frankfurt a hablar con ellos. Sé que con las palabras adecuadas les convenceré de que su lugar está aquí, en Hiverdoux. La reserva Luna de Sangre fue creada para eso: para acoger a cada uno de nosotros, manteniendo juntos a licántropos y humanos. ¡No somos monstruos!

— Tienes razón... Te lo agradezco. Si Veillun estuviera aquí...

— Yo también lo echo de menos, hermano.

— ¿Y qué puedo hacer para ayudarte?

— Quedarte en Hiverdoux y mantenerte alejado de los problemas. Si quieres un consejo: disfruta de la compañía de Diana. Después de la radiografía y la recogida de los fragmentos de plata, mi humilde sugerencia es que vayas a su cabaña y le lleves un buen vino. Bebed juntos y divertíos.

Negué con la cabeza, un poco absorto.

— ¿Cómo? Deberías decirme que haga lo contrario. No puedo estar con ella después de haber casi... — Me dolía solo hablar. — Casi la atacas...

Wolfgran me tocó el hombro con fuerza, pero solo para llamar mi atención.

— Gregor, las cosas han cambiado. Ahora ella sabe quién eres. Y te ha aceptado tal y como eres. ¡Eso lo cambia todo! Créeme. Ve a disfrutar de la compañía de tu amada. Estoy seguro de que me lo agradecerás después.

— ¿Confías en mí hasta el punto de dejarme estar a su lado después de lo que ha pasado?

Mis palabras sonaron incrédulas, y Wolf solo sonrió con su sabiduría habitual.

— ¡Exacto! Me alegro de que lo hayas entendido. Ahora vamos al hospital a hacerle una radiografía. Todavía nos queda mucho por hacer hoy.



CAPÍTULO 33: CALOR

Diana Perreut

Estaba en casa cuando Gregor llamó a la puerta y anunció su llegada. Era ya tarde, quizá las nueve o las diez. Nevaba mucho fuera.

Le abrí la puerta y él levantó el brazo derecho con una bolsa de papel en la mano. El delicioso aroma de la crema hidratante de cacao invadió mis fosas nasales. Greg parecía haberse preparado mucho para verme.

Llevaba un abrigo azul marino y debajo una camisa de lana marrón oscuro con lo que parecía una luna creciente blanca en el pecho. Llevaba pantalones que resaltaban sus hermosas piernas tonificadas y un cinturón con la punta visible en el lado izquierdo de la cintura. Las botas que llevaba eran típicas para caminar sobre la nieve. Cuero marrón de buena calidad.

Nos abrazamos, nos besamos y luego entramos. Gregor sacudió el pelo para que se le cayera la nieve.

— Creo que se avecina una tormenta de nieve. — Sacó de la bolsa de papel una botella de vino de arándanos y una bandeja con embutidos.

Miré el reloj de pared del salón y lo señalé.

— ¡Son las diez menos cuarto! Si hay una tormenta, te quedarás atrapado aquí.

Gregor esbozó esa sonrisa maliciosa, dio un paso hacia mí y me agarró con fuerza por la cintura.

— ¡Qué bien! Esa era mi intención desde el principio.

Le di un ligero golpe en el pecho y sonreí, dejando que se acercara a mi cara con la barba rozándome la piel.

— No seas tan atrevida. ¡Apenas te has recuperado! ¿Qué tal la radiografía?

Greg se pasó la mano por la nuca y me mostró por el cuello de la camisa la cicatriz, un poco más grande que antes.

Mis ojos se abrieron como platos al verla. Parecía que parte de la herida aún estaba cicatrizando.

— ¿Qué ha pasado? ¿La radiografía ha empeorado la herida?

— No, nada de eso. Después de la radiografía, encontramos tres fragmentos de plata todavía dentro de mí. Wolfgran tuvo que ayudarme a extraer cada uno de ellos, pero fue inevitable que entraran en contacto con la piel... Entonces...

— Vaya, Greg... Lo siento mucho. No tenía ni idea de que acabaría así.

Me tomó las manos cuando bajé la cara. Las besó y me acercó más a él.

— No fue culpa tuya. Lo que importa es que ahora estamos bien y juntos. Eres mi hembra.

— Novia —lo corregí, sonriendo—. Es muy extraño que me llames así.

— Te pido disculpas por mi lenguaje. Al ser un ex Omega, he tenido pocas interacciones directas con los humanos. Aprendí inglés y francés hace unos quince años.

— ¡Vaya! Tengo muchas ganas de saber más sobre ti. ¿Cuántos años tienes realmente?

Levantó la cabeza, como si intentara imaginarlo:

— Quizás unos 70... No, ¡72! Soy muy joven para mi especie.

— ¿En serio? ¿Cuántos años suelen vivir los licántropos?

— No lo sé con certeza... Wolfgran tiene 101 años.

Me tapé la boca con las manos. Parecía demasiado joven para tener cuarenta años, a pesar de su cabello y su barba blancos. Para ser sincera, Wolfgran parecía incluso más joven que Greg.

— Entonces, ¿eso significa que voy a vivir menos que tú?

Su rostro pasó de pensativo a sorprendido en una fracción de segundo.

— Nunca lo había imaginado. Los humanos sois tan frágiles...

Le di un puñetazo en su pecho macizo.

— ¡No voy a tolerar que insultes a los humanos!

Él esbozó una sonrisa amenazante y me cogió en brazos, sin soltar la bolsa con el vino que yo llevaba.

— ¡Lucha por tu vida, humana! ¡Ahora estás en brazos de un lobo!

Le sonreí mirándole a la cara y rodeándole el cuello con los brazos.

— ¡No seas malo o te pondré un collar!

Él gruñó y me tiró al sofá, casi como lo hizo la vez que irrumpió en mi casa.

— ¿Cómo te atreves? ¿Crees que voy a ser uno de esos... ¿Cómo se llama?

— ¿Perrito? — Entrecerré los ojos con aire burlón.

Gregor me señaló con aire incrédulo:

— ¡Eso! ¿Cómo te atreves...?

Me levanté del sofá y lo enfrenté de puntillas para ganar altura.

— Es culpa tuya por llamarme «hembra» primero. Además, soy muy joven para ti. ¡Solo tengo 29 años, Greg!

— ¿Y qué? En mis documentos pone que tengo 40 años. Así es más aceptable, ¿no crees?

Fingí reflexionar, golpeándome la barbilla con el dedo índice, pero él me volvió a atraer hacia sus brazos y me besó antes de que tuviera oportunidad de protestar.

Su lengua se entrelazó con la mía, dejándome con un calor abrumador. Vale, estoy con el síndrome premenstrual, pero confieso que ya me había imaginado a Gregor besándome así en varias ocasiones. Ahora, sabiendo que él es el hombre lobo con el que tanto había soñado, todo parecía demasiado maravilloso.

Nuestros besos se hicieron más intensos y nos fuimos al sofá. Me sentó en su regazo y lo abracé con mis piernas, sin dejar de sentirlo en mi boca.

Sus piernas cedieron en el sofá mientras yo permanecía sentada sobre él. Ya podía sentir algo palpitando entre nuestras pelvis. El sudor comenzó a recorrer mi cuerpo, hasta que sentí mis músculos temblar sobre su hermoso cuerpo.

Tuve que apartar un poco la cara para toser, sintiendo que la bronquitis me recordaba su presencia. Mis pulmones ahora hacían ese ligero ruido de gatito mientras su cuerpo macizo quedaba debajo del mío, ahora tumbado.

Empecé a tirar de su camisa de lana y me sorprendió verlo sin nada debajo.

El pecho era enorme, con pezones rosados bajo el vello liso y marrón. Su abdomen era ancho, con algunos abdominales ocultos por más vello que llegaba hasta los pantalones.

Me preguntaba si estaría muy peludo ahí abajo. En particular, eso no me gusta mucho.

Mis dedos bailaron un poco sobre su amplio pecho. La cicatriz que le quedaba era incluso bonita. Una espiral en el hombro que parecía conectar con parte del vello. La toqué, sintiendo que estaba helada, aunque los licántropos no parecían sentir frío.

— ¿De verdad no tienes frío?

— Ni un poco. Ahora, por ejemplo, estoy en llamas... — Inclinó su cuerpo peludo y volvió a tomar mis labios.

Yo también estoy en llamas.

Gregor me quitó parte de la camiseta, lo suficiente para poder tocarme con sus manos desnudas. El calor que emanaban me hizo gemir ligeramente, un gemido que brotó de mi garganta de forma involuntaria.

Sonreí al darme cuenta de lo deliciosa que era la sensación de sus enormes dedos en mi cintura, ahora subiendo lentamente hasta perderse en mis pechos.

Él me sonrió con aire malicioso y me besó de nuevo. Sus manos apretaron mis pechos. En el momento en que los soltó, ya los echaba de menos, pero todo cambió cuando me retorció los pezones.

Mi cuerpo se inclinó hacia delante, sintiendo un ligero espasmo de placer. Cuando me di cuenta, mi frente estaba en su hombro y sentí incluso el sudor correr por él.

— ¿Lo hacemos en el bosque detrás de tu casa? Creo que me sentiré más seguro si pasa algo en mi entorno —me susurró al oído, y sentí que todo mi cuerpo temblaba.

— ¿Cómo? ¡Me voy a congelar ahí fuera!

— No... Siente esto...

Entonces sus ojos cambiaron de color. Pasaron del marrón oscuro a un tono amarillento. Parecían brillar.

Poco a poco empecé a sentir más y más calor, como si estuviera sintiendo el sol en una tarde de verano. Empecé a sudar en el cuello, debajo de los pechos y hasta abajo.

— Soy capaz de transmitirte calor. Pero, por favor, tenemos que hacerlo fuera.

Le respondí con un beso:

— ¡Por mí vale!

Salimos en medio de la escasa nieve. Solo llevé una linterna, porque estaba oscuro. Sin embargo, con mi lobón, no tenía ningún miedo.

Nada podía hacernos daño.



CAPÍTULO 34: ENTRE LOS ÁRBOLES

Diana Perreut

El bosque oscuro detrás de la cabaña parecía una película de terror, en la que alguien es perseguido entre los árboles por un asesino.

Pero el calor que emanaba Gregor era tan intenso que me sentía a gusto, mientras nuestros besos se hacían más intensos hasta que sentí su espalda golpear un árbol.

Nos sonreímos en la oscuridad, con solo la tenue luz de la linterna.

— Diana... —Me sujetó la cara con fuerza—. Necesito follar tu coñito. Es lo que más deseo.

— Lo necesito, Greg... Necesito tenerte dentro de mí.

Me dejé envolver por sus manos torpes y dejé caer la linterna al suelo. Cuando me di cuenta, ya estábamos casi completamente desnudos, solo con las botas y los pantalones bajados.

Mi vagina estaba empapada, hasta el punto de sentir la humedad entre las piernas. La vulva palpitaba, sedienta de tenerlo dentro de mí.

Cada vez que Greg me agarraba los pechos de esa manera tan bruta, mis piernas temblaban, suplicando por más y más. Su polla golpeaba mi abdomen y sentía lo dura que estaba.

Solo quería que me follara contra ese árbol.

Gregor dio un paso atrás y me entregó un paquete que sacó del bolsillo de sus pantalones. Era un condón.

— ¿Lista? —Su voz sonó más potente de lo normal. Sus ojos aún brillaban en la oscuridad.

— Sí. ¡Estoy lista, Greg!

Greg se cubrió el pene y se colocó en posición, manteniéndome ahora con la espalda contra el árbol. El calor que emanaba era tal que no sentía frío ni siquiera con la piel contra el tronco. Cuando el pene con el condón me penetró, gemí. Lo suficientemente alto como para que el eco resonara por todo el bosque.

Gregor fue brusco, como era habitual en él. Ni siquiera esperó, simplemente hundió su polla. Cada centímetro forzaba una entrada un poco dolorosa. Cuando llegó hasta el fondo, sus ojos brillaron hacia mí.

— Eso es... — Por un segundo me pareció que su voz era un poco animal.

Me agarré a su espalda mientras me follaba contra el árbol. El sonido de la nieve, los búhos y cualquier otro sonido externo desaparecieron mientras mis piernas se cerraban alrededor de él.

Mis uñas se clavaron en su espalda y él aumentó la velocidad, haciéndome temblar con el coño empapado. Miré al cielo oscuro y nublado.

— Creo que puedo acostumbrarme a tenerte dentro de mí para siempre. ¿Qué te parece?

Gregor esbozó una sonrisa maliciosa y me mordió la barbilla antes de responder. Sus ojos aún brillaban con ese tono amarillento.

— Me parece una idea excelente. Creo que puedo acostumbrarme a tu deliciosa coñito.

Me sentía cada vez más hinchada. Quizás fuera por la menstruación que se avecinaba. También temía un poco el frío, pero Gregor me abrazaba con tanta fuerza. Me encantaba ver cómo se contraían sus músculos. Lleno de pelo, con el sudor lubricando su hermoso cuerpo musculoso y tatuado.

Gregor me sujetó y me dio la vuelta. Mis botas tocaron el suelo frío y crucé los brazos contra el tronco del árbol. Apreté su cuerpo contra el mío y sentí el pene entrando por detrás, dilatando mis paredes internas más que antes.

Parecía que la polla se había hecho más grande solo por cambiar de posición. Mientras tanto, yo estaba en llamas. Sentía mi cuerpo temblar y mi coño latía sin tregua. Gemía, casi mordiendo el árbol de tanto placer.

Por un momento, me pareció sentir sus venas creciendo dentro de mí. Las venas parecían haber duplicado su tamaño.

Tenía muchas ganas de ver la polla de Gregor, pero con la poca luz que había en la habitación no sabía si era similar a la que vi cuando se transformó en mi sueño o si era como la de un humano normal.

El hombre lobo tenía un pene morado, pesado y aparentemente más grande que la versión humana. Estaba lleno de viscosidad, casi parecía vaselina.

Quizás algún día lo pruebe así.

Sus enormes manos ahora me agarraban la cintura con más fuerza. Por un segundo sentí su glande golpear la pared de mi útero. Grité de dolor, pero sonó como un gemido. Gregor no se detuvo en ningún momento.

Intenté inclinarme mejor para que el pene continuara, pero volví a sentir esa sensación de que algo crecía dentro de mi vagina. La sensación era tan extraña que parecía haber aumentado un tercio de su diámetro.

Gregor bajó la cabeza hasta mi espalda y salió de dentro de mí, haciendo que me temblaran las piernas. Sentí que se quitaba el

condón y lo toqué en el muslo.

— Por favor, no te corras dentro de mí.

— Tranquila, solo necesito correrme en algún lugar entre los árboles.

— Puedes hacerlo en mis pechos.

Giré mi cuerpo para verlo de frente y mis ojos se abrieron de par en par al ver sus ojos brillantes. Los castaños ahora parecían de color ámbar. Él se agarró el pene y yo me arrodillé ante él, que apuntó a mis pechos.

Levanté mis pechos un poco más, esperando el chorro. Y entonces Gregor se corrió casi sin estimulación.

El chorro salió entre mis pechos. Quizás cuatro chorros seguidos. Parte de él incluso me salpicó el cuello, lo que me asustó un poco.

Gregor suspiró, soltando el pene aún duro ante mis ojos. Levanté mi cuerpo y me puse de puntillas para abrazar a mi lobo.

Lo besé, sintiendo el semen caliente entre mis pechos. Pero fue bueno sentir ese líquido.

— Sabes, Diana, creo que estoy dispuesto a hacerlo más veces. Confieso que no esperaba que estuvieras tan estrecha.

— ¡Ah, Greg! — Intenté sujetarle la barbilla—. No digas eso. ¡Me da vergüenza!

— Y te pones aún más guapa cuando te avergüenzas. Y sin el colgante del abrigo, parece que no hay forma de distraerte.

— Eres muy observador... — Intenté esquivarlo, pero él me agarró la mano y me empujó hacia su cuerpo caliente y peludo.

— ¿Y volvemos juntos a Wolf Sports? ¿Como pareja?

— Todavía no podemos. Primero tengo que hablar con Milena.

— ¡Vale! Estaré esperando a que eso suceda. Hasta entonces, repetiremos la dosis.

Greg me tocó la cara caliente y me dio otro beso, haciendo que mis piernas se tambalearan por milésima vez.



CAPÍTULO 35: UN COLLAR DEL PASADO

Diana Perreut

Dormí como un tronco, bien acomodada en los brazos de Gregor. Mi cara se colocó mejor en su pecho peludo con el calor que desprendía su cuerpo.

Me parecía increíble la sensación de calor palpable que desprendía. Era como tener una especie de chimenea cerca de mí. Mis pulmones sin duda estaban mejor.

La noche anterior solo tuvimos tiempo de llegar, darnos una ducha caliente y caer en la cama. Recuerdo que Gregor cantaba algún tipo de canción, pero me dormí muy rápido, sin siquiera recordar la letra.

Cuando abrí los ojos, oí su voz ronca:

— ¡Buenos días, señorita Perreut!

— Creía que ya habíamos pasado de eso, Greg.

Él me dedicó una amplia sonrisa entre la barba y me besó en la barbilla.

— Quizás me gusta verte enfadada.

Los besos fueron deslizándose hasta mi mejilla. Me estremecí al sentir su enorme mano rodeando mi cintura.

Temía volver a tener sexo con él. Me sentía hinchada y con las piernas débiles. Y muy... muy hambrienta.

El móvil de Gregor empezó a sonar y me giré hacia la mesita de noche. Su brazo ancho se proyectó sobre mí y cogió el aparato con facilidad.

De un vistazo, pude ver: «Milena».

Arqueé las cejas mientras él contestaba la llamada.

— ¿Hola? ¿Milena? Se oye muy mal.

Me quedé en silencio, todavía en sus brazos, mientras lo observaba hablar por el móvil.

— ¡Eh! ¡Cálmate, vale! — Puso los ojos en blanco—. ¡Estoy bien! Solo ha sido un pequeño accidente en casa. ¡Nada más! Volveré hoy mismo a Wolf Sports.

Sus ojos se fijaron en los míos mientras Milena seguía hablando al otro lado de la línea. No entendía ni una palabra.

— ¿Qué le pasa, Milena? — Escuchó un poco más y volvió a poner los ojos en blanco—. No saques conclusiones precipitadas. Diana me estaba ayudando después del accidente. Por eso no fue a trabajar ayer. Tengo que colgar. ¡Hasta luego! ¡Gracias por echarme una mano!

Colgó y enderezó el brazo sobre mi cuerpo.

Levanté la cabeza y le besé en la mejilla barbuda.

— ¿Qué quería?

— Quería saber por qué no había ido y también quejarse de que tú no hubieras ido ayer.

— No podía dejarte solo.

— Sí, lo sé... Y como no puedo decirle que soy un licántropo, tenemos que arreglar la historia de mi accidente en la cocina de casa.

— ¿Accidente en la cocina de casa?

— Sí... Es lo que Lyrolf les está contando a los empleados. Al parecer, me olvidé de apagar la cocina y, cuando intenté sacar la olla

del fuego, la sopa se me cayó encima y tuve que ir al hospital. Quemaduras de primer grado.

Arqueé las cejas.

— ¡Vaya! Lyrolf ha inventado una buena historia. Creo que podemos arreglarlo. Pero ahora Milena sabe que yo estaba contigo allí.

— Sí. Estaba pensando en decirle que quedamos en tomar sopa juntos y...

Me senté en la cama, enderezando la manta para taparme los pechos.

— Ah, Greg... ¡Eso es un cuento para dormir! Milena se dará cuenta de que hay algo entre nosotros.

Gregor también se sentó en la cama. Sus calzoncillos boxer azul marino se veían claramente con un bulto a la izquierda.

— ¡Entonces mejor dile que ahora eres mi hembra!

Le di una palmada en el pecho derecho.

— ¡Tu novia! ¡Olvídate de eso de «hembra»! Y no, no se lo vamos a contar. Porque nos pediría muchas explicaciones y eso acabaría en...

Él me tiró del brazo y rápidamente me colocó encima de él, haciéndome sentar sobre el bulto que parecía cada vez más rígido, palpitando contra mi pequeño trasero.

— ¡No importa, Diana! Soy su jefe y no tengo que dar explicaciones a nadie. Ahora, como buena hembra, déjame acariciarte antes de irnos a trabajar. Estás en celo y tus feromonas son...

Le agarré las mejillas con fuerza.

— ¿Celo? Te juro que si me llamas «hembra» y dices que estoy en celo otra vez, te voy a...

Me interrumpieron unos golpes en la puerta. Me di la vuelta y salté rápidamente de la cama.

Gregor vino detrás y empezó a olfatear.

— Hmm... Este olor...

— ¿Será Milena?

Miré mi despertador y aún faltaba una hora para empezar a trabajar.

— No. Es Klaus.

Gregor cogió una camiseta blanca y unos vaqueros marrones, se los puso y salió del dormitorio. Yo le seguí en cuanto conseguí vestirme.

En cuanto bajé las escaleras, Gregor ya estaba abriendo la puerta como si fuera su casa.

Klaus abrazó a Gregor y los ojos de Sofie brillaron al verme. Confieso que algo en mi corazón también se alegró al verla.

Ella corrió hacia mí y me incliné para abrazarla.

—¡Hola, Sofie! ¿Cómo estás?

Ella sonrió y me entregó un cartel verde y rojo. Ponía «Parque Navideño».

— Tía Diana, ¿todavía quieres ir conmigo al parque este fin de semana? — Se volvió hacia Gregor—. ¡Tío Greg, tú también estás invitado! ¿Están saliendo?

— ¡Sofie! —suspiró Klaus—. No seas grosera.

Gregor se agachó para mirar directamente a Sofie.

— Claro que sigue en pie. Y sí, estamos juntos. ¿Qué te parece?

— ¡Creo que hacen muy buena pareja! — Sofie sonrió, mirándonos a él y a mí.

Intenté intervenir antes de que la cosa se descontrolara un poco en aquel minúsculo pueblo.

— Cuéntame más sobre el parque. ¡Estoy muy emocionada!

Klaus sacó dos billetes del bolsillo. Eran de color verde con hilos dorados.

— Solo tengo dos. Son pases vitalicios para todas las atracciones. El tercero se puede comprar fácilmente en la tienda que hay en el centro del pueblo.

Me dio un boleto a mí y otro a Sofie.

— ¡Gracias! —Miré el boleto y luego a Klaus—. Greg conseguirá el suyo para que vayamos juntos.

Klaus asintió y tocó el hombro de su hija.

— ¿Entonces puedo dejar a mi pequeña traviesa con vosotros en el parque?

— ¡No soy una revoltosa! —Sofie cruzó los brazos e hinchó las mejillas.

Todos nos reímos.

— ¡La verdad es que tengo muchas ganas! Creo que va a ser muy divertido.

Klaus dio un paso hacia mí mientras Sofie le contaba a Gregor sobre los juguetes del parque.

— Diana, ¿podrías prestarme un minuto?

Asentí con la cabeza y nos dirigimos a la cocina. Gregor siguió distrayendo a Sofie. O tal vez era ella quien lo distraía a él.

— ¿Qué pasa, Klaus? —le pregunté mientras preparaba el café en la cafetera.

Metió la mano en el bolsillo de su abrigo gris y sacó lo que parecía un collar.

— Creo que lo recuerdas, ¿verdad?

Klaus me entregó el collar y mis ojos se abrieron como platos cuando lo cogí. El colgante metálico de color bronce tenía un pequeño botón en la parte superior. Era una herencia de nuestra madre. Tenía dos fotos de nuestras caras cuando éramos niños.

Pero cuando lo abrí, vi una foto mía y de Paola, ya adultas. Mis ojos se llenaron rápidamente de lágrimas. Ver la cara sonriente de mi hermana en esa foto fue como sentir su cálido abrazo.

Casi como si estuviéramos juntas en algún lugar del tiempo. La cafetería ahora traía a la cocina un delicioso aroma a café recién hecho.

Incluso podía ver a mi hermana cogiendo las tazas. Fue una sensación preciosa. Cogí el collar y lo cerré aún sonriendo, mientras una lágrima tocaba el metal.

— Ah, Klaus... Gracias por el recuerdo... Yo...

— Paola siempre llevaba ese collar. Cambió las fotos poco antes de fallecer. Fue su forma de estar cerca de ti. Quédatelo.

Negué con la cabeza y le devolví el collar.

— ¡No puedo quedármelo, Klaus! Estoy segura de que estará en buenas manos con Sofie.

Klaus rechazó el collar y me sonrió.

— Estoy seguro de que es lo que Paola hubiera querido. No te lo di antes porque aún no lo había encontrado. Quédatelo, Diana. Sé que fue de vuestra madre. Además, tenemos muchas fotos de Paola en casa.

Cogí el collar y me lo puse alrededor del cuello, sintiendo la fina cadena de oro rozando mi piel.

— Klaus, ¿no me culpas por querer que las cosas fueran de otra manera? — Toqué el collar—. Si hubiera dependido de mí, Paola ni siquiera se habría casado contigo. Fui muy egoísta.

Él esbozó una sonrisa amable:

— Algún día entenderás el vínculo que teníamos tu hermana y yo. Quizás ya lo entiendas... Tengo suerte de poder tenerlo por segunda vez con Olivia. En cualquier caso, nunca te juzgué por ello. Estabas protegiendo lo que más amabas. Te respeto por ello, Diana.

Bajé la cabeza, imaginándome esas palabras saliendo de la boca de mi hermana.

— ¡Gracias, Klaus! No fui una buena hermana y...

Me interrumpió con un fuerte abrazo y me susurró al oído:

— Puede que no estuvierais de acuerdo en todo, pero eso no te quita mérito como hermana. Independientemente de lo que pasó, Paola nunca dejó de quererte.



CAPÍTULO 36: COORDENADAS

Gregor Ylmaz

Volver a Wolf Sports después de todo lo que había pasado fue un alivio. Hablé con Diana y acordamos toda la historia siguiendo la línea de Lyrolf.

Y como le insistí, no había necesidad de explicar muchas cosas... *Ya que soy el puto jefe.*

En cuanto se abrieron las puertas dobles de la tienda, los ojos de Milena y Lyrolf se encontraron con los nuestros.

— ¡Bienvenidos de nuevo! — Lyrolf me entregó una lata de Coca-Cola—. ¿Apenas has vuelto al trabajo y ya quieres más tiempo libre?

— Hola a ti también, Lyrolf —gruñí, cogiendo la Coca-Cola.

— ¡Jefe! —Milena corrió a abrazarme.

Dejé que me abrazara, pero la aparté rápidamente.

— Me alegro de volver a veros. ¿Qué tal? ¿Nos ponemos a trabajar?

Milena me tocó el hombro antes de que avanzara para entrar.

— ¿Y cómo te has sentido después del accidente? ¡Lyrolf me ha contado que se te cayó una olla de sopa hirviendo encima! ¿Te pusiste pomada?

Me volví hacia Lyrolf, que apartaba la cara de la mía.

Le expliqué con impaciencia, volviéndome de nuevo hacia Milena:

— Lyrolf es muy dramático. Fue un accidente, nada más. Le podría haber pasado a cualquiera.

— ¿Y cuál es el motivo de tu ausencia, Diana? — Milena se ajustó las gafas antes de interrogarme.

Diana bajó la cara, jugando con el metal de la cremallera. Algo que hacía cuando se sentía acorralada.

— Ella estaba conmigo, Milena. Si no fuera por ella, habría estado mucho peor. Cogió paños húmedos y me ayudó. Se quedó conmigo y me ayudó a ponerme la... pomada.

Los ojos de Diana brillaron al mirarme. Una pequeña sonrisa apareció en sus labios.

Verla sonreír era una victoria para mí.

Milena, por su parte, volvió a preguntar:

— Vaya... ¿Y qué hacía ella en tu casa?

— Había invitado a la señorita Perreut a cenar conmigo anoche. Ahora, basta de interrogatorio. ¡Manos a la obra! Vamos, Diana, quiero las hojas de cálculo en mi escritorio hoy mismo.

Entramos en Wolf Sports y me dirigí directamente a mi despacho.

Milena me siguió. Parecía respirar con dificultad, como si hubiera corrido varios metros. Sin embargo, parecía ansiosa. Algo que podía causarle problemas respiratorios.

Me senté en mi escritorio y Milena se quedó de pie frente a él con la mano en la cintura.

— Jefe, ¿por qué invitó a Diana a su casa?

— Fue por cortesía, Milena. ¿Por qué te molesta tanto? ¿Algún problema?

A diferencia de Diana, Milena no estaba en celo. No había motivo para estar tan nerviosa por eso.

— Bueno... Bueno... Ella no parece ser muy respetuosa con usted. La vez que bebió de su estofado, la manzana que tuvo que comprarle para que trabajara aquí, e incluso la última vez que parecía haber tenido un problema con usted, y ahora...

— ¡Ya basta, Milena! — Me levanté, pasándome la mano por la cabeza—. ¡Olvida esa historia! Ve a trabajar y deja todo eso en el pasado.

— Está bien... — Milena se pasó la mano por el pelo rubio—. Pero, ¿qué tal si tomamos un vino después? Si estás tomando medicina, podemos cambiarlo por un zumo. Sé hacer uno de manzana que está...

— No, pero gracias por la invitación.

Milena levantó la cabeza, me miró fijamente a los ojos y se dio la vuelta, dirigiéndose hacia la puerta.



Lyrolf entró casi al mismo tiempo que Milena salía.

— Gregor, estaba esperando a que te quedaras solo para hablar.

— Gracias por la historia del guiso —comenté, levantándome de la silla—. ¿Quieres ver la cicatriz?

Lyrolf negó con la cabeza.

— ¡No! ¡Dios mío! ¡Las cicatrices con plata me ponen los pelos del culo de punta!

Me reí un poco y me tapé la boca con la mano.

Luego me senté en la parte superior de mi escritorio y cogí un bolígrafo y un papel.

— Lyrolf, necesito un favor. Quiero las coordenadas de la cabaña que hay tras las montañas.

Sus ojos brillaron.

— Vaya, vaya... Pensaba que nunca las necesitarías. ¿Eso significa que estás dispuesto a mostrar tu lado salvaje a Diana? O incluso más que mostrarlo.

— Ella ya lo ha visto. Solo quiero aparearme con ella en mi forma salvaje. Ella es mi hembra predestinada. Tiene derecho a decidir.

— No hay problema. Pásame papel y bolígrafo.

Se lo entregué y él comenzó a escribir.

— Gracias, Lyrolf. ¿De qué querías hablar conmigo?

Siguió anotando las coordenadas en el papel mientras explicaba:

— Es algo complejo... Nunca pensé que sería abordado por la Hermandad de Plata, pero ya que ha sucedido, tengo que pasaros al siguiente nivel de nuestra manada. La ceremonia será cuando la luna llena esté completa en el cielo.

— ¿Qué? ¿Vas a convertirme en un Beta? Pensaba que necesitaría unos años más.

Lyrolf terminó de escribir y me devolvió el papel y el bolígrafo.

— A decir verdad, sí, necesitas más tiempo. Pero los tiempos difíciles requieren medidas más ágiles. Si no te conviertes en Beta, la Hermandad de Plata querrá tu exilio. Un Omega viviendo entre nosotros, y más aún en un pueblo seguro como Hiverdoux, es todo lo que no quieren. Es importante demostrarles que ahora eres uno de los nuestros y ya no un «salvaje».

Guardé el papel en el bolsillo y asentí con la cabeza.

— Vale... Entendido. No tengo otra opción que la ceremonia. ¿Es como el evento anual?

— Similar, pero incluye una hoguera hecha con runas y algunos encantamientos para la reserva Luna de Sangre. Lo bueno es que puedes llevar a Diana si quieres. Está abierta a algunas personas que conocen a los licántropos.

Me pasé la mano por la barba, reflexionando.

— Runas... ¿Y para qué?

Lyrolf se rascó el pelo oscuro.

— Sinceramente, ni yo lo sé. Es parte de las reglas de la reserva, Greg. Wolfgran te lo explicará mejor. Quizás sea más una cuestión ritual. Nada más...

Me giré para coger el calendario de papel que había sobre la mesa. Lo cogí y lo examiné.

— Entonces es luna llena antes de Navidad. ¿Me transformaré delante de todos?

— ¡Exacto! Todos estaremos en modo animal alrededor de la hoguera. No pasa nada si pierdes el control, al fin y al cabo, estarás con tus hermanos cerca.

— Entonces lo anotaré en la agenda.

— ¿Tienes planes este fin de semana? Estaba pensando en ir a la vidente y...

— Ni hablar. Tengo un compromiso. Diana y yo vamos a llevar a la hija de Klaus a un parque de atracciones.

— ¿La hija de Klaus? —Lyrolf abrió mucho los ojos—. ¡Eso va a ser interesante! Es tan sorprendente imaginar que tiene una hija, ¿no?

— Sorprendente es poco...



CAPÍTULO 37: DESACUERDO

Diana Perreut

Milena me esperaba en la sala de reuniones de Wolf Sports. Me llamó en cuanto salió de la oficina de Gregor.

Estaba sentada en la última silla detrás de la mesa de proyección. Tenía el codo apoyado, sosteniendo su rostro nada amistoso.

Respiré hondo, sintiendo el aroma a pino de la sala. Parecía que la hubieran limpiado recientemente, como si fuera a haber una reunión en breve.

Pasé entre algunas sillas hasta llegar a la mesa. Vi que el proyector estaba apagado y pasé el dedo por él.

— Los proyectores son una tecnología muy interesante, ¿no crees?

Ella puso los ojos en blanco detrás de las gafas.

— ¿Qué quieres de mí, Diana? Pensé que ibas a pedir la renuncia. Greg y tú se fueron y al día siguiente ni aparecieron para trabajar... ¿Qué está pasando?

Me senté en la silla, tratando de imaginar cómo explicarlo.

Sería mucho más fácil si pudiera decir que Gregor Ylmaz es un licántropo. Más conocido en nuestra cultura como un «hombre lobo». Y que, al parecer, tengo feromonas que me convierten en su pareja predestinada. Por eso estamos juntos.

Pero tenía que mantenerlo en secreto, no solo por Gregor, sino también por todos los demás de su especie que están en Hiverdoux.

— Iba a pedir la renuncia, Milena. Pero lo pensé bien y cambié de opinión. Dicho esto, estoy pensando mucho en pedirle disculpas al señor Ylmaz. No quiero causar problemas. Solo quiero hacer mi trabajo y seguir con mi vida.

Milena negó con la cabeza.

— No sé adónde quieres llegar con eso. ¿Qué quieres de Gregor?

— ¿Qué? ¿Cómo que qué?

— ¿Qué quieres de él? Sé sincera, Diana. Está claro que estás jugando con sus sentimientos, ¿no?

Entrecerré los ojos.

— No digas eso. No estoy pensando en nada por el estilo.

— Realmente no pareces el tipo de persona que ve más allá de su propia sombra.

Apreté los puños sin que ella lo viera. Estaba empezando a cansarme la forma en que Milena me hablaba. Parecía ver más de lo que yo permitía que vieran las personas que me rodeaban.

Y eso me molestaba.

— Milena, con todo respeto, ¡no te debo ninguna explicación!

Se levantó de la silla y se ajustó las gafas.

— ¡Al contrario, Diana! ¡Es gracias a mí que estás aquí, en Wolf Sports. Fui yo quien le pidió a Gregor que te diera otra oportunidad. Después de que te dieras una ducha, claro!

Fruncí el ceño, enfrentándola directamente.

— Mira, Milena, ¡ya basta! Creo que voy a tratarte aquí solo como una empleada. Intenté ser tu amiga, pero tú te crees que eres

la jefa aquí.

— ¿Cómo dices? — Ella sacudió la cabeza y puso las manos en la cintura—. ¿Con quién crees que estás hablando en ese tono?

— Con alguien que se cree más de lo que es. No por ser de Recursos Humanos puedes despedirme sin más.

Por supuesto que sabía que una empleada de recursos humanos podía despedirme en cualquier momento, igual que me había contratado. Sin embargo, estaba segura de que Gregor me defendería.

Milena entrecerró los ojos con aire amenazador.

— ¿Quieres apostar por eso?

— ¡Sí! — Levanté la cabeza, sin dejar de mirarla a los ojos.

Milena negó con la cabeza, esbozando una sonrisa falsa.

— Bastan unas palabras con el jefe y saldrás de aquí en unos minutos.

— ¡Adelante, Milena! ¿Es lo mejor que puedes hacer? Ve y dile a Gregor que estoy en la calle.

Una sonrisa apareció en el rostro de Milena. Se subió las gafas por la nariz.

— Toda esa actitud... Hay algo que no va bien contigo, Diana. Gregor y tú desaparecisteis ayer después de salir juntos...

— ¿Cómo? — Di un paso atrás.

Ella volvió a fruncir el ceño.

— Te lo estás tirando, ¿verdad?

Tragué saliva y bajé la cabeza. Respiré hondo y volví a levantar la cabeza.

— Sí.

Milena dio un paso adelante con el rostro completamente cambiado. Esta vez tenía una postura amenazante, con los hombros hacia adelante.

Levantó el dedo índice y lo puso en mi cara.

— ¿Tu... tu... después de todo lo que te he contado?

— ¡No todo gira en torno a ti, Milena! Nos enamoramos y...

Su mano me golpeó en toda la cara, pero ya me lo esperaba. Le agarré la muñeca en el aire y di un paso más hacia atrás.

— ¡No te atrevas a tocarme! —gruñí, sintiendo que mi corazón se aceleraba.

— ¡Puta! — Milena intentó darme otra bofetada y yo la esquivé.

Pasé junto a una silla y salté hacia atrás, pero Milena me agarró por el collar.

La cadena me apretaba el cuello. Tiró de mí hasta que mi espalda se arqueó sobre la silla de atrás.

El collar se deshizo en la habitación oscura. Cada bolita de metal desapareció en la alfombra. El colgante con la foto de mi hermana y yo rodó hasta debajo de la mesa.

Mi cabeza golpeó la esquina de la mesa y mi espalda golpeó el respaldo de la silla. Hasta que mi cuerpo resbaló y caí con las manos en la alfombra.

— ¡Ay! —protesté, sintiendo el olor a polvo invadir mis fosas nasales.

— ¡Ay, maldita sea! ¡Lo siento, Diana!

Milena me tiró del brazo y me sacudió para soltarme. Me latía la cabeza, pero no sangraba.

Corrí debajo de la mesa y cogí mi colgante. Me di cuenta de que estaba abierto. Allí vi mi foto a la izquierda y la de Paola a la derecha.

La puerta de la sala de reuniones se abrió y Gregor y Lyrolf entraron con los ojos muy abiertos.

Las manos de Greg tocaron mi cara con ternura. Pude ver sus ojos de esa manera diferente. Más amarillos que los de un humano.

— ¿Estás bien? —Me tocó la cabeza, como si pudiera ver algún enrojecimiento.

— Sí, Greg. Solo se me ha roto el collar en la alfombra. ¡Pero he salvado el colgante! — Sonreí, balanceándolo en mi mano.

Greg me acercó la cara y me dio un beso enorme delante de Milena y Lyrolf. Luego me abrazó con fuerza.

— Sentí que tu corazón latía muy rápido. ¡Qué bueno que estás bien! Luego te compro otra cadena para el colgante.

Milena apretó los puños y se quitó las gafas, dejando al descubierto sus ojos azules llenos de lágrimas.

— Lo siento, Diana... — Bajó la cabeza—. No sé qué me pasó... Me pasé de la raya. Estoy muy avergonzada.

Greg se volvió hacia ella y, con voz muy irritada, le gritó:

— ¡Estás despedida! ¿Qué diablos te pasa?

— ¡No, Greg! —Le toqué el pulso—. Por favor, olvidemos todo este malentendido. Creo que somos demasiado mayores para esto.

Lyrolf sonrió.

— Milena y Diana, a mi despacho, ahora mismo. Greg, por favor, no interfieras.



CAPÍTULO 38: TUTORIAL DE CÓMO APAREAR CON UN LOBO

Diana Perreut

Lyrolf nos dejó a solas y tuvo una breve reunión. Su objetivo era intentar calmar nuestros ánimos. Para mi sorpresa, Milena se disculpó y fue liberada inmediatamente.

Yo todavía tenía en las manos el colgante con la foto de mi hermana. Estaba sentada frente a la mesa de Lyrolf, mientras lo veía escribir algo en el portátil.

— ¿Algo más? —pregunté, sintiéndome un poco ansiosa.

Lyrolf volvió la cara y me dedicó una sonrisa amable.

— ¡En realidad, sí, Diana! Ahora que sabes lo de los licántropos, creo que estaría bien que te instruyera un poco. Al menos mientras Wolfgran está fuera para justificar la situación actual ante la Hermandad de Plata.

Levanté la cabeza y asentí.

— ¿Entonces tú también eres un licántropo? ¿Cuántos hay en Hiverdoux?

— Actualmente solo somos cuatro. Wolfgran se convirtió en el Alfa después de que falleciera el último miembro, Veillun. Un acuerdo entre él y Gael nos permitió a los licántropos vivir aquí. Nunca hubo ningún problema, pero con la llegada de Gregor las cosas cambiaron un poco.

— ¿Por qué? ¡Gregor me salvó cuando tenía nueve años! No es malo y nunca ha intentado...

— ¡Cálmate, Diana! Todos los que vivimos en la reserva Luna de Sangre sabemos muy bien que Gregor es un licántropo bueno y decente. Pero no podemos olvidar que, antes de ser civilizado, era un Omega. Por eso la Hermandad de Plata está tan preocupada por él.

Apreté con más fuerza el colgante de mi antiguo collar entre las manos.

— ¿Pueden ir a por Gregor por eso?

— Wolfgran se está encargando de eso. Dudo mucho que se metan con él. Es el licántropo más poderoso que he visto. Una vez lo vi detener una espada de plata con su propia mano. ¡En forma humana!

Abrí mucho los ojos, sin entender muy bien si eso era cierto o no.

— Eso suena un poco... aterrador.

— Como licántropo, también me parece muy aterrador. Me imagino lo imprudente que sería si fuera humano.

— ¿Sobre qué querías «instruirme»? — Levanté las manos para hacer comillas.

— Bueno, hay una cabaña al final de la reserva Luna de Sangre que fue construida para una especie de ritual de apareamiento. Los licántropos y sus hembras predestinadas pueden ir allí sin temer perder el control de su lado salvaje. Sé que Gregor quiere darte una sorpresa, pero solo puedo permitirlo si tú aceptas.

Arqueé las cejas e intenté controlar mi sonrisa.

— ¡Por supuesto que acepto!

— ¡Vaya! Aún no lo has oído. — Lyrolf se rascó la cabeza—. Primero tengo que explicarte el lugar y cómo funciona.

Puse las manos sobre las rodillas debajo de la mesa y asentí con la cabeza.

— De acuerdo. Explícamelo.

— La cabaña tiene algunas runas. También notarás algunas marcas de garras en las paredes y el suelo. Bueno... Necesitamos una reforma pronto. Sin embargo, ¡tiene una cama increíble! Es enorme y mullida. No hay electricidad ni internet, solo agua potable y una chimenea. La única forma de sobrevivir es con el calor natural de los licántropos. Te recomiendo que traigas comida también. Por supuesto, Greg puede cazar algo para vosotros, pero apuesto a que no querrás ver un conejo destripado.

— ¡Por supuesto que no! — Me estremecí solo de imaginar al pobre conejo. — Llevaré una cesta con comida preparada. ¿Cuántos días nos quedaremos?

— Solo uno. Dos como mucho. El objetivo es permitirte aceptar el proceso de transformación libremente, tanto para ti como para Gregor. En su forma animal, se sentirá cómodo. Si consigues permitirle... Bueno... Cómo decirlo...

Lyrolf parecía ponerse rojo como un tomate.

Intenté ayudarlo:

— ¿Permitir que aúlle? ¿A la luna, tal cual?

— Maldita sea... Wolf es mucho mejor explicando esto que yo. Es su trabajo, en realidad... Te pido perdón por el lenguaje, Diana, pero no puedo permitir que te embarques en esta aventura sin conocer todos los detalles.

Asentí con la cabeza.

— ¡Claro, Lyrolf! Explícalo como puedas.

Tragó saliva y bajó la cara para hablar. Su voz sonó incluso baja:

— Si le permites penetrarte mientras está en forma de feral, tendréis un vínculo sellado por toda vuestra existencia. Él tendrá control total sobre sus formas cuando esté a tu lado.

Bajé la cara, también sonrojada. Mi corazón comenzó a acelerarse.

Confieso que no quería hablar de mi intimidad con Gregor con nadie, ¡y mucho menos con un hombre!

— ¿Eso es todo? — Intenté sonreír, pero sentí que me salió un poco torcida.

— ¡Ojalá! —Lyrolf sonrió—. Por desgracia, tengo que explicarte otra cosa. Algo más extraño. Mira, Diana, te juro que no estoy tratando de incomodarte, solo intento explicarte algo de nuestra naturaleza, ¿de acuerdo?

— Hablando así, ya me estás incomodando. ¿Puedes contarlo todo de una vez?

Lyrolf sonrió, un poco avergonzado, y se rascó la cabeza de nuevo.

— Vale... Entonces, déjame explicarte: ¿sabes lo que es el semen?

— Oh, Dios mío... — Bajé la cara, a punto de salir fuego por mis orejas. Podía sentir todo mi cuerpo caliente.

— El semen sale en grandes cantidades. Será un poco incómodo. ¡Te sentirás un poco «llena»! — Lyrolf bajó la cara al pronunciar esa palabra específica.

Me levanté de la mesa y me di unos golpecitos en la cara.

— ¡Ni hablar! ¡Usaremos condones, como hemos hecho hasta ahora!

Lyrolf levantó la cabeza y me señaló.

— ¡No sirve de nada! El condón se romperá en el momento en que se transforme. El tamaño y el grosor son...

Agité las manos frenéticamente.

— ¡DEJA DE DECIR OBSCENIDADES!

Lyrolf suspiró y cruzó los brazos.

— Vaya... Wolf me pagará por esto... — Se volvió hacia mí con las manos juntas—. Lo siento, Diana, pero tienes que entender que ya ha habido casos de apareamientos que han salido muy mal. Mucho antes de mí e incluso antes de Wolfgran, tuvimos un trágico

episodio en el que una hembra huyó. Como la zona es muy remota, la mujer acabó muriendo congelada. Necesito que comprendas los riesgos antes de aceptar.

— Espera... ¿Me estás diciendo que su compañero licántropo la lastimó o algo así?

— No. No he dicho eso. Parece que huyó al ver a su compañero transformado, aunque ya sabía que él tenía esa forma.

— Entonces estoy a salvo. Ya he estado en el mismo sueño que Gregor y he podido verlo transformado ante mis propios ojos. Además, cuando era niña, ya lo vi transformado.

— Es diferente, Diana. Esta vez no es un sueño y tú ya no eres una niña. Si algo sale mal, estaré en una torre cercana con señal electrónica. Llegaré en un minuto como máximo. Llévate esto contigo...

Lyrolf colocó lo que parecía un mando a distancia amarillo sobre la mesa. Solo tenía tres botones. Uno verde, otro negro y otro rojo.

— ¿Para qué sirve esto?

— Digamos que es una forma de rescatarte. El botón verde es para informar de que estás a salvo. El negro es una advertencia en caso de que Gregor esté sensible. El rojo es para que actúe rápidamente, porque está fuera de control. Podría detectar tu pulso, pero como es difícil distinguir entre placer y terror, prefiero que mantengas el control.

— Entendido. Gracias, Lyrolf.

— Y, por el amor de Dios, ¡no salgas de la cabaña bajo ningún concepto! El tiempo ahí fuera te devorará fácilmente. ¡Morirás de hipotermia antes de que yo tenga tiempo de rescatarte! ¿Trato hecho?

Lyrolf se levantó y me tendió la mano.

Le estreché la mano y me sentí menos avergonzada.

— ¡De acuerdo! Muchas gracias. Sé que todo esto ha sido difícil para ti. Estoy al tanto de las condiciones y quiero hacerlo con Gregor.

— ¡Perfecto, entonces! ¡Que tengan un buen apareamiento!
Retiré mi mano y bajé la cabeza, sonrojándome de nuevo.



CAPÍTULO 39: EL TATUAJE DE UN LOBO

Gregor Ylmaz

Después del trabajo el viernes, quedé con Diana en su cabaña, ya que la mía estaba muy lejos. Esta vez traje una pequeña sorpresa debido a los últimos acontecimientos.

También tuve una conversación franca con Milena. Pero las cosas parecían haberse arreglado.

Llamé a la puerta una, dos y tres veces.

No respondía.

Dejé la mochila y una bolsa de la compra en la entrada y me dirigí a la ventana más cercana.

— ¡Eh! —Golpeé el cristal sin poder ver nada dentro. Las persianas estaban cerradas. — ¡Diana! ¡Me voy a congelar aquí fuera!

En realidad, era imposible que un licántropo se congelara, pero lo hice para ver si se daba prisa. Pasó otro minuto y nada.

Llamé varias veces más a su móvil, y nada.

— ¿Dónde se ha metido? — Usé mi agudo olfato.

Caminé hacia su olor, todavía fuera de la cabaña. Por supuesto que podía derribar esa puerta de madera maciza. El problema era el lío en el que me metería con Diana.

Y lo último que quería era meterme en problemas con esa bajita.

Pasé por el lado izquierdo de la cabaña hasta detenerme frente a una puerta basculante. Desde dentro se oía un ruido fuerte.

Un secador de pelo...

Gruñí, tratando de golpear el cristal. Pero ni siquiera eso sirvió, de lo ruidoso que era el secador.

Solo había una forma de entrar en la cabaña.

Salí del lateral de la cabaña y volví a la parte delantera, hasta que pude ver desde lejos su habitación en el segundo piso. Había una ventana grande y cerrada. Sabía que era la mejor manera de probar suerte sin romper nada.

La chimenea estaba descartada. En primer lugar, la chimenea estaba encendida y, en segundo lugar, soy demasiado ancho para pasar por ella. Quedarme atascado allí y llenarme de cenizas estaba fuera de discusión.

Miré a los lados y levanté la nariz para ver si se acercaba algún humano. En cuanto estuve seguro de que estaba solo, cambié la posición de las piernas, aumentando la musculatura.

Tomé impulso y salté sobre el techo inclinado, haciendo que la nieve del suelo se esparciera por el camino. Miré fijamente la amplia ventana del segundo piso e intenté abrirla.

Estaba cerrada por dentro. La golpeé varias veces, sabiendo que Diana no podría oírme.

—¡Diana! —Lo intenté de nuevo, aunque sabía que era inútil.

Fue entonces cuando vi un gnomo vestido de azul sobre la cama doble del dormitorio. Lo miré y volví a golpear el cristal.

El gnomo negó con la cabeza, como si hubiera entendido mentalmente mi petición de ayuda. Levantó su manita derecha y señaló la ventana.

Intenté abrir la ventana de nuevo desde fuera y, ahora, como por arte de magia, se abrió. Estaba abierta.

— ¡Gracias! — le di las gracias, saltando al interior y cerrando la ventana antes de que entrara la nieve.

El gnomo saltó de la cama y desapareció por el hueco de la puerta.

Caminé por la habitación hasta bajar las escaleras.

Diana gritó al verme. Solo llevaba una toalla y tenía el pelo suelto y seco.

— ¿C... cómo has entrado?

Admiré a la pequeña antes de poder responder. La toalla roja combinaba con su pequeño cuerpo, ajustada bien al cuerpo y pegada a sus pequeños pechos. Su cabello oscuro y ondulado estaba más bonito que nunca. Su piel estaba ligeramente enrojecida, como si acabara de salir de un baño caliente.

La cogí con un brazo e incliné el cuerpo. Tomé sus labios con los míos.

— Si tuviera un deseo, sería que se cayera esa toalla.

Diana se rió después de otro beso.

— ¡Eres imposible, Gregor Ylmaz! Y yo no tengo tiempo.

— ¡Ni hablar! — La cogí y la tiré sobre mi hombro—. No puedes aparecer en toalla delante de mí y pensar que no vamos a hacer nada.

Diana me dio una palmada en la espalda y comentó con aire burlón:

— ¿Qué vas a hacer? ¿Tirarme al sofá y comerte una manzana verde?

— La parte del sofá me parece bien, pero lo que tengo pensado es comer otra cosa.

Diana se quedó en silencio. Pero en ningún momento se opuso.

Esperó a que la tirara al sofá todavía con la toalla puesta y me permitió darle un beso intenso.

Le toqué su hermosa pierna izquierda, aún de pie frente a ella en el sofá.

Sus manos tocaron mis pantalones y se dirigieron rápidamente hacia el cinturón. Hasta que sus dedos bajaron mis pantalones. Sus ojos se fijaron en mis calzoncillos negros.

Diana me sonrió, mirándome desde abajo. Ahora sus dedos agarraron mi polla, como si fueran las garras de un halcón a punto de atacar a su presa.

Incliné mi cuerpo en el proceso.

— Vas a tener que tragártelo todo, eh...

Ella sonrió, humedeciéndose los labios, con los dedos ya bajándome los calzoncillos.

— Lo pensaré...

Diana bajó los calzoncillos con un movimiento brusco y mi pene se balanceó rígido sobre su cara, casi golpeándola. Ella se apartó a tiempo y sonrió.

Sin embargo, notó algo diferente en él. Sus ojos se abrieron de par en par y me miró y luego volvió a mirar el pene, como tratando de entender lo que veía.

Diana parpadeó varias veces antes.

— Imposible... ¿Cómo te has tatuado el pene?

— Te lo diré en cuanto te lo metas en la boca.

Ella lo sujetó todavía de lado, mirando el tatuaje del lobo corriendo. Se quedó un buen rato mirándolo y pasando la punta del dedo índice. Todavía intentando creer lo que veía.

— Sí... Debió de doler.

— Claro que sí.

Mi polla aún latía en su mano. Ella la colocó hacia delante e inclinó la boca, arrancándome un suspiro. Le cogí el pelo y se lo eché hacia atrás, sujetándoselo, mientras me la chupaba.

Su toalla se deslizó y pude ver su hermoso cuerpo desnudo.

Ahora su lengua se deslizaba desde el glande hasta el cuerpo, saboreando mis venas e incluso el tatuaje. A medida que avanzaba, presioné su cabeza para que se deslizara más

profundamente. Pero ella se atragantó y apartó la boca rápidamente para toser.

Casi como si estuviera enfadada, volvió a coger mi polla, pero esta vez con fuerza, y me masturbó mientras me chupaba el glande.

Se me escapó un gemido y sentí incluso un temblor en las piernas mientras ella avanzaba con la boca húmeda, permitiendo que mi pene avanzara.

Sus manos se movieron rápidamente, masturbándome, y yo la agarré por los hombros para mantener el equilibrio.

Estaba tan lubricado por la saliva que sus manos se deslizaban fácilmente. Sentía cómo se endurecían mis testículos. Apenas pude articular palabra.

— Me voy...

Por suerte, Diana lo entendió. Me corrí con fuerza hasta quedarme casi sin aliento.

Ella se levantó y corrió al baño.

Caí en el sofá como si hubiera estado follando durante dos horas sin parar.



Diana salió del baño, esta vez ya arreglada. Dio una vuelta, mostrando su nuevo abrigo rojo, sus botas altas y los bonitos pantalones blancos ajustados a su cuerpo.

Confieso que la prefería mil veces desnuda.

— ¿Qué tal estoy?

— ¡Increíble! ¡Solo desnuda podría ser mejor!

— ¡Me acabas de ver desnuda hace un momento, Greg! — Ella negó con la cabeza.

Me recosté más en el sofá.

— ¡Y nunca me cansaré!

Diana puso los ojos en blanco y me tendió la mano. Me levanté con ella y nos besamos de nuevo.

Sus manos tocaron mi pecho y noté que se mordía ligeramente el labio inferior.

— ¿Crees que es buena idea traer a Sofie aquí más tarde? Tengo miedo de no saber cuidar de ella. No quiero ser una mala tía, aunque me considero así.

Le acaricié la cara y le besé la frente.

— Estoy segura de que nos lo pasaremos muy bien en el parque y después aquí también. ¡Y tú estás lejos de ser una tía horrible! Confía en ti. Date una oportunidad.

Diana sonrió y asintió con la cabeza.

— Está bien... Lo intentaré. — Sonrió y se alejó, dirigiéndose hacia la puerta. — ¿Vamos?

Dejé una caja sobre la mesa y me dirigí hacia la puerta para alcanzar a Diana.



CAPÍTULO 40: EN EL PARQUE DE ATRACCIONES

Diana Perreut

Sofie saltó alegremente, haciendo volar sus trenzas, al verme llegar con Gregor a la entrada del parque. Klaus le cogía de las manitas por un lado y Olivia por el otro.

El cielo estaba muy rosado a última hora de la tarde en Hiverdoux. No había nieve por el momento. Aunque hacía mucho frío, como de costumbre. Lo suficiente como para necesitar abrigos gruesos e incluso más de un pantalón.

—¡Tía Diana y tío Gregor!

Ella vino corriendo y nos agachamos para abrazarla, pero Gregor me la quitó, levantándola y lanzándola al aire. La cogió en brazos y le preguntó:

— ¿Con ganas de montar en la montaña rusa? ¿O qué tal en la casa encantada?

Sofía fue puesta en el suelo y respondió con el mismo entusiasmo que Gregor.

— ¡Sí! Tengo ganas de las dos, pero ¿seré lo suficientemente alta para la montaña rusa?

Klaus y Olivia se acercaron y también nos saludaron.

Toqué los hombros de Sofie.

— Te prometo que estará en buenas manos. Greg no va a estar tirándola por los aires todo el rato.

Klaus se rió.

— Sé que estará en buenas manos. Son dos personas en las que confío. Y me gusta verlos juntos.

Bajé la cara, un poco avergonzada, mientras Gregor me tiraba del hombro.

— Diana es un poco difícil a veces, pero es parte de ella.

Klaus se volvió hacia Olivia.

— ¿Solo a veces? ¡Entonces estás de suerte! Olivia...

— ¡Cuida tus palabras, Klaus Demir, o dormirás en el sofá esta noche! — Olivia cruzó los brazos, sacudiendo su cabello rubio.

Todos nos reímos y luego Klaus le entregó la mochila de Sofie a Gregor.

— Si necesitan devolverla, llámenme a cualquier hora.

Sofie suspiró.

— No hace falta que me la devuelvan. ¡Me portaré bien!

Sonreí y le puse las manos sobre los hombros.

— ¡Ni lo digas! Estoy segura de que seré una tía estupenda. ¡Además, después del parque iremos a casa a tomar helado con sirope!

Los ojos de la niña brillaron como dos estrellas titilantes.

— ¿Y podemos ver el programa especial de Quá-Quá Detective?

Arqueé una ceja, sin saber qué diablos era eso.

Gregor levantó el pulgar.

— ¡Claro que podemos! Yo también estoy emocionado por el programa de hoy. ¡Ese pato es un genio!

Klaus levantó un dedo hacia su hija.

— Nada de mucho helado antes de dormir. No te olvides de lavarte los dientes y recuerda: ¡te queremos!

Sofie sonrió ampliamente y abrazó a su padre y a Olivia.

— ¡Yo también los quiero!

Después de eso, los Demir se marcharon, dejando a Sofie a nuestro cuidado.



La entrada del parque estaba bien iluminada. Había paredes sintéticas que separaban el parque de la plaza de Hiverdoux. El amplio recinto contaba con varios juegos, pero solo con ver la montaña rusa, me di cuenta de que era de las pequeñas. Lo bueno es que Sofie podía subir por la altura permitida.

Señalé el carrusel casi al instante. Los caballos blancos bailaban con una iluminación blanquecina, llamando la atención entre tantos juguetes y puestos.

— ¿Qué tal si empezamos por el tiovivo? — Cuando me di la vuelta, vi a Sofie de la mano de Gregor, dirigiéndose a la montaña rusa.

Suspiré profundamente, preparándome emocionalmente para aquello.

Odio los juegos de altura...

Paola, por su parte, era todo lo contrario que yo. Le encantaban las alturas. Esas paredes de escalada eran algo que hacía desde los seis años. Además, fue en una de esas aventuras radicales donde conoció a Klaus.

— ¡Esperad! — Les hice señas, siguiéndoles.

Entramos en la montaña rusa, que tenía tres asientos, y Sofie, Gregor y yo nos sentamos en el otro extremo. La estructura del vagón era de un oso polar. Nos quedamos en la parte del medio, entre las patas del animal metálico. Todo parecía hecho de acero.

En cuanto bajaron las barras de seguridad, se me revolvió el estómago. Miré a mi lado y vi una amplia sonrisa en los rostros de Sofie y Gregor.

— Dios mío... —susurré para mí misma.

La montaña rusa comenzó a seguir los raíles. Juro que fue el minuto más largo de mi vida. Con mis gritos de terror mientras Sofie y Gregor querían repetir la experiencia.

Salimos de la atracción y me temblaban las piernas. Esta vez no por una buena razón.

— ¿Podemos ir a la casa encantada? — Sofie se volvió hacia mí con sus trenzas rubias balanceándose.

— ¿No tienes miedo? —le pregunté, con el corazón aún acelerado.

Quería que desistiera de la idea porque siempre me había dado miedo el juego de la casa encantada. Además, Sofie podría perderse y eso me daba hasta dolor de estómago.

— ¡Qué va, tía Diana! ¡Soy muy valiente! — Levantó los dos brazos, mostrando sus músculos.

Gregor le cogió la mano y señaló la casa encantada.

— ¡Así se habla! ¡Vamos a ver fantasmas!

— ¡Y esqueletos! —gritó Sofie, emocionada.

Corrieron y yo los seguí.

Ver a Sofie así me recordaba mucho a Paola. Su energía, su valentía y su imparable.

Y Gregor parecía llevarse muy bien con los niños. A pesar de ser un matón, parecía disfrutar de ese impulso infantil.

Quizás se convierta en un buen padre...

¡Ay, maldita sea! ¿En qué estoy pensando?

La casa encantada tenía una cola más corta que la montaña rusa, para mi tristeza.

La edad mínima era de 10 años. Sofie solo podía ir con nosotros porque éramos sus responsables.

Entramos los tres juntos y Gregor se puso en medio, cogido de mi mano y de la de Sofie. El ambiente oscuro ya me daba escalofríos, pero la espeluznante música de fondo me ponía los pelos de punta.

A diferencia de otras en las que había estado de niño, esta casa encantada no tenía vagones sobre raíles. Caminábamos por el lugar, lo que parecía aún más aterrador. Solo había flechas iluminadas que indicaban por dónde ir.

Una araña animatrónica bajó haciendo un ruido aterrador. Grité como un bebé y di un salto.

— ¡¡AYUDA!! — grité y me refugié en los brazos de Gregor.

Él sonrió y me dio un beso.

— ¡Estoy contigo, mi amor! Recuerda que, si es necesario, puedo entrar en mi modo salvaje para protegerte.

— ¡Tía Diana, solo son juguetes! —dijo Sofie, señalando un esqueleto luminoso en el pasillo.

Gregor me dio la mano y, incluso en la oscuridad, pude sentir su sonrisa.

— ¿Corremos?

Pensé en decir «no», pero cuando me di cuenta estaba corriendo de la mano con Gregor y Sofie. Los animatrónicos aparecían como fantasmas, monstruos e incluso un hombre lobo falso. Este último me hizo reír a carcajadas por lo mal hecho que estaba.

Mi lobo era mucho mejor que esa criatura metálica que aullaba a una luna falsa.

Pero entonces apareció un gnomo con vestimentas amarillas.

—¡Un Bugindin! —gritaron Gregor y Sofie al unísono.

El gnomo los miró, se mesó la barba y levantó los brazos, haciendo ruidos espeluznantes. Todos los animatrónicos empezaron a hacer ruidos juntos.

Abracé a Gregor, temblando de miedo, y él me abrazó también. El gnomo desapareció entonces como por arte de magia.

— Parecía tan real —comenté.

— Era real... —suspiró Gregor—. Esos sinvergüenzas siempre aparecen para armar lío. ¡Eso sí!

Y cuando parpadeé, ya estábamos fuera de la casa encantada. Gregor y Sofie estaban eufóricos. Incluso nos dieron medallas al valor. Tomamos fotos y luego nos fuimos a vivir otra aventura.

Esta vez llegamos al puesto de tiro al blanco. Miré hacia arriba y vi los diferentes objetos que se podían ganar. Había blancos fijos y móviles.

— No puedo jugar en eso... — comentó Sofie, con los brazos cruzados. — Pero ustedes podrían ayudarme a ganar ese osito de peluche.

Sofie señaló el punto más alto. Había un bonito osito de peluche. Casi de su tamaño, en realidad. De color rosa y blanco. Quizás incluso hablaba.

Gregor cogió un rifle de aire comprimido, sacó un billete de 50 francos suizos y lo puso sobre el mostrador.

— ¡Greg! — Intenté coger el dinero, pero el dueño del puesto fue más rápido. — ¡Es mucho dinero!

— ¡Tranquila, Diana! Dime qué premio quieres. ¡Te conseguiré el tuyo y el de Sofie!

— ¡Yuju! —La niña saltó emocionada—. ¡Buena suerte, tío Gregor!

Señalé un lobo marrón de peluche.

— Quiero el peluche de lobo. — Sonreí, mirándolo.

Gregor se pasó la mano por la barba y acercó la cara para darme un beso.

— Parece que no te cansas de los lobos. ¡Ya me tienes a mí, hembra! ¿Para qué quieres otro?

— ¡Porque el de peluche no me va a llamar «hembra»! — gruñí, fingiendo enfadarme.

Gregor se rió, ajustando el rifle entre sus brazos.

— Por eso te muerdo el culo —me susurró.

Noté que sus ojos se volvían más amarillos. Poco a poco fueron cambiando, hasta quedar idénticos a los de un lobo.

En el primer disparo alcanzó los niveles medio e intermedio. Hasta que llegó a los difíciles, donde estaban los mejores premios: el oso rosa y mi lobito marrón.

Le toqué el hombro.

— ¡No vale hacer trampa! Estoy viendo tus ojos en forma de animal salvaje.

Greg se mordió el labio inferior y se volvió hacia mí.

— Y si vuelves a tener ojos humanos y consigues los premios, ¿qué gano yo?

Me incliné hacia su oído y le susurré seductoramente:

— Mi coño meloso. ¿Qué te parece?

Los ojos de Gregor volvieron a ser de color marrón oscuro casi al instante. Me dedicó una amplia sonrisa.

— ¡Con un premio así, dormiré como un bebé!

Gregor manejó el arma de aire comprimido y apuntó a los últimos blancos en movimiento. Sonrió ampliamente y apretó el gatillo.

— ¡Increíble! —El administrador de la caseta aplaudió—. ¡Has conseguido muchos puntos! Puedes elegir dos peluches.

Volvimos a casa con un oso rosa en las manos de Sofie y un lobo marrón de peluche en la mía.

Y, por alguna razón, Gregor estaba más sonriente que nunca.



CAPÍTULO 41: DETALLES SOBRE PAOLA

Diana Perreut

Llegamos a mi cabaña alrededor de las nueve. Sofie y Gregor corrieron al salón y comenzaron a ver el programa llamado Quá-Quá Detective.

Mientras tanto, preparé los aperitivos que había comprado antes para recibir a Sofie. Pedí empanaditas, zopf y rösti, el plato que sabía que era el favorito de mi sobrina. Y de postre, su helado favorito. Copos.

Al poner las cajas sobre la mesa, me di cuenta de que había un pequeño paquete encima. Una cajita de madera con un lazo rojo. La cogí un poco sorprendida y la abrí después de tirar del lazo.

Mis ojos se abrieron como platos al ver el objeto. Era un collar de oro, un poco más grueso que el anterior, que se había roto. Cogí el colgante de la foto y lo puse en el collar nuevo.

Me puse el collar y me quedaba genial. Me di la vuelta y vi a Gregor mirándome desde lejos. Parpadeó y volvió a mirar al frente. Sofie estaba a su lado, mirando atentamente el dibujo del pato.

Luego nos sentamos todos juntos y empezamos a comer mientras veíamos al pato detective.

— ¡Gracias! — Sonreí, balanceando el collar.

Gregor me besó en la mejilla y volvió a mirar la televisión mientras daba un bocado a las patatas.

Sofie y Gregor intercambiaban ideas sobre quién sería el criminal que había secuestrado a otro animal de ese universo.

— Sofie, ¿te acuerdas de quién era el último villano del episodio?

Sofie exclamó, como si la respuesta estuviera en la punta de la lengua:

— ¡Dona Thi-Thi! ¡La mayor villana de todo el universo Quá-Quá!

— Madre mía... — comentó Gregor, como si ella hubiera pronunciado un nombre completamente maldito.

— ¿Y por qué es tan peligrosa? — Intenté informarme.

Todos se volvieron hacia mí con los ojos muy abiertos. Fue casi como si hubiera hecho una pregunta estúpida.

Levanté las manos en señal de rendición y pensé que era mejor quedarme callada mientras continuaba el programa.

Incluso pude ver los hombros tensos de Sofie. Estaba inclinada en el sofá, como si pudiera sentir cada movimiento de la trama. Eso me recordó a su madre.

Paola también se involucraba mucho con los programas de televisión. Tenía esa forma de prestar atención a todo. Solo con el comienzo de la historia, ya sabía cómo terminaría. Tenía olfato para las narrativas.

Extrañaba a Paola... Me preguntaba constantemente si, dondequiera que estuviera, podría perdonarme.

El episodio especial de Quá-Quá Detective terminó. Greg y Sofie siguieron debatiendo algunas cosas.

— Tía Diana... ¿A mi madre le gustaban los dibujos animados?

Asentí con la cabeza.

— ¡Claro que sí! ¿Has oído hablar de una serie de dibujos animados llamada Phineas y Ferb? Tienen un pato detective que finge ser solo una mascota.

— En realidad, es un ornitorrinco —dijo Greg, llevándose la mano a la barbilla.

— ¡Da igual! — Puse los ojos en blanco.

— ¡No, tía Diana! —explicó Sofie—. Un ornitorrinco es un mamífero semiacuático que se encuentra en Australia y Tasmania. Es ovíparo, tiene pico y patas parecidas a las de un pato, una cola similar a la de los castores y ¡es venenoso!

Abrí mucho los ojos para mirar a la niña.

— ¿Qué? ¿Quién te ha contado todo eso?

— Lo busqué en la biblioteca después de que mi profesora de ciencias nos habló de ellos. ¡Me fascinaron! ¡Son increíbles!

Me levanté del sofá, un poco desconcertada.

— ¿Qué tal si jugamos a algo divertido? ¿Te gustan los juegos de mesa?

— Me gustan, pero mi padre hace mucha trampa —suspiró Sofie.

Greg y yo nos reímos y preparamos la mesa para jugar al Banco Imobiliario. Yo jugué con la Botita, Greg se quedó con el Sombrero y Sofie prefirió la ficha del Barco.

Jugamos mucho hasta que Sofie ganó. Después se quedó muy somnolienta. Fue un día muy largo, pero muy divertido con ella.

— Tía Diana... —Bostezó, arreglándose la manta sobre el sofá—. ¿Me puedes contar cosas de mi madre?

Me senté a su lado y compartimos la manta. Gregor nos dejó solos y se fue a la cocina a lavar los platos.

— ¡Claro que puedo! ¿Tienes alguna sugerencia sobre lo que puedo contarte?

— ¿Qué le gustaba comer? ¿Y los juegos? ¿Le gustaba jugar en la nieve? ¿Sabía tocar algún instrumento? Perdona si te aburro, es que hay preguntas que mi padre no sabe responder.

Le dediqué una sonrisa amable y le acaricié la cabeza, pasando los dedos por su cabello rubio.

— ¡No tienes por qué disculparte! Creo que puedo responder a todas las preguntas —dije, mirándola directamente a los ojos—. Paola nunca le gustó mucho la nieve. Creo que tu padre le cambió la opinión. ¡Le encantaba Hiverdoux! Le gustaba comer chocolate blanco. Yo siempre le decía: «¡Eso no es chocolate de verdad!».

— ¡Papá siempre dice eso! —Sofie se rió, recordándolo.

— ¡Sí! Paola también tenía la manía de esconderme los dulces. Porque yo siempre le decía que comía demasiado. ¡Como una hormiguita!

— ¡Mi padre me llamó hormiguita una vez!

Le pellizqué la nariz en broma.

— ¡Ya ves! De tal madre, tal hija.

— ¿Y qué más, tía Diana?

— No sabía tocar ningún instrumento musical. Le gustaba escuchar jazz. ¡El saxofón la animaba mucho! Los juegos de cartas siempre fueron sus favoritos. ¡Excepto el póquer! ¡Era pésima para farolear!

— ¿Farolear?

— Es como mentir, pero hay que hacerlo para poder jugar.

— ¿Cuál era su animal favorito?

Mi respuesta estaba en la punta de la lengua:

— ¡El lobo! Siempre han sido nuestros favoritos. Sobre todo después de ver un hombre lobo.

— ¡Ya me lo contaste! ¿No os dio ni un poquito de miedo? — Hizo un gesto con la mano.

Sonreí recordando aquel día.

— ¡No! El lobo de aquel día me protegió.

Gregor entró en la sala, secándose las manos con un paño, y me guiñó un ojo desde lejos.

Sofie se giró y se tumbó sobre mis piernas.

— ¿Me llevas a lavarme los dientes y luego me cuentas un cuento antes de dormir?

— ¡Claro que puedo! Hoy vas a dormir en mi cama. ¿Qué te parece?

— ¡Sí! ¿Hay alguna historia sobre hombres lobo?

— ¡Sí que tengo! — Gregor se acercó y cogió a la niña en brazos—. Un montón de historias de esas.

— Ninguna de terror, ¿verdad, tío Greg? — Le miré con los ojos entrecerrados.

— ¡Hay algunas románticas, tía Diana! —Me sonrió.

Sofie nos sonrió y subimos los escalones, dirigiéndonos hacia la habitación.



INTERLUDIO: QUÁ-QUÁ DETECTIVE

Mister Z

Quá-Quá Detective se mesó su gran bigote, se ajustó la boina y examinó las huellas con su lupa mágica. El pato más querido del mundo se enfrentaba a un nuevo caso absolutamente emblemático, capaz de sacudir los cimientos de la Tierra.

Tenía la ardua tarea de descubrir quién había secuestrado a Huligrasdon O' Luffinarguzuz.

Y, obviamente, si has visto los últimos episodios de Quá-Quá Detective, sabes muy bien que tenía una sospechosa. ¡Dona Thi-Thi! Uno de los nombres más temidos de los alrededores. Y el pato sabía que necesitaba más pistas para resolver este crimen.

Un secuestro de proporciones épicas como este no ocurría todos los días.

El secuestro tuvo lugar en la madrugada, en uno de los arroyos helados que conducía a una discoteca con innumerables bolas de cristal. Un auténtico arsenal de baile de los años 80 y 90. Quá-Quá Detective sabía que nada volvería a ser como antes.

El pato más querido del mundo utilizó su increíble lupa y rastreó cada rincón. Además, bailó mucho, porque era parte de la investigación. Y al final encontró algo raro. Un pincel con el fondo falso. Entonces miró más detenidamente y encontró una nota que decía «Seguedu Sequetu».

Sus ojos se abrieron como platos al reconocer la letra. Todo indicaba que la investigación tomaba otro rumbo. ¡Aquello estaba adquiriendo proporciones épicas, y el gato que estaba cerca de mi teclado lo iba a estropear todo!

Fue entonces cuando gritó:

— ¡Quá, quá!

¡Bingo!

Quá-Quá Detective pensó rápidamente y utilizó una linterna especial para ver la tinta invisible.

Y, tal y como imaginaba, las letras aparecieron, haciendo que el pato más querido del mundo descubriera el verdadero secreto sobre quién había secuestrado al ilustre sujeto cuyo nombre ni me atrevo a pronunciar de nuevo. No era la señora Thi-Thi. Esta vez, ni siquiera tú, que estás leyendo esto. ¡Sino el gato travieso que pisó mi teclado!



CAPÍTULO 42: ESPECIAL

Diana Perreut

Klaus y Olivia llegaron alrededor de las nueve y media de la mañana para recoger a Sofie, mientras preparábamos el desayuno.

Sofie todavía parecía animada por el parque, el programa del pato detective y el helado de copos.

— ¡La casa encantada fue genial! —Dijo con los puños cerrados y una carita emocionada—. ¡La tía Diana se asustó mucho!

Todos se rieron, incluso yo.

— En mi defensa, ¡conseguí una medalla que demuestra mi valentía!

Después Klaus me dio las gracias por quedarme con Sofie. Y ella me preguntó cuándo podríamos volver a vernos.

Bajé la cabeza y puse las manos sobre las rodillas para responder:

— ¿Qué tal si quedamos antes de Navidad?

Los ojos de Sofie brillaron:

— ¡Tengo una idea mejor! ¿Y si pasáis la Navidad con nosotros?

Levanté la cabeza y miré a Klaus y luego a Gregor.

La cara de Klaus parecía tan confusa como la mía. Sin duda, no era lo que él esperaba.

Olivia fue quien respondió:

— ¡Sería increíble! Una cena en nuestra cabaña y luego podríamos ir todos juntos a la taberna. ¿Qué os parece?

Gregor explicó:

— Todos los años, el 25 de diciembre, los habitantes de Hiverdoux se reúnen en la taberna para celebrar. Es una tradición local.

Klaus me sonrió.

— ¡Me parece una idea estupenda! ¿Qué os parece? El día 24 cenamos en nuestra casa.

Bajé la cara y, sin darme cuenta, toqué el colgante del collar.

La cara de Paola apareció en mi mente en ese instante.

— ¿Están seguros? No quiero molestarles...

Sentí la enorme mano de Gregor tocándome suavemente en el hombro.

— ¡Aceptamos! —Me sonrió—. ¡Haré algo tan delicioso que nunca lo olvidarán! ¡Incluso un postre!

Ya sabía que Greg es un excelente cocinero. Pero en repostería me sorprendió de verdad.

— ¡Entonces queda dicho! — Klaus dio un paso adelante y abrazó a Greg. Luego a mí.

Acompañamos a Klaus, Olivia y Sofie hasta la puerta y nos despedimos.

Miré a Greg, que todavía tenía la mano en el colgante.

— ¿De verdad crees que es buena idea una cena de Navidad con ellos? Me da miedo ser una carga. Quizás Olivia solo ha sido amable. ¡Y Klaus también!

Greg me tocó la cara. Su pulgar acarició mi mejilla muy despacio. Sus ojos parecían admirar mi rostro con una sonrisa bajo

la barba.

— ¿Alguna vez te has parado a pensar que la gente realmente te quiere?

Arqueé una ceja, un poco incrédula.

— Creo que como mucho me toleran.

Los labios de Gregor se acercaron. Pero esta vez no me besó. Solo susurró, con la mano aún en mi cara:

— Te quiero. Y estoy seguro de que esa niña también. No dejes que esos pensamientos te priven de cosas bonitas, Diana. ¡Déjate llevar! Fue ese paso adelante lo que te llevó a venir a Hiverdoux y descubrir quién soy. Y conocer a tu sobrina. ¿No es así? Eres más increíble de lo que imaginas...

Bajé la cara, pero Gregor la levantó para besarme. Me perdí en sus brazos, sintiendo todo su amor por mí. Fue suficiente para creer en lo que sentía. Suficiente para hacerme sonreír en ese momento.

— ¡Gracias! —susurré mientras lo abrazaba.

Gregor me tomó las manos y me sonrió.

— Tengo una idea. Vamos a salir ahora. ¡Yo conduzco!



Empezó a nevar cuando salimos de mi cabaña. Gregor tenía el coche aparcado justo enfrente. Caminamos con pasos cortos y casi resbalo. Por suerte, pude agarrarme al retrovisor.

— ¿Estás bien? —me preguntó al ver que casi me caigo.

— ¡Sí!

En cuanto entramos en el coche, encendió la calefacción. Conducía con una mano en el volante y la otra sobre mi muslo, protegida por los pantalones.

— ¿Adónde vamos? —pregunté, al ver la plaza central delante.

— Será una sorpresa.

Empecé a tener mil ideas en la cabeza.

Lo primero que pensé fue en la conversación que había tenido con Lyrolf. ¿Ibamos a la cabaña? ¡Ni siquiera me he arreglado lo suficiente! Pensé en lencería muy sexy y... ¡Ay, mierda!

¿O será que vamos a la reserva Luna de Sangre? No traje más ropa de abrigo. Sé que con Gregor puedo estar tranquila en ese sentido, pero no me preparé nada.

El coche empezó a subir por un camino entre montañas hasta que llegamos a unas cabañas remotas alrededor de una pequeña plaza. El lugar tenía postes de hierro iluminados, incluso por la mañana.

— ¡Ya llegamos! —Gregor apagó el coche y se bajó.

Bajé del coche, admirando el paisaje con algunos árboles y las cabañas aisladas. Había una aún más aislada en lo alto, siguiendo la empinada subida.

Greg me tomó de la mano y caminamos juntos hasta la primera cabaña de dos pisos. Parte de la nieve del lateral del techo se cayó cuando Gregor llamó a la puerta.

— ¡Ya voy! —Se oyó una voz femenina desde dentro.

— ¿Quién es? —pregunté, balbuceando a Gregor.

Él me sonrió y volvió a prestar atención a la puerta. Hasta que se abrió, revelando a una señora de unos setenta años.

—¡Greg! —Sonrió radiante. Entrecerró los ojitos para ver mejor.

Greg entró y la abrazó, inclinando el cuerpo.

—¡Elis! ¡Qué bien te ves!

— ¡Pilates! —Sonrió mientras le daba golpecitos en la cara como una abuela que intenta ver si su nieto está comiendo bien—.

Deberías probarlo. ¡Es bueno para el equilibrio! ¿Y quién es esta joven tan guapa?

Sus ojos se abrieron un poco más, enfocándome. Tenía el pelo teñido de un rubio muy bonito.

— ¡Encantada de conocerte! ¡Soy Diana Perreut!

Elis me abrazó y fue algo tierno. Capaz de inundarme de buenas vibraciones.

Greg me tomó de la mano.

— Esta es mi mujer predestinada.

La miré, sorprendida.

— ¡Quería decir novia!

Elis se rió, agitando la mano.

— ¡Los licántropos son siempre así! Viví con el mío durante cincuenta años y todavía me llamaba así. Si supieras lo mucho que nos irritaba... ¿Verdad, hija?

Abrí mucho los ojos y miré a Greg, que le sonrió a la señora.

— Espera...

¿Está casada con algún licántropo de Hiverdoux?

— Déjame adivinar... Greg no te ha dicho quién soy, ¿verdad? Soy la viuda de Veillun, el antiguo Alfa de la reserva Luna de Sangre. ¿Es ella la mujer de la universidad?

— Sí. Diana es ella misma...

¿Él le había hablado de mí?

— Vaya... — Me sorprendí a mí mismo diciendo. — Entonces usted fue la esposa de un licántropo. Bueno... ¿puede darme algunos consejos?

— En realidad, soy la tercera esposa de Veillun. Mi marido vivió 144 años. Se estima que los licántropos viven hasta los 150, más o menos. ¡Así que vivió muy bien!

Miré a Gregor, que asintió con la cabeza.

— Entonces, ¿puede haber otras «hembras predestinadas»? — Tuve que usar ese término ridículo.

Elis negó con la cabeza.

— ¡No, hija! Al igual que los lobos, los licántropos son monógamos. Solo yo fui la hembra predestinada de Veillun. Las otras dos antiguas esposas eran compañeras de vida. Cada una con su papel. Y cuando Veillun falleció, todavía parecía un adulto jovial, aunque canoso.

— ¡Qué sorprendente! —Me tapé la boca con la mano, aún sorprendida.

— Sí, lo es. — Elis me sonrió—. ¡Me alegro de conocerte! ¡Y pensar que cuando Greg fue acogido era tan rebelde! Me odiaba por ser humana.

Ella se rió y yo le di una palmada en el hombro, y él me miró y comentó:

— ¡Oye! ¡Eso fue en el pasado! Elis es como una madre para nosotros en la reserva. Nunca le haría daño.

Elis me sonrió y me acarició la cara.

— Espero que tengáis un niño. Que continuéis la estirpe de los licántropos. Ese era el sueño de Veillun.

Negué con la cabeza, un poco absorta.

— Ah... Acabamos de empezar a salir. Y, la verdad, nunca pensé en ser madre. Y no sé si Greg me aceptará cuando sea vieja.

Elis volvió a sonreír. Tan amable y acogedora como la última vez.

— Créeme, hija, Greg te amará para siempre. No importa cómo estén físicamente. Nunca he conocido a un licántropo capaz de traicionar o abandonar a su pareja. Al igual que los lobos.

La puerta de la cabaña se abrió y apareció una figura alta, barbuda y de ojos verdes muy claros. Era incluso un poco más alto que Greg.

— No sabía que tenía invitados, señora Elis. ¿Lista para la clase de piano?

Elis lo presentó:

— ¡Este es Brandon Campbell! Mi profesor de piano.

Greg y yo lo saludamos y nos despedimos enseguida.

— ¡Ha sido un placer conocerte, Elis! — La abracé y volví a sentir su cálido abrazo.

— ¡Créeme, hija mía, el placer ha sido todo mío! ¡Vuelve otro día a tomar un té! Puedo enseñarte muchas cosas.

— ¡Estoy deseando que llegue! — Sonreí, y ella se rió mirando a Gregor.

Salimos de la cabaña cogidos de la mano. Dimos un pequeño paseo por la plaza antes de irnos al coche. La nieve seguía cayendo sobre nosotros.

— ¿Cuántos años tienes realmente, Greg? ¿72 de verdad?

— ¡Ya te lo he dicho, 72! Te lo estoy diciendo en serio. Quizás un poco mayor que tú, ¿no?

— Tengo 29, Greg. ¡Eres un anciano!

Gruñó, sacudiendo mi mano.

— Te mereces otro mordisco en el culo por ese simple comentario.

— ¡Yo también te quiero, Greg!

Sus ojos se agrandaron y luego apareció una sonrisa tonta. Se giró hacia el lado opuesto para que no lo viera.

— Me estás avergonzando...

— ¡Muchas gracias por traerme hasta aquí! No importa cuánto vivas, solo sé que tiene sentido estar a tu lado!

Fue entonces cuando sucedió algo muy rápido. Tanto que tardé en creer lo que estaba pasando.

Una sombra apareció detrás de nosotros, saltando de los arbustos en medio de la plaza, cerca de un banco de piedra. Fue un movimiento lo suficientemente rápido como para asustarnos.

Solo después me di cuenta de que estaba pasando algo aún peor.

Alguien apuñaló a Gregor por la espalda.



CAPÍTULO 43: REGENERACIÓN

Gregor Ylmaz

La sangre de mi camisa comenzó a filtrarse por el chaleco. Sentí el peso detrás de la tela y el cuero sintético, hasta que empezó a gotear sobre la nieve.

— ¡GREG! — Diana temblaba de miedo, mirándome con las manos sobre la boca.

Me di la vuelta y vi la figura con el cuchillo de caza de nuevo atacándome.

Temí por Diana.

La agarré por el brazo y la tiré hacia mí, dando un salto hacia atrás.

Casi se cae en el proceso, pero se mantuvo en pie.

— Estoy bien... — dije, colocándome delante de Diana.

El hombre que tenía delante llevaba una máscara de payaso. De esas que se ven en las películas cuando atracan un banco. Llevaba el gorro de pelo de un abrigo militar.

Reconocí ese olor fácilmente. La persona detrás de la máscara era Toni, mi ex empleado despedido por causa justificada,

después de haber robado dinero de Wolf Sports.

— Tenemos que ir al hospital, Greg... — Diana me tocó el hombro.

— Tranquila. Una herida así es como cuando vosotros, los humanos, os cortáis con un cuchillo de mantequilla.

Toni se rió, todavía con la máscara puesta. Apuntó con el cuchillo de caza hacia mí y soltó una carcajada estridente.

— ¡GUAU! Te crees muy importante, ¿eh?

— Un mierdecilla como tú para hacerme daño de verdad tendrás que ser más fuerte y tener el metal adecuado en las manos.

— ¿Mierda? —Su voz parecía irritada.

— Sí, Toni. ¡Al fin y al cabo, eso es lo que eres!

Toni pareció enfadarse aún más. Se abalanzó hacia mí con el cuchillo en alto.

Ya sentía el humo de la regeneración dentro de mi chaleco. Una herida así no dejaría ninguna marca.

Yo también me abalancé sobre Toni. Cuando giró el cuchillo en el aire, me agaché y le golpeé con la espalda. Con el impacto, cayó al suelo y el cuchillo desapareció entre la nieve.

Antes de que Toni se levantara, me lancé sobre él, dejándolo sin aliento. Con el codo aún presionando su costilla derecha, le arranqué la máscara y examiné su patético rostro.

— ¡Pomposo imbécil! —gruñí, sujetándole las mejillas.

Toni intentó soltarse, pero bastó un puñetazo en medio de la nariz para romperla por segunda vez.

Oí a Diana hablando con la policía por teléfono. No tardaron mucho en llegar los agentes para hacerse cargo de él.

Toni se resistió a la policía y suplicó que no lo arrestaran. Sin embargo, rápidamente lo llevaron esposado a la parte trasera del coche patrulla.

Diana se acercó a mí y me abrazó.

— Ah, Greg... —Me tocó la cara, poniéndose de puntillas para verme mejor—. ¿Estás bien? ¡El cuchillo era enorme!

— Respira hondo, mi amor. ¡Estoy muy bien! Un idiota como ese nunca podría haberme hecho daño de verdad.

Wolfgran estaba uniformado cuando se acercó a mí. Puso el dedo índice en el desgarro de mi chaleco.

— ¡Bonito desgarro! —Sonrió—. Parece que tu regeneración ha mejorado.

— Sin duda. — Yo también revisé el desgarro—. Gracias a Diana. Creo que las leyendas sobre que la hembra predestinada mejora al licántropo son ciertas.

Diana me sonrió y señaló la sangre en la camisa y el chaleco.

— Wolf, ¿no sería mejor que Greg fuera al hospital y le hicieran una transfusión de sangre? ¡Mira cuánto ha perdido!

Wolfgran le puso la mano en el hombro con aire tranquilizador.

— No es necesario, Diana. Los licántropos nos regeneramos mucho más rápido que los humanos. La cantidad de sangre que ha perdido Greg es como un pequeño accidente doméstico para vosotros.

— Eso es lo que he dicho —me jacté, sonriendo ampliamente a Diana.

Ella respiró hondo y asintió con la cabeza.

— Entendido. Entonces vámonos, que quiero tirar esta ropa.

Señalé el coche antes de que Wolfgran se marchara.

— ¿Y por qué está libre ese criminal después de haber robado mi tienda?

— Tiene un buen abogado. Pero después de un intento de homicidio, dudo que quede libre. Pásate por la comisaría para prestar declaración. Esta misma semana lo trasladarán.

Se agachó y cogió el cuchillo, todavía con el guante puesto. Luego, Wolfgran y los otros dos policías se dirigieron al coche y se marcharon.

Algunas personas se acercaron, un poco sorprendidas, pero ignoré los murmullos y seguí a Diana hasta el coche.

Al llegar allí, me quité el chaleco y la camisa, quedando sin ropa de la cintura para arriba. Estaban cortados por el cuchillo y manchados de sangre. Diana miró, palpándome la espalda, buscando el corte.

— ¡Es increíble! Fue justo aquí... — Tocó, presionando mientras yo me apoyaba en el volante. — Pero no hay ni una marca. ¡Ni siquiera una costra! Es casi como si hubiera sido un sueño. En este caso, ¡una pesadilla!

Le toqué las manos y se las besé.

— Como te dije, no tienes que preocuparte.

— Me asusté, Greg... La última vez que te atacaron, te pusiste muy mal. Temía que te transformaras y perdieras el control con Toni. La Hermandad de Plata podría...

Se le llenaron los ojos de lágrimas. Le toqué la cara, acariciándole las mejillas.

— ¡Eh, cálmate! Aquello con Sina fue algo completamente diferente. Toni es más bien como una mosca. Además, si Sina hubiera querido matarme, lo habría conseguido.

Diana me tocó el pecho y subió con los dedos por la cicatriz de la bala de plata.

— Todavía me siento culpable. Si no fuera por mi llamada...

— Si no fuera por tu llamada, ni siquiera sabrías que soy un licántropo. Todavía estaría dudando en contártelo. No estaríamos viviendo lo que tenemos ahora. A pesar de que aquel día fue muy intenso, fue necesario para que llegara mi día favorito. Aquel en el que me desperté y te vi tumbada sobre mi cuerpo en la camilla.

Los ojos de Diana brillaron y esbozó una sonrisa. Le sostuve el rostro y la besé, sintiendo el sabor salado de sus lágrimas. Fue un beso apasionado y tierno.

Una de mis manos se deslizó hasta tocar su cintura y ella sonrió, dejando que mis besos llegaran ahora a su cuello.

— ¡Greg! Estamos en el estacionamiento. ¿Y si nos ve alguien?

— Entonces fingimos que solo estábamos disfrutando de la música en el coche. ¿Qué te parece?

— Acabas de ser apuñalado. ¿Seguro que no quieres hacerlo en un lugar más tranquilo?

— ¿Confías en mí?

Diana me tocó la mano derecha y asintió con la cabeza.

— Nunca me has dado motivos para no hacerlo. ¡Además, te quiero!

Sonreí ampliamente bajo la barba y apagué el limpiaparabrisas.

— ¡Yo también te amo, Diana! No importa tu edad. Siempre serás mi compañera.

Diana abrió mucho los ojos y saltó, sentándose firme en mi regazo, lo que me puso rígido rápidamente.

— ¿Compañera? ¡Ahora sí que quiero hacer el amor contigo!

Sus labios se pegaron a los míos casi al instante.



CAPÍTULO 44: PREPARATIVOS PARA LA GRAN NOCHE

Gregor Ylmaz

Había preparado todo para la noche especial de apareamiento con Diana. Preparé una gran cantidad de bolsas con vinos, aperitivos, comidas y diferentes tipos de postres.

También llevaba lubricante, condones del tamaño más grande que tenía e incluso algunos pañuelos húmedos. De hecho, compré una caja de estos últimos.

Otros artículos que no era necesario mencionar estaban en una maleta. Todo perfectamente seguro en el maletero.

Diana me esperaba frente a su cabaña. Se notaba que tenía mucho frío. Estaba de pie, bien encogida al pie de la cabaña.

Se metió en el coche y me besó, luego tuvo la audacia de abrir el abrigo rojo y revelar algo increíble.

— ¿Qué te parece? —Sonrió maliciosamente.

No podía apartar los ojos de la lencería que llevaba, con tiras de cuero color burdeos. Podía ver sus pezones a través de una parte

de seda. También llevaba unas bragas con la misma transparencia en la parte delantera, y se le veía el vello púbico oscuro.

— Sujétame o te voy a follar aquí y ahora.

— ¡No, Greg! — Cerró el abrigo rápidamente. Más rápido de lo que yo pude tocar su cuerpo. — Me estoy guardando para esta noche. ¡Cálmate, lobito!

Suspiré y volví a concentrarme en el volante. Arranqué el coche y salimos de su cabaña.

Seguí la carretera hasta la subida a la reserva. Allí cambié el vehículo por una camioneta más robusta, capaz de subir un camino más empinado. La nieve apareció a mitad de camino.

Después de pasar la cabaña de Wolfgran, el camino se hizo mucho más fácil. Solo había que seguir en línea recta por la reserva Luna de Sangre hasta llegar a nuestro destino.

La cabaña donde se apareaban estaba después de un bosque de pinos y un camino pedregoso. Lo suficientemente lejos como para que una persona pereciera si intentaba huir a pie.

— Vaya... — Diana tocó el cristal y señaló la cabaña—. ¡No se parece en nada a lo que imaginaba!

— Está limpia, eso te lo puedo asegurar.

La cabaña en sí estaba hecha de madera y piedra. Mucho más rústica que las que construía Gael en Hiverdoux. Tenía una entrada sencilla con chimenea, cocina, baño y un amplio dormitorio. Se podían ver marcas de garras por todas partes.

Diana entró, examinando el lugar con atención mientras yo descargaba las bolsas y las dejaba en la entrada.

— ¿Quién limpia este lugar? — Diana se volvió hacia mí con el ceño fruncido—. Huele a cerrado.

Cerré la puerta de la cabaña y miré la cabeza de ciervo tallada en la pared de la cocina.

— No lo sé. Quizás Lyrolf.

Diana suspiró y se acercó a mí, abrazándome y apoyando la cabeza en mi pecho.

— Lo siento, estoy siendo pesada, ¿verdad? Es solo que quiero que todo sea perfecto. Por nosotros... — Sonrió.

Incliné la cara y la besé, acariciándole la cara.

— Queremos lo mismo, Diana. ¿Qué tal un vino para empezar?

— ¡Qué buena idea! Eso nos ayudará a relajarnos.

Nos sentamos a la mesa y abrí el vino tinto Cornalin. Serví el vino en las copas y brindamos con una sonrisa en los labios.

Diana dio un buen trago y se sonrojó casi al instante.

— ¡Vaya! ¡Este vino es espectacular! Muy con cuerpo.

— El Cornalin se produce en la región de Valais. Se elabora con frutas negras y especias.

— Imagino que tiene un buen grado alcohólico, ¿no?

— Exacto. Quizás llegue hasta el quince por ciento.

Ella abrió mucho los ojos y se volvió hacia la copa.

— Así voy a acabar durmiendo en lugar de haciendo el amor.

Dejé escapar una risa por debajo de la barba.

— Hacer el amor con mi lado salvaje es una verdadera utopía.

— ¿De verdad? ¿Ha sido así con otras? — Diana bebió más vino.

— No ha habido otras, Diana. Con mi lado salvaje, tú serás la primera y única.

Dejó de beber y entrecerró los ojos.

— ¿Cómo es eso?

— El lado salvaje solo puede controlarse con la hembra predestinada. Fuera de eso, las feromonas de otras hembras son solo lo normal en los humanos. Eso no despierta el deseo salvaje.

— ¡Es increíble! ¿Por eso tuvimos ese sueño?

— Sí. — Bebí otro sorbo de vino—. Es una conexión solo nuestra.

— ¿Tienes alguna idea de cómo podemos hacerlo sin que te haga daño?

Le toqué la cara y le acaricié la mejilla caliente y sonrojada.

— No lo sé, mi amor. Como te dije, también será mi primera vez. Lo único que sé es que mi pene es más grande que el de un humano en forma salvaje. Podría hacerte daño y quizá no pueda controlarme.

Diana tocó mi mano sobre su mejilla.

— Entiendo los riesgos y los acepto. ¡Confío en ti, Greg! Ya te lo he dicho.

Ella tomó mi mano y abrió el abrigo, dejándome poner los dedos sobre su pecho derecho.

— Sí, te quiero de verdad. — Apreté los dientes y le apreté el pecho.

Diana sonrió, acariciándome ahora el brazo.

— Transfórmate, Greg... ¡Te quiero dentro de mí de esa manera!

Me levanté bruscamente de la silla y la solté. Bebí el resto del vino de la copa y la miré, sintiendo cómo se me dilataban las pupilas.

— ¿Dónde está el mando amarillo?

Diana lo sacó del bolsillo de la chaqueta y lo puso al lado de la copa de vino abierta sobre la mesa. Ella también terminó de beber su copa y sonrió, dirigiéndose hacia la habitación de la cabaña.

Por el camino se quitó el abrigo, quedándose solo con una chaqueta y lencería. Me miró por encima del hombro y sonrió, mordiéndose el labio inferior.

— Ven...

Se me erizaron los pelos por todo el cuerpo. Caminé bruscamente hasta pisar el abrigo en el suelo y fui al dormitorio, donde cerré la puerta, casi con tanta fuerza que la cabaña se estremeció.

Agarré su muñeca y empezamos a besarnos. Sus labios se deslizaron por mi cuello, marcándome con un deseo alucinante.

— Quiero que me folles... —me susurró al oído.

La empujé hasta que su espalda golpeó la pared, y entonces empecé a sentir mi lado salvaje gritar dentro de mí.

Mis ojos fueron lo primero en cambiar. Sentía mis pupilas arder detrás de los ojos. Grité mirando hacia arriba mientras las marcas de la luna llena atravesaban mi corazón.

Mi piel comenzó a erizarse como si algo dentro estuviera a punto de explotar. Alucinante. Visceral. Único. Di otro grito más potente. Mis cuerdas vocales ya no eran las mismas.

El sonido fue ganando intensidad, convirtiendo mi grito ronco y desesperado en un eco monstruoso. Los huesos crujieron violentamente, los brazos y las piernas se doblaron en ángulos imposibles. Cada hueso se rompió, haciéndome tambalear de dolor. Hasta que caí de rodillas en el suelo, clavando las uñas en la madera.

Las manos que antes eran humanas se deformaron, mientras las uñas crecían, convirtiéndose en garras afiladas y curvadas.

—¡Greg! —Oí, más alto que nunca, la voz temerosa de mi amada.

Intentó tocarme, pero mis garras cortaron el aire, impidiéndole acercarse.

Ahora mi rostro se retorcía de agonía y la mandíbula parecía desplazarse, estirándose hacia adelante como la de una bestia. La mandíbula se ensanchó y los dientes rasgaron las encías, convirtiéndose en colmillos. Ni siquiera mis gritos podían detener el dolor violento que me asolaba.

El pelo creció rápidamente por todo mi cuerpo, cubriendo cada centímetro de piel. La sensación era como si me estuvieran desollando al revés, cada pelo quemándome al emerger en cicatrización.

Una vez más, mis ojos estaban incandescentes como brasas. Reflejaban una mezcla de dolor y la salvajería incontrolable que se apoderaba de parte de mi mente.

En un último suspiro de humanidad, intenté decir su nombre, pero el gruñido gutural que se me escapó no tenía ningún

rasgo de voz humana.

Al parpadear, pude sentir mi cuerpo completamente transformado. Ahora era una masa de músculos, colmillos y furia salvaje. Me levanté sobre mis patas, dejando atrás los restos del hombre que había sido.

Parte de mi mente salvaje soltó un gruñido tan intenso que hizo que Diana cayera hacia atrás, con las nalgas en el suelo de madera. Salté, quedándome a cuatro patas sobre ella, e intenté tocarla.

Sin embargo, olvidé que mis manos ahora eran garras. Esto destrozó la ropa de Diana casi por completo, dejando su cuerpo casi desnudo.

Esa pequeña visión me puso aún más erecto. Solo que mi tamaño se duplicó. O incluso se triplicó.

Los ojos de Diana estaban muy abiertos y su boca abierta era un vestigio de miedo. Lo sabía.

Pero no puedo controlarme.

Avancé hacia Diana, con mi lado lobo listo para follarla.

Mi polla canina toca su abdomen, dejando una viscosidad.

Mi hembra.

¡Ahora será mía!



AVISO

Mister Z

En el siguiente capítulo, el número 45, habrá una escena de sexo explícito de «monster romance»,

El término «monster romance» es un subgénero de la novela romántica que incluye historias de amor entre humanos y criaturas sobrenaturales. Estas criaturas pueden estar inspiradas en leyendas, folclore o elementos de fantasía y ciencia ficción, como vampiros, hombres lobo, dragones, demonios e incluso seres completamente originales. Siguiendo la lógica de esta historia, será entre Diana y Gregor, este en su forma de hombre lobo.

La propuesta de este subgénero es explorar temas como la aceptación, el deseo y el lado emocional de personajes que, a pesar de su apariencia y naturaleza no humanas, tienen una gran complejidad emocional.

Si no quieres leer esta escena en concreto, te sugiero que saltes al **capítulo 46**. No habrá ningún problema de continuidad.

Dicho esto, ¡que disfrutes de la lectura!



CAPÍTULO 45: EL APAREAMIENTO

Diana Perreut

Ya no había escapatoria.

El lobo gigante estaba ahora encima de mí, con mi ropa casi toda rasgada. El abrigo y la lencería. Un escalofrío me recorrió todo el cuerpo. Tenía un calor tan surrealista que sentía cómo me corría el sudor incluso por la entrepierna.

Quizás no era solo sudor.

El hombre lobo tiene un pene realmente más grande que cualquier cosa que haya imaginado tener dentro de mí. Se podía confundir fácilmente con un brazo. Morado, palpitante, lleno de venas y con una viscosidad que manchaba todo mi cuerpo.

En el momento en que abrí las piernas, Gregor soltó un gruñido capaz de sacudir toda la estructura de la cabaña.

Sus ojos dorados de lobo me miraron fijamente, aún mostrando los dientes. Intenté tocarlo, pero apartó la cabeza.

El simple gesto me causó un poco de temor.

¿Podrá controlarse? ¿Y si me hace daño? ¡Es demasiado grande!

—Greg... —Mi voz sonó débil—. ¿Me hará daño?

Las garras sujetaron mis brazos al suelo y sentí que mis piernas temblaban con una mezcla de miedo y excitación.

— **PUEDE PASAR.**

Abrí la boca para decir algo, pero no salió nada. Era como si no pudiera. Intenté tocar su cuerpo y, de nuevo, Gregor retrocedió, como si intentara evitar algo.

— ¡Yo... te amo!

Lo abracé con fuerza por los hombros, sintiendo su pelo lo suficientemente caliente como para dejarme aún más decidida a tenerlo dentro de mí. Escuché un gruñido muy cerca, y aun así no lo solté.

El simple inclinarme me permitió sentir su pene rozando mi entrada. Me sorprendió lo caliente, húmedo y viscoso que era.

Gregor me empujó hacia atrás, dejándome con la espalda en el suelo, y su boca mostraba todos sus dientes afilados. La saliva corrió hasta caer en mi cuello. Goteando, como la viscosidad de su erección deslizándose sobre mi coño.

— ¡Fóllame, Greg! ¡Necesito tenerte dentro de mí!

Seguimos mirándonos a los ojos durante un rato hasta que su lengua se deslizó por mi cara y tomó parte de mi sudor.

Las garras penetraron en el suelo de madera y pude ver astillas levantándose. Me quedé mirando hacia la izquierda y viendo los trozos. El sonido del crujido fue algo brutal sobre la madera maciza.

Capté todo el movimiento, las astillas levantándose casi a cámara lenta. Puedo afirmar que nunca olvidaré ese momento. Me recordaba la sensación de cuando me sacaban sangre. Giro la cara hacia el lado opuesto a la jeringa y dejo que me penetre hasta que pasa la sensación de angustia.

Y así fue esta vez.

En el momento en que las astillas de madera cayeron al suelo, sentí una inclinación deslizarse dentro de mí. Parecía un maldito bate de béisbol penetrando lentamente en mi vagina.

— Mierda... — Intenté maldecir, sintiendo cómo el dolor invadía toda mi entrada. Pero me tapé la boca con la mano, guardándomelo para mí.

Si no hubiera estado tan empapada, eso nunca habría entrado en mí sin destrozarme el cuello del útero. La sensación era como tener un generoso trozo de madera redondeada bañada en vaselina y a una temperatura de quizás poco más de treinta grados centígrados.

Y cuando me di cuenta, solo eran tres centímetros de polla.

Mis ojos se abrieron como platos al ver lo que faltaba por entrar.

Imposible.

Ningún ser humano era capaz de soportar algo así. Quizás si me empalaran en el proceso.

Pero las pulsaciones de ese pene monstruoso eran una delicia, hasta el punto de hacerme gemir con solo un ligero movimiento de su cuerpo.

Las garras de Gregor se colocaron sobre un tercio del pene. Sus ojos se fijaron en los míos y su aterradora voz se proyectó:

— **ESE SERÁ TU LÍMITE.**

Un tercio de todo el pene. Ese era el límite que Gregor creía que yo era capaz de soportar.

Unos centímetros más de penetración y grité. No sé si fue por miedo, por excitación o por ambas cosas. Solo sé que mis músculos temblaron. Mis paredes internas se alegraron como nunca antes.

— **¡ERES MI MUJER!**

Pero esta vez no se detuvo. La penetración continuó mientras mi voz desaparecía de nuevo. Mis pulmones gritaban pidiendo aire mientras él me follaba sin piedad.

— N-No sé si voy a... ¡aguantar! — Estaba más caliente que nunca. Casi no sentía mi cuerpo.

Mis pechos se balanceaban, los pezones rozaban la ropa rasgada. Una mano estaba clavada en el suelo y la otra aún sostenía el pene.

Cuando todo el miembro entró, tuve un espasmo tan fuerte que golpeé la cabeza contra el suelo. Me enderecé el pelo que me caía sobre la cara y respiré con la boca abierta.

Sabía muy bien que había llegado al fondo de mi útero. Un poco más y habría sufrido una lesión grave. Incluso podría haber tenido una hemorragia interna.

Gregor gimió, girando la cabeza hacia arriba, dejando sus garras ahora libres, cerca de mis costillas.

Pulsaba tanto dentro de mí que me hacía correrme de forma natural. Eso me dio más seguridad para estar tranquila, lo suficiente para que mi cuerpo se acostumbrara a todo el volumen que me llenaba.

Empecé a sentir mi coño más caliente. Parecía que llegaba a los cuarenta grados centígrados.

—Gregor... —Le toqué el hombro, aterrorizada, mientras él volvía a aullar.

Gregor empujó un poco más dentro de mí y casi vi las estrellas, mordiéndome el labio inferior por el dolor. Intenté empujarlo hacia fuera, pero un centímetro más me penetró, golpeando con fuerza.

Poco a poco empezó a deslizarse hacia fuera, pero entonces surgió una nueva sensación. Empezó a correrse con fuerza en mi coño. Era como si alguien hubiera echado un cubo de agua tibia dentro de mi vientre.

Era tanta leche, tanta, que empezaba a chorrear, formando un charco que nos manchaba a los dos. Incluso su vello.

Me quedé paralizada esperando a que terminara, pero cada vez estaba más llena con él todavía dentro de mí. Casi como si mi vejiga estuviera a punto de explotar.

Solo que esta vez la sensación venía de mi vagina.

— ¡SÁGATE, GREG! —grité, recuperando la voz con mis últimas fuerzas.

Por suerte, él lo entendió. Dio un salto hacia atrás, saliendo de dentro de mí y haciendo que el semen saliera a chorros, salpicando todo mi cuerpo e incluso mi boca. Casi como una manguera.

El lobo levantó la cabeza de nuevo y aulló, esta vez más fuerte que nunca. Se me erizó el vello al verlo en ese estado.

Después nos quedamos unos minutos quietos, viendo cómo mi coño derramaba quizás un litro de semen que había conseguido contener dentro de mí.

Y esa fue la primera vez que follé sin la protección de un condón.

Cuando estaba a punto de levantarme, sintiendo todavía todo ese líquido entre nosotros, el hombre lobo avanzó hacia mí. Su pene me penetró sin previo aviso. Grité muy fuerte y en ningún momento le pedí que parara.

Greg iba a destrozarme y yo se lo iba a permitir. El dolor empezaba a remitir cuando me lamió la cara. Podía ver incluso el volumen de su polla sobre mi vientre. Me empujaba sin piedad. Se deslizaba con más facilidad después de todo ese orgasmo.

— Te amo... —susurré, casi sin fuerzas.

— **¡TE AMO!**

Su voz sonó aterradora, pero sonreí, permitiéndome correrme en ese pene canino que era del tamaño de mi brazo.

Me corrí, me corrí y me corrí.

Me corrí tanto que perdí la cuenta, mientras él me follaba con fuerza, de forma salvaje. Lamiéndome con rudeza y ganas, haciendo que mi piel ardiera cada vez más. Me estaba comiendo literalmente. Y yo lo estaba disfrutando.

Sentía mi coño tan dilatado, tan dilatado, que podría haber dado a luz a un bebé en ese mismo instante.

Gregor no retrocedió ni un segundo. No hasta llenarme de semen otra vez. La presión era tanta que incluso me dolía, pero me corrí tanto que solo me daría cuenta al día siguiente.

Porque no pude caminar en todo el día.



CAPÍTULO 46: AGOTADOS

Gregor Ylmaz

Me desperté de nuevo en mi forma humana. Todavía estaba sucio en medio de ese charco, pero al menos estaba abrazado por el amor de mi vida.

Ni me preguntes por el olor. Había una mezcla del tono ferroso de la sangre de mi cuerpo tras volver a mi forma humana, el agrio del semen derramado por todas partes y el denso polvo que se acumulaba en mis sensibles fosas nasales.

Me levanté, sintiendo el peso de la gravedad tirando de mí hacia abajo. Mi ingle parecía estar magullada. Sentía mi regeneración agudizada, pero aún estaba un poco débil.

Nunca había gastado tanta energía en toda mi vida.

—¡Greg! —dijo Diana, sentándose. Su ropa todavía estaba casi totalmente rota y sucia—. ¿Puedes levantarme? No puedo...

Me agaché y la cogí en mis brazos. Sonreí bajo la barba y noté que su cuerpo temblaba de debilidad. Incluso podía oír el ruido de sus huesos.

— Vamos a ducharnos, ¿vale? Después te prometo un desayuno bien apetecible.

Diana asintió con la cabeza y apoyó la cabeza en mi cuello.

El baño estaba fuera de la habitación. Cuando llegamos allí, el aire parecía casi otro. Había una ducha sencilla de metal, pero con agua caliente. Un lavabo y un inodoro. Solo eso.

Intenté dejar a Diana en la ducha, pero sus piernas no se mantenían firmes. Parecían dos bambúes. La volví a coger en brazos y la mantuve segura con un solo brazo, mientras con la otra mano abría el grifo.

— Estoy débil, Greg... Nunca me había sentido así en toda mi vida.

— Nunca habías follado con un hombre lobo antes, Diana.

El agua caliente tardó unos segundos en salir, pero llegó. Dejé que cayera primero sobre nuestras caras hasta que se limpiaron bien. Luego puse a Diana en el suelo y me senté cariñosamente a su lado para quitarle los harapos que le cubrían.

Una vez que estuvo completamente desnuda, comencé a limpiarla.

Diana me observaba con el jabón en la mano, deslizándolo desde sus pies hasta sus muslos. Su sonrisa apareció, formando hoyuelos.

— Gracias por lavarme.

— ¿Creías que iba a perder la oportunidad de verte desnuda?

— ¿Qué tiene de especial para ver?

— La mujer de mi vida.

Ella apartó la cara, tratando de contener una amplia sonrisa. Me incliné sobre ella y tomé sus labios con los míos, mientras el agua caliente caía sobre nosotros.

Sin darme cuenta, mi mano se deslizó entre sus piernas y Diana gritó.

Fue tan agudo que aparté la cabeza, casi sintiendo que se me dilataban los oídos.

— Lo siento... — Diana temblaba, con las manos levantadas —. Me duele mucho. No sabía cuánto hasta que me tocaste.

Tragué saliva, susurrando una disculpa, y luego reímos juntos.

Miré fijamente sus labios vaginales. Estaban más abiertos de lo normal. Rojos, en un tono más cercano al morado. Incluso se podía ver la abertura de la vagina con un ancho bastante consistente.

— Oye, Diana, no tenía ni idea de que...

Diana me tocó el hombro y me sonrió.

— ¡Ha sido increíble, Greg! Estoy feliz de haberlo hecho contigo. Puede que ahora esté sensible, pero estoy deseando que volvamos a hacer el amor. Quizás la próxima vez de la forma tradicional.

Asentí con la cabeza y me acerqué para besarle la cara.

— ¡Claro, mi amor! Es lo que más deseo. Gracias por hacerlo conmigo.

Los ojos de Diana también se posaron en medio de mis piernas. Mi pene estaba medio erecto. Se podía ver el tatuaje del lobo. El glande estaba más rojo de lo habitual.

Ella me señaló.

— ¿Cómo algo así puede ponerse así en estado salvaje?

— No sé mucho sobre eso. Wolfgran es quien estudia la parte biológica de los cambios de la forma humana a la forma de licántropo.

— ¿Qué sientes cuando te transformas?

Le toqué el muslo derecho y pensé en cómo explicárselo:

— Bueno, es un poco difícil de describir... Digamos que es la misma sensación que cuando peleas con alguien y dices cosas que no querías decir exactamente. O cuando haces algo de lo que te arrepientes en general. Es esa sensación constante. Da una sensación de libertad... ¿Sabes?

Diana abrió mucho los ojos y luego los bajó.

— Eso es malo... Le dije cosas muy duras a mi hermana antes de que falleciera. Esas cosas están en mi mente todo el tiempo.

Le pasé la mano por el hombro.

— Lo siento... Es malo porque perdemos el control, ¿entiendes? Pero con las feromonas de la mujer predestinada, hay un equilibrio. Digamos que el modo animal es agresivo, pero no lo suficiente como para intentar hacerle daño.

— Entonces, ¿quieres decir que ayer conseguiste controlarte para que pudiéramos tener relaciones sexuales?

— En parte, sí. — Me levanté y Diana permaneció sentada en el suelo—. Voy a buscar las toallas y ya vuelvo. ¡No te atrevas a levantarte!

— ¡Como si fuera a hacerlo! ¡Y la culpa es tuya, Gregor Ylmaz!

— Bueno, es bueno saberlo. — Le guiñé un ojo y ella apartó la cara, fingiendo estar enfadada.

Salí del baño y fui al salón a buscar las toallas. Pero antes de volver con ella, decidí organizar todo el desayuno. Usé mi habilidad de aumentar el calor a mi alrededor para secarme en un instante.

Incluso noté que mis habilidades parecían más fáciles de usar.

Organicé toda la vajilla que había traído. Puse algunas cosas en la estufa de leña para calentarlas. Aproveché para arreglarlo todo de forma bonita, tal y como había buscado en Internet.

A las mujeres les encantan las flores. Traje algunas de plástico, porque las de verdad no sobrevivirían con este tiempo.

— ¡GREG!

Dejé el resto de la decoración y volví al baño, apresurado. Mi corazón latía con fuerza por miedo a que Diana hubiera tenido un accidente.

— ¿Qué pasa?

Abrí la cortina de la ducha y vi a Diana todavía allí sentada.

— ¡Has tardado mucho! ¿Qué estabas haciendo?

Suspiré y cerré el grifo de la ducha. Luego la cogí en brazos y ella volvió a preguntar:

— ¿No me vas a responder?

— Mejor lo ves con tus propios ojos...

Ni siquiera me preocupé por las toallas. Con mis habilidades renovadas, conseguí secarle el cuerpo proyectando calor.

En cuanto salimos del baño, Diana vio la mesa puesta y el delicioso aroma de la tarta de pollo, la mermelada de arándanos y las especias del vino caliente.

La senté en la silla, cogí el abrigo y se lo puse, ya que era lo único que Diana tenía que no estaba roto.

Comimos y bebimos como una auténtica pareja en luna de miel.

— Diana... —Reflexioné mientras masticaba—. Necesito que sepas que voy a descansar cuando vuelva a tu casa. ¿De acuerdo?

— ¿Cómo que sí? —Ella bebía el vino caliente, sin dejar de mirarme por encima de la copa—.

— Después de una transformación, el estado humano queda agotado. Más aún después del apareamiento. Como tus piernas. ¿Entiendes? Necesito muchas horas para descansar.

— ¿Muchas horas? ¿Como ocho horas?

— Creo que ahora necesito más de veinticuatro horas.

Casi se atraganta con el vino. Terminó de beber y soltó:

— ¿TODO ESO?

— Ayer me dejaste hecho polvo. — Me rascé la barba con la mirada, fingiendo ponerme serio.

— ¿Yo? ¡No te veo con dificultades para caminar, Greg!

Me eché a reír y Diana me dio un golpe en el hombro, empujándome con fuerza para que me inclinara en la silla.

Acabamos comiendo mucho y conseguimos terminar la botella de vino caliente.

Después del desayuno, Lyrolf vino a recogernos. Volví a coger a Diana en brazos y entré en el coche. Dormimos todo el trayecto hasta llegar a su cabaña.

Cuando llegué a la cabaña de Diana, simplemente me desmayé. Y sabía que no me despertaría ni en veinticuatro horas.



CAPÍTULO 47: TÉ

Diana Perreut

Me dolían las piernas. Y no solo las piernas, claro. Incluso los músculos de todo el cuerpo parecían recordar los intensos espasmos de dos noches atrás.

Gregor aún dormía en mi cama. Esta vez, poco menos de 48 horas. Me preguntaba si eso era normal.

Incluso para un licántropo.

La única persona con la que me sentía cómoda para preguntar sobre eso ahora era la señora Elis. Y como hoy me invitó a tomar el té, decidí aceptar rápidamente.

Llamé dos veces a la puerta y oí la voz animada de la señora:

— ¡Adelante!

Entré en la cabaña de Elis y la encontré regando lo que parecía una maceta con manzanilla en la sala.

Volvió la cara hacia mí y me dedicó una sonrisa amistosa. Dejó la pequeña regadera sobre la mesa y vino a abrazarme.

— ¡Diana! Me alegro de que hayas aceptado mi invitación para tomar el té.

La abracé con fuerza.

— Me alegro de volver a verte, Elis. Ahora sin Greg creo que podré hablar mejor.

Saqué un tarro de cristal del bolso y le mostré unas galletas de mantequilla y otras de nata.

Elis tomó el tarro y amplió su sonrisa.

— ¡Mis favoritas! Ven, hija, sentémonos y tomemos un delicioso té de menta con jengibre rallado. Va a combinar perfectamente con las galletas.

El aroma de la menta ya impregnaba toda la sala cuando nos sentamos frente a la mesita. Preparé mi té solo, sin edulcorante. El olor del jengibre también se hacía presente.

Las tazas eran de un juego de porcelana con detalles en verde oscuro. Algo precioso y de una elección elegante y sofisticada. Estos juegos de Elis tenían un diseño clásico y refinado, con tazas y platillos decorados con sutiles motivos y detalles dorados que aportaban un toque de lujo a la mesa.

— ¡Tu vajilla es preciosa!

— ¡Gracias! — Elis cogió una galleta de mantequilla—. Me las regaló una amiga fallecida, que también estaba casada con un licántropo. ¡Era muy querida!

— Lo siento mucho... — Bebí un poco de té—. Imagino que eso ocurre con más frecuencia que lo contrario.

— Sin duda... Los licántropos viven mucho más que los humanos. —Sonrió con aire malicioso—. Pero ahora, cuéntame: ¿cómo fue el apareamiento con el lobo?

No pude evitar que mi cara se pusiera roja como una cereza madura.

— Ah... Bueno, fue un poco... aterrador. Pero, al mismo tiempo, fue... una experiencia única.

— Una experiencia única porque te coriste, ¿verdad?

— ¡Elis! —Bajé la cara, sonrojándome aún más.

Elis se rió y se llevó una galleta de nata a la boca.

— No te avergüences, hija. Todas pasamos por eso. Y, créeme, ahora puede que estés dolorida y no quieras volver a hacerlo, pero tu conexión con Greg será aún más intensa. Podréis hablar con la mente sin necesidad de mover los labios. Entre otras cosas.

— ¿Y cuándo tendré que volver a pasar por eso?

— Nunca más.

— ¿Qué? — Mi pregunta sonó más alta de lo que debería. — ¿Cómo es eso? ¿Ya no podremos hacer el amor con él transformado?

Elis terminó de masticar antes de continuar:

— ¡Claro que podréis! Sin embargo, el ritual de apareamiento en la cabaña remota es solo una vez. No obstante, si decidís hacerlo, será necesario que sea en un lugar muy remoto. Si aparece un tercero, podría acabar siendo asesinado por el lobo. El lado salvaje es más agudo que el lado humano. ¡Recuerda siempre eso!

Asentí con la cabeza y cogí una galleta de mantequilla.

— Tiene sentido... Y quería saber algo. ¿Es normal que un licántropo duerma tanto después... «de eso»?

— Digamos que la transformación es muy dolorosa para ellos. Creo que ya habrás oído hablar de que los huesos se rompen y se regeneran para adoptar la forma salvaje. Después de un apareamiento como ese, tal y como se lleva a cabo en el ritual con la hembra predestinada, es como si agotara toda su energía. Así que sí, es normal que duerman tanto, ya que ha supuesto un gran desgaste para él en dos formas.

— Yo también tengo una curiosidad. ¿Todos los licántropos tienen el tatuaje ahí abajo?

Elis se rió.

— Los lobos de la reserva Luna de Sangre sí la tienen. Puede ser un simple tatuaje, pero contiene una runa capaz de ayudar al licántropo a mantener su forma humana. Funciona de forma continua, a diferencia de las setas ahumadas del guiso.

— Fue la primera vez en mi vida que tuve sexo sin condón. Me preparé para ese día. No estoy en mi período fértil y aún no quiero tener hijos. Tú tuviste un hijo con Veillun, ¿verdad?

Elis bajó la cara y miró el té, que tenía un color amarillo oscuro.

— Tuvimos hijos. Dos niños y una niña. Los dos hijos aprendieron a controlarse. Viven en la sociedad como humanos. ¡Uno de ellos incluso está en el ejército!

— ¿Una hija? ¿Entonces hay licántropas?

Elis me sonrió:

— No. Una niña que nace con el gen de la licantropía acaba padeciendo una enfermedad en lugar del estado felino. Una enfermedad autoinmune. Nuestra hija no vivió más de un año. Fue un golpe muy duro...

— ¡Vaya! —Me tapé la boca con las manos—. ¿Y qué enfermedad es esa? Imagino que, al tratarse de un caso tan raro, ni siquiera tendrá nombre, ¿no?

— ¡Qué va! Es una enfermedad que puede afectar a los seres humanos en general, solo que en una persona con el gen de la licantropía es mortal. ¿Has oído hablar del lupus? Esta enfermedad hace que el sistema inmunológico del cuerpo ataque por error sus propios tejidos sanos, causando inflamación y daños cada vez peores. El nombre proviene del latín «lupus», que significa «lobo».

Estaba a punto de comerme otra galleta de nata, pero en cuanto me explicó el significado de la palabra, me quedé inmóvil.

— ¿Lupus?

Elis me lo explicó pacientemente:

— Así es. ¿Has oído hablar de ello? Los síntomas del lupus pueden variar, pero suelen incluir fiebre, fatiga, dolor en las articulaciones, erupciones cutáneas, especialmente en la cara, y problemas renales, cardíacos, pulmonares y cerebrales. La enfermedad es más común en mujeres, especialmente durante la fase reproductiva.

— Es que... — Bebí un poco más de té antes de continuar—. ¿Y esa enfermedad no tiene cura?

— No, por desgracia...

— ¿Esta enfermedad se puede transmitir a la mujer durante el acto o...?

— ¡No! ¡Quédate tranquila, hija! Nunca he sabido de ningún caso de transmisión de la enfermedad. Todo indica que se trata de una cuestión genética, del cromosoma «X» del licántropo.

— Entonces, ¿nunca has oído hablar de un caso de una niña que haya sobrevivido con el gen de la licantropía? Siempre he querido tener una niña y, sabiendo esto ahora, no sé si vale la pena arriesgarse...

— Aunque no tengo hijos, te entiendo. Hasta hoy solo conozco un caso de una hija de un licántropo que logró sobrevivir. Es una historia muy curiosa. Parece que se curó del lupus. ¡Casi por arte de magia! Es una niña muy enérgica. Eso sucedió hace dos años, según recuerdo.

La taza se me escapó de la mano y chocó contra la alfombra mullida. Rodó hasta deslizarse por el suelo de madera. No se rompió ni se agrietó.

Me levanté bruscamente, con los ojos muy abiertos. Me costaba respirar, como si mi bronquitis me lo impidiera.

— ¡Hija! ¿Qué pasa? —Los ojos de Elis se levantaron—. ¡Estás blanca como la nieve que hay fuera!

— Yo... yo... ¡Tengo que irme! — Tragué saliva y salí apresuradamente de su cabaña.



CAPÍTULO 48: EL SECRETO

Diana Perreut

Perdí la cuenta de cuántas veces llamé a la puerta de Klaus.

Olivia fue quien me abrió. Todavía llevaba el pijama, con pantalones de chándal y un jersey de conejito. Bostezó antes de poder decirme «hola». Se frotó el ojo izquierdo, como si acabara de despertarse.

— ¡Diana! —Parecía sorprendida al verme—. ¿Buscas a Sofie? Se fue con su padre hace unos minutos. Fueron a una tienda aquí cerca.

— ¿Puedo pasar? — Temblaba, todavía sintiendo el frío del exterior.

Olivia asintió con la cabeza y me tiró del brazo. Luego cerró la puerta.

— Lo siento, acabo de levantarme. ¿Quieres desayunar conmigo?

— Acabo de tomar un té con una amiga, pero ¿puedo acompañarte?

— ¡Claro que sí!

Seguí a Olivia hasta la cocina, donde preparó un café y puso unas tostadas y galletas en la mesa. Me senté a la mesa y esperé a que ella también se sentara.

Olivia se detuvo al notar que yo movía las piernas. Mis manos, sobre la mesa, jugaban con el collar que era de mi hermana.

— ¿Algún problema, Diana? ¿Ha pasado algo?

— Olivia... — Me mordí el labio inferior, tratando de procesar cómo debía preguntarlo—. Cuando conociste a Klaus, ¿Sofie todavía tenía lupus?

La rubia asintió con la cabeza y se sentó a mi lado, ahora con una taza de café en la mano.

— Sí. Pero eso es cosa del pasado, Diana. Ya no corre peligro de muerte.

Tragué saliva, bajé la cabeza y miré mi collar, ahora abierto con mi foto y la de mi hermana.

— Nunca ha habido ningún caso de lupus en mi familia.

Olivia bebió un poco de café y reflexionó, mirando al techo.

— La genética puede haber venido de la familia de Klaus. O puede que ni siquiera tenga que ver con la genética. La enfermedad sigue siendo un misterio hasta hoy.

Negué con la cabeza enérgicamente.

— No lo creo, y supongo que tú tampoco.

Olivia levantó una ceja.

— No lo entiendo... ¿Crees que hay algún factor externo? — Suspiró—. Sea como sea, ¡So está curada y bien! No tienes que preocuparte por eso, Diana.

— Olvídalo... ¿Klaus nunca te habló de Paola? ¿Algún detalle...? — No sabía cómo explicarlo.

— No es nada. No es que no hablemos de ella, al fin y al cabo es la madre de Sofie y siento mucho respeto por su hermana. Simplemente no entramos en muchos detalles. ¿Entiendes?

— Lo que quiero saber es si Klaus te ha comentado algo sobre un vínculo diferente con ella. Algo que está más allá de nuestro entendimiento. O si te ha contado algo muy personal.

Olivia entrecerró los ojos y sujetó la taza con ambas manos. Su mirada parecía escéptica cuando se volvió para mirar el café.

— Creo que no entiendo esta conversación, Diana. ¿Hay algo que deba saber sobre Klaus?

— El riesgo que corres al intentar quedarte embarazada de él...

Olivia me interrumpió, frunciendo el ceño.

— Soy estéril, Diana. Me sometí a varios tratamientos con mi exmarido y ninguno funcionó. Parece que tiene que ver con mis factores genéticos.

— Quizás por eso Klaus nunca te lo ha contado...

— Contado qué?

Empujé la silla hacia atrás y me levanté. Intentaba controlarme, pero tenía los ojos nublados y llenos de lágrimas.

Pensaba en Paola. Ella también lo sabía y nunca me dijo nada. ¿Y por qué? ¡Eso fue antes de quedarse embarazada de Klaus!

— Entonces no lo sabes, ¿verdad? ¿Klaus nunca te lo ha contado?

Olivia abrió mucho los ojos y dejó la taza sobre la mesa.

— ¿Cómo que no? ¿Que me lo dijo? ¿A qué te refieres exactamente, Diana?

La puerta de la cabaña se abrió rápidamente y el viento helado entró por toda la entrada. Klaus y Sofie habían vuelto. La niña llevaba un paquete en las manos.

— ¡Tía Diana! —Sofie vino a abrazarme, pero se detuvo a mitad de camino al ver mis ojos llorosos—. ¿Va todo bien?

— Diana. — La voz de Klaus sonaba apresurada—. ¿Algún problema?

Lo señalé y sentí cómo las lágrimas calientes rodaban por mis mejillas. Mis pulmones intentaban retener el aire, pero ahora respiraba por la boca.

— Tú...

Klaus dio un paso adelante y yo uno atrás.

— Oli, ayuda a So a encender el portátil. Diana y yo tenemos que hablar a solas.



No podía dejar de llorar. Ahora solo estábamos Klaus y yo en la habitación. Me senté en la cama y él se quedó de pie junto a la ventana. Nevaba mucho fuera.

— Entonces... — Mi voz aún sonaba cargada por el llanto. — Ese apodo de lobo nunca fue por casualidad, ¿verdad?

— Tenemos un código de conducta, Diana. Me niego a creer que Gregor te haya revelado eso.

Me levanté de la cama con los puños cerrados.

— ¡No, él nunca me lo dijo! ¡Pero debería haberlo hecho!

— ¿Y cómo lo has sabido? — Klaus cruzó los brazos, sin alejarse de la ventana—. Eso debería estar fuera de tu alcance.

— Uniendo las piezas... ¿De verdad crees que soy tan estúpida como para no darme cuenta?

— No es cuestión de estupidez, Diana. Es solo que esto tiene que ver con mi pasado y...

Le señalé desde lejos mientras se me hacía un nudo en la garganta.

— ¡Tiene que ver con mi hermana! ¡Y con la razón por la que murió!

Klaus descruzó los brazos y frunció el ceño.

— ¿Cómo puedes imaginar algo así? ¿De verdad crees que el hecho de que yo sea un licántropo es la razón por la que murió tu hermana?

— Sofie nació con lupus. Sabías que eso haría que el embarazo fuera de riesgo, ¿no? Y si no me equivoco, un bebé con el gen femenino nace con la enfermedad.

— ¿Y? — Klaus parpadeó lentamente.

— ¡Y aun así decidiste tener una hija! ¡A pesar de saber que había muchas posibilidades de que mi hermana muriera durante el parto!

— No fue mi elección, Diana. — Klaus bajó la cara y se pasó la mano por el pelo castaño, echándose un mechón hacia atrás.

— ¿No lo fue? —Crucé los brazos, con una postura ofensiva —. Pero cuando decidisteis tener una hija, tú estabas allí, ¿verdad?

Klaus levantó la cabeza y esbozó una amplia sonrisa. Las lágrimas brotaron de sus ojos, empezando por el izquierdo. Una cascada que se perdía en su barba bien recortada.

— Paola se negó a abortar. Se lo supliqué, y ella se negó varias veces. Mucho antes de contarte lo del embarazo. No quería correr el riesgo de perder a tu hermana. Mi mujer predestinada...

Abrí la boca, pero no pude articular palabra.

Quería culpar a Klaus por la muerte de mi hermana. Sabía que eso me haría sentir menos culpable por haber dejado de hablar con Paola en los momentos más delicados de su vida.

Pero la verdad es que Klaus sufría en silencio, igual que yo.

— ¿Por qué no me contó sobre usted? ¿Por qué nos abandonó? ¿Por qué mi hermana decidió tener una hija sabiendo todo esto?

Mis manos se dirigieron hacia mi rostro mientras mi llanto aumentaba, con lágrimas fluyendo entre mis dedos y cayendo sobre la gruesa alfombra del suelo.

Oí la voz lúcida de Klaus:

— En cuanto a que ella nunca te hablara de mí, es porque la reserva Luna de Sangre necesita mantener ese secreto para que otros de los nuestros no se vean perjudicados. Es una de las primeras cosas que aprendemos cuando decidimos venir a Hiverdoux.

— Creo que puedo imaginarlo. — Aparté las manos de la cara y respiré hondo.

La voz de Klaus sonó clara. Casi como si sus palabras emitieran luz:

— Sobre las otras dos preguntas, lo que puedo decir es que tu hermana era la humana más sabia que he conocido. Fue ella quien me convenció de querer vivir entre vosotros, los humanos. Recuerdo que un día le pregunté por qué quería quedarse con su hija, aun sabiendo que tenía lupus y que su propia hija iba a morir. ¿Y sabes qué me respondió tu hermana?

Solo imaginé un sonoro «no».

Y Klaus sonrió y concluyó:

— Paola dijo que ni ella, ni yo, ni nadie puede controlar el destino de los demás. Sentía que debía dar a luz a Sofie. Y eso era todo. A pesar de todos los riesgos y peligros. Ella tomó su decisión. — Se pasó la mano por la frente y más lágrimas brotaron de sus ojos—. Ahora, Diana, imagina que tu hermana hubiera sucumbido al miedo. Nunca habríamos tenido a Sofie.

Aquello fue como una flecha en pleno pecho. Toqué mi collar inmediatamente y miré el colgante.

La foto de Paola seguía allí.

Sonriente. Preciosa. Llena de luz.

— Ella no podía saberlo... —dije lentamente, mirando el rostro de mi hermana en la pequeña foto del colgante.

— ¡Y aun así, Paola creyó que todo saldría bien! Hoy Sofie está curada del lupus. Al fin y al cabo, de eso se trata la vida. ¿No crees?

Klaus esbozó una sonrisa tan amplia que me hizo ver a Paola en él. Casi como si estuviera con él. Y conmigo. Allí mismo. Entre nosotros.

Me permití sonreír. Fue algo espontáneo y puro.

— Creo que tengo mucho que aprender de mi hermana...

Klaus dio un paso adelante y yo también di un paso hacia él.

Nos abrazamos y nos sonreímos.

Entonces alguien llamó a la puerta de la habitación.

— Tía Diana, ¿quieres almorzar con nosotros?

La niña abrió mucho los ojos al verme con su padre. Soltó el pomo y entró en la habitación. A continuación, también sonrió.

Mirando a la hermosa niña que estaba allí de pie con una amplia sonrisa, me di cuenta de algo muy importante...

Paola tenía razón.



CAPÍTULO 49: DESPERTAR

Gregor Ylmaz

Dije algo dormido y me desperté con eso. En el momento en que abrí los ojos, vi el rostro de Diana. Estaba sentada a mi lado en la cama doble.

— ¡Buenos días, dormilón!

— ¡Maldición! —Me senté en la cama y me rascé el pelo revuelto—. ¡Me quedé dormido! ¿Cuánto tiempo he dormido?

— Quizás casi cuarenta y ocho horas.

— ¡Imposible! Nunca he dormido tanto...

Diana sonrió hasta que le aparecieron los hoyuelos.

— Para que veas cómo lo hacemos.

La atraje hacia mí y nos besamos. Podía sentir su piel suave cuando mi barba rozaba su cuello. Su olor me ponía la piel de gallina. Ahora aún más.

— ¡Ya basta de dormir! ¡Estoy hambriento! Quizás unos cuantos bueyes me sacien.

Diana me tocó los hombros.

— No hace falta tanto. ¿Qué tal si vamos a la cafetería de aquí al lado y luego volvemos y nos quedamos por aquí? Podemos ver alguna peli y más tarde vamos a algún sitio. ¿Qué te parece?

— Más tarde podemos ir a la taberna. Nunca has estado allí y es el sitio más guay de Hiverdoux. ¿Te apuntas?

Diana lo confirmó con un beso y luego me levanté de la cama para cambiarme. Ella se quedó mirándome de pie junto a la puerta de la habitación.

Mientras me ponía los pantalones, Diana soltó:

— Sé que Klaus es un licántropo.

Mis ojos se abrieron como platos y se dirigieron rápidamente hacia ella. Fue un movimiento que me delató.

¿Cómo lo sabía? Sé que su hermana estuvo casada con él, pero ese detalle nunca fue algo que yo hubiera mencionado.

— ¿No vas a decir nada? —preguntó Diana, sonriéndome.

Levanté las manos y las agité.

— ¡Esto es una locura, Diana! ¿Creías que no lo sabría?

— No hace falta que mientas, Greg. Él mismo me lo confirmó cuando le pregunté.

Suspiré rascándome la cabeza.

— Ah, qué bien... No quería mentirte.

— ¡Ja! —dijo Diana—. ¡He mentido! ¡Me lo acabas de confirmar!

Fruncí el ceño y apreté los puños.

— ¡Esto no es una broma, Diana! ¿Tienes idea de lo que acabas de hacer? No se lo puedes contar a nadie, ¿entendido?

Diana se rió, agitando la mano.

— Lo siento, pero es verdad que hablé con él. En realidad, nadie me dijo que Klaus es un licántropo. Solo junté lo que Elis había comentado sobre el gen del lupus.

Era mucha información para alguien que acababa de despertarse. Seguí poniéndome los pantalones.

— Bueno, ¿nos vamos ya? — Mi estómago rugía con fuerza.

— ¿Cuándo ibas a decírmelo, Greg? ¿De verdad querés tener hijos aun corriendo el riesgo de que una niña pueda nacer con lupus?

— No tenemos que decidir nada ahora. — Di un paso adelante y le cogí las manos—. Lo único que puedo asegurarte ahora es que te quiero, Diana.

Fue entonces cuando mi estómago rugió con fuerza y empezamos a reír.

Diana me tocó el abdomen por encima de la camisa.

— Otra cosa que tienes clara es que estás hambriento, ¿verdad?



Esta vez, en la cafetería, cogimos la mesa que daba a la ventana, nos sentamos frente a ella y vimos la callejuela de fuera con las farolas encendidas y la nieve cayendo lentamente.

Pedí un combo gigante de comida y Diana prefirió un yogur natural con frutas y un café.

— ¿Con ganas de volver al trabajo mañana? —preguntó Diana antes de beber un poco de café.

Terminé de masticar un generoso trozo de pastel de carne antes de decir nada:

— La verdad es que Lyrolf y yo vamos a ir a Wolf Sports, pero tenemos otro compromiso.

— ¿Qué compromiso?

— Vamos a ayudar a preparar el lugar donde se celebrará el ritual de los lobos. En la reserva. Wolfgran nos ha pedido ayuda.

— ¿Y Klaus también va?

Negué con la cabeza después de beber un poco de café.

— No. Klaus es uno de nuestros hermanos, pero tras la muerte de su hermana decidió seguir siendo humano ante la sociedad. Y nosotros lo respetamos.

— ¿Entonces conociste a mi hermana?

— Solo de vista. Junto con nuestro antiguo Alfa, Klaus fue quien me ayudó a quedarme aquí sin causar problemas. Un licántropo Omega tarda muchos años en adaptarse a la vida humana.

Diana se rascó la mejilla.

— Es tan extraño imaginar que mi hermana y yo somos hembras predestinadas. ¿Hay alguna conexión?

Me encogí de hombros.

— Sinceramente, no tengo ni idea. Wolfgran tiene una biblioteca privada con registros sobre la licantropía, los descendientes de la luna e incluso información sobre la Hermandad de Plata. Si quieres consultarla, creo que no le importará.

— ¡Qué increíble! ¿Y el lugar es accesible para todos? ¿O solo para personas que saben sobre los licántropos?

Cogí un rollito de pechuga de pavo antes de explicarle.

— Wolfgran cree que la información debe difundirse, pero los libros parecen estar escritos como obras de ficción. Así es muy difícil detectarlos. Hay libros sobre medicina licántropa. Estos se mantienen en absoluto secreto. Creo que solo Gael y Dalva tienen acceso a ellos.

Diana dejó de comer yogur y abrió mucho los ojos hacia la ventana que teníamos delante.

La nieve parecía haberse convertido en una ventisca. Comenzó con el sonido de un viento helado que fue ganando intensidad. Casi un aullido de lobo, mientras recorría las montañas, los árboles y las cabañas cubiertas de nieve a lo largo de todo el pueblo.

El viento resonó, creando un sonido continuo e implacable que parecía envolver todo a su alrededor. Lo suficiente como para

que Hiverdoux pareciera pequeña. En algunas ráfagas más fuertes, la ventisca parecía casi un rugido, rompiendo el silencio natural con una fuerza bruta.

A medida que la nieve era levantada y arrastrada por el viento, se oía un susurro suave y casi ahogado mientras los copos chocaban contra el cristal de la cafetería y se deslizaban, uniéndose al suelo lleno de ellos. Ese sonido era suave, un poco granuloso, como el susurro de las hojas secas, pero con una textura más ligera.

A su alrededor, había un silencio profundo y pesado, una especie de amortiguador que cubría el paisaje. Todo parecía más tranquilo, como si la propia nieve absorbiera los sonidos, dejando solo el rugido lejano del viento y el susurro de la nieve en medio de todo Hiverdoux.

En algunos momentos, si se escucha con atención, se pueden oír sutiles crujidos de los árboles, que crujen al soportar el peso acumulado de la nieve.

Ahora la boca de Diana se movió al terminar su café. Sonó como un susurro, compitiendo con el sonido de la ventisca en el exterior:

— Creo que ahora empiezo a entender a Paola.

— ¿Qué quieres decir? —pregunté, pasando a la mitad de mi brunch.

— Hiverdoux es mágico, Greg. ¿No crees?

Esbocé una sonrisa y le di un generoso mordisco a mi croissant.

— Estoy totalmente de acuerdo.

— ¿Por qué viniste a vivir aquí y abandonaste la vida salvaje?

Di otro mordisco antes de continuar.

— Porque desperté. La verdad es que ningún ser ha nacido para vivir solo. Cuando lo comprendí, Hiverdoux me acogió. Todavía me cuesta lidiar con todo mientras tengo un lado salvaje tan agudo. Pero este lugar me hace creer que todo es posible. Incluso para un licántropo como yo vivir rodeado de humanos.

Diana esbozó una sonrisa tan radiante que quise hacerle una foto y enmarcarla. Con los dientes brillantes, los hoyuelos y los ojos relucientes como piedras preciosas.

— ¡Qué bonito! Creo que por eso te quiero.

Levantó la mano y me acarició la cabeza.

Gruñí, bajando la cabeza.

— ¡Basta ya, Diana! ¡No soy un perro!

— ¡Eres un canino! ¡Y eres mi lobito!

— Me estás avergonzando. ¡Soy más grande que tú!

Diana sonrió aún más, ahora apretándome la mejilla barbuda.

— ¡Y eres lo más bonito del mundo!



CAPÍTULO 50: CONOCIENDO LA TABERNA

Diana Perreut

La taberna local de Hiveroux era más grande de lo que parecía desde fuera. Regentada por Andrew Demans, el local estaba bien caldeado. Me atrevería a decir que era el lugar más cálido del pueblo, después de los brazos de mi lobo. Llegamos allí sobre las seis y el aroma de algo ahumado hizo que a Gregor se le hiciera la boca agua.

A la entrada había una estatua de bronce de los cerveceros Evans & Demans. Gregor me contó un poco sobre ellos. Fue entonces cuando descubrí que Olivia, la esposa de Klaus, es hija de Pierre Durand Evans.

Seguí caminando por el local de piedra y madera hasta que vi las mesas repartidas por el amplio espacio calentito. Ni siquiera parecía que estuviera nevando fuera.

Había un pequeño escenario con espacio para karaoke. Estaba decorado con luces navideñas. En las mesas, unas pocas

personas conversaban. Aunque la taberna acababa de abrir, parecía que los fans ya estaban allí.

La amplia barra tenía dos camareros que parecían muy ocupados. Caminaban de un lado a otro.

Un chico rubio acababa de llegar a la barra. Era guapo, alto y tenía una amplia sonrisa. Levantó la mano y nos saludó con la mano cuando llegamos.

— Andrew, ella es mi novia. Diana acaba de llegar a Hiverdoux.

— ¡Hola, encantada! — Extendí la mano por encima de la barra.

Como un caballero, Andrew tomó mi mano y la besó.

— ¡Pasa cuando quieras! Dentro de una hora actuará aquí una cantante local.

— ¡Qué bien! Estoy deseando que llegue.

— Andrew, prepara dos de esos hipocraz que solo tú sabes hacer, por favor.

Andrew le guiñó un ojo a Gregor y nos dio la espalda, dirigiéndose hacia la barra.

— ¿Hipocraz?

— Es una bebida típica de la Edad Media. Andrew le dio algunos toques a la bebida. Es una infusión alcohólica que combina vino con especias y edulcorantes, como miel, canela y almendras. ¡Ya he probado una con jengibre!

Parpadeé varias veces.

— ¿Jengibre? ¿Es una bebida afrodisíaca?

Él esbozó una sonrisa maliciosa.

— Bueno... También tiene ese lado.

— No lo necesitas, Greg. ¡Créeme!

Andrew regresó rápidamente con dos tazas de madera.

— ¡Listo!

Miré la bebida y el aroma a almendras se elevó. Tan intenso que casi me emborraché solo con el olor.

Me volví hacia Greg y él chocó su taza contra la mía para brindar.

— ¡Skol! — Y se bebió el hipocraz.

Levanté mi taza y me permití beber también.

No soy ninguna sumiller, pero podía decir que el hipocraz de Andrew tenía intensas notas de especias dulces y picantes. La combinación de canela, clavo, almendras y miel le daba un fondo cálido y ligeramente picante, equilibrado por el azúcar o la miel, que endulzaba y suavizaba el vino.

El resultado era un sabor con cuerpo y rico, que recordaba a algunas bebidas de invierno, como el vino caliente que había bebido toda mi vida.

— Esto es... —intenté decir, aún sintiendo el delicioso sabor dulce en mis labios—. ¡Esto es magnífico! ¡Gracias!

Andrew sonrió, satisfecho con su creación:

— Me alegra saber que todavía sé preparar un buen hipocraz.

— Bueno, no. — Greg golpeó la taza contra la mesa—. ¡Está sensacional! Magnífico, en palabras de Diana.

Andrew se encogió de hombros, fingiendo modestia. Luego fue a saludar a los demás clientes y me quedé sola en la barra con Greg.

— ¡Un poco más de esta bebida y nos emborracharemos los dos! — Me reí, ya sintiendo los efectos.

— Ningún licántropo se emborracha.

— ¿Cómo es eso?

— Solo fingimos para que los humanos no nos encuentren raros. ¿Recuerdas el guiso de setas? Pues bien, los efectos alucinógenos duran muy poco tiempo en nuestro organismo.

Miré mi jarra y entrecerré los ojos para mirarlo.

— ¡Ah, Greg! No me lo creo.

— ¿Cuál es el problema? — Levantó una ceja.

— ¡Pensaba que te ibas a emborrachar!

Gregor echó la cabeza hacia atrás y se echó a reír. Lo suficientemente alto como para llamar la atención de un hombre en la mesa de al lado.

— Si hubiera sabido que ese era tu truco... ¡Ahora ya es demasiado tarde! Buena suerte con ese hipócrita.

Dejé la jarra sobre la barra.

— ¡No estoy tan loca! Voy a pedir algo de comer.

Greg empezó a hacerme cosquillas y casi me caigo del taburete.

— ¡Diana y sus trucos!

— ¡Para ya, Greg! — Intenté esquivarlo y casi me caigo otra vez.

Sus dedos gruesos me pincharon con fuerza. Sin duda, no era consciente de la fuerza que tenía.

Volví a balancearme en el taburete y estaba a punto de caerme, pero Greg me sujetó a tiempo.

— ¡Ya ves! — Tiré de mi brazo, fingiendo estar enfadada.

— Como si fuera a dejarte caer. — Me tiró de la cintura, aún sentada en su banco.

Crucé los brazos, aún fingiendo estar enfadada, mientras la barba de Gregor se deslizaba lentamente por mi cuello. Intenté permanecer inmóvil hasta que se sintiera culpable.

Pero su sonrisa maliciosa, los besos que me daba en la cara, la forma en que me apretaba la cintura... Gregor sabía cómo hacerme derretir en sus brazos.

Le agarré la cara y le besé. Me echó el pelo hacia atrás y siguió besándome. Su lengua, dulce por el hipocraz, estaba aún más deliciosa que nunca.

— ¿Todavía estás enfadada? —me preguntó, acariciándome la cara.

— Nunca lo he estado —mordí mi labio inferior.

— ¡Hola, pareja!

Nos volvimos instantáneamente al oír una voz familiar.

Wolfgran sonrió con las manos en los bolsillos. Esta vez no llevaba el uniforme. Llevaba una sudadera con rayas marrones y blancas. Tenía el pelo canoso bien peinado. Sus ojos rojos eran muy atractivos.

— ¡Hola! Wolf, estamos bebiendo hipocraz. ¿Quieres beber con nosotros?

— La verdad es que tengo una cita, pero soy demasiado tímido para eso. ¿Queréis sentaros conmigo en la mesa y hacer una cita doble?

Gregor negó con la cabeza enérgicamente. Tuve que darle una patada en la pierna.

— ¡Claro que podemos! — Miré a Gregor con una mueca y luego me volví sonriendo hacia Wolf.

Wolfgran esbozó una sonrisa un poco forzada.

— No hace falta si no queréis...

— ¡Sí, queremos! — fui tajante.

Gregor suspiró, pero no podía hacer nada. Cogimos nuestras jarras y nos dirigimos a la mesa de cuatro que Wolfgran había reservado.

— ¿A qué hora llega? —le pregunté a Wolf, que se rascó la mejilla.

— En cualquier momento. Quedamos a las siete.

Me preguntaba quién sería la mujer con la que salía Wolfgran. ¿Qué tipo de mujer le gustaría a un lobo blanco? Por lo que sabía, era un delegado recluido y el Alfa de los lobos de la reserva Luna de Sangre. Un verdadero misterio. A pesar del pelaje blanco de su cuerpo, no parecía en absoluto el más viejo.

Aprovechamos y pedimos una ración de patatas rústicas con bacon y queso. Solo después de comer media docena decidí volver a beber el hipocraz. Seguía estando delicioso.

Volví la cara para ver la entrada de la taberna y casi di un salto al ver llegar a una mujer. Pelirroja, con el pelo suelto y ondulado, ojos verdes, llevaba un pañuelo a juego con su ropa de color verde claro.

— ¡Sina! —Me levanté bruscamente.

Gregor se echó a reír y Wolfgran bajó la cabeza. Ella se dirigió hacia nosotros, pero esta vez no tenía una postura amenazante.

— ¡Perdón por llegar tarde! — Esbozó esa hermosa sonrisa.

Eso me enfureció aún más.

— ¿Qué diablos haces aquí? —casi grité, y eso llamó la atención de todos.

Wolfgran se levantó.

— Es a Sina a quien estaba esperando, Diana.

Me senté rápidamente y bajé la cabeza. Nunca me lo hubiera imaginado ni en mil años.

¡Sina fue quien atacó a Greg! Por su culpa, él todavía tenía cicatrices por todo el cuerpo. ¡Una mujer peligrosa que va tras los lobos!

— ¿Por qué te ríes? —le pregunté a Greg, que señaló a Sina.

— Es tu hembra predestinada, ¿no? — La voz de Greg sonó apresurada y risueña.

Wolfgran suspiró y Sina se echó a reír con Greg.

— ¡Exacto! Creo que por primera vez tendrán que aguantar a un miembro de la Hermandad de Plata dentro de la manada.

— ¿Qué amistad es esa? —gruñí, enfadándome con Gregor —. ¿Habéis olvidado que casi te mata?

— ¡No iba a matarlo! —se explicó Sina—. Si hubiera querido, lo habría hecho. Solo quería ponerlo a prueba. Un omega viviendo entre humanos es algo inédito.

Gregor completó:

— Te lo dije, Diana. Todo esto era inevitable. Tuve suerte de ser Sina. Otros no habrían tenido tanta piedad. Pero, claro, ¡yo habría luchado con todas mis fuerzas!

Wolfgran asintió con la cabeza.

— Sina también fue invitada al ritual en la reserva. Espero que con el tiempo todos podamos entendernos.

Bebí más hipocraz hasta terminarlo.

— Creo que con el tiempo será posible... Pero ahora Greg y yo tenemos que irnos. Dejemos a los tortolitos solos.

— ¡Me alegro de verte, Diana! — Sina saludó con la mano.

Puse los ojos en blanco y me di la vuelta, marchándome. Gregor también terminó su bebida y me siguió hacia la entrada.

— ¿Estás enfadada por eso?

Nos quedamos en la entrada de la taberna.

— Un poco... Ella te hizo daño, Greg, y tú eres mi amor.

Gregor sonrió, tocándome la cara y haciéndome sonrojar más de lo que ya estaba.

— ¿Qué tal si damos una vuelta en coche antes de ir a tu casa?

— ¡Me encantaría!

Me guiñó un ojo y yo le cogí la mano, aceptando la inesperada invitación.

Y tan pronto como entramos en el coche, comenzó a nevar intensamente.



CAPÍTULO 51: CONFIANZA EN LA TORMENTA

Gregor Ylmaz

La tormenta no daba señales de amainar.

Detuve el coche allí mismo, a la entrada del bosque. Había tanta nieve fuera que estaba seguro de que, si apagaba el motor, la carrocería se congelaría por completo.

Aun así, toqué el muslo de Diana, que estaba a mi lado en el coche, y le pregunté:

— ¿Confías en mí?

— ¡Claro que confío! Pero es que me da un desmayo cada vez que me preguntas eso.

Mostré los dientes bajo la barba.

Su boca aún tenía el aroma del hipocraz. Ese dulce sabor intenso.

— Entonces quiero que follamos ahí fuera, en medio de la ventisca. ¿Te apuntas?

Diana me quitó la mano y se inclinó hacia delante, señalando el cristal. La nieve golpeaba con fuerza el coche. El ruido era tan

fuerte que teníamos que hablar en voz alta.

— ¡Tienes que estar loco! —Ella negó con la cabeza, un poco absorta—. Greg, sé que puedes transferirme calor e incluso aumentar el vello de tu cuerpo para protegerte, ¡pero hacer eso ahí fuera es una locura!

Apagué la calefacción del coche, que estaba al máximo. Diana no hizo ningún movimiento para impedírmelo. La temperatura dentro del coche se mantuvo igual porque empecé a usar mi habilidad.

— ¿Lo ves? Puedo mantener la temperatura.

— Aquí dentro del coche con aislamiento es una cosa, Greg. Quizás pueda mantener unos veinticinco grados centígrados aquí. ¿Pero ahí fuera? ¡Hay una tormenta de nieve espantosa! ¡Apuesto a que hay menos de diez grados!

— ¿Confías en mí?

— Tienes que estar bromeando...

— ¿Confías o no, Diana?

— ¡Confío!

Abrí la puerta del coche, salí y la cerré rápidamente.

Podía sentir la temperatura. Diana se había equivocado un poco. Afuera hacía quince grados bajo cero.

Caminé rodeando el coche hasta llegar a la puerta de Diana. Mis botas se hundían en la nieve, derritiendo un poco con mis movimientos. Me puse la capucha solo para evitar el exceso de hojas que traía el viento cortante.

A pesar de la fuerza de la ventisca, mi calor era tal que cuando la nieve llegaba a dos centímetros de mí, se derretía. Solo el viento me hizo tardar en llegar a la puerta del copiloto.

Cuando abrí, Diana estaba encogida con la mandíbula temblando. Le tendí la mano y ella la tomó. Casi al instante, su cuerpo dejó de temblar.

— ¿C... ¿Qué pasa? —preguntó, saliendo del coche.

Sus ojos ahora veían la nieve acercarse mucho a nosotros, pero derritiéndose al intentar entrar en contacto con nuestros

cuerpos.

— ¿Impresionada? —Sentí que mis ojos cambiaban de color, adquiriendo ese típico amarillo intenso. Aumenté la temperatura a nuestro alrededor.

Diana me miraba con los ojos muy abiertos.

— ¡Lo estoy! ¿Cómo puedes mantener tanto calor? ¿Incluso en medio de esta ventisca?

Miró a los lados, pero la ventisca era tan fuerte que nos impedía ver el coche que venía detrás.

— Después de aparearnos en mi estado felino, siento que mis habilidades están a un nivel nunca antes alcanzado.

Las manos enguantadas de Diana tocaron mi cara. Se puso de puntillas y susurró:

— Formamos una gran pareja, ¿no crees?

— Sobre todo desnudos. Aunque creo que es mejor evitar esa segunda parte.

Agarré a Diana por la cintura y la senté en mi regazo. Presioné su cuerpo contra el coche y empezamos a besarnos.

La ventisca parecía débil ante nuestro intenso fuego. Mi barba rozaba el rostro de Diana, que jadeaba en mi boca. Mis labios saboreaban delicadamente su cuello, antes cubierto por la bufanda.

Sentía sus piernas presionándome con más fuerza alrededor de mi abdomen. De nuevo me besó, tomando mis labios con fervor. Tanto que ya me sentía erecto y loco por penetrarla.

Las manos de Diana bajaron rápidamente hacia mi cinturón. Desabrochó ligeramente los pantalones y me bajó los calzoncillos. Ni siquiera esperó

— No traje condones, Diana. Espero que no sea problema.

— Un día no importa, ¿no? — Se rió y siguió bajándose los pantalones, todavía con la espalda apoyada en el coche—. Además, con tu lado lobuno, te corrías dentro de mí.

Le agarré la parte de atrás del pelo y tiré con fuerza suficiente para que gimiera en mi cara.

— Sí. ¡Y voy a correrme dentro de ti otra vez!

Le agarré el culo con una sola mano y con la otra le acaricié la entrada, haciéndola temblar sobre mi regazo. Sus ojos se clavaron en los míos y mantuvimos el contacto visual mientras mi dedo índice la penetraba.

La boca de Diana se abrió y cerró como un pez fuera del agua. Incluso en medio de aquella nevada, estaba muy húmeda y caliente.

Sus labios se acercaron como un deseo que recorrió mi espina dorsal. Como un rayo en mi cuerpo. Sentía su lengua suplicándome que le metiera la polla.

— ¿Qué quieres de mí? —le pregunté, mordisqueándole el labio inferior.

Diana sonrió. No solo con la boca, sino también con los ojos. Bajó las manos y me tocó el pene, haciéndome tragar saliva.

— ¿De verdad quieres que te responda?

— Sí. — Mis labios se posaron en su cuello, mientras Diana gemía, ahora con dos dedos dentro de ella.

Dejé que mi pulgar saboreara su clítoris, y la fricción le provocó espasmos tan fuertes que tuvo que soltar mi polla.

— Ah, Greg... — Diana me abrazó, dejándome que la masturbara.

Y cuando menos se lo esperaba, hundí mi pene en ella, haciéndola gemir fuerte. Quizás un sonido capaz de competir con el ruido de la ventisca. Sus piernas se aferraron aún más fuerte a mí.

Avancé mi pene hasta que solo me quedaban los testículos dentro de ella.

— ¿Qué quieres? —le susurré al oído.

— Que te corras dentro de mí — me suplicó al oído.

Sentí sus paredes internas cada vez más estrechas sobre mi polla, que la follaba con fuerza y deseo.

Nuestras pelvis chocaban con un impacto absurdo, haciendo que la tormenta pareciera cada vez más pequeña en medio de nuestro sexo. Era salvaje y amoroso. El fuego que ardía entre nosotros derretía el hielo.

— Pídemelo otra vez...

La penetración era cada vez más fácil, de lo lubricada que estaba Diana. La sensación era que ella me estaba tragando por segundos, que me sacaba cada centímetro.

— ¡Córrete dentro de mí, Greg! — Sus labios temblaron de deseo.

Metí cada centímetro de nuevo, hasta sentir que mis testículos vibraban. Hasta sentir que mis piernas se debilitaban. Hasta estar seguro de que mi semen brotaba dentro de mi hembra predestinada.

Diana gimió, teniendo otro espasmo, mientras yo también sentía la fuerza de mi orgasmo intensificándose. Como una única fuerza de la naturaleza presente.

Ignorando por completo la existencia de aquella tormenta de nieve.



CAPÍTULO 52: DE VUELTA

Diana Perreut

Wolf Sports. De vuelta al trabajo tras la ligera resaca que me provocó Gregor. En realidad, la combinación de hipocraz y sexo en medio de la tormenta de nieve estuvo bien, el verdadero problema fue despertarse después.

Milena me vio llegar con Gregor. Sus ojos se dirigieron directamente a mi collar. El nuevo. Ya que el antiguo lo rompió ella.

Pero no le guardaba ningún rencor. No quería enemistarme con Milena, ya que había sido muy amable conmigo cuando llegué aquí.

— ¡Buenos días, Milena! — Mi voz sonó un poco más baja de lo que me hubiera gustado.

— Buenos días. — Se ajustó las gafas y se volvió hacia Gregor—. Lyrolf me ha dicho que tienes una cita con él hoy, ¿verdad? ¿Algún problema en la tienda?

Gregor negó con la cabeza.

— No, solo un asunto nuestro. Volveremos mañana sin falta. Quiero que tú y Diana recibáis a Gael hoy. Va a comprar algunos

equipos para la última fase del Festival de Invierno de este año.

Milena asintió y se marchó, dirigiéndose hacia el pasillo.

Me volví hacia Gregor, que aún me sostenía la mano.

— ¿Seguro que no puedo ayudaros en nada?

— Absolutamente. Es una tarea para licántropos. — Greg me apretó un poco las manos—. No te preocupes. Todo el equipo estará aquí. No habrá ningún problema.

— No me preocupa eso —mentí, desviando la mirada—. Solo te echo de menos.

Greg me tocó la cara y me besó en la frente.

— Volveremos al final del día. ¿Te veo en tu casa?

Asentí con la cabeza y me puse de puntillas para besarlo.

— Esperaré pacientemente.

Lyrolf se acercó a nosotros y se llevó a Gregor con él.

El calor que Gregor generaba también se fue, haciéndome temblar por completo. Era como si una chimenea ambulante se alejara de mí.

Pude ver cómo se abría la puerta de cristal mientras veía sus siluetas desaparecer en dirección al aparcamiento.

Al llegar al pasillo, Milena me esperaba frente a la puerta de su habitación.

— Diana, ¿puedo hablar contigo?

Mi corazón se estremeció un poco, pero asentí educadamente con la cabeza.

Milena se giró y abrió la puerta de su despacho. Caminé hacia ella y entré.

Las dos mesas con ordenadores, los certificados y premios enmarcados de Wolf Sports y el olor a naftalina eran algo reconfortantes. Hasta que a mí me gustaba trabajar aquí.

Milena cogió una cajita de su escritorio y me la entregó. Tenía el mismo envoltorio que la cajita que me había dado Gregor.

— Quiero que te quedes con esto y que aceptes mis más sinceras disculpas.

Abrí la caja y vi un collar. No era tan bonito como el que yo llevaba. Pero ese pequeño gesto significaba mucho para mí.

Todavía estaba triste por haber perdido el collar que Klaus me había regalado con tanto cariño. Aunque lo que realmente me importaba era el colgante con la foto de mi hermana.

— ¡Gracias, Milena! Acepto tus disculpas. De hecho, yo también quiero pedirte perdón.

— ¡No tienes que disculparte por nada, Diana! Fui egoísta. La verdad es que Gregor nunca me dio una oportunidad para tener una relación y me dio mucha envidia que ustedes se hubieran juntado tan rápido.

Me pasé la mano por el pelo y aparté la cara.

Sería mucho más fácil explicar que mis feromonas son la causa de nuestro acercamiento inesperado. Pero es un secreto muy bien guardado.

— Sí... Confieso que tampoco imaginé que nos llevaríamos tan bien.

— A pesar de todo lo que ha pasado, creo que eres una buena persona. Alguien con quien quiero mantener el contacto, además de tener una amistad sana en el trabajo.

Le dediqué una sonrisa sincera.

— ¡Estoy de acuerdo, Milena! Creo que podemos hacer que esto funcione.

Extendí la mano y Milena me sorprendió con un abrazo. Sentí que también era sincero. No había necesidad de seguir peleadas por algo tan tonto.

— ¿Ya has desayunado? —le pregunté.

— Todavía no —respondió Milena, sonriendo mientras se ajustaba las gafas.

Salimos juntas y fuimos a la cocina de la tienda.

La cocina de Wolf Sports era más grande que mi salón. Tenía una mesa grande con ocho sillas y una cocina equipada con nevera, fogones, microondas, horno eléctrico e incluso una freidora sin aceite.

Milena y yo cogimos el café y abrimos la cesta del pan. Había croissants, mantequilla, quesos y unos rollitos de jamón.

— Milena, ¿puedes contarme un poco sobre Wolf Sports? Es que Gregor nunca me ha contado cómo llegó aquí.

Cogí un trozo de croissant y noté que estaba relleno de frutos rojos. Le di otro generoso mordisco.

Milena le dio un pequeño mordisco al pan con jamón antes de contarme:

— El antiguo dueño era un señor que falleció hace unos años. Gregor empezó a trabajar con él y luego le compró la tienda. Eso es lo que he oído. Solo llevo seis años trabajando aquí, así que no conozco los detalles.

Le di otro mordisco al croissant, saboreando el dulce con un ligero toque ácido. *¡Estaba perfecto!*

— ¿Qué opinan de Gregor?

— Es muy respetable, pero tiene mano dura. No suele dar segundas oportunidades. Cuando discutí contigo, pensé que me despediría. Apuesto a que si no fuera por Lyrolf, estaría en la calle.

Abrí mucho los ojos con la boca aún llena. Tragué y bebí un sorbo de café antes de preguntar:

— ¿En serio? Vaya, no pensaba que fuera tan estricto. Sé que empezamos con mal pie, pero ahora es diferente.

Milena soltó una risita.

— ¡Has domesticado a la bestia, Diana!

La forma en que lo dijo me recordó su lado salvaje. El enorme hombre lobo de más de dos metros de altura. Su saliva caliente chorreando y goteando sobre mí.

Negué con la cabeza.

— Quizá sí, quizá no. Quién sabe, ¿no?



Ya estaba trabajando cuando empecé a sentir sueño mirando la pantalla del ordenador. Intenté tomar otro sorbo de café para alejar el sueño, pero parecía ser en vano.

Me levanté de la silla y sentí que se me revolvían las entrañas. Casi como los dolores menstruales. Pero no tenía sentido, aún faltaba una semana para eso.

Miré la pantalla de mi móvil y, por un momento, todo se volvió borroso.

«No, no...», murmuré para mí misma, intentando dar un paso más para alejarme de la mesa, pero fue un movimiento en falso.

Tuve que agarrarme a la mesa de al lado para no caerme. Abrí la boca, pero no salió ningún sonido. Intenté decir algo de nuevo, pero fue en vano.

Greg...

Mi mano se deslizó por la esquina de la mesa y mi cabeza cayó, como si pesara demasiado. Mi cuerpo cayó al suelo de madera.

Quizás pasaron unos minutos hasta que oí unos golpes en la puerta de mi despacho.

— Diana, ¿algún problema?

Era Milena. Intenté pedir ayuda, pero de nuevo no me salían las palabras. Ni una sola letra.

Milena abrió la puerta y me encontró en el suelo.

— ¡Te llevaré al hospital ahora mismo!



CAPÍTULO 53: CUIDADOS

Diana Perreut

Milena llegó al hospital lo más rápido que pudo. Si no fuera por el cinturón de seguridad, me habría golpeado la cabeza varias veces.

Me sentía débil, sin fuerzas y con un dolor de estómago inusual. Quizás un xenomorfo saldría de allí cuando menos lo esperara. Cerré los ojos y luego sentí el cálido contacto de Milena, con su brazo alrededor de mí para llevarme al interior del hospital.

Algunos enfermeros también vinieron corriendo hacia mí. Parpadeé de nuevo y ahora estaba en una habitación. En una camilla.

Miré a mi lado y vi a Milena de pie cerca de mí. Dijo algo, pero no entendí ni una sola palabra.

Había un tubo que se dirigía hacia mi brazo izquierdo. Me habían pinchado en la vena.

— ¡Diana! ¿Me oyes?

Por fin pude entender. Sonreí y asentí con la cabeza.

— ¿Qué diablos ha pasado?

Milena suspiró aliviada.

— Parece que fue una reacción alérgica. Los médicos aún lo están investigando.

— ¿Alergia? No recuerdo haber tenido nada parecido. — Negué con la cabeza, absorta. — Quizás al camarón... Una vez lo comí y...

Ni quería recordar aquella historia. Mi hermana y yo comimos una cantidad absurda de camarones y vomitamos todo el día. Éramos unas niñas tontas.

— ¡Lo importante es que estás bien! Pronto podrás salir de aquí.

— ¡Qué bien! ¡Gracias, Milena! Si no fuera por ti, podría haber... — Respiré hondo antes de continuar—. Haber muerto.

Milena sonrió.

— ¡No seas dramática! —Cogió el móvil—. He intentado avisar a Gregor y Lyrolf, pero sus móviles siguen sin cobertura.

— ¡Ah, no hace falta! —Hice un gesto con la mano—. No quiero preocupar a nadie.

— No es solo cuestión de preocupar, Diana. Hay que informarles. Sobre todo porque eres empleada de Wolf Sports.

— ¡Ya estoy bien! — Intenté levantarme, pero la doctora Dalva, que acababa de entrar, me detuvo.

— ¡No recuerdo haberte dado permiso, Diana! —La doctora se acercó con mirada seria.

— Lo siento... — Volví a poner la pierna en la cama y esperé.

La Dra. Dalva analizaba mi expediente con atención.

Dalva se volvió hacia Milena y le dedicó una sonrisa amable.

— ¿Nos dejan solas un momento?

Milena asintió con la cabeza y salió apresuradamente.

Me quedé sola con Dalva y mi corazón parecía que se me iba a salir por la boca. Ya pensaba que tenía una enfermedad terminal. ¡O estoy embarazada!

— Bueno, Diana, parece que tienes algunos...

— Dios mío... — Me tapé la boca con la mano—. Es algo grave, ¿verdad? Es una enfermedad grave o estoy embarazada.

Dalva suspiró.

— Ninguna de las dos cosas. Diana, tu cuerpo produce hormonas que regulan varias funciones importantes, como el sueño, el estado de ánimo, el metabolismo y el ciclo menstrual. En tu caso, los exámenes han mostrado que algunas de estas hormonas se encuentran en niveles diferentes a los esperados. Esto puede causar síntomas como cansancio, cambios de humor, alteraciones en el ciclo menstrual y otras molestias. Estos cambios pueden producirse por varias razones, como el estrés, la alimentación, el estilo de vida y otras causas. Incluso puedo afirmar que el contacto con el licántropo también provoca estos cambios. He tratado a otras dos pacientes que han pasado por la misma situación.

— Espera... Entonces, ¿no corro peligro de muerte?

— No corres ningún peligro. — Ella sonrió—. Existen tratamientos y pautas que ayudan a equilibrar estas hormonas. Vamos a explorar algunas opciones para mejorar estos niveles y ayudarte a sentirte mejor, ¿de acuerdo?

— ¡De acuerdo, muchas gracias! ¿Puedo contárselo a Milena?

— ¡Sí! Solo quería explicártelo en privado primero porque quería explicarte lo del contacto con los licántropos y los cambios que pueden causar en el cuerpo humano.



Salí de la habitación del hospital y me encontré con Milena, que me esperaba con un café en la mano.

— ¿Todo bien? —Se levantó rápidamente y se acercó a mí.

— Sí, solo me faltan algunas vitaminas. Parece que la borrachera de ayer empeoró eso. ¡Incluso puedo volver al trabajo!

— ¿Estás seguro? ¿Por qué no te vas a casa a descansar?

— ¡Ni hablar, Milena! Ahora mismo necesito distraerme.

Salimos juntas del hospital y paramos en la farmacia antes de volver a Wolf Sports.

En cuanto llegamos a la tienda, empezó a nevar.

Miré por la ventana de mi oficina mientras veía los copos caer lentamente. Pude trabajar con normalidad hasta la hora del almuerzo. Pero sentía que mi estómago aún no estaba lo suficientemente bien como para comer.

Fue entonces cuando recibí una llamada en el móvil que me sacó del trance de la pantalla del ordenador. Miré el número desconocido y contesté.

— ¿Hola?

— ¡Hola! ¿Señora Diana, verdad? Soy Enzo, gerente de Cabana Mágica & Águas Termais. Hemos intentado ponernos en contacto con el señor Gregor Ylmaz, pero su móvil está fuera de cobertura o apagado. Tenemos su número aquí. Queríamos saber si todavía desea mantener la reserva para antes de Navidad.

— ¿Tienen una reserva? Gregor no me ha dicho nada al respecto.

— Una reserva a nombre de Gregor y Diana.

¿Una sorpresa? Vaya, no tenía ni idea... ¿Cuándo lo ha reservado?

— ¿Hola? ¿Señora Diana?

— Ah, lo siento. Estaba pensando... Confírmelo, por favor.

— ¡Excelente! ¡El lugar está reservado exclusivamente para ustedes! ¡Hemos preparado todo tal y como lo solicitó el señor Gregor! ¡Le entregaré la llave en breve! ¡Que tengan un día más que especial!

— De acuerdo... ¡Gracias!

Colgué el móvil sin poder creer lo que acababa de oír.

Nunca había estado en unas aguas termales. Ni siquiera podía imaginar cómo serían. Toqué mi colgante mientras sonreía como una tonta, tratando de imaginarlo.

Gregor realmente me ama. Un licántropo que está tratando de entender los sentimientos de su amada. Parecía esforzarse todo el tiempo.

Creo que incluso puedo entender un poco más a Paola. La confianza que tenía en Klaus fue suficiente para creer que podría tener un bebé y una nueva familia.

Greg conseguía hacerme ver que podía ir mucho más allá de mi egoísmo. Es un complemento que me hace mejor persona.

Fue entonces cuando oí pasos pesados en el pasillo. Levanté la cabeza y sonreí, sabiendo que eran los intensos pasos de Gregor. Esperé pacientemente en mi silla. Incluso balanceé las piernas, un poco ansiosa por que abriera la puerta.

Y entonces apareció su rostro tosco. El pelo y la barba castaños. El ceño fruncido. El abrigo ajustado a su robusto cuerpo. Los ojos ahora casi de un amarillo vibrante.

Mi hombre había llegado...



CAPÍTULO 54: TRES LOBOS

Gregor Ylmaz

Volví a Wolf Sports lo más rápido que pude cuando supe que Diana se había puesto mal. Sentía las piernas tan pesadas que parecía que me iba a transformar de tanta rabia.

Estaba enfadado por no estar a su lado cuando me necesitaba.

Mi hembra predestinada me necesitaba... Y yo estaba en otro lugar... ¿Cómo pude? ¿Por qué no sentí ninguna señal?

Abrí la puerta de su habitación y ella me dedicó una amplia sonrisa al verme. Se levantó mientras yo me acercaba a ella con pasos largos.

— ¡Hola, amor! Te extrañaba y...

La interrumpí con un fuerte abrazo. Sentía que mis músculos temblaban de miedo.

Un miedo enorme a perder a la mujer de mi vida.

Esa sensación me invadió.

Amar a un ser humano tan frágil...

Mis manos le acariciaron la cara.

— ¿Cómo estás?

Diana sonrió.

— Estoy bien, Greg. Estoy tomando las vitaminas que me recetó la doctora Dalva. Solo tengo un poco desequilibrados los hormonas y la resaca.

— Basta de hipocresía, entonces.

— ¡Exacto! — Su sonrisa hizo aparecer los hoyuelos que tanto amo.

Exhalé un largo suspiro por todo el aire que había acumulado en los pulmones.

— Me alegro de que estés bien... No me lo habría perdonado si te hubiera pasado algo mientras estaba fuera.

Lyrolf y Milena entraron en la sala justo después.

— ¡Qué alegría que estés bien, Diana! — Lyrolf se acercó—. ¡Nos has dado un buen susto!

— Ni me digas —comentó Milena, ajustándose las gafas.

— ¡Gracias, Milena! —le di las gracias, dirigiéndome hacia ella.

Milena bajó la cabeza, avergonzada.

En cuanto Milena y Lyrolf salieron, Diana me tomó de la mano y me dijo:

— Greg, acabo de recibir una llamada. Era el gerente de Cabana Mágica & Águas Termais. Espero haberlo dicho bien.

Me pasé la mano por la frente.

— Maldición... Se suponía que era una sorpresa. Al menos tú nunca has visto el lugar, ¿verdad?

— ¡No! —Sonrió, colocándose un mechón detrás de la oreja —. Y confieso que estoy muy feliz y emocionada.

— Esta noche me verás en el ritual de la luna llena, en la reserva. Y este fin de semana nos vamos a las aguas termales.

— Y después volveremos para pasar la Navidad con Sofie, como habíamos acordado, ¿verdad?

Asentí con la cabeza e me incliné para besarla.

— ¡Así es!



Seguimos en Wolf Sports hasta las seis y la nieve había dejado de caer por el momento. Cuando terminé de recoger mis cosas, Diana apareció en mi despacho después de llamar a la puerta.

— Greg, ¿qué me pongo para ir al evento de esta noche?

Me levanté de la mesa y me acerqué a ella.

— Ropa muy abrigada, como la que llevabas cuando fuiste a mi cabaña. Como el ritual tiene lugar dentro de la reserva Luna de Sangre, es preferible que los humanos beban té para entrar en calor. Pero no te preocupes. Hay una zona cubierta y aislada con una chimenea para que los humanos puedan asistir al ritual de forma segura.

Diana se llevó la mano a la barbilla.

— ¿Qué personas?

— Los pocos que saben sobre los licántropos.

— ¿Y siempre hacéis este ritual?

Negué con la cabeza.

— No. Solo cuando hay un nuevo licántropo en la manada y en el último día de luna llena del año. Es algo simbólico para nosotros. Proviene de las culturas paganas más antiguas.

— Imagino que tú también te transformas, ¿no?

— No solo yo. Wolfgran y Lyrolf también.

Diana me tomó de la mano y se puso de puntillas para besarme.

— ¡Me encanta verte transformado! Solo me entristece que te hagas daño.

— Es parte de ello... — Le acaricié la cara y le di otro beso —. ¿Vamos?

Salimos de Wolf Sports y nos dirigimos a la cabaña de Diana.

Nos duchamos y nos preparamos para la gran noche. Salí con un abrigo grueso, pero me lo cambiaría cuando llegara a la reserva. Había un traje ritual para cada uno de nosotros.

Esas prendas están hechas de un tejido ligero para que se rompan por completo con la transformación. De hecho, el tejido solo cubre la parte inferior del cuerpo.

En cuanto Diana terminó de arreglarse, dio una vuelta mostrando un abrigo rojo nuevo.

Llevaba botas altas de cuero, unos vaqueros beige que resaltaban sus grandes muslos y una capucha que le cubría parte del rostro. Se quitó la capucha y saludó con la mano.

— ¿Qué tal estoy?

— Linda como siempre.

— ¿Vas a ir así? Pensaba que te pondrías algo especial para el ritual.

— En realidad tienes razón, me pondré algo diferente y más apropiado. Pero está en la reserva.

◆ ◆ ◆

Llegamos a la reserva Luna de Sangre alrededor de las siete y media. El cielo estaba despejado, tal y como había predicho la vidente. Se podía ver la luna llena, radiante y brillante en el cielo oscurecido.

Aparqué el coche cerca de la cabaña de Wolfgran y caminé con Diana hasta que vimos una gran hoguera aún apagada en el centro de un círculo de piedras. Estaba situada como una atracción única.

Se podían ver algunas runas en la leña de la hoguera. Básicamente, su significado era algo así como:

«Dentro de los corazones de los lobos hay una chispa. El fuego que une a todos en la misma maldición. Que arde sin siquiera ser visto. Que calienta con fuerza, vigor y agudiza cada sentido. Esa chispa es cada uno de nosotros».

A unos cincuenta metros del círculo de piedras había una pequeña cabaña hecha de ladrillos. El material más resistente contra el aliento de un licántropo.

Allí era donde los humanos que conocían a los licántropos se reunían para asistir al ritual de la luna llena.

En el exterior de la pequeña casa había una amplia ventana que permitía a todos los que estaban dentro ver el evento. También había baños, sillones, una mesa con algunos aperitivos y una chimenea muy bien abastecida.

Entramos en la cabaña y Diana enseguida encontró a Elis sentada en un sillón.

—¡Elis! —La saludó con la mano desde lejos y la señora se levantó—. ¡Me alegro de verte!

— ¡Lo mismo digo, hija mía! ¿Tienes ganas de ver el ritual?

Diana se volvió hacia mí antes de responderle:

— Estoy deseando volver a ver a mi lobita.

Gruñí, fingiendo estar enfadado, y Elis se rió.

Lyrolf entró justo después y me tocó el brazo.

— Despídete de tu novia. ¡Tenemos que irnos!

Cogí a Diana por la cintura y la besé.

— Quédate bien. Te quiero.

— Yo estaré bien. Yo también te amo.

Nos besamos y luego salí con Lyrolf.

Los vientos helados parecían más intensos, pero no había nubes que pudieran ocultar la luna llena.

Seguimos hasta el centro de los pinos cubiertos de nieve para encontrar a Wolfgran. Ya estaba vestido con la ropa del ritual y sostenía la mía y la de Lyrolf.

El atuado consistía en un collar con tres colmillos de licántropos de nuestros antepasados, dos brazales con runas que simbolizaban «valentía» y una especie de pantalones cortos de color beige con costuras que formaban símbolos nórdicos y con pelos arrancados de la forma animal.

Nos vestimos y guardamos nuestra ropa en un cofre cercano, hecho de caoba.

Luego nos dirigimos al círculo de piedras. Yo me quedé a la derecha, Lyrolf a la izquierda y Wolfgran en el medio, frente a la hoguera y la casita de ladrillos.

Wolfgran llamó la atención de todos con los brazos en alto:

— ¡Bienvenidos! ¡Comencemos ahora el Ritual de la Luna Llena!



CAPÍTULO 55: EL RITUAL DE LA LUNA LLENA

Diana Perreut

Greg, al igual que sus otros hermanos de la manada, apenas parecía vestido. Se le veía el pecho y el abdomen marcado de los licántropos. Todos tenían pelo. La musculatura de Wolfram parecía más definida.

Empezaron a bailar en círculo alrededor de la hoguera, cantando una canción que no tenía ni idea de qué idioma era. Recordaba a una especie de folk. Quizás combinaba con la gaita.

Con un cierto ritmo, golpeaban las manos hacia arriba y hacia abajo, caminando en círculos en medio de la hoguera. Dieron siete vueltas hasta que se detuvieron en la posición en la que permanecieron.

Dejaron de cantar y fue entonces cuando se encendió la gran hoguera y mis ojos contemplaron aquella enorme atracción. El fuego parecía que iba a alcanzar la luna llena en el cielo.

Inmediatamente después, comenzó su transformación. Podía ver el dolor en sus rostros y la forma en que se encorvaban para

adoptar una forma bestial.

—Greg... —balbuceé, sosteniendo el colgante que ahora estaba fuera de mi abrigo.

No me gustaba verlo sufrir. Pero respetaba la importancia de aquello.

Los crujidos de la hoguera se mezclaron con el crujir de los huesos de los licántropos, hasta que se remodelaron para dar lugar a las criaturas.

Ahora, alrededor del brasero, había tres hombres lobo de pie, aullando a la luna.

Lyrolf, en su forma feroz, tenía el pelo negro y los ojos de un verde intenso. Noté que sus garras parecían más grandes que las de Greg. Pero la altura era muy similar.

Wolfgran, por su parte, fue una verdadera sorpresa. Su forma feroz era más grande que la de los demás. Dos metros y medio de altura. ¡O más! Pelaje blanco como la nieve y ojos de un rojo radiante y vibrante. Sus garras y patas eran más grandes que las de los demás. Se mantenía en medio. Su aullido era más potente.

¿Así que esa es la diferencia entre un Alfa y los demás?

Greg estaba a la derecha de la hoguera. Su pelaje marrón y sus ojos amarillos me hacían suspirar, recordándome nuestro apareamiento.

Doloroso, intenso y delicioso.

Podría arriesgarme una segunda vez de esa manera, pero sabía lo peligroso que sería. Todavía podía sentir las firmes embestidas moviendo mis órganos.

— Nunca me canso de ver este ritual — comentó Elis, con una sonrisa en el rostro—. Es hermoso verlos en su forma más pura, ¿no crees?

Asentí con la cabeza y me concentré en Greg, que estaba fuera.

El fuego seguía agitado y los aullidos cada vez más intensos.

Dos personas entraron en la cabaña. Elis y yo nos volvimos para mirar. Mis ojos se abrieron como platos al ver a Klaus y Sina.

— ¡Espero no haber llegado muy tarde! — Sina sonrió, tocándose el pelo pelirrojo.

Suspiré, todavía sin paciencia para aguantarla.

Klaus se acercó a mí y nos abrazamos.

— ¡Qué alegría verte por aquí, Diana!

Se quedó a mi lado, mirando el ritual a través del cristal.

Me dio curiosidad verlo allí a mi lado, y no alrededor de la hoguera, ya que era un licántropo.

— Klaus, pensé que también ibas a participar.

Él sonrió pasándose la mano por la barba.

— Después de que tu hermana falleció, decidí seguir con mi vida como un humano normal. Eso significa abandonar antiguas tradiciones, aunque siempre estaré aquí para mis hermanos. Nunca dejaré de ser un licántropo.

— Imagino que fue una decisión difícil. ¿No echas de menos tu forma animal?

— No mucho.

Toqué el cristal y vi a Greg, Lyrolf y Wolfgran volviendo a caminar en círculos alrededor de la hoguera. Esta vez, la canción se convirtió en un aullido con un ritmo más intenso.

— Klaus, tengo una pregunta, pero entenderé si no quieres responderla.

— No te cortes. — Sonrió amablemente.

— ¿Algún día se lo contarás a Sofie y Olivia?

Klaus se encogió de hombros.

— Para ser sincero, no lo sé. Pero sí, tengo intención de hacerlo. Creo que sería justo para las mujeres de mi vida.

Asentí con la cabeza.

— ¡Es una sabia decisión! Estoy seguro de que lo entenderán y lo respetarán. ¡Incluso creo que a Sofie le parecerá increíble!

Klaus soltó una risita.

— Apuesto a que me pedirá que la monte a caballo en mi modo feral. Seré una especie de perro gigante.

Nos reímos imaginando la escena.

Cuando recuperé el aliento, terminé preguntando sin pensar:

— ¿Mi hermana ya ha visto este ritual?

Klaus tocó el cristal con el dedo índice y explicó:

— En mi época éramos cinco alrededor de la hoguera. El que estaba en el centro era el antiguo Alfa. Veillun. Mi forma feral tiene el pelaje más bien marrón claro, como sepia. Yo estaba a la izquierda del Alfa. Wolfgran estaba a la derecha, simbolizando el siguiente en la jerarquía. Recuerdo que cuando traje a Paola aquí, ya estaba embarazada. Igual que tú...

Me volví hacia Klaus, que ahora tenía una sonrisa nostálgica.

— ¿Qué? — Mi voz sonó lo suficientemente alta como para llamar la atención de Elis y Sina.

Klaus abrió mucho los ojos y se volvió hacia mí con una expresión de sorpresa.

— No me digas que Gregor aún no te lo ha contado.

Di un paso atrás, sintiéndome mareada. Aquello fue como un puñetazo en el estómago.

Quizás Klaus estuviera confundido. ¿Cómo podría saberlo, después de todo?

— ¡Imposible! —Di una patada en el suelo—. ¡No puedo estar embarazada!

Elis se levantó y se acercó.

— Hija mía, ¿algún problema?

— ¡No estoy embarazada! — insistí, volviéndome hacia la señora que me sostenía la mano.

Klaus negó con la cabeza, un poco absorto.

— Diana, no quería asustarte. Solo lo noté por el olor.

Elis me acarició la mano, como si fuera una niña asustada de seis años.

— Respira hondo. ¿Has llegado a desmayarte recientemente? Recuerdo que Veillun me contó que su difunta

esposa tuvo un desequilibrio hormonal antes de descubrir que estaba embarazada.

De repente, mi visión se nubló. Mis oídos dejaron de oír. Era como si mi cuerpo me protegiera de esos comentarios. Intenté respirar hondo, pero mi cuerpo se fue volviendo más ligero. Demasiado ligero para mantenerme en pie.

Sentí un toque en los hombros y luego me senté en el sillón.

Sina estaba ahora frente a mí.

— Diana, ¿puedes oírme?

— No estoy embarazada... No puede ser...

Intenté aferrarme a los aullidos del exterior. El sonido del crepitar de la hoguera. Quizás incluso de los fuertes vientos que barrían parte de la nieve hacia el círculo de piedras.

Me levanté bruscamente, con el cuerpo tembloroso.

— ¿Qué voy a hacer? — Sentía la boca muy seca.

Klaus me tocó el hombro.

— No es el fin del mundo, Diana. Estoy seguro de que todo saldrá bien.



CAPÍTULO 56: PASE LO QUE PASE

Gregor Ylmaz

Volvimos a nuestra forma humana mientras la hoguera aún crepitaba bajo la luz de la luna. Había un rastro de sangre entre las piedras y la nieve del suelo.

Me sentía un poco mareado y Lyrolf me sujetó, sonriendo. Estábamos cubiertos de humo, que era la forma en que se curaban nuestras heridas.

— ¡Lo has hecho muy bien, Greg! Apuesto a que es la primera vez que consigues mantener la transformación sin destruir nada.

— ¡Vete a la mierda! —le gruñí, y él se rió.

Wolf se acercó a nosotros. Su regeneración era tan absurda que apenas salía humo de su cuerpo. El poder de un Alfa estaba lejos de mi comprensión.

— ¡Gracias, hermanos! Otro año más. Ha habido algunas emociones extra al final del año, pero todo ha salido bien. ¡Eso es lo que realmente importa!

Gael se acercó a nosotros, aplaudiendo. Se ajustó las gafas y, a medida que se acercaba, notamos que tenía algunas mariposas en el pelo.

Nos tendió tres batas:

— ¡Ha sido fabuloso! Siempre me alegra asistir al ritual cada año. Toma, he traído las túnicas. No queremos que los invitados os vean desnudos, ¿verdad?

Cogí el albornoz marrón y Lyrolf cogió el negro. Wolf cogió el blanco y casi no tenía heridas cuando se lo puso. El albornoz ni se mancharía de sangre ni se mancharía.

Seguimos caminando hacia la casita de ladrillo y mis ojos se fijaron en Diana, sentada en el sillón. Estaba blanca como la cera de una vela.

Caminé hacia ella y me agaché, tocándole las rodillas.

— ¡Eh! ¿Qué ha pasado? ¿Estás bien? Será mejor que vayamos al médico.

Diana me tocó los hombros y noté que le temblaban los dedos.

— Yo... yo... ¿De verdad estoy embarazada?

Eso me tomó por sorpresa. Levanté la cabeza, tratando de detectar algún cambio en su cuerpo, pero no identifiqué nada que indicara un embarazo.

— No lo sé...

— Está bien. — Wolfgran me tocó el hombro.

Los ojos de Diana se llenaron de lágrimas y noté que su corazón latía muy rápido. Cada vez más rápido.

Por otro lado, yo estaba feliz. Un cachorro que venía del vientre de mi hembra predestinada es una señal fuerte. Más aún con la luna creciente al día siguiente.

Le tomé las manos y la abracé con fuerza. Todos a nuestro alrededor aplaudieron, pero Diana se quedó en silencio.

Cuando finalmente habló, fue con un susurro tímido:

— ¿Podemos irnos?

Asentí con la cabeza y me despedí de todos.

Caminamos en silencio hasta el coche en el aparcamiento improvisado.

A pesar de que le daba mi aliento, las manos de Diana seguían heladas. Estaba sudando frío.

Entramos en el coche y la miré.

— Diana, quiero que sepas que...

— ¡No puedo tener un hijo, Greg! — Diana comenzó a llorar con los ojos muy abiertos.

La luz amarillenta del interior del coche ahora marcaba un rostro debilitado por el miedo. Los mechones castaños ondulados le rozaban la cara, pegándose a las lágrimas que caían sin cesar. Hasta que empezó a sollozar.

— Diana... — La rodeé con mis brazos y la dejé llorar.

Era un llanto fuerte, pero amortiguado por mi hombro. Le acaricié la cabeza mientras la dejaba llorar hasta que se cansó. La zona donde escondía el rostro empapó mi bata con sus lágrimas.

Aunque estaba feliz por la noticia, entendía el peso que eso tenía para Diana. Al fin y al cabo, su hermana había fallecido en un embarazo complicado con un licántropo. Además, sería un shock para ella saber que era una niña.

El lupus es una enfermedad peligrosa, más aún si se lleva consigo un gen de licantropía. Todo esto hay que tenerlo en cuenta.

Diana dejó de sollozar y levantó la cabeza. Le limpié la cara mojada con las mangas de la bata marrón. Tenía los ojos enrojecidos y la boca temblaba sin parar.

Le toqué la cara con cuidado. Tenía la piel húmeda y caliente, marcada por las lágrimas que aún resbalaban lentamente.

— Diana, ¿qué está pasando por tu cabeza?

— Tengo miedo, Greg... No puedo ser madre. Ni siquiera sé por dónde empezar. Nunca me preparé para esto.

Le apreté la mano, dejándole sentir mi presencia.

— No estás sola. Yo tampoco lo sé todo, pero estamos juntos en esto. Haré todo lo posible por ser el mejor padre que pueda. Estamos juntos en esta nueva etapa, ¿de acuerdo?

Ella no respondió. Intentó contener el llanto, pero solo consiguieron brotar más lágrimas.

— Vámonos... Por favor... — Se encogió en el asiento del copiloto, todavía con el cinturón de seguridad puesto, y se volvió hacia la ventana.

Arranqué el coche y salimos de la reserva.



Diana estaba dormida cuando llegamos a la cabaña. La cogí en brazos y la llevé escaleras arriba hasta su habitación.

Cuando la acosté en la cama, me agarró del albornoz y volví a arrodillarme frente a ella.

— ¿Puedes dormir conmigo? — Su rostro seguía sonrojado. Se le veían incluso algunas pecas por el llanto.

— No hace falta que lo pidas.

Salté a la cama y me acurruqué detrás de ella. La abracé con fuerza. Mis manos se deslizaron por su vientre. Diana no hizo ningún gesto para que las apartara.

Apagó la lámpara de luz amarillenta y nos quedamos en la oscuridad.

El aroma de Diana estaba empezando a cambiar. Quizás solo ahora me daba cuenta. Todavía era una percepción muy difícil de percibir. El aroma dulce se hizo más intenso.

Enderecé mi rostro entre su enmarañado cabello y la abracé con más fuerza. Las manos de Diana se posaron sobre las mías.

En ese momento, sus latidos comenzaron a volver a la normalidad.

— Greg... —Su voz resonó en la oscuridad de la habitación —. ¿Y si es una niña?

— La querré igual.

— ¿Y si tengo un embarazo de riesgo? ¿Y si nace con lupus?

— Tú no eres Paola.

Hubo un silencio y levanté la cabeza, tratando de procesar si había dicho algo inconsecuente.

Diana se giró, quedando frente a mí. Sus pulmones luchaban contra la bronquitis. Quizás agravada por el llanto.

— ¿Me está castigando Dios?

Dejé escapar una sonrisa bajo la barba. Acaricié su rostro, ahora seco, como si hubiera llorado lo suficiente.

— Te voy a contar algo sobre mí. Me crió un anciano que me encontró en el bosque. A medida que fui creciendo, se dio cuenta de que no era humano. Aun así, me cuidó en una cabaña aislada en medio del bosque. Me hizo prometer que solo cazaría animales salvajes. Y que si algún día cazaba a un humano, que fuera alguien con mal corazón.

Los ojos de Diana se abrieron como platos.

— ¿Por eso atacaste al cazador aquel día?

— ¡Exacto! Y ese día mi padre estaba enfermo. Muy viejo, ¿sabes? Los humanos viven poco. Sobre todo los buenos. Viví durante años en el bosque. Aislado del mundo. Y fue después de unos treinta o cuarenta años cuando conocí a Veillun y la reserva Luna de Sangre.

— ¿Y cómo se llamaba ese señor?

— Durante un tiempo lo llamé «padre». Pero su verdadero nombre era Oswaldo. Él fue quien me puso el nombre de Gregor Ylmaz, que significa algo así como «vigilante atento». Me llamaba buen cazador.

Diana finalmente sonrió. Eso me alegró el corazón.

— Me hubiera gustado conocerlo.

— Le habrías caído bien. Pero ¿sabes por qué te he contado todo esto?

— Intentabas distraerme, ¿verdad?

Acerqué mi rostro y besé sus labios, que aún tenían el sabor salado de las lágrimas.

— ¡Qué va! Te lo he contado para que veas que no es un castigo divino ni nada por el estilo. La verdad es que, pase lo que pase, siempre encontramos lo que necesitamos. Al igual que lo que necesitamos siempre nos encuentra a nosotros. Haremos lo que esté en nuestra mano en este momento, Diana, y luego ya veremos cómo proceder. ¡Juntos! ¿De acuerdo?

Diana asintió con la cabeza y la apoyó en mi pecho. Nos abrazamos y ella me dio las gracias en un susurro cansado.



PARTE FINAL

LUNA CRECIENTE



CAPÍTULO 57: ¿EL CUMPLEAÑOS DE QUIÉN?

Gregor Ylmaz

La doctora Dalva le hacía una ecografía a Diana, que parecía más tensa que nunca. Podía oír sus latidos cada vez más intensos. Ni siquiera cuando nos apareábamos sus emociones estaban tan revueltas.

— Ya estás de seis semanas de embarazo. Pero tengo que explicarte que los bebés licántropos tienen un periodo de gestación más corto.

No pude ocultar mi sonrisa. Era lo mejor que había oído en mucho tiempo.

Diana, por su parte, parecía catatónica.

— ¿Cómo? Todavía estoy asimilando el hecho de que voy a ser madre. ¡Pensaba que tendría unos nueve meses!

Dalva se rió y se disculpó inmediatamente.

— Ah, lo siento. Es que ya he asistido al parto de alguien en tu lugar y vi que los bebés licántropos nacen antes que los demás.

— ¿Y el sexo? —preguntó Diana, con la mano ya sobre el colgante.

— Todavía no se ve. — Dalva volvió a tocar el vientre de Diana y le dedicó una sonrisa amable—. Sea lo que sea, no estás sola. Puedes contar con toda la reserva, conmigo y con Gael.

Esbocé una sonrisa y le di las gracias.

Dalva aprovechó para cambiar algunas vitaminas que le había dado a Diana y ya concertó la próxima visita.



Salimos del hospital y fuimos directamente a Wolf Sports. Como era viernes, pensé que era mejor distraer a Diana con el trabajo.

No quería que tuviera una recaída por miedo al embarazo.

Pero al llegar allí, encontramos la tienda desierta. Incluso las luces estaban apagadas. Cogí a Diana de la mano y la escondí detrás de mí.

— Quédate aquí. Voy a ver qué diablos está pasando.

— ¡No, Greg! ¡Puede ser peligroso!

Me volví hacia ella con una ceja levantada.

— Soy un licántropo y tú lo sabes.

Diana me agarró con fuerza de la mano.

— Pero, ¿y si es alguien con un arma y balas de plata? ¡No eres inmune a todo!

Tenía razón. Pero, aun así, iba a proteger a mi mujer. Además, por supuesto, de mi hijo que llevaba en su vientre.

— No hay discusión, Diana... Yo voy delante.

Ella me siguió, escondiéndose detrás de mí. No era difícil. A mitad de camino sentí olor a fósforo. Levanté la cabeza, dejando que mis ojos adquirieran el color del estado felino.

También tensé los músculos del cuerpo para enfrentarme a lo que fuera que estuviera allí. Había varios olores mezclados, pero el único en el que pude concentrarme era el del fósforo. Quizás estaban intentando prender fuego a la tienda.

— ¡Atrás, Diana! — Mi voz sonó un poco más grave de lo habitual.

Fue entonces cuando sentí que los olores se acercaban. Corrí hacia ellos y, cuando llegué al final de la pared, mis ojos se abrieron de par en par al ver a todos los empleados de la tienda con un pastel y gritando:

— ¡SORPRESA!

Hubo una explosión de confeti y serpentinas. El olor a fósforo se hizo más fuerte al ver el pastel lleno de velas por todas partes. No entendía qué diablos estaba pasando.

Lyrolf se acercó y me tapó los ojos.

— ¡Greg! —Me acercó a mi oído—. Estás entrando en modo feral. ¿Estás loco?

— ¡Joder! —gruñí, quitándole la mano de los ojos—. ¡Creía que habían entrado a robar en la tienda! ¿Qué demonios estáis haciendo?

Milena se ajustó las gafas y vino a ponerme un sombrero de fiesta de colores.

— ¿Estás tan distraído que te olvidaste de tu propio cumpleaños?

— ¿Es tu cumpleaños? — Diana se acercó y me tocó el hombro—. ¿Por qué no me lo has dicho?

Miré a Lyrolf, que apartó la mirada riendo.

Bueno, la verdad es que no sé cuándo es mi cumpleaños. Me criaron sin saber nada de esa cultura humana. Sin embargo, Wolfgran y Lyrolf crearon una fecha para celebrarlo.

El 23 de diciembre.

Como odiaba esas festividades, la gente solía olvidarse, y solo se acordaba de la Navidad. Pero en los últimos años, Milena inventó esta fiesta sorpresa anual. De la que NUNCA me acuerdo.

— Me olvidé —gruñí, irritado por el maldito sombrero.

Diana también recibió un sombrero y se puso más sonriente.

El hecho de que ella estuviera feliz con eso fue suficiente para que toda esa tontería valiera la pena.

Después cantaron el cumpleaños feliz y Lyrolf me ayudó a cortar el pastel y repartirlo entre todos los empleados. Mientras cortaba la décima porción, Diana se acercó a mí.

— ¡No puedo creer que no me lo hayas dicho! No te he comprado ningún regalo aparte del de Navidad, que te daré mañana.

— Mi mayor regalo es tener algo mío dentro de ti. — Le toqué la barriga.

Diana apartó la mirada, sonrojada.

— No vale...

— Está bien... Podemos aparearnos cuando lleguemos a casa. Y también en las aguas termales mañana.

Ella me miró, fingiendo ponerse seria.

— ¡Greg, solo piensas en eso!

— ¡Contigo! Tu culazo es una pasada y...

Diana cogió un trozo de tarta y me lo metió en la boca.

— ¡Te amo, lobo travieso!

Sonreí con los dientes manchados de pastel, y Diana sintió asco y se alejó.

Wolfgran llegó poco después. Todavía llevaba el uniforme de policía.

— ¿Todavía me toca un poco de pastel?

— Lo pensaré — respondí encogiéndome de hombros.

Nos abrazamos y me dio un beso en la frente, lo que me dejó un poco avergonzado.

— Muchos, muchos años de vida —dijo Wolf y cogió un trozo de pastel de chocolate—. Y recuerda: ¡*el pastel es poder*!

Entrecerré los ojos.

— A veces me pregunto de dónde sacas esas frases tan raras.

Wolf se rió, rascándose la parte posterior de su cabello platino.

— Ni idea. Quizá sea la sangre licántropa.

— ¡Ni hablar!

Gael llegó justo después. Su cabello oscuro con puntas verdes estaba más revuelto que nunca. Esta vez tenía un escarabajo caminando por allí.

— ¡Felicidades, Greg! — Me abrazó como solo él sabía hacerlo. Un abrazo demasiado cálido para un simple humano.

— ¡Gracias, amigo mío!

Milena, Lyrolf y algunos empleados más comenzaron a aplaudir y a decir en coro:

— ¡DISCURSO! ¡DISCURSO!

Les gruñí. Pero cuando vi que Diana también estaba emocionada y pidiendo «discurso», suspiré y acepté.

Todos se quedaron en silencio con una sonrisa en el rostro. Respiré hondo antes de pronunciar el tan esperado discurso. Nunca se me dieron bien las palabras.

— Miren, voy a ser directo porque no sé hacer estas cosas. Si alguien pide más, ¡será despedido!

Todos se rieron y entonces comencé mi discurso:

— Quiero darles las gracias por acogerme tan bien todos estos años en Hiverdoux. Por aceptarme como jefe, a pesar de ser malhumorado y...

— ¡Con Diana has mejorado mucho! — soltó Lyrolf, y todos se rieron.

— ¡Despedido! —Le señalé, y todos se rieron un poco más —. Pero hablando en serio. ¡Muchas gracias! Me siento parte de este

pueblo nevado con gente tan increíble y especial. Y le agradezco al pueblo por hacerme reencontrar a Diana. Mi...

Diana me miró atentamente con seriedad, esperando que dijera «mujer predestinada».

— ¡Mi compañera! —concluí, y ella sonrió.

Todos silbaron y aplaudieron.

Mi compañera me dio un beso y comí otro trozo de tarta.

Después de todo, ¡el pastel es el poder!



CAPÍTULO 58: EN LAS AGUAS TERMALES

Diana Perreut

Gregor me quitó la venda de los ojos y pude ver el paisaje más hermoso de toda mi vida. Era una piscina de aguas termales en medio del paisaje nevado de las montañas de Hiverdoux.

El agua era de un azul verdoso. Salía humo. Había piedras en los bordes y vitrinas con algunas bebidas y alimentos.

Un verdadero sueño.

— Mira hacia arriba —dijo Greg señalando.

Mis ojos se abrieron como platos al ver por primera vez en mi vida una aurora boreal.

Las luces bailaban con movimientos lentos, formando ondas y cortinas de colores vibrantes que variaban entre el verde, el morado y el rosa.

El verde era el color más común, pero la combinación con otros colores y formas daba una variación constante y única. Precioso. Imposible de reproducir.

En una noche clara como aquella, la aurora parecía un cuadro vivo, con franjas de luz que fluían y se curvaban como un río en el cielo.

— Sí... ¡Mágico!

— No llega a los pies de su belleza, pero también es precioso.

Sonreí a Greg, que me acarició la mejilla. Lo abracé, dejando que me besara la frente.

— ¡Estamos solos aquí, Diana! Todo para celebrar la nueva etapa de nuestra vida.

— ¡Es toda una sorpresa! Aunque ya sabía algo al respecto.

— Créeme, ¡esta no es toda la sorpresa!

— ¿No?

Gregor no perdió tiempo. Empezó a desnudarse allí mismo, colocando su ropa en un baúl de piedra que estaba cerca de la piscina.

Luego me empujó, ayudándome a desvestirme. Sentí cómo se me erizaba el vello con cada beso caliente sobre mi piel, que iba bajando por mi cara, cuello, hombros, brazos, pechos, abdomen, hasta llegar donde él quería.

Saltó a la piscina y yo me quedé fuera, sentada desnuda sobre las piedras.

Greg utilizó sus habilidades para calentarme desde fuera de la piscina mientras su boca se apoderaba de mis labios vaginales. Mis piernas se retorcían sobre sus anchos hombros.

Podía sentir el delicado deslizamiento de su gran lengua haciéndome abrirme en su boca. Gemí, tocándole la cabeza y acercándolo cada vez más a mí.

Me chupó mientras mis ojos veían la hermosa aurora boreal sobre nosotros. Los vientos helados ni siquiera podían tocarme. Estaba caliente, incluso estando fuera de las aguas termales.

— Ay, Greg... No pares...

Me mordí el labio inferior, sintiendo cómo se contraían mis músculos en un espasmo. Su lengua penetró en mí, haciéndome ver

aún más colores en la aurora boreal. Sabía cómo chupar un coño.

Su lengua se deslizaba con calma, recorriendo cada detalle de mi vagina hasta penetrarme en un éxtasis creciente.

Toqué sus hombros, sintiendo los músculos de Greg volverse cada vez más frenéticos. Su boca entonces chupó mi clítoris haciéndome gozar aún más.

Gemí tan alto que quería más y más. Todo lo que quería era que siguiera y me chupara así. Presionando sus propios labios, jugó con mi clítoris hasta que me corrí aún más en su boca.

La saliva de Greg estaba tan caliente como mi orgasmo. Su lengua entrando en mi canal me hacía temblar en su boca como una niña tímida. Sonreí al cielo, sintiendo cómo el ritmo aumentaba cada vez más.

Greg entonces tiró de mis piernas y caí en las aguas termales. La temperatura subió mucho y la presión del agua llegó con fuerza cuando sentí que empujaba su pene dentro de mí.

Inclinó su cuerpo, presionándome contra la pared de la piscina, y puso mis piernas sobre sus hombros. Su pene avanzó bruscamente mientras lo besaba. La presión del agua junto con él dentro de mí parecía hacer que mis paredes internas se dilataran más de lo normal.

Le toqué la cara y mi boca tembló.

— Esto está tan bueno...

Greg sonrió, rozando su barba en mi cuello mientras me follaba sin piedad todavía bajo el agua.

— ¡Estás deliciosa, Diana! Tus feromonas de embarazada me están poniendo cada vez más cachondo.

Mis manos se deslizaban por sus musculosas espaldas. Sus besos marcaban mi piel con un placer sin igual. Me daba cuenta de que después se me pondría toda morada, pero no me importaba.

Gregor hacía que mis piernas temblaran incluso bajo el agua. Con cada embestida sentía mi cuerpo vibrar. Las luces de la aurora boreal nos admiraban con ese sexo salvaje y apasionado.

Sus manos me apretaban con placer. Un toque en mi cintura me hizo correrme. Simplemente dejé que deslizara sus manos hasta agarrarme el culo y cogerme en sus brazos.

Dos dedos se deslizaron hasta mi ano y lo penetraron. Temblé en sus brazos y lo miré con los ojos muy abiertos.

Fue placentero y ligeramente doloroso.

Gregor sonrió y volvió a hundir esa polla mojada en mi coño mientras dos de sus dedos entraban en mi culo. Y me encantó mientras me sacudía en sus brazos y mis nalgas apenas tocaban el agua.

Hasta que me soltó y me tiró boca abajo sobre las rocas del borde de la piscina. Cuando me di la vuelta, me sujetó las manos a la espalda y me penetró por detrás.

Sentí el empuje de su fuerza y gemí, girando la cabeza hacia delante. El paisaje invernal de los árboles transmitía una sensación de tranquilidad. La forma en que Gregor me follaba transmitía la sensación opuesta.

Me gustaba esa dualidad frenética.

Cada embestida hacía que mi cuerpo se balanceara hacia adelante y hacia atrás. Un intenso vaivén que hacía que mis pezones rozaran las piedras ásperas del borde de la piscina.

No quería que parara. Podría haberme quedado allí para siempre, hasta que me dejara aún más mojada.

Gregor me agarró bien por las piernas y me dio una palmada que hizo que mi cuerpo temblara. Me corrí de nuevo. Su polla ahora se deslizaba aún más fácilmente dentro de mí. Incluso sentía sus pelotas golpeando groseramente mi entrada.

Otra palmada y sonreí, casi babeando sobre las piedras. El placer de la polla entrando bruscamente. Mis pezones rozando la piedra. Los agarrones y las palmadas en mi culo. Todo eso me hace tener un orgasmo tras otro.

Me agarré fuerte a la piedra, sintiendo que mis piernas tenían un espasmo tan fuerte que mi gemido sonó como una perra en celo. Quizás era el embarazo.

— ¡Fóllame! ¡Más, Greg! ¡Más!

Le supliqué tanto que me dio otra palmada en la nalga derecha. Sus embestidas se volvieron más brutales. Por un momento, sentí tanto calor que me pareció que me había tragado por completo.

En ese estado, si él entraba en modo animal, seguramente yo aceptaría que me penetrara con ese pene de más de treinta centímetros. Quizás llegaría hasta mi garganta, pero no me importaba.

— ¡Más, Greg!

Sus manos se detuvieron en mi cintura. La agarró con fuerza y me penetró con una fuerza sobrehumana. Parecía que su pene me golpeaba contra la pared del útero. Me dolía, pero no le pedí que parara.

Sentí que mi cuerpo se balanceaba en sus manos y, cuando estaba a punto de correrme otra vez, Greg me tiró del brazo y caí en sus brazos.

Me besó con un deseo tan intenso que me hizo desear que nunca saliera de dentro de mí.

Gregor me folló allí mismo, de pie sobre el agua, hasta correrse. Sus piernas se pusieron tan débiles que caímos al agua.

Nos levantamos rápidamente, respirando por la boca. Estábamos tan jadeantes que solo nos miramos y ya sabíamos lo que queríamos decir.

Nos amamos.

Gregor saltó fuera de la piscina con la agilidad típica de los licántropos. Se dirigió al baúl de piedra, caminando con la polla aún dura.

— ¿Qué estás haciendo? — Sonreí, viéndolo desde lejos, ahora revolviendo en el cofre.

Fue entonces cuando sacó una manzana verde y mi corazón se estremeció.

Saltó a la piscina, salpicando agua caliente por todas partes. Se puso delante de mí y me entregó la manzana verde.

— ¿En serio? — Me reí al ver eso.

Fue entonces cuando me di cuenta de que era una manzana verde falsa. Era un pequeño cofre.

Gregor me la quitó de la mano y la abrió, haciendo que mis ojos se abrieran como platos.

Un anillo con una piedra brillante en el centro. Precioso, con piedrecitas incrustadas en los laterales.

— Diana Perreut, ¿quieres casarte conmigo?

Las lágrimas brotaron en mi rostro caliente.

— ¡Sí! — Sonreí, abrazando a mi lobito.



CAPÍTULO 59: UN REGALO DE NAVIDAD

Diana Perreut

Aquello fue un sueño extraño.

Recordaba haber visto un cielo rosado con hojas carmesí revoloteando por todas partes.

Estaba en una especie de parque. Había árboles otoñales de colores amarillos, rojos y otros sin hojas.

Llevaba un vestido floreado de color lila, que se balanceaba con el viento. Mi cabello se agitaba sin parar.

Incluso levanté el brazo para protegerme de algunas hojas que caían sobre mi cara. Caminé sobre el suelo frío de piedras. Podía sentir su textura. Estaba descalza.

—¡Di!

Esa voz me llegó al fondo del corazón. Me di la vuelta completamente.

Mis ojos se fijaron en la mujer de cabello castaño y ondulado. Una sonrisa amplia como siempre y los hoyuelos que heredamos de nuestra madre.

— ¡Pa... Paola! — Mis lágrimas comenzaron a brotar como una cascada interminable.

Corrí hacia ella, que abrió los brazos para abrazarme. Nos quedamos en un largo abrazo que duró unos minutos, tal vez.

Ya no había rencor. Ni tristeza. Ni siquiera ira.

Su cuerpo estaba caliente. Paola me acogió en sus brazos como si aún fuéramos las mismas mujeres de antes de nuestra discusión.

Nos quedamos mirándonos durante un rato y, en ese pequeño instante, deseé que ese momento durara para siempre.

—Paola, por favor, ¡perdóname! —Lloré, bajando la cabeza.

Pero Paola sonrió y me apretó la nariz. Como solía hacer a veces.

— ¡Tú eres la que tiene que perdonarse, Diana! Yo ya te perdoné mucho antes de dar a luz.

Sus palabras sonaron como un bálsamo para mi alma. Ver esa amplia sonrisa suya me hizo darme cuenta de que todo estaba bien.

— No hay manera... — Me reí, tratando de secarme las lágrimas.

Paola me tocó la barriga y sonrió.

— Quién lo diría... Estás embarazada.

— Es aterrador...

— ¡Tú puedes, Di! Eres la mujer más dedicada que conozco. Ahora tengo que irme. ¡Digamos que este ha sido tu regalo de Navidad!

Toqué el brazo de mi hermana y los vientos con hojas carmesí comenzaron a soplar aún más fuerte.

— ¡No, Paola! Quédate un poco más...

Mi hermana sonrió y me abrazó de nuevo.

— No puedo, y tú tienes compromisos. Dale un fuerte abrazo a Sofie de mi parte.

Lloré un poco más al ver a Paola saludar con la mano desde lejos. Poco a poco, las hojas se fueron mezclando con su silueta.

Y...

Entonces...

Me desperté...

Todavía tenía lágrimas en la cara. Ante mis ojos había un gnomo, en la mesita de noche. Llevaba vestiduras azules y una barba blanca y pequeña.

— Gracias... — Sonreí.

El gnomo asintió con la cabeza y saltó de la mesita hasta desaparecer en medio de una ligera niebla que se formó.

Greg se despertó enseguida con las manos sobre los ojos.

— ¿Por casualidad me has hablado? — Al verme, abrió mucho los ojos al ver mis ojos llenos de lágrimas. — ¿Qué ha pasado, mi amor?

— ¡Solo estoy feliz, lobito! ¡Feliz Navidad! — Sonreí de nuevo, sin poder contenerme.

Gregor me abrazó y luego me limpió la cara.

— Me alegra oír eso. ¡Feliz Navidad, mi futura esposa!



Llegamos a casa de Klaus por la noche. En cuanto Sofie abrió la puerta, el olor agridulce invadió mis fosas nasales, dejándome con un hambre voraz. Ahora que comía por dos, parecía una sensación de vivir hambrienta.

— ¡Feliz Navidad, tía Diana! ¡Y primo! —Sonrió Sofie—. ¿Y cómo se va a llamar?

— ¡Feliz Navidad! —pregunté, fijándome en el pronombre—. ¿El suyo?

— ¡Es un niño! —Sofie asintió con la cabeza con mucha seguridad—. ¿Y cómo se va a llamar?

— Si realmente es un niño, se llamará Reiner.

Tal y como había acordado con Paola, me incliné y le di un fuerte abrazo a Sofie.

— ¡Vaya, un abrazo doble! —Sofie se rió.

— ¡En realidad, es triple! También le doy uno por Paola.

También saludé a Klaus y Olivia y luego les ayudé con las tareas.

Gregor se había encargado del plato. Una fuente llena de filetes de perca. El pescado estaba preparado con mantequilla, hierbas y patatas. Llevé vino caliente para todos. Aunque Sofie y yo íbamos a beber sidra de manzana verde sin alcohol.

Klaus y Olivia prepararon fondue y pierna rellena con salsa agridulce.

Sofie también había preparado algo. Galletas de azúcar con decoración navideña.

La casa de los Demir estaba muy bien decorada para Navidad. El árbol de Navidad estaba en medio de la sala con luces de colores y diferentes intensidades.

Había una guirnalda de ramas de pino y algunas luces LED doradas en la entrada. También vi algunos cascabeles y piñas decoradas en ramas en la pared.

En la mesa central había una cesta con piñas perfumadas con canela. Una gran vela, con forma de tronco de árbol, iluminaba suavemente el espacio, creando un ambiente muy acogedor.

En la chimenea había un arreglo de hojas de pino y ramas de árboles locales, entremezcladas con pequeñas velas y naranjas secas, que perfumaban la sala con un aroma cítrico y amaderado.

Calcetines de lana tejidos en tonos neutros colgaban de la chimenea, esperando ser llenados con pequeños regalos de los gnomos. Sobre la chimenea había una estatua de un búho tallada de

forma rústica. Recuerdo que fue un regalo que Klaus le hizo a mi hermana antes de casarse.

— ¡Todo es tan bonito! —exclamé, aún admirando el ambiente.

Gregor dejó la bandeja con la comida en la mesa y volvió al coche. Regresó con los regalos envueltos que habíamos comprado para Klaus, Olivia y Sofie.

Klaus cogió los regalos y los puso junto a los demás debajo del árbol de Navidad.

Luego nos sentamos todos juntos a la mesa y dimos las gracias por el banquete especial. Se oía una suave música navideña de fondo.

Sofie se sentó a mi lado y me dio una galleta de azúcar antes de empezar a cenar.

— ¿Crees que algún día podré ser una gran repostera?

— ¡Claro que sí! — Probé un trozo y estaba muy bueno—. ¿Sabías que cuando tenía tu edad, mi madre nos daba dulces a Paola y a mí para que los lleváramos a casa de nuestra abuela? Había galletas como estas.

— ¿No tenían miedo de salir con dulces? ¿Y el lobo feroz?

Me reí un poco y miré a Gregor, que estaba hablando con Klaus y Olivia.

— Créeme, Sofie, descubrimos que el lobo no era tan malo.

Sofie sonrió.

— ¿Como papá? ¡Él es un lobo bueno!

El simple comentario me hizo soltar una risa reconfortante.

— Sí... Más o menos.

Después cenamos todos juntos. Y yo comí dos veces, ya que Reiner parecía un auténtico lobo hambriento.



CAPÍTULO 60: LACTANCIA

Gregor Ylmaz

1 año después

Ahora, después de un año, puedo decir que soy padre de un niño inteligente y muy fuerte. Dormía en la cuna como un pequeño lobito. Tenía el pelo castaño y los ojos color miel.

Era mi cara...

En cuanto a mi relación con Diana, parecía haber cambiado.

¡Para mejor, claro!

Ella aceptó bien la maternidad. Y yo estaba obsesionado con su aroma. Cada vez más adictivo.

Las feromonas de Diana estaban más agudas que nunca. Quizás por la lactancia. Se me hacía la boca agua hasta el punto de que se me caía por los lados, de lo mucho que quería chupar ese pezón con leche.

Diana notó mi deseo y apretó su pecho, ahora más grande que nunca, hasta el punto de que la leche goteaba hasta el pliegue.

Estaba en la cama leyendo y sabía cómo provocar a un lobo desesperado por su mujer.

Mi boca estaba sedienta, agarrándose al pecho como si fuera el único agua en el desierto. Ella dio un gritito, sintiendo mis dientes clavarse en su pecho sensible, pero no pude parar.

El aroma de la leche cargada de los feromonas post-embarazo de Diana parecía una droga dura para un licántropo.

Me sentía a cuatro patas por ella.

Chupé con fuerza su pecho derecho, sin soltar el izquierdo. Sabía que mi crío estaba bien alimentado. Era una leche dulce y llena de nutrientes. Perfecta para que cualquier bebé creciera fuerte y sano.

El rostro de Diana se sonrojó al mirarme agarrado a sus pechos. Sus pezones ahora estaban endurecidos mientras gemía, sintiendo mi boca cada vez más, chupándola.

— ¡Tranquilo, lobito! Si sigues así, no solo me chuparás la leche, sino también el alma.

La ignoré por completo.

Apreté más fuerte su pecho y ella dio un gritito agudo. Fue un sonido delicioso que me hizo querer chupar aún más.

— ¡Joder, Diana! — Apreté los dientes, tratando de limpiarme la barba manchada de leche.

Cuando me aparté de ella, me bajé los pantalones rápidamente y me corrí en medio de su abdomen. De forma natural. Quizás dos chorros.

Ella me miró sorprendida, viendo mi pene aún erecto y palpitante, y vio la marca que había quedado en su pecho. Mi dentadura perfecta.

Diana hizo un pequeño movimiento y salió un poco más de leche. Ese aroma me puso aún más duro. Mi cuerpo se movió casi por sí solo.

Mis manos levantaron su falda y tiré hasta ver sus bragas beige.

— ¡Greg! —Intentó detenerme—. ¿Qué crees que estás haciendo?

Le tiré de las bragas con fuerza y la tela se rasgó al instante. Incliné mi pene sobre su entrada y lo froté con mi semen para lubricarlo. Rozando su clítoris y haciéndola gemir suavemente.

Diana se sonrojó, un poco sorprendida, pero no me detuvo. La penetré, sintiendo un placer absurdo, y me corrí por segunda vez. Hundí cada centímetro de mi polla hasta sentir que su cuerpo se dilataba.

Parecía incluso más estrecha que nunca. Quizás no estaba preparada para todo mi pene dentro de ella en ese momento. Faltaba lubricación.

La boca de Diana tomó la mía y yo le agarré los pechos con fuerza, empujando cada vez más profundo, sintiendo cómo se endurecían mis testículos mientras me corría más y más dentro de ella. Hasta que ella empezó a derramarse de tanto placer.

— Lo siento... —dije con la boca abierta, sintiendo incluso el sudor correr por mi frente.

Me detuve por completo, sintiendo mis músculos cansados.

Diana sonrió y me dio un beso en la mejilla.

— Puedo perdonarte si me haces correrme también. ¿Qué te parece?

Asentí con la cabeza y la besé de nuevo. Saqué mi polla de dentro de ella e incliné mis dedos hacia su entrada.

Empecé a masturbar a Diana hasta que estaba tan sudada como yo.

Sus manos subieron por mi espalda y sentí sus uñas clavándose en mi piel. Froté tanto que escuché un gemido perfecto brotar en mi cara.

Mi pene todavía estaba dentro de ella. Poco a poco volví a follar esa coñito que estaba cada vez más húmedo. Diana me sonrió con la boca abierta y la cara toda sonrojada.

— No pares, Greg...

Mis dedos se volvieron más ágiles en el clítoris. La polla se deslizaba con mucha facilidad ahora. Entre un gemido y otro, ella suspiró, soltando los brazos sobre el colchón.

Le agarré los muslos y vi cómo sus pechos se derramaban más lentamente. Mis embestidas fueron aumentando de ritmo. Tanto que podía imaginarme corriéndome dentro de ella otra vez.

Salí de Diana y pude ver el semen chorreando sobre la sábana. Giré su cuerpo, poniéndola boca arriba, y la sujeté firmemente por la cintura.

Diana gimió, agarrándose a la cabecera de la cama.

— Dios... —exclamó, viendo cómo sus pechos se balanceaban a un ritmo frenético.

Volví a follar a Diana hasta que cada centímetro de mí estaba dentro de ella. Ella gimió cuando la penetré hasta el fondo. Con cada embestida, se agarraba más a la cabecera de la cama.

— Así... — gruñí, aumentando aún más el ritmo. — Me estás volviendo loco, Diana...

— Así... ¿Así cómo? — preguntó, volviéndose hacia atrás. El pelo sudado se le pegaba a la cara.

— Lactante, tal vez...

Solo con decirlo, mi pene se puso aún más rígido dentro de ella.

Diana tembló, clavando ahora las uñas en la madera de la cabecera.

Con cada embestida, su culo temblaba con fuerza. Ella gemía con fuerza, con el pelo balanceándose y tan empapado como el mío. Sus manos cayeron sobre la almohada y la agarró con fuerza, manchando la funda con leche y semen.

Cuando toqué la estrecha espalda de Diana, sentí que mi cuerpo temblaba. Eyaculé por tercera vez, llenando una vez más su vientre.

Quizás ya quería volver a ser padre.

Caí en la cama a su lado y nos quedamos mirando el techo de madera durante un buen rato. Jadeando. Cansados. Sudorosos.

Sus feromonas parecían llamarme para un cuarto asalto. Podía ver el glande de mi polla con un intenso color rojo.

— Joder... — solté, limpiándome el sudor de la frente.

Diana levantó la cabeza y me miró, pasando la mano por mi pecho peludo.

— Si seguimos así, vamos a tener otro hijo. ¡Mejor vamos con calma, lobón!

Le acaricié la cara e intenté respirar un poco más antes de responder:

— ¿Y tú estás de acuerdo?

— ¡No! —Ella se rió, besándome la cara sudada—. Un hijo ya es suficiente. Además, no sé enseñarle a ser lobo.

Gruñí, abrazándola. Aunque estábamos sudados, me gustaba estar abrazado con ella. Sobre todo después del sexo.

— Tú mandas...

De repente, nuestro niño empezó a llorar.

Levantamos la cabeza rápidamente y Diana me besó antes de saltar de la cama.

— Cógele, yo voy a darme una ducha rápida.

Asentí con la cabeza, casi haciendo un saludo militar.



EPÍLOGO

Diana Perreut

5 años después

¡Mi Imperio Romano es que los hombres lobo son reales!

Los hombres lobo existen de verdad... Y ahora que estoy casada con uno y tengo un hijo que también lo es, ¡por supuesto que estoy segura!

Aunque lo descubrí cuando solo tenía 9 años.

Esa mañana estaba terminando de hacer palomitas para sentarme a leer una novela ligera en mi Kindle, cuando me interrumpió la llegada de Gregor y Reiner.

Reiner, que ahora tenía cinco años, tenía el pelo castaño y rizado y ya era más alto que cualquier niño de su edad en Hiverdoux.

Aún no sabía que era un licántropo. Por ahora, los únicos indicios eran los dientes fijos que le crecían muy rápido y el vello corporal que le salía rápidamente. Ya casi tenía patillas.

— No es justo, papá... —Dijo, dando una patada en el suelo —. ¡Has hecho trampa!

Gregor lo agarró por la pierna y lo sacudió.

Créeme. Es una escena muy común aquí en casa.

— ¡Aún te queda mucho por aprender, lobito!

Puso a su hijo en el suelo, que hizo un puchero.

Levanté el cubo de palomitas y Greg se acercó para darme un beso. Me fijé en que llevaba una bolsa en la mano izquierda.

Todos los fines de semana, Gregor llevaba a Reiner a aprender a cazar. Solo usaban trampas, pero el objetivo era enseñarle a nuestro hijo a controlar los instintos naturales que pronto se desarrollarían con el tiempo.

Ambos estaban sucios de tierra y vestían ropa de camuflaje.

Comí un poco de palomitas y señalé a los dos.

— Id a bañaros. ¡Estáis asquerosos!

— ¡Hola, mamá! ¿Sabías que hoy lo hice muy bien? ¿Por qué tengo que bañarme? Solo es tierra.

— Dentro de un rato vendrá tu prima. Seguro que no querrás parecer un cerdito delante de una señorita.

Los ojos de Reiner brillaron. Esos hermosos ojitos color miel.

— ¿Va a venir Sofie? ¡YUJU!

Con la velocidad típica de los lobos, subió las escaleras y se fue al baño.

— ¿Qué tal la caza? —pregunté, viendo a Greg quitarse la chaqueta llena de tierra y dejarla en el cuarto donde habíamos acordado que debía estar.

— Mejor de lo que imaginaba. —Levantó la bolsa—. Este es un conejo al que le rompí el cuello. Tuve que intervenir para que no entrara en contacto con sangre fresca. Quizás en unos meses sea inevitable que cace de verdad.

— ¿Y cómo lo haremos? Tiene que ir al colegio.

Greg me tocó la cara y sonrió.

— Tranquila, amor. Wolfgran tiene un método para ayudar con eso. Aprenderá a controlar sus instintos durante la luna llena y canalizará su lado salvaje, todo mientras aprende inglés, matemáticas y ciencias.

Suspiré, poniéndome la mano en el pecho.

— Tengo miedo de no poder cuidar de él...

— ¡Cariño, ya lo estás cuidando! Creo que lo estamos haciendo muy bien. Es un niño inteligente, educado y astuto. Tiene las mejores cualidades de un humano y un licántropo.

— Solo quiero que no sufra.

— Estamos en Hiverdoux. La reserva Luna de Sangre fue creada para eso. Todo irá bien. ¡Te lo prometo!

Asentí con la cabeza y sonreí.

Gregor me dio otro beso y subió las escaleras para darse una ducha.

En menos de cinco minutos, llegaron Klaus, Olivia y Sofie.

Sofie ahora tenía 13 años. Era una chica preciosa con el pelo castaño claro y los ojos idénticos a los de su difunta madre.

—¡Hola, tía Diana! —Abracé a mi sobrina y les invité a pasar.

Reiner regresó con el pelo peinado hacia atrás y una ropa limpia que le había dejado. Aunque era ocho años más joven que su prima, eran de la misma altura.

— ¡Sofie! —La abrazó y ella se rió.

— ¡Sigo indignada porque eres tan alto como yo! ¡Es injusto!

Klus y Olivia se rieron.

Gregor apareció después y nos sentamos todos en la sala.

Sofie se sentó en la alfombra junto a Reiner y empezaron a jugar con algunos juguetes. Acabé ignorando la conversación de Klaus, Olivia y Gregor mientras veía a los primos juntos.

Me daba la sensación de estar viendo a Paola y a mí jugando. A pesar de la diferencia de ocho años, los dos parecían muy unidos. Reiner parecía más tranquilo al lado de Sofie.

En ese pequeño instante sentí que había algo diferente entre ellos.

Pero nunca imaginé lo que pasaría veintidós años después.

FIN



CONOZCA HIVERDOUX

Hiverdoux es un pueblo nevado y remoto de Suiza, con unas vistas encantadoras y pintorescas.

El pueblo se encuentra en el valle de una cadena montañosa, con picos nevados que se elevan a su alrededor, creando un paisaje impresionante y aislado en medio de un vasto bosque de pinos.

Las casas tradicionales suizas, con sus tejados inclinados para evitar el peso de la nieve, salpican las estrechas y sinuosas calles. Las fachadas están pintadas de colores vivos, lo que proporciona un contraste vibrante con el blanco de la nieve que las rodea.

En las tranquilas calles, el sonido amortiguado de los pasos en la nieve y el susurro de las hojas de los árboles son los únicos sonidos que rompen el silencio sereno. Al caer la noche, las luces doradas de las casas y los postes metálicos se encienden, proyectando un aura acogedora sobre el pueblo cubierto de nieve.

En el centro del pueblo, una pequeña plaza alberga una antigua iglesia, con su campanario elevándose hacia el cielo. A su alrededor, pequeñas tiendas ofrecen productos locales, como los

famosos quesos suizos y chocolates artesanales, además de artículos esenciales para la vida en la montaña, e incluso una heladería.

Durante el invierno, el pueblo se convierte en un paraíso para los amantes de los deportes de nieve. Las laderas cercanas ofrecen oportunidades para practicar esquí, snowboard y senderismo por la nieve.

Los habitantes también mantienen vivo el arte de la fabricación de productos artesanales, como la cestería, la tejeduría y la escultura en madera, transmitiendo estas habilidades de generación en generación.

Por la noche, es habitual que los residentes y visitantes se reúnan en la taberna local de la familia Demans. Allí comparten historias alrededor de las crepitantes chimeneas, acompañadas de fondue de queso, vino caliente y una excelente música ambiental.

Durante los duros meses de invierno, los habitantes se unen para hacer frente a los retos que plantean las condiciones climáticas extremas, como la retirada de la nieve de las carreteras y el mantenimiento de las infraestructuras locales.

Cada año se celebra el Festival de Invierno, envuelto en el misticismo de la magia de los duendes que lo rodea. En competiciones por parejas, el festival está organizado para que todos tengan la oportunidad de ganar un premio en metálico y, a veces, incluso un deseo concedido por un duende vestido de blanco.

Actualmente, el gobernante de Hiverdoux es Gael Smith, un hombre misterioso con las puntas del pelo verdes que parece estar conectado de alguna manera con la naturaleza local.

A pesar de su aislamiento, el pueblo de Hiverdoux es un refugio de belleza natural y tranquilidad, donde la vida sigue el ritmo pausado de las estaciones y los lazos comunitarios se forjan a través de las tradiciones compartidas en medio de la nieve.



PRÓXIMAMENTE

¡Muchas gracias por leer La protegida del CEO Lobo!

Este libro ha sido mi obra más extensa hasta la fecha. Estoy muy satisfecho con las proporciones que ha adquirido.

Ahora voy a dar las gracias a las lectoras que conozco:

Karol Magalhães, Maria das GraçasJéss, Kadja, Kelli, Luzinete, Regina, Itala, Cristinaaa, Mônica, Fefe, Nininha, Ana Castello, Ana Sofia, Neliane, Kyellem, Kuquinha, Ceu, Mara, Nath, Jari, Daniele, Drika, Aline, Francine, Samara, Gisele, Paty, Renata Perigosa, Valquíria, Gleice, Lúcia Postal, Carol, Liliane, Daniele, Marcia, Morgana, Lígia, Simone, Tainara, Inaiara, Rosângela, Suellen, Roberta, Cássia, Vanusa, Kelly, Renata Boazinha, Lygia, Nina, Alessandra, Fernanda, Jéssica, Daianna, Thay, Letícia, Mara, Thais, Katia, Mel, Carmen, Daniele, Graciela, Geusa, Tamy, Cacau, Babi, Maria Eduarda, Camille, Maryse, Alanis, Ana Carolina, Ana Lafayette, Ana Proença, Babi, Carla da Luz, Cicera, Daylene, Elis, Josilene, Lu Orlandi, Mariana, Salgueiro, Mariana Whisky, Gisele Alves, Pat, Tamara, Roh, Maryse, Neliane, Thaisa, Cris Araújo, Danusa y Wanessa.

Si sigues mi trabajo y no ves tu nombre aquí, por favor, envíame un mensaje para que lo incluya en el próximo libro. <3

También quiero dar las gracias a mis queridas beta, revisora, lectora crítica y diseñadora de portadas. Además, ¡también quiero dar las gracias a todas las lectoras que ni siquiera conozco!

Todas han contribuido a que esta novela se publique, así que, ¡muchísimas gracias!

Si te ha gustado esta obra, por favor, no olvides **valorarla**. Esto ayuda mucho a que esta historia llegue a más personas, a saber cómo mejorar para los próximos libros y me anima a escribir cada vez más.

Si tenéis cualquier pregunta, podéis enviarme un mensaje directo a mi Instagram: **@autor.misterz**

¡Me encanta recibir mensajes de las lectoras!

O, si lo prefieres, únete al grupo de WhatsApp. Allí siempre serás el primero en enterarte de las novedades, además de poder participar en juegos durante toda la semana.

Y si te parece bien, considera apoyar mi trabajo en **Catarse**. Esto me permite escribir con más tiempo y agilizar los servicios editoriales.

Una vez más, ¡muchas gracias!

LIBROS DE ESTE AUTOR

Despedida De Soltero

Motero + Diferencia de edad + Embarazo inesperado + Gruñón x alegre + Redención + Él se enamora primero + Chica rechazada + Niños adorables + De extraños a amantes

Theodor Laskaris es miembro de un temido club de moteros y también jefe de una gran empresa en Londres. El Hombre de Negro es soltero, explosivo, maduro, rockero, con un corazón de piedra, pero nunca ha olvidado el breve romance que tuvo en una despedida de soltero.

Violet Benevenuto, por su parte, es amable, cariñosa, divertida y es la mujer de aquella noche. Pero al descubrir que su nuevo jefe es el motero con el que se lió, tiene que encontrar la manera de guardar el secreto para no ser despedida.

En busca de la mujer de aquella despedida de soltero, Theo contará con la ayuda de su propia secretaria, que hará todo lo posible por dar pistas falsas y dificultar el descubrimiento.

En esta trama de gato y ratón, Mister Z nos presenta en este volumen único un apasionado romance entre un jefe y su secretaria.

LIBRO ÚNICO